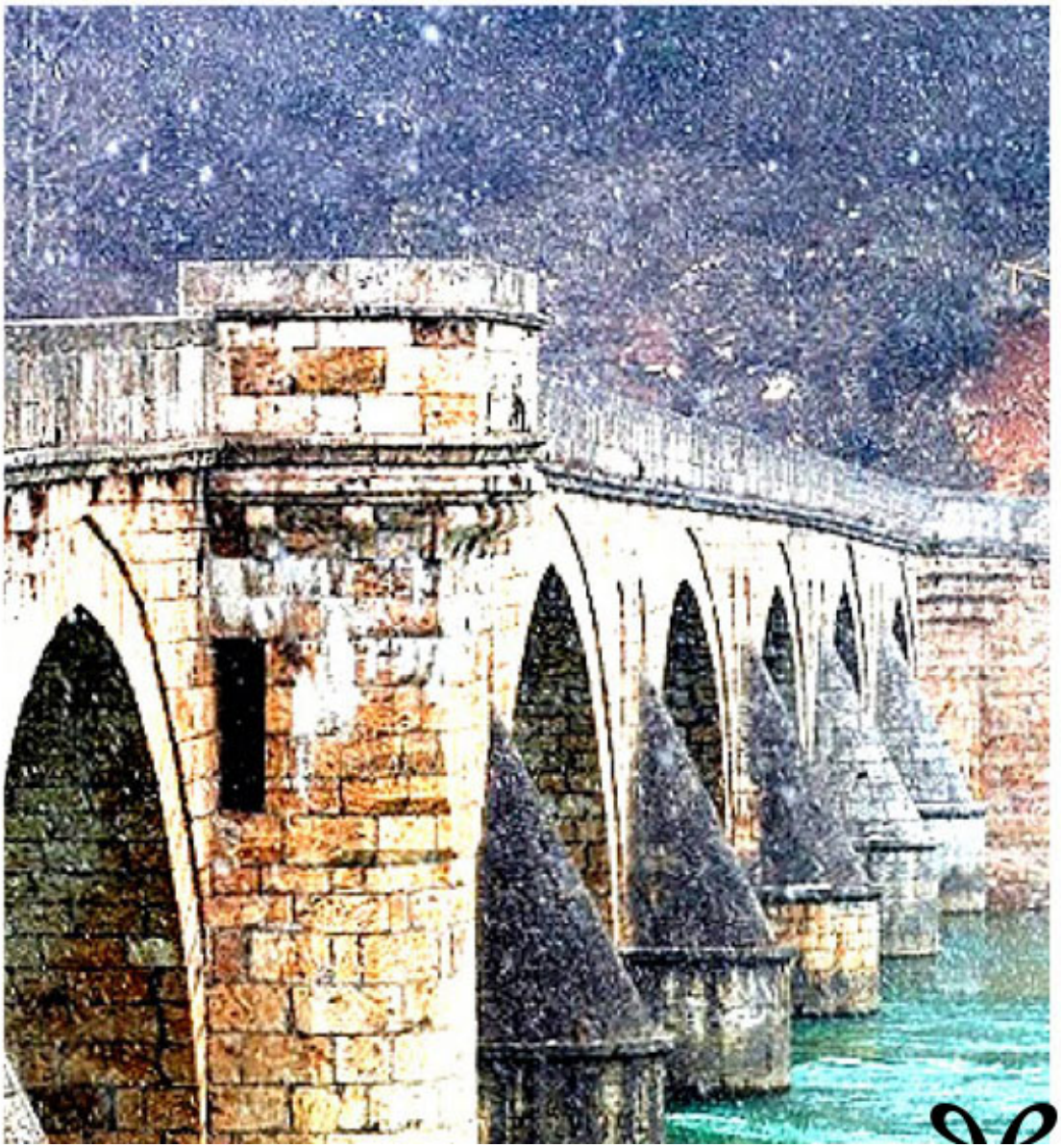
Ivo Andrić

Un puente sobre el Drina

Ivo Andrić

Un puente sobre el Drina



La ciudad de Visegrad (Bosnia), situada a orillas del río Drina, tuvo un momento de esplendor en la Edad Media por construir un puente de tránsito entre el mundo cristiano y el islámico.

Esta novela recoge la historia de esa comunidad plural y conflictiva, tomando como pretexto narrativo el gran puente de piedra que cruza el río, lugar de encuentro y paseo para sus habitantes.

La larga crónica abarca desde el siglo XVI hasta principios del XX, y nos da cuenta de las tensiones y enfrentamientos que se suceden y heredan de generación en generación. Suma de pequeñas historias particulares que constituyen la historia de una comunidad de comunidades, la antigua Yugoslavia, esta narración explica las raíces del odio y la violencia de la eterna comunidad imposible.

Ivo Andrić

Un puente sobre el Drina

ePub r1.7
Titivillus 06.01.2019

Título original: *Na Drini cuprija*
Ivo Andrić, 1945
Traducción: Luisa Fernanda Garrido & Tihomir Pistelek

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: emiferro (r1.2) - Higumeno (r1.3) - dekisi (r1.4) - sibelius (r1.5) - joseb85 (r1.6) - aigor (r1.7)
ePub base r2.0

I

La mayor parte de su curso el río Drina discurre a través de angostas gargantas entre montañas abruptas o por profundos cañones cortados a pico. Sólo en unos pocos puntos del lecho fluvial las orillas se ensanchan en valles abiertos y crean, en ambas márgenes del río, paisajes apacibles, en parte llanos, en parte ondulados, apropiados para cultivar y ser habitados. Una de esas vaguadas se extiende aquí, en Visegrad, en el lugar donde el Drina, saliendo de la estrecha garganta que forman los Riscos de Butko y el monte Uzavnica, se dobla de forma repentina. La curva que describe aquí el Drina es insólitamente brusca y las montañas a ambos lados son tan escarpadas y están tan próximas que parecen un macizo impenetrable del que el río brotara como de una muralla sombría. Pero justo en ese paraje las montañas de pronto se abren en un anfiteatro irregular cuyo diámetro en el punto más ancho no supera los quince kilómetros en línea recta.

En ese lugar en que el Drina surge con toda la fuerza de su masa de agua, verde y espumosa, de la cadena montañosa negra y escarpada cerrada en apariencia, se alza un gran puente de piedra tallado armoniosamente, con once arcos de amplia abertura. Desde ese puente, como si de la base se tratara, se extiende en abanico un valle ondulado con la *kasaba*[1][*24] de Visegrad y sus alrededores, con las aldeas posadas en las faldas de las colinas, cubierto de prados, pastos y ciruelos, surcado de albarradas y palizadas y salpicado de bosquecillos y ralos grupitos de coníferas. De modo que, contemplado desde la línea de horizonte, parece que de los amplios arcos del blanco puente fluye y se desborda no sólo el Drina verde, sino también ese paisaje apacible y cultivado con todo lo que contiene y el cielo meridional que lo domina.

En la orilla derecha, partiendo del mismo puente se halla el núcleo de la ciudad con el bazar, parte en el llano, parte en las pendientes de las colinas. Al otro lado del puente, sobre la orilla izquierda se extiende Maluhino Polje, un arrabal de casas dispersas a lo largo del camino que lleva a Sarajevo. Así, el puente, enlazando los dos extremos de la carretera de Sarajevo, une la *kasaba* con su arrabal.

Decir «une» precisamente aquí es tan exacto como decir que el sol sale por la mañana para que los hombres podamos ver a nuestro alrededor y llevar a cabo las labores necesarias, y se pone por la noche para que podamos dormir y descansar del esfuerzo diario. Porque ese gran puente de piedra, una valiosa construcción de belleza sin igual como no tienen ciudades más ricas y más transitadas («Sólo hay dos más así en el imperio», se decía antaño), es el único paso estable y seguro en todo el curso medio y alto del Drina y un eslabón indispensable en el camino que une Bosnia con Serbia y, más allá, a través de Serbia, con el resto de las provincias del imperio turco hasta Estambul. Pero la ciudad y su arrabal no son más que poblaciones que siempre se desarrollan inexorablemente en los principales nudos de comunicación y a ambos lados de los puentes grandes e importantes.

De este modo, con el correr del tiempo, ha surgido aquí un enjambre de casas y las aldeas se han multiplicado en ambos extremos del puente. La ciudad ha vivido del puente y ha crecido a partir de él como de su raíz indestructible.

(Para ver con claridad y entender por completo la imagen de la ciudad y la naturaleza de su relación con el puente hay que saber que en la villa hay un puente más y otro río. Es el río Rzav, y lo cruza un puente de madera. Justo donde acaba la población el Rzav desemboca en el Drina, así que el centro, a la vez que el corazón de la *kasaba*, se halla en una lengua de tierra arenosa entre dos ríos, uno grande y otro pequeño, que allí confluyen, mientras que la dispersa periferia se extiende al otro lado de los puentes, en la orilla izquierda del Drina y en la derecha del Rzav. Una ciudad en el agua. Pero, aunque existe otro río y otro puente, cuando se dice «en el puente» uno no se refiere jamás al puente del Rzav, una sencilla construcción de madera sin belleza ni historia ni más sentido que el de

servir a los lugareños y a su ganado para pasar, sino siempre y únicamente al puente de piedra sobre el Drina).

El puente mide alrededor de doscientos cincuenta pasos de largo y unos diez de ancho, salvo en el medio, donde se ensancha en dos terrazas idénticas, cada una a un lado de la calzada, doblando así su extensión. Ésa es la parte del puente que se llama *kapija*[*22]. Aquí, sobre el pilar central, más ancho en lo alto, se han construido a ambos lados dos saledizos donde se asientan las terrazas que sobresalen audaz y armoniosamente de la línea recta del puente sobre el agua verde y rumorosa en las profundidades. Tienen alrededor de cinco pasos de largo y lo mismo de ancho, circundadas por un pretil de piedra como todo el puente, pero a cielo abierto. La terraza de la derecha, yendo desde la ciudad, se llama sofá. Se eleva sobre dos escalones flanqueados por asientos a los que el pretil sirve de respaldo, y los escalones, los asientos y el pretil son de la misma piedra blanca, como si los hubieran tallado del mismo bloque. La terraza izquierda, enfrente del sofá, es igual pero está vacía, sin asientos. En el centro del pretil, el muro se eleva por encima de la estatura de un hombre y en lo más alto hay una placa de mármol blanco en la que está grabada una rica inscripción turca —un *tarih*[*46]— con un cronograma que en trece versos da cuenta del nombre del que ordenó erigir el puente y el año de su construcción. En la base del muro, un caño: un chorro fino de agua mana de la boca de un dragón de piedra. En esa terraza se ha instalado un vendedor de café con sus *dzezva*[*10] y *fildzana*[*12], el brasero siempre encendido, y un muchacho que lleva el café al otro lado, a los comensales del sofá. Ésa es la *kapija*.

En el puente y en la *kapija*, a su alrededor o relacionado con él, fluye y se desarrolla, como podremos ver, la vida del hombre de la *kasaba*. En todas las historias de acontecimientos personales, familiares y comunes, siempre se pueden oír las palabras «en el puente». Y en verdad, en el puente sobre el Drina se dan los primeros paseos de los niños y los primeros juegos de los muchachos. Los niños cristianos nacidos en la orilla izquierda del Drina cruzan el puente los primeros días de su vida, porque ya la primera semana los llevan a bautizar a la iglesia. Pero también los demás críos, tanto los que han nacido en la orilla derecha, como los musulmanes, a los que no se bautiza, han pasado la mayor parte de su infancia en los aledaños del

puente, igual que sus padres y abuelos. Han pescado peces en los alrededores o cazado palomas bajo los arcos. Desde su más tierna infancia sus ojos se han acostumbrado a las líneas armoniosas de esta gran construcción de piedra clara, porosa, cortada con regularidad y precisión. Conocen todas las redondeces y cavidades talladas de manera magistral, y todas las historias y leyendas que tratan del nacimiento y la construcción del puente, en las que de manera extraña e inextricable se mezclan y entretejen imaginación y realidad, vigilia y sueño. Y siempre las han sabido, inconscientemente, como si hubieran venido al mundo con ellas, igual que se sabe uno las oraciones sin recordar quién se las ha enseñado ni la primera vez que las oyó.

Ellos sabían que el puente lo había erigido el gran visir Mehmed Bajá, natural de Sokolovici, un pueblo situado tras una de las montañas que circundaban el puente y la *kasaba*. Sólo un visir podía haber proporcionado todo lo necesario para que este sempiterno prodigio de piedra se construyera. (Un visir es algo maravilloso, grande, terrible e inconcreto en la conciencia de un crío). Lo edificó Rade el Alarife, que tuvo que vivir centenares de años para construir todo lo que se le atribuye de hermoso y perdurable en las tierras serbias, el maestro legendario y realmente anónimo que cualquier masa puede imaginar y desear, porque no quiere recordar mucho ni con muchos estar en deuda, ni siquiera en la memoria. Sabían que un hada del río había dificultado la construcción —igual que siempre, en todas partes, hay alguien que obstaculiza cualquier obra—, y que por la noche derrumbaba lo que de día se hacía. Hasta que «algo» en el agua se dejó oír y aconsejó a Rade el Alarife que buscara a dos niños aún lactantes, gemelos, hermano y hermana, llamados Stoja y Ostoja, nombres que vienen a significar soporte y perpetuidad, y los emparedara en los pilares centrales. Enseguida empezó la búsqueda de unos niños con estas características por toda Bosnia. Se prometió una recompensa a quien los encontrara y los trajera.

A la postre, los guardias encontraron en un pueblo remoto a dos gemelos, lactantes, y por la autoridad que el visir les había otorgado, se los llevaron; pero cuando se apoderaron de ellos, la madre no quería separase de sus hijos y, llorando y lamentándose, inmune a los insultos y a los

golpes, los siguió a trompicones hasta Visegrad. Allí logró abrirse paso hasta el Alarife.

Emparedaron a los niños porque no podía ser de otro modo, pero el Alarife, según cuentan, se apiadó y dejó en los pilares unas aberturas a través de las cuales la desdichada madre podía amamantar a sus hijos sacrificados. Estas cavidades son esas ventanas ciegas, elegantemente talladas, estrechas como troneras, en las que ahora anidan las palomas salvajes. Como recuerdo de aquello, hace cientos de años que de los muros mana leche materna. Y son esos finos chorros blancos que en una época determinada del año brotan de las junturas impecables dejando un rastro imborrable en la piedra. (La imagen de leche materna provoca en la conciencia de los niños algo que les es demasiado cercano y triste a la par que impreciso y misterioso, como lo son los visires y los alarifes, por lo que les confunde y les repugna). La gente raspa estos rastros lechosos y los vende como polvo medicinal para las mujeres que después del parto carecen de leche.

En el pilar central del puente debajo de la *kapija* hay un hueco más grande, una puerta larga y estrecha sin jambas, como una tronera gigantesca. Se dice que en ese pilar hay una gran estancia, una sala oscura en la que vive el Árabe negro. Lo saben todos los niños. Desempeña un papel muy importante en sus sueños y fantasías. Al que se le aparece tiene que morir. Ningún niño lo ha visto, porque los niños no mueren. Pero una noche lo vio Hamid, el mozo de cuerda asmático y de ojos inyectados en sangre, eternamente borracho o resacoso, y murió ese mismo día, aquí junto al muro. A decir verdad, había bebido hasta perder la conciencia y había pasado la noche allí, en el puente, al raso, con una temperatura de quince grados bajo cero. Los chavales miran a menudo el hueco oscuro desde la orilla, como un precipicio que aterra y atrae. Se ponen de acuerdo para mirar todos sin pestañear, y que grite el primero que vea algo. Y clavan los ojos en esa hendidura amplia y sombría, temblando de miedo y de curiosidad, hasta que a una criatura enclenque le parece que el agujero empieza a mecerse y moverse como una cortina negra, o hasta que uno de los camaradas bromistas y descarados (siempre hay alguno), grita «¡El Árabe!», y hace como que corre. Esto estropea el juego y suscita el

desencanto y el descontento de los que disfrutan jugando con la imaginación, odian la ironía, y creen que mirando con atención podría verse algo y vivirlo de verdad. Por la noche, mientras duermen, muchos sostienen un combate cuerpo a cuerpo con el Árabe del puente, y con el destino, hasta que la madre, al despertarlos, los libra de la pesadilla. Y entre que le da a beber agua fría («para ahuyentar el temor») y lo obliga a pronunciar el nombre de Dios, el niño ya está otra vez dormido, agotado de tanto jugar durante el día, y sueña el duro sueño infantil en el que los miedos todavía no pueden tomar impulso ni prolongarse.

Desde el puente, río arriba, en la orilla abrupta de roca calcárea gris, se divisan unos hoyos redondos que se suceden de dos en dos a intervalos regulares, como si en la piedra se hubieran tallado las huellas de los cascos de un caballo de tamaño sobrenatural; vienen desde arriba, desde la Fortaleza, y descienden a lo largo del roquedal hasta el río y vuelven a aparecer en la otra orilla, donde se pierden bajo la tierra oscura y la vegetación.

Los niños que a lo largo de la orilla pedregosa, en los días de verano, durante toda la jornada pescan pececillos saben que son las huellas de antiguos guerreros de tiempos remotos. En aquella época vivían en la tierra grandes héroes, la piedra aún no se había solidificado y era blanda como la arena, y los caballos, igual que los héroes, eran de tamaño gigantesco. Para los niños serbios eran las huellas de los cascos de *Sarac*[*40], que habían quedado allí cuando el Kraljevic Marko[*27], el príncipe Marko, había estado cautivo arriba en la Fortaleza y se había escapado, había bajado por la montaña y saltado el Drina, pues entonces no había puentes. Pero los niños turcos sabían que no eran del Kraljevic Marko ni podían serlo (¡de dónde iba a sacar un bastardo infiel tanta fuerza y semejante caballo!), sino de Derzelez Alija[*8] y de su corcel alado que, como es sabido, desdeñaba las barcas y a los barqueros y saltaba los ríos como si de arroyuelos se tratase. Ni unos ni otros discuten al respecto porque están absolutamente convencidos de la exactitud de su creencia. Y no hay un solo ejemplo que pruebe que alguna vez alguien se dejara convencer ni de que nadie cambiara de idea.

Esas cavidades, que son redondas, anchas y profundas como una escudilla grande, retienen el agua de lluvia mucho tiempo después de que haya caído, como en recipientes de piedra. Los niños llaman pozos a estos agujeros llenos de agua tibia, y en ellos encierran, unos y otros, da igual la religión que profesen, pececillos, lochas y gobios de río pescados con anzuelo.

En la orilla izquierda, a un lado, justo encima del camino, se alza un gran túmulo de tierra, pero de una tierra dura, gris y petrificada. Nada crece ni florece sobre él salvo una hierba menuda, dura y punzante como un alambre de espinas. Este túmulo es la meta y el límite de todos los juegos infantiles alrededor del puente. El lugar antaño se llamaba la Tumba de Radisav, del que se dice que era un caudillo serbio, un hombre muy fuerte que, cuando el visir Mehmed Bajá decidió construir el puente sobre el Drina y envió a sus hombres, y todo el mundo respondió y se sometió a la servidumbre, se sublevó, incitando al pueblo y recomendando al visir que renunciara a su propósito, porque no lograría construir un puente sobre el Drina tan fácilmente. Y en efecto, muchas fatigas pasó el visir para doblegar a Radisav, porque era un héroe fuera de lo común y no había ni fusil ni sable que lo abatiera, ni existía cuerda ni cadena con la que se lo pudiera atar; todo se lo arrancaba como si de hilo se tratara, de tan potente que era el talismán que llevaba. Y quién sabe si el visir habría logrado construir alguna vez el puente y qué habría sucedido de no haber sido por uno de sus hombres, astuto y hábil, que sobornó e interrogó al criado de Radisav. De modo que pudieron sorprenderlo y estrangularlo mientras dormía después de haberlo atado con cuerdas de seda, porque sólo contra la seda su amuleto no servía. Nuestras mujeres creen que una noche al año puede verse una intensa luz blanca que desciende directa del cielo sobre el túmulo. Suele suceder en otoño entre la Asunción y la Natividad de la Virgen, según el calendario ortodoxo. Pero los niños que, creyendo y sin creer, se quedaban despiertos junto a la ventana con la vista clavada en la Tumba de Radisav, nunca lograron ver el fuego celestial porque antes de la medianoche los vencía el sueño. Sin embargo, algunos viajeros que ignoraban la historia veían un resplandor blanco en el túmulo sobre el puente, al regresar por la noche a la *kasaba*.

Mientras tanto, los turcos de la ciudad desde siempre han contado que en ese lugar pereció como mártir de la fe un derviche llamado jeque Turhanija que fue un gran paladín y defendió aquí el paso del Drina contra un ejército de infieles. Y que en ese lugar no haya ni una estela ni un *turbe*[*48] se debe al deseo del propio derviche, porque fue su voluntad ser enterrado sin símbolos ni marcas, para que no se supiera que estaba allí. Porque si de nuevo irrumpiera un ejército infiel, él se levantaría de debajo del cerro y lo detendría, igual que lo había hecho antaño, de manera que no fuera más allá del puente de Visegrad. Pero a cambio, el mismo cielo ilumina el túmulo con su luz.

Así, la vida de los niños de la *kasaba* se desarrolla bajo el puente y en sus aledaños con juegos ociosos o fantasías infantiles. Y con los primeros años de madurez se traslada al puente, a la *kapija*, precisamente, donde la imaginación juvenil encuentra otro alimento y nuevos paisajes, pero donde también empiezan las preocupaciones, las luchas y las fatigas de la vida.

En la *kapija* y a su alrededor se producen las primeras fantasías amorosas, las primeras miradas furtivas, los primeros requiebros y susurros. Aquí se llevan a cabo los primeros trabajos y negocios, riñas y acuerdos, citas y esperas. En el pretil de piedra del puente se ponen a la venta las primeras cerezas y los primeros melones, el *salep*[*39] caliente matutino con el pan recién hecho. Pero aquí se reúnen también los mendigos, los lisiados y los leprosos, igual que los jóvenes y sanos que desean hacerse ver o ver a otros, e igual que todos aquellos que tienen algo para vender, en especial frutas, trajes o armas. A menudo se sientan ahí hombres maduros y notables para charlar sobre asuntos públicos y preocupaciones comunes, pero con más frecuencia los jóvenes que sólo saben cantar y bromear. También ahí, con ocasión de grandes acontecimientos y cambios históricos se fijan proclamas y llamamientos (en el muro elevado bajo la placa de mármol con la inscripción turca y por encima de la fuente), pero del mismo modo, en ese lugar, hasta 1878, se colgaban o empalaban las cabezas de los que por un motivo u otro habían sido ajusticiados, y en esta villa fronteriza, sobre todo en los años turbulentos, las ejecuciones eran frecuentes, y en algunos tiempos, como vamos a ver, incluso cotidianas.

Tampoco los cortejos nupciales o fúnebres pueden pasar por el puente sin detenerse en la *kapija*. Los que participan en el cortejo nupcial allí acostumbran a prepararse y ponerse en fila antes de entrar en el bazar. Si los tiempos son tranquilos y serenos toman una ronda de aguardiente y cantan, bailan el *kolo*[*25] y suelen entretenerse más de lo que habían pensado. Y en los funerales, los que llevan al difunto lo depositan un rato en el suelo para descansar ahí en la *kapija*, donde, por lo demás, ha transcurrido buena parte de la vida del finado.

La *kapija* es el punto más importante del puente, igual que el puente mismo es la parte más importante de la ciudad, o como un viajero turco, al que los visegradenses habían agasajado con gran hospitalidad, escribió en su libro de viajes: «Su *kapija* es el corazón del puente que a su vez es el corazón de esta *kasaba* que siempre permanece en el corazón de todos». Esto demuestra cuánto sentido tenían los antiguos alarifes, de los que las leyendas cuentan que tuvieron que luchar con las hadas del río y otros prodigios o emparedar a niños vivos, no sólo para la estabilidad y la belleza de una construcción, sino también para la utilidad y comodidad que obtendrían de ella las futuras generaciones. Y cuando uno conoce la vida de la ciudad y piensa bien, no le queda por menos que decirse a sí mismo que en verdad no es mucha la gente en Bosnia que disfruta de semejante oportunidad y placer como pueden disfrutar desde el primero hasta el último de los habitantes de la *kasaba* en la *kapija*.

Por supuesto que en invierno es imposible, porque en esa época sólo cruza el puente aquel que no tiene más remedio, y ése apresura el paso y agacha la cabeza bajo el frío viento que sopla sin cesar sobre el río. Entonces, se sobreentiende, nadie se detiene en las terrazas abiertas de la *kapija*. Pero en las demás estaciones del año, el lugar es una auténtica bendición para mayores y pequeños. Cualquier habitante de la villa, a cualquier hora del día y de la noche, puede acercarse a la *kapija* y sentarse en el sofá, o entretenerse allí para tratar algún asunto o conversar. Sobresaliendo y elevándose unos quince metros sobre el verde río rumoroso, este sofá de piedra flota en el espacio sobre el agua, entre las colinas verde oscuro que lo rodean por tres lados, con el cielo y las nubes o

las estrellas en lo alto y un panorama a lo largo del río como un anfiteatro angosto que al fondo cierran las montañas azules.

¿Cuántos visires y poderosos del mundo pueden manifestar sus alegrías o tribulaciones, sus placeres y diversiones en semejante lugar? Pocos, muy pocos. Y ¿cuántos de los nuestros, en el curso de los siglos y durante generaciones, han aguardado aquí sentados el alba o la oración de la tarde o las horas nocturnas cuando toda la bóveda celeste se mueve de manera imperceptible sobre nuestra cabeza? Muchos muchos de nosotros hemos estado aquí sentados, acodados o apoyados sobre la piedra tallada y lisa, y ante el juego eterno de luces en las montañas y nubes en el cielo hemos devanado, siempre los mismos y siempre enmarañados de maneras distintas, los hilos de nuestros destinos en la *kasaba*. Hace mucho tiempo alguien afirmó (a decir verdad era un extranjero y hablaba en broma) que esta *kapija* influía sobre el destino de la villa y en el carácter de sus habitantes. En esas horas interminables transcurridas sobre el puente, aseveraba el forastero, había que buscar la clave de la tendencia de los visegradenses a cavilar y fantasear, y una de las principales razones de despreocupación melancólica por la que son conocidos.

En cualquier caso, es innegable que los habitantes de Visegrad, en comparación con los de otros lugares, siempre fueron gentes atolondradas, predispuestas a los placeres y al despilfarro. Su ciudad goza de una buena ubicación, los pueblos de alrededor son fértiles y ricos, y el dinero, en efecto, corre en abundancia por ella, pero no se queda mucho tiempo. Y si se encuentra a un patrón ahorrador y hogareño, sin pasión alguna, suele tratarse de un forastero; pero el agua y el aire de Visegrad son tales que ya sus hijos nacen con las manos abiertas y los dedos extendidos, y expuestos a la epidemia general de dispendio y descuido viven con la divisa «Mañana será otro día».

Se cuenta que el Viejo Novak[*34], cuando perdió las fuerzas y tuvo que retirarse y dejar la vida de *hajduk*[*15] en el monte Romanija, enseñaba al Niño Grujicak, que debía sustituirlo:

—Cuando tiendas una emboscada, mira al viajero que se aproxima. Si lo ves que cabalga pavoneándose y lleva un chaleco rojo, hebillas de plata y polainas blancas, es uno de Foca. Atácalo en el acto, porque ése lleva

encima y en las alforjas. Si ves a un viajero ataviado pobremente, con la cabeza baja e inclinado sobre el caballo como si hubiera salido a mendigar, asáltalo libremente, es de Rogatica. Así son todos: avaros e hipócritas, pero llenos de dinero como una granada rebosante de granos. Más si ves a un chalado, uno con las piernas cruzadas sobre la silla de montar, que toca la *sarkija*[*41], y canta a voz en cuello, no ataques ni te manches las manos en vano, mejor deja al desdichado; es un visegradense, y no tiene nada porque el dinero jamás se detiene en ellos.

Todo esto confirmaría la opinión del extranjero que se expuso anteriormente. Sin embargo, es difícil decir en qué medida esta opinión es acertada. Como en tantas otras cosas, tampoco aquí es fácil establecer cuál es la causa y cuál la consecuencia: si la *kapija* ha hecho de los habitantes de la ciudad lo que son o si, por el contrario, fue ideada según su espíritu y entendimiento y construida para ellos y sus necesidades y costumbres. Pregunta superflua y vana. No existen construcciones casuales al margen de la sociedad humana en la que brotaron ni al margen de sus necesidades, deseos y percepciones, al igual que no existen líneas arbitrarias y formas irracionales en la arquitectura. Pero la existencia y la vida de cualquier construcción grande, bella y útil, así como su relación con la población en la que se alza, a menudo encierra dramas e historias complicadas y misteriosas. En cualquier caso, hay una certeza: entre la vida de los habitantes de la ciudad y el puente existe un lazo íntimo y secular. Sus destinos están tan entretejidos que es imposible imaginarlos ni explicarlos separados. Por eso, la historia de la construcción y el destino del puente es al mismo tiempo la historia de la vida de la *kasaba* y de sus pobladores, de generación en generación, igual que a través de todos los relatos sobre la ciudad se traza la línea del puente de piedra con once ojos, con la *kapija* en el centro como una corona.

II

Ahora debemos volver a los tiempos en los que en ese lugar no existía siquiera la idea de un puente, y menos aún uno semejante a éste.

Quizá en esos tiempos remotos, al pasar por allí, un viajero, cansado y empapado, deseó que se pudiera cruzar el río ancho y rumoroso mediante un milagro y que así le fuera posible llegar antes y con más facilidad a su meta. Porque no cabe duda de que los hombres, desde siempre, desde que existen y viajan por estas tierras y dominan los obstáculos de los caminos, han pensado cómo hacer un paso en ese punto, igual que todos los viajeros sueñan siempre con una buena vía, una compañía segura y una posada caliente. Pero ni todos los deseos se cumplen ni todos los pensamientos cuentan con la voluntad y la fuerza necesarias para lograr que el deseo se haga realidad.

La primera imagen del puente que estaba predestinada a cumplirse surgió, por supuesto imprecisa y brumosa, en la imaginación de un crío de diez años de Sokolovici, un pueblo cercano, una mañana de 1516, cuando lo llevaban por esa ruta desde su aldea hacia el lejano, luminoso y terrible Estambul.

En aquella época, este mismo Drina, río de montaña verde e impetuoso «que se enturbia a menudo», se desbocaba entre las orillas pétreas y arenosas, descarnadas y desiertas. La *kasaba* ya existía, pero con otra forma y otras dimensiones. En la margen derecha del río, en la cima de una colina escarpada donde ahora se alzan unas ruinas, se erguía una fortaleza bien conservada y ramificada de la edad de oro del reino bosniaco, con sus torres, casamatas y muros, obra de uno de los poderosos señores Pavlovic. En las laderas, bajo la Fortaleza y protegidos por ella, se hallaban los

pueblos cristianos de Mejdan y Bikavac, y la recientemente islamizada aldea de Dusce. Abajo en la llanura, entre el Drina y el Rzav, donde más tarde se desarrollará la ciudad, no había más que pueblos y campos, atravesados por el camino al lado del cual había un viejo caravasar[*17] de madera, varios molinos de agua y algunas cabañas.

Allí donde el Drina corta el camino se encontraba la famosa «almadía de Visegrad». Era una balsa negra y antigua con su almadiero lento y malhumorado, llamado Jamak, cuya atención era más difícil de atraer que la de alguien sumido en un sueño muy profundo. Era un hombre de estatura gigantesca y fuerza inusual, pero bastante decrépito a causa de las muchas guerras en las que se había distinguido. Tenía un solo ojo, una oreja y una pierna (la otra era de madera). Así, sin saludar y sin sonreír, él llevaba la mercancía y a los pasajeros, taciturno y caprichoso, lento e irregular, pero de modo seguro y honrado, tanto que de su fiabilidad y honradez se hacían lenguas igual que de su lentitud y sus caprichos. No quería tener conversación ni contacto con los pasajeros que transportaba. Los groses de cobre que pagaban por el transporte los tiraban al fondo de la balsa negra, donde permanecían el día entero entre arena y agua, y de donde sólo por la noche el almadiero los recogía indolentemente con el cuenco de madera con el que achicaba el agua de la balsa y se los llevaba a su cabaña en la orilla.

La almadía sólo salía cuando la corriente y la altura de las aguas eran normales o un poco más altas de lo normal, pero en cuanto el río se enturbiaba y crecía por encima de cierto límite, Jamak retiraba su barcaza, la amarraba firmemente en un remanso, y el Drina se tornaba infranqueable como el más grande de los mares. Jamak entonces ensordecía incluso del oído sano o se dirigía a la Fortaleza para cuidar su campo. Durante todo el día podía verse en el otro lado a los viajeros que llegaban de Bosnia y que, desesperados, quedaban en la orilla pedregosa desde donde, helados y empapados por la lluvia, en vano acechaban al almadiero y su almadía, y de vez en cuando lanzaban un grito prolongado llamándolo a través del río turbio y furioso.

—¡Ehhhhhhh, Jamak!

Nadie respondía ni aparecía nadie hasta que el agua bajaba; y ese momento lo decidía Jamak, ceñudo, implacable, sin atender a razones ni dar

explicaciones.

La ciudad, a la sazón todavía un pequeño pueblo, se alzaba en la orilla derecha del Drina, arriba, en las laderas de una colina abrupta, bajo la ruinas de la antigua Fortaleza, porque entonces ni siquiera existía la *kasaba* en las proporciones y formas que alcanzó más tarde, cuando se construyó el puente y cuando se desarrollaron las comunicaciones y el comercio.

Aquel día de noviembre llegó a la orilla izquierda del río una larga caravana de caballos cargados y se detuvo para pernoctar. El agá de los jenízaros, con su escolta armada, regresaba a Constantinopla, después de reunir por los pueblos de Bosnia oriental el número de niños cristianos previsto como *adzami-oglan*[*1], el tributo de sangre.

Ya habían pasado seis años desde la última recaudación de este tributo de sangre, por eso esta vez la selección fue fácil y abundante; sin dificultades se encontró el número necesario de niños varones sanos, despiertos y apuestos, entre los diez y los quince años, pese a que muchos padres habían escondido a sus hijos en el bosque, les habían enseñado a hacerse los tontos o los cojos, los habían vestido con harapos y habían dejado que no se lavaran y estuvieran sucios, para evitar así que el agá los eligiera. Algunos incluso habían mutilado de verdad a sus propios hijos, amputándoles un dedo de la mano.

A los chiquillos elegidos los montaban en los pequeños caballos bosniacos que formaban una larga caravana. Dos banastas, como las que se usan para llevar fruta, colgaban del lomo de los caballos, y en cada una iba un crío con su hatillo y un trozo de empanada de hojaldre, lo último que se llevaba del hogar paterno. Las caritas frescas y asustadas de los niños reclutados sobresalían de las banastas, que se balanceaban y rechinaban acompasadamente. Unos miraban tranquilamente, a través de las grupas de los caballos, lo más lejos posible, hacia su pueblo natal, otros comían y lloraban al mismo tiempo, y otros dormían con la cabeza apoyada sobre la albarda.

A cierta distancia de las últimas monturas de esta insólita caravana, iban, desperdigados y jadeantes, muchos padres o parientes de los niños que se llevaban para siempre, destinados a ser circuncidados, islamizados, en un mundo ajeno, y, al olvidar su fe, su tierra natal y su origen, a pasar la vida

entera en los destacamentos de los jenízaros o en cualquier otro puesto destacado al servicio del imperio. Se trataba por lo general de mujeres, sobre todo madres, abuelas y hermanas de los niños requisados. Cuando se acercaban demasiado, los jinetes del agá las ahuyentaban a latigazos, lanzando los caballos contra ellas y organizando una gran algarabía. Las mujeres se dispersaban y se escondían en los bosques a orillas del camino, pero un poco más tarde volvían a reunirse tras la caravana y, con los ojos arrasados en lágrimas, se esforzaban por divisar una vez más las cabezas de los hijos que les arrebataban y que sobresalían de las banastas. Las madres, sobre todo, eran las más obstinadas e imparables. Corrían, sin importarles dónde pisaban ni dónde se detenían, el pecho descubierto, desgreñadas, olvidando todo a su alrededor, cantaban y plañían como por un difunto; otras, fuera de sí, gemían y aullaban como si los dolores del parto les laceraran el útero, cegadas por las lágrimas se precipitaban sobre las fustas de los jinetes, y a cada golpe del látigo respondían con preguntas desatinadas: «¿Adónde lo lleváis? ¿Adónde me lo lleváis?». Otras intentaban llamar con voz clara a su hijo y darle de sí misma lo que podía caber en dos palabras, una última recomendación o advertencia para el camino.

—Rade, hijo, no te olvides de tu madre…

—Ilija, Ilija, Ilija —gritaba otra mujer, buscando desesperada con la vista la querida cabeza conocida, y lo repetía sin cesar, como si quisiera que al niño se le quedara grabado en la memoria ese nombre que dentro de un par de días le sería arrebatado para siempre.

Pero el camino es largo, la tierra dura, el cuerpo débil, y los osmanlíes poderosos e inclementes. Poco a poco esas mujeres quedaban atrás y, exhaustas de tanto caminar, hostigadas por los golpes, una tras otra iban abandonando la empresa desesperada. Aquí, en la almadía de Visegrad, debían detenerse las más pertinaces, porque no las admitían en la balsa y era imposible atravesar las aguas. Aquí podían sentarse tranquilamente en la orilla y llorar, porque ya nadie las fustigaba. Aquí aguardaban como petrificadas e insensibles al hambre, a la sed y al frío, hasta que contemplaban una vez más, al otro lado, la larga caravana de caballos y

jinetes que desaparecía hacia Dobrun, y en ella vislumbraban una vez más al hijo que se desvanecía ante sus ojos.

Ese día de noviembre, en una de las numerosas banastas callaba y miraba con los ojos secos a su alrededor un muchachito moreno de unos diez años, natural del elevado pueblo de Sokolovici. En una mano aterida y enrojecida sujetaba una pequeña navaja curva con la que, distraído, tallaba el cerco de su banasta sin dejar de contemplar todo lo que lo rodeaba. Memorizaba la orilla rocosa, cubierta de ralos mimbres rojos, desnudos y tristemente grises, al almadiero lisiado y el molino destrozado lleno de telarañas y corrientes de aire en el que tuvieron que pernoctar antes de lograr cruzar todos el turbio Drina, sobre el que graznaban las cornejas. Como un malestar físico en su interior —una raya negra que de vez en cuando, durante unos segundos, le partía el pecho en dos ocasionándole un dolor agudo—, el niño se llevó el recuerdo de ese lugar donde el camino se interrumpía, donde la desesperanza y la soledad de la miseria se condensaban y se depositaban en la orilla rocosa del río cuyo paso era difícil, caro e inseguro. Era el lugar más vulnerable y doloroso de la región, por lo demás montañosa y pobre, en la que el infortunio se hacía público y evidente, donde poderosos elementos detenían al hombre que, humillado por su impotencia, no tenía más remedio que ver y percibir la miseria y la inferioridad propias y ajenas.

Todo aquello subyacía en el malestar físico que se grabó en el niño aquel día de noviembre y que nunca lo abandonó del todo, aunque cambió de vida, de religión, de nombre y de patria.

Lo que fue más tarde de aquel niño de la banasta, lo cuentan todas las historias en todas las lenguas y es más conocido en el ancho mundo que aquí. Con el tiempo se convirtió en un joven y valiente *silahdar*[*43] en la corte del sultán, luego en *kapudan bajá*[*23], almirante de la flota otomana, y en yerno del sultán, caudillo y estadista de fama mundial Mehmed Bajá Sokoli, que en tres continentes capitaneó guerras casi siempre victoriosas, amplió las fronteras del imperio turco, fortaleciéndolo frente al exterior, y con una buena administración lo estabilizó en el interior. Durante más de sesenta años sirvió a tres sultanes, vivió lo bueno y lo malo que sólo unos cuantos elegidos llegan a vivir, y se elevó a unas alturas, para nosotros

desconocidas, de poder y autoridad, unas alturas que pocos alcanzan y en las que raros son los que logran permanecer. Ese hombre nuevo que surgió en un mundo ajeno, donde ni con el pensamiento podemos seguirlo, tuvo que olvidar todo lo que había dejado en el lugar del que una vez se lo habían llevado. Sin duda alguna había olvidado el paso del Drina en Visegrad: la orilla desolada en la que los viajeros tiritaban de frío y de incertidumbre, la balsa lenta y carcomida, el barquero monstruoso y las cornejas hambrientas sobre las aguas turbias. Pero la sensación de malestar que había quedado de aquello nunca había desaparecido del todo. Al contrario, con los años y con la vejez se le presentaba con más frecuencia la raya negra que le traspasaba el pecho y se lo cortaba con ese dolor especial, bien conocido desde la infancia, que se diferenciaba claramente de todas las penas y dolores que la vida le trajo más tarde. Con los ojos cerrados, el visir aguardaba entonces a que el cuchillo negro pasara y pasara el dolor. En uno de esos momentos se le ocurrió que se liberaría de ese malestar si eliminaba la barca del lejano Drina, donde todas las miserias y desdichas se juntaban y depositaban sin cesar, si unía con un puente las orillas abruptas y las aguas pérfidas entre ellas, si reunía los dos extremos del camino que allí se cortaba, y así ligaba para siempre y con seguridad Bosnia con Oriente, el lugar de su nacimiento con los lugares de su vida. Así fue él el primero que en un momento, tras los párpados cerrados, contempló la silueta firme y grácil del gran puente de piedra que debería alzarse en aquel punto.

Ya ese mismo año, por orden del visir y a sus expensas, comenzó la construcción del gran puente sobre el Drina. Duró cinco años. Esa época tuvo que ser extraordinariamente viva e importante para la *kasaba* y toda la provincia, llena de cambios, de acontecimientos grandes y pequeños. Pero por extraño que parezca en la ciudad, que durante siglos recordaba y contaba cualquier suceso y en especial los que estaban directamente relacionados con el puente, no se conservaron muchos detalles sobre la ejecución de las obras.

El pueblo recuerda y cuenta lo que puede comprender y lo que consigue transformar en leyenda. El resto pasa a su lado sin dejar huellas profundas, con la indiferencia muda de los fenómenos naturales anónimos, no toca su fantasía y no perdura en su memoria. Esas obras largas y tortuosas fueron

para la población un trabajo de otros con dinero de otros. Sólo cuando el fruto de aquel esfuerzo dio como resultado el gran puente, la gente empezó a acordarse de los pormenores y a adornar el surgimiento de la obra sempiterna, real y hábilmente construida con historias fantasiosas que, a su vez, con gran pericia eran capaces de componer y de recordar por los siglos de los siglos.

III

En la primavera en la que el visir tomó la decisión de construir el puente, llegaron a la *kasaba* sus hombres con una escolta para preparar todo lo necesario para las obras. Eran muchos con caballos, carros, maquinaria de todo tipo y tiendas. Todo esto sembró el miedo y la confusión en la pequeña ciudad y en los pueblos de los alrededores, en especial entre los cristianos.

Al frente de esta tropa se hallaba Abid Agá, el hombre de confianza del visir para llevar a cabo la construcción del puente, y con él, Tosun Efendi, el alarife. (Con anterioridad habían llegado los rumores de que este Abid Agá era un hombre desconsiderado, inclemente y severo más allá de toda medida). En cuanto se instalaron en las tiendas bajo Mejdan, Abid Agá convocó a las autoridades locales y a todos los notables musulmanes para llegar a un acuerdo. Aunque no había mucho que acordar, porque sólo habló uno: Abid Agá. Los allí reunidos se hallaron ante un hombre corpulento, ataviado con ricos ropajes constantinopolitanos, de ojos verdes y la cara de un malsano color rojo, una barba corta herrumbrosa y bigotes extrañamente retorcidos a la manera húngara. El discurso que pronunció ese hombre violento a los presentes los sorprendió aún más que su aspecto.

—Con toda probabilidad los rumores que hablan sobre mí me han precedido, y ya sé que estos rumores no pueden ser buenos ni agradables. Seguramente habéis oído que exijo trabajo y obediencia a todos, que estoy dispuesto a dar de latigazos y a matar a cualquiera que no trabaje como es debido y no obedezca sin objeciones, que no sé lo que significa «imposible» y «no hay», que ante mí se puede perder la cabeza por menos aún, en resumen: que soy un hombre sanguinario y malvado. Quiero deciros que esos rumores no son inventados ni exagerados. Bajo mi tilo ciertamente no

hay sombra. He alcanzado esta fama a lo largo de muchos años de servicio, cumpliendo con lealtad las órdenes del gran visir. En Dios confío para cumplir también esta labor que se me ha encomendado, y cuando el trabajo esté hecho y me vaya de aquí, espero que los rumores que me precedan sean peores y más funestos que los que os han llegado a vosotros.

Después de esta insólita introducción, que todos escucharon en silencio y con los ojos bajos, Abid Agá les explicó que se trataba de una obra de tal magnitud como no tenían ni los países más ricos, que los trabajos durarían cinco, quizá seis años, pero que la voluntad del visir se cumpliría con absoluta precisión y puntualidad.

Luego expuso cuáles eran las primeras necesidades y cuáles serían los preparativos, lo que se esperaba de los turcos del lugar y lo que se le pediría al pueblo llano, a los cristianos.

A su lado estaba sentado Tosun Efendi, un cristiano islamizado, pálido y amarillento, natural de las islas griegas, alarife que había construido muchas fundaciones pías por orden de Mehmed Bajá en Constantinopla. Estaba tranquilo e indiferente, como si no oyera ni entendiera el discurso de Abid Agá. Se miraba las manos y sólo de vez en cuando levantaba la vista. Entonces podían verse sus grandes ojos negros de brillo aterciopelado, bellos ojos miopes de hombre que sólo mira su trabajo y no ve, no siente y no entiende nada más de la vida ni del mundo.

Los hombres salieron confusos y descorazonados de la tienda angosta y sofocante. Sentían cómo les corría el sudor bajo sus caftanes nuevos de ceremonia y cómo el miedo y la preocupación anidaban dentro de cada uno de ellos.

Lo que se abatía ahora sobre la *kasaba* y sobre toda la región era una gran calamidad incomprensible cuyo final no se divisaba. Empezó con la tala del bosque y el transporte de la madera. Se depositaron tantos troncos a ambas orillas del Drina que durante mucho tiempo la gente pensó que el puente sería de madera. Luego siguieron los trabajos de excavación del terreno, la perforación de la orilla rocosa. La mayoría de estas obras las terminaron los lugareños obligados por su condición de siervos. Y a finales de otoño se interrumpieron los trabajos temporalmente con la primera parte de la tarea acabada.

Todo se había hecho bajo la supervisión de Abid Agá y bajo su largo bastón verde, que entró a formar parte de las canciones populares. Porque si observaba que alguien estaba ocioso o no trabajaba como era debido, y lo señalaba con este bastón, los guardias prendían enseguida al infeliz, le daban una paliza allí mismo y después, ensangrentado y desfallecido, le echaban agua y de nuevo lo enviaban al trabajo. Cuando a finales de otoño abandonó la ciudad, Abid Agá reunió otra vez a los notables y autoridades y les dijo que iba a pasar el invierno en otro lugar, pero que su ojo permanecía allí. Todos responderían de lo que sucediera. Si se descubría que las obras habían sufrido el mínimo daño o que faltaba un solo palo de las maderas apiladas, multaría a toda la ciudad. Cuando ellos alegaron que los daños podía causarlos también una inundación, respondió fríamente y sin vacilar que aquélla era su región y aquél su río, y por lo tanto también el perjuicio que éste causara.

Durante todo el invierno los lugareños vigilaron y cuidaron el material y las obras como a la niña de sus ojos. Y en la primavera apareció Abid Agá con Tosun Efendi, pero también llegaron los canteros dálmatas, a los que el pueblo llamaba «maestros romanos». Al principio había alrededor de una treintena. Al frente de todos ellos se hallaba el maestro Antonije, un cristiano de Ulcinj. Era un hombre alto, apuesto, de ojos enormes, mirada audaz, nariz aguileña, pelo castaño que le caía sobre los hombros, vestido señorialmente, a la manera occidental. Su asistente era negro, un negro auténtico, un joven alegre al que la ciudad entera y todos los trabajadores llamaban el Árabe.

Si el año anterior, a juzgar por los montones de troncos, parecía que Abid Agá planeaba levantar un puente de madera, ahora parecía que quería edificar un nuevo Estambul aquí en el Drina. Empezó el acarreo de la piedra desde las canteras abiertas en los montes de Banja, a una hora de camino de la ciudad.

Al año siguiente, junto al embarcadero de Visegrad despuntó una primavera especial. Al lado de todo aquello que germinaba y florecía cada año en esa estación, brotaba de la tierra todo un poblado de cabañas; surgían nuevos caminos y accesos al agua; hormigueaban infinitud de carretas tiradas por bueyes y de arrieros con sus caballos. Los habitantes de Mejdan

y de Okolista contemplaban cómo cada día, cual un campo sembrado, crecía abajo, junto al río, una multitud inquieta de hombres, ganado y material de construcción de toda clase.

En la orilla abrupta trabajaban los maestros canteros. Todo el paraje se tiñó del color amarillento del polvo de la piedra. Y un poco más lejos, en el llano arenoso, los jornaleros locales esfogaban moviéndose harapientos y blancuzcos a través del humo albo que desde el horno de cal se elevaba hacia lo alto. Los caminos se habían llenado de baches por el peso de los carros sobrecargados. La almadía iba y venía todo el día de una orilla a otra trayendo y llevando material a los capataces y a los peones. Chapoteando hasta la cintura en la turbia agua primaveral, unos trabajadores especiales clavaban postes y estacas armando una especie de gavión que debía desviar el curso del agua.

La gente que hasta entonces vivía tranquila en esa pequeña ciudad diseminada por las laderas junto al embarcadero del Drina contempla todo aquello. Y bien estaría si pudiera limitarse a mirar, pero las obras cobran tal volumen y dimensión que atraen a su remolino todo lo vivo y muerto no sólo en la *kasaba* sino también mucho más lejos. Durante el segundo año, el número de trabajadores creció tanto que igualaba al de los habitantes varones en la ciudad. Todos los carros, todos los caballos y bueyes trabajan sólo para el puente. Todo lo que puede moverse y rodar se requisa y acaba bajo el yugo, a veces a cambio de un salario y a veces a la fuerza, según el régimen de servidumbre. Hay más dinero que antes, pero la carestía y la miseria aumentan a más velocidad que el dinero; así, cuando llega a las manos de un hombre, éste ya se ha comido la mitad. Pero a los lugareños, más que la carestía y la penuria, los abruma la agitación, el desorden y la inseguridad que sufre ahora la ciudad como consecuencia del hacinamiento de tantos trabajadores de rincones lejanos. Y pese a la severidad de Abid Agá, son frecuentes las peleas entre los operarios y los hurtos en los huertos y corrales. Las mujeres musulmanas deben taparse la cara incluso cuando salen al patio, porque la mirada de los incontables jornaleros, locales y forasteros, puede llegar de cualquier parte, y los musulmanes de la *kasaba* observan escrupulosamente las reglas del islam, máxime cuando todos son musulmanes recientes y casi no hay ninguno que no recuerde un padre o un

abuelo cristiano. Por todo eso, los viejos manifiestan abiertamente su desaprobación, le vuelven la espalda a esa maraña de peones, animales de tiro, madera, tierra y piedras que se va ampliando y enredando en ambas orillas del embarcadero y que en su constante excavar comienza a alcanzar ya sus callejuelas, sus patios y sus jardines.

Al principio todos estaban muy orgullosos de la gran obra que un visir de su región debía construir. Entonces aún ignoraban lo que veían ahora: que esa gloriosa construcción exigía tanto caos y agitación, tanto esfuerzo y gasto. Está muy bien, piensan ellos, pertenecer a la fe verdadera que domina, muy bien tener un paisano visir en Estambul, y mejor aún imaginar el sólido y caro puente a través del río, pero lo que está sucediendo ahora no se parece a nada. Su ciudad se ha convertido en un infierno, un pandemónium de actividad incomprensible, de humo, polvo, gritos y alboroto. Los años pasan, las obras se amplían y crecen pero no se ve el final ni el sentido. Podrían ser cualquier cosa salvo un puente.

Así piensan los ciudadanos islamizados y a solas reconocen que están hartos y hastiados de la magnificencia, del orgullo y de la gloria futura, y que podían irse al diablo el puente y el visir, y rogaban a Dios para que los liberara de aquella calamidad y les devolviera a ellos y a sus casas la antigua paz y el silencio de su modesta vida junto a la vieja almadía del río.

Los turcos están hartos, pero más lo están los cristianos de toda la comarca de Visegrad, si bien nadie les pregunta nada ni pueden mostrar su descontento. Y ya corre el tercer año que la gente brega en la nueva construcción con su propio trabajo y sus caballos y bueyes. Y no sólo el vulgo del lugar, sino también el de los tres cadiatos vecinos. Los guardias de Abid Agá a caballo capturan a los infieles tanto en el campo como en la ciudad y los llevan a trabajar en el puente. Por lo general los sorprenden mientras duermen y los atrapan como a pollos. Por toda Bosnia los viajeros se aconsejan unos a otros no ir al Drina, porque apresan a cualquiera que vaya por allí sin preguntarle ni quién es ni adónde va, y lo fuerzan a trabajar por lo menos unos días. Los cristianos de la ciudad se libran pagando un soborno. Los mozos de las aldeas lo intentan huyendo al bosque, pero los guardias cogen rehenes en sus casas, a menudo también mujeres en lugar de los jóvenes huidos.

Corre ya el tercer otoño que el pueblo se afana en torno al puente y no hay ningún indicio de que el trabajo prospere y se aproxime el final de semejante calamidad. El otoño avanza; las hojas han caído, los caminos están encharcados por la lluvia, el Drina crecido y turbio, el rastrojal desnudo atestado de cornejas perezosas. Pero Abid Agá no detiene las obras. Al avaro sol de noviembre, los campesinos arrastran madera y piedra, chapotean en la calzada embarrada con los pies descalzos o con las abarcas ensangrentadas, sudan debido al esfuerzo y tiritan por el viento, se ajustan bien las calzas negras llenas de agujeros nuevos y remiendos antiguos y se atan las puntas rasgadas de su única camisa de lino basto renegrida por la lluvia, el barro y el humo, que no se atreven a lavar porque en el agua se desharía en jirones. El bastón verde de Abid Agá pende sobre todos, porque varias veces al día acude tanto a la cantera de Banja como a las obras alrededor del puente. Está rabioso y enfadado con el mundo entero porque los días se acortan y el trabajo no avanza con la rapidez que él querría. Con su pesada pelliza de piel rusa y las botas altas, la cara roja, sube por los andamios de los pilares que ya se elevan sobre el agua, entra en las fraguas, en los depósitos y cabañas de los peones, y los regaña a todos sin excepción, capataces y artesanos a sueldo.

—¡Cortos, los días son cortos, cada vez más cortos! ¡Y vosotros, hijos de perra, os estáis comiendo el pan gratis!

Y da rienda suelta a su cólera como si ellos fueran culpables de que amaneciera tarde y oscureciera temprano. Y al ocaso, al inexorable e inesperado ocaso de Visegrad, cuando los montes escarpados se cierran alrededor de la *kasaba* y la noche cae veloz, pesada y sorda como si fuera la última, la rabia de Abid Agá llega al culmen; y al no tener ya a nadie con quien desahogarse, arremete contra sí mismo y no puede dormir al pensar que hay tanto trabajo sin hacer y tanta gente de brazos cruzados y ociosa. Le rechinan los dientes. Llama a los capataces y calcula cómo al día siguiente podría aprovecharse mejor la jornada y la mano de obra.

Durante ese tiempo, los hombres duermen en las cabañas y en los establos, descansan y recuperan las fuerzas. Pero no todos duermen; ellos también pueden velar cada uno a su modo.

En un establo espacioso y seco arde un fuego en el centro, en realidad las brasas, porque sólo quedan unos tizones que titilan en la penumbra de la estancia. Todo el lugar está repleto de humo y del hedor acre y pesado de la ropa y las abarcas mojadas, y del vapor que exhala una treintena de cuerpos humanos. Todos son siervos, campesinos de los alrededores, chusma rural cristiana. Todos están manchados de barro, empapados, extenuados y preocupados. Los corroe esa servidumbre interminable mientras sus campos en las aldeas esperan en vano a ser arados en otoño. La mayoría de ellos están todavía despiertos. Secan los peales junto al fuego, aseguran las correas de las abarcas, o contemplan sin más las brasas. Entre ellos se halla un montenegrino al que los guardias han capturado en el camino y hace unos días que presta servidumbre, aunque cuenta a todos y demuestra sin cesar que aquello le resulta muy penoso y molesto y que su dignidad no soporta semejante yugo.

Ahora se ha reunido a su alrededor la mayoría de los campesinos despiertos, sobre todo los jóvenes. Del profundo bolsillo del sayo gris saca una guzla, tosca y no más grande que la palma de la mano, y un arco diminuto. Uno de los campesinos sale del establo y monta guardia delante por si se presentara algún turco. Como si lo vieran por primera vez, todos miran al montenegrino y la guzla que desaparece en sus manazas. Él se encorva, apoya la guzla en el regazo y la sujeta con la barbilla, unta la cuerda con resina y sopla el arco; todo rezuma humedad. Y mientras lleva a cabo esas pequeñas maniobras, concienzuda y tranquilamente como si estuviera solo en el mundo, ellos lo miran sin parpadear. Por fin suena la primera nota, aguda e irregular. La agitación aumenta. El montenegrino afina el instrumento y deja salir su voz a través de la nariz acompañando el sonido de la guzla. Todo es armónico y anuncia una historia prodigiosa.

Y en un momento, el montenegrino, después de adaptar la voz a la guzla, echa hacia atrás la cabeza violenta y orgullosamente, en el cuello delgado le sobresale la nuez, su perfil afilado se recorta contra la luz y emite un sonido ahogado y prolongado: «¡Aaaa-aaaaa!», para continuar enseguida con voz clara y exultante:

Bebe vino el zar serbio Stevan

en Prizren, lugar apacible.
A su lado los patriarcas ancianos:
Cuatro son,
y al lado de ellos nueve obispos
y veinte bajás de tres colas[*6],
y en fila según el rango, los señores serbios.
Escancia el vino el copero Mijajlo,
y lo alumbra todo la hermana Kandosija
con las piedras preciosas de su pecho…

Los campesinos se apiñan en torno al guzlar, pero sin hacer el menor ruido; ni se les oye respirar. Todos pestañean asombrados y fascinados. Un escalofrío les recorre la espalda, se yerguen, el pecho hinchado, los ojos brillantes, los dedos de la mano se abren y se crispan, y se tensan los músculos de las mandíbulas. El montenegrino urde y adorna deprisa, cada vez más deprisa, cada vez con más hermosura y audacia, y los siervos, mojados y cansados, embelesados e insensibles ante todo lo demás, siguen la canción como su propio destino más bello y luminoso.

Entre tantos siervos campesinos se hallaba un tal Radisav de Uniste, un pequeño pueblo cercano, más arriba de la *kasaba*. Un hombre bajo, de cara sombría, ojos inquietos, bastante encorvado, caminaba deprisa separando las piernas y balanceando la cabeza y los hombros a izquierda y derecha, a izquierda y derecha, como si sembrara trigo. Ni era tan pobre como parecía ni tan vulgar como fingía. Era de la familia de los Herac, poseían buenos campos y había muchos varones en la casa, pero en los últimos cuarenta años casi todo su pueblo se había convertido al islam, de modo que se habían quedado acorralados y aislados. Y así de pequeño, encorvado y apresurado, este Radisav «sembraba» durante las noches de otoño de un establo a otro, se metía como un punzón entre los campesinos y cuchicheaba con ellos diciendo más o menos:

—Hermanos, ya es demasiado y debemos defendernos. Ya veis que esta obra nos arruinará y nos devorará. También nuestros hijos serán siervos en ella, si es que para entonces existimos. Estamos cavando nuestra fosa y no la de otros. El puente no les hace falta a los pobres ni al pueblo, sino a los

turcos; nosotros ni alzamos ejércitos ni comerciamos, y con la almadía nos sobra. Por eso, unos cuantos hemos decidido ir en plena noche y derruir y destrozar tanto como se pueda de lo que está construido y hacer correr el rumor de que el hada del río derrumba la construcción y no le concede el puente al Drina. Y a ver qué sucede. No tenemos otra posibilidad, pero hay que hacer algo.

Se dejaron oír, como siempre, las voces de los pusilánimes y desconfiados que consideraban que aquélla era una idea estéril porque los turcos poderosos y astutos no iban a cejar en su empeño. Y que mejor era seguir siendo siervos hasta que Dios lo quisiera y no ir de mal en peor. Pero también se dejaron oír las de aquellos que consideraban que cualquier cosa era mejor que seguir cargando con ese fardo, a la espera de que se le cayera a uno del cuerpo el último jirón de ropa y quedarse sin el último adarme de fuerza debido al trabajo pesado y al magro pan de Abid Agá; que era mejor apoyar a cualquiera que pensara que había una salida. Éstos en general eran los jóvenes, pero asimismo había entre ellos hombres serios, casados, padres de familia, que estaban de acuerdo, y sin entusiasmo ni temor dijeron con preocupación:

—Pues vayamos a destruirlo, mejor que se haga él mala sangre antes de que nos la hagamos nosotros. Y si esto no sirve…

Se encogieron de hombros con determinación desesperada.

Y así durante los primeros días del otoño se propaló el rumor, primero entre los jornaleros, luego por la ciudad, de que el hada del río se había inmiscuido en los trabajos del puente, que destruía y desbarataba por la noche lo que se construía de día y que la obra nunca llegaría a su fin. Y, en efecto, al mismo tiempo por la noche empezaron a producirse daños inexplicables en lugares protegidos por los diques e incluso en la labor de albañilería. Las herramientas que hasta el momento los albañiles dejaban en lo alto de los pilares empezados desaparecían y se perdían, y la tierra se desmoronaba en las zanjas ya excavadas.

El rumor de que sería imposible levantar el puente llegó lejos, lo propagaron los turcos y los cristianos y cada vez tenía más visos de convertirse en algo realmente creíble. Los cristianos estaban exultantes, en susurros y de manera sigilosa y apenas perceptible, pero de corazón. Y los

turcos del lugar, que antes miraban con orgullo la construcción del visir, empezaron a guiñar los ojos con desprecio y a rechazarla con la mano. Muchos de los cristianos islamizados que al cambiar de religión no habían hallado lo que esperaban sino que seguían tomando una cena escasa y llevando los codos agujereados, escuchaban y repetían con placer la historia sobre el gran fracaso y encontraban cierta amarga satisfacción en que ni siquiera los visires lograban alcanzar y conseguir todo lo que se proponían. Ya se decía que los maestros extranjeros preparaban la partida y que no habría puente allí donde nunca lo había habido y donde nunca lo habrían tenido que empezar. Y así se urdía y se contaba a los cuatro vientos.

El pueblo inventa historias con facilidad y las divulga deprisa, y la realidad se mezcla y entreteje indivisiblemente con las historias. Los campesinos que por la noche escuchaban al tañedor de guzla contaban que el hada que obstaculizaba las obras le había hecho saber a Abid Agá que no pararía hasta que emparedaran en los cimientos a dos niños, gemelos, hermano y hermana, llamados Stoja y Ostoja. Y muchos juraban que habían visto a los guardias ir por los pueblos buscando a los gemelos. (Los guardias realmente iban de pueblo en pueblo, pero no buscaban a los niños, sino que por orden de Abid Agá espiaban e interrogaban a la gente para enterarse de quiénes eran los desconocidos que destruían el puente).

Tiempo atrás había sucedido que en un pueblo más arriba de Visegrad se había quedado encinta una pobre muchacha muda y simple, que servía en casa ajena, y no quería o no sabía decir quién era el padre. Que una chica, y más en su caso, se quedara embarazada y no se supiera de quién era un suceso raro y nunca visto. El asunto se propagó. Precisamente en aquellos días la joven dio a luz a gemelos en un establo; ambos nacieron muertos. Las mujeres del pueblo la ayudaron en el parto, que fue insólitamente duro, y enseguida enterraron a los niños en un huerto de ciruelos. A los tres días, la chica que no estaba destinada a ser madre se levantó y empezó a buscar a sus hijos por todo el pueblo. En vano le explicaban que los niños habían nacido muertos y los habían enterrado. Para librarse de sus preguntas le dijeron, o más bien le explicaron mediante gestos, que se habían llevado a los niños a la *kasaba*, allí donde los turcos construían el puente. Débil y desesperada, llegó a trompicones a la ciudad y se dedicó a rondar por los

andamios y las obras, a mirar asustada a los ojos de la gente y a preguntar por sus hijos con gruñidos incomprensibles. Los hombres la contemplaban con asombro o la echaban para que no los molestara mientras trabajaban. Al ver que no entendían lo que quería, ella se abría la basta blusa campesina y les mostraba los pechos doloridos e hinchados en los que los pezones empezaban a agrietarse y a sangrar por la leche que brotaba imparable. Nadie sabía cómo ayudarla y explicarle que los niños no estaban emparedados en el puente, porque a las buenas palabras e intentos de convencerla, a los improperios y amenazas, ella se limitaba a balbucear tristemente, y con una mirada afilada y desconfiada examinaba cada rincón. Por fin dejaron de importunarla y le permitieron vagar alrededor de las obras contemplándola con compasión. Los cocineros le daban los restos de las gachas que se habían quemado en el fondo del caldero. La llamaban la Loca Ilinka y la ciudad entera los imitó. El mismo Abid Agá pasaba a su lado sin decir palabra, torcía la cabeza supersticiosamente y ordenaba que le dieran algo. Así continuó viviendo, como una loca inofensiva, junto a las obras y dio lugar a la leyenda de que los turcos habían emparedado a los niños en el puente. Unos la creían, otros no, pero todos la repetían y la transmitían.

Entretanto, en las obras seguían produciéndose daños, unas veces menores, otras mayores, a la par que se extendían los rumores cada vez más insistentes de que las hadas no querían el puente sobre el Drina.

Abid Agá estaba furioso. Le escocía que, pese a su proverbial severidad, la cual cultivaba como especial motivo de orgullo, hubiera alguien que osara emprender acciones contra su obra y sus intenciones. Igualmente le repugnaba aquel pueblo, tanto los musulmanes como los cristianos, lento y torpe en el trabajo, pero rápido para la socarronería y el desprecio, y tan competente a la hora de encontrar una palabra irónica y destructiva para todo lo que no entendía ni era capaz de hacer. Colocó centinelas en ambas orillas del río. Entonces cesaron los daños fuera del agua pero continuaron dentro. Sólo en las noches de luna llena no sucedía nada. A Abid Agá, que no creía en las hadas, le bastó esto para convencerse de que el hada no era invisible y de que no llegaba de las alturas. Durante mucho tiempo no había podido ni querido creer a los que le decían que se trataba de artimañas

campesinas, pero ahora se había persuadido de que así era, lo que le ponía más furioso aún. Pero al mismo tiempo sabía bien que debía mantener la calma y ocultar su ira si quería parar los pies y capturar al malhechor y atajar de manera rápida y definitiva las historias de hadas que propugnaban la interrupción de las obras del puente, pues podían resultar peligrosas. Llamó al comandante de la guardia, un hombre pálido y enfermizo natural de Pljevlja que había crecido en Constantinopla.

Ambos hombres se repelían instintivamente y se atraían y se enfrentaban al mismo tiempo. Porque entre ellos se entretejían y se agitaban sin cesar sentimientos incomprensibles de odio, repugnancia, miedo y desconfianza. Abid Agá, que no era afable ni cortés con nadie, manifestaba contra ese pálido cristiano renegado una aversión abierta. Todo lo que hacía o decía enfurecía a Abid Agá y le inducía a regañarlo y humillarlo. Y cuanto más se humillaba el hombre y más melifluo y obsequioso se mostraba, mayor era la repulsión que le suscitaba a Abid Agá. Mientras que el comandante de la guardia desde el primer día había sentido un temor supersticioso y terrible ante su superior. Con el tiempo ese miedo se convirtió en una pesadilla tortuosa que no lo abandonaba. Ante cualquier paso o movimiento, y a menudo en sueños, se preguntaba qué diría Abid Agá. En vano se esforzaba por lisonjearlo y complacerlo. Abid Agá acogía todo lo que procedía de él con disgusto. Y ese odio incomprensible frenaba y confundía al guardia, que se volvía más rígido y torpe, convencido de que por culpa de Abid Agá un día perdería no sólo el pan y el cargo, sino también la cabeza. Por eso vivía en perpetua agitación, pasando de la depresión mortal a un celo febril y cruel. En ese momento estaba pálido y agarrotado delante de Abid Agá mientras le oía decir con voz sofocada por la ira:

—Escucha, cabeza hueca, tú te entiendes con esos porqueros, conoces su lengua y sus artimañas y, sin embargo, no eres capaz de encontrar a esa canalla que se ha levantado para arruinar la obra del visir. Y eso es porque también tú eres un canalla, aunque más lo es el que te haya nombrado oficial y jefe, y todavía no se ha presentado nadie que te dé tu merecido. Pero si no lo han hecho otros, lo haré yo. Que sepas que te aplastaré como a una pulga y no quedará de ti nada, ni siquiera la sombra del más pequeño

tallo de hierba. Si dentro de tres días no han cesado los ataques contra las obras, si no has arrestado al que los comete ni acallado los alocados rumores sobre las hadas y el abandono de los trabajos, te empalaré vivo sobre el andamio más alto para que todos te vean, se mueran de miedo al verte y entren en razón. Te lo juro por mi vida y por mi fe, sobre la que no se jura en vano. Hoy es jueves, tienes hasta el domingo. Y ahora vete al diablo que te ha traído ante mí. ¡Largo! ¡Fuera de mi vista!

El de Pljevlja no necesitaba el juramento de Abid Agá para creerle, porque hasta en sueños temblaba ante su voz y su mirada. Salió presa de uno de sus crispados ataques de pánico y se entregó al trabajo con desesperación. Reunió a todos sus hombres y, pasando de golpe del agarrotamiento mortal a una cólera alocada, empezó a increparles.

—¡Cegatos, parásitos! —gritaba como si lo estuvieran empalando vivo; y pegando la cara a la de cada uno de los guardias—: ¿Así es como se vigilan y se cuidan las propiedades del sultán? Cuando hay que ir al puchero, bien acudís prestos y diligentes, pero cuando se trata del trabajo, los pies se os enredan y se os paraliza el cerebro. Y yo mientras tanto me muero de vergüenza. Pero se acabó el haraganear conmigo. Enteraos bien, haré una carnicería de guardias en los andamios. Ni uno solo de vosotros conservará la cabeza si dentro de dos días no se ha puesto punto final a este desastre arrestando y exterminando a los bandidos. Dos días de vida os quedan, os lo juro por mi fe sobre el Corán.

Y así gritó durante un buen rato y, por fin, sin saber qué más podía decirles ni con qué amenazarlos, escupió a los guardias, a uno tras otro. Pero cuando se desahogó liberándose de la tensión que le causaba el miedo y la descargó en forma de cólera, se puso manos a la obra con una energía desesperada. Pasó la noche haciendo la ronda con los guardias por las orillas. En un momento les pareció oír que algo golpeaba contra la parte del andamio que estaba dentro del río y hacia allí corrieron. Oyeron que alguien arrancaba una tabla, una piedra que caía al agua, y cuando llegaron al lugar se encontraron con los andamios partidos y el muro derruido, pero ni rastro de los culpables. Ante ese vacío espectral, los guardias temblaban tanto por la humedad nocturna como por el temor supersticioso. Se llamaban, escudriñaban la oscuridad, agitaban las antorchas encendidas, pero todo era

en vano. Se había vuelto a producir un destrozo, pero no se había atrapado ni matado a los culpables, como si en verdad fueran seres invisibles.

A la noche siguiente el comandante de la guardia preparó mejor la emboscada. Apostó a varios hombres en ambas orillas. Cuando cayó la oscuridad, distribuyó a los demás guardias entre los andamios hasta llegar al más lejano, y él mismo con dos más aguardó en una barca que, oculto por las sombras, había llevado hasta la margen izquierda. Desde ahí, con unos cuantos golpes de remo pudieron situarse junto a uno de los dos pilares empezados, de modo que podrían lanzarse sobre el malhechor desde los dos lados para que no se les escapara, a no ser que fuera un ser alado o acuático.

El comandante de la guardia pasó toda aquella noche larga y gélida en la barca, tapado con pieles de oveja y torturado por los pensamientos más negros, dándole vueltas sin cesar a la idea de que Abid Agá podía cumplir su amenaza y arrebatarle la vida que, por otro lado, junto a semejante superior no era vida, sino miedo y pesar. Sin embargo, a lo largo de la construcción no se oyó el más mínimo ruido, salvo el chapoteo y el rumor del agua invisible. Y así amaneció, y con todo el cuerpo agarrotado sintió que la vida se le oscurecía y acortaba.

A la noche siguiente, la tercera y última, la misma vigilancia, la misma distribución, el mismo acecho asustado. Pasó la medianoche. Una indiferencia mortal embargó al jefe de la guardia. Entonces se oyó un leve chapoteo y luego, más fuerte, un golpe sordo contra las vigas de roble clavadas en el fondo del río sobre las que descansaban los andamios. Del mismo punto surgió un silbido agudo. Pero la barca de la guardia ya se dirigía hacia allí. De pie, erguido, él escrutaba la oscuridad, agitaba los brazos y gritaba con voz ronca.

—¡Rema, rema! ¡Vamos, con más brío!

Los hombres, aún somnolientos, remaban vigorosamente, pero la fuerte corriente los atrapó más pronto de lo necesario. En lugar de aproximarse a los andamios prosiguieron río abajo sin poder evitarlo, y los habría llevado muy lejos si algo inesperado no los hubiera detenido.

Allí en el centro del rápido, donde no había ni vigas ni andamios, la barca chocó contra un pesado obstáculo de madera y resonó sordamente. Esto los paró. Sólo entonces vislumbraron que arriba, en los andamios, sus

hombres luchaban con alguien. Los soldados, todos hijos de cristianos del lugar islamizados, gritaban a la vez, y en la oscuridad se entrecruzaban sus gritos entrecortados e incomprensibles:

—¡Aguanta, no lo sueltes!

—Kahriman, por aquí.

—¡Soy yo, yo!

Entre los gritos se oyó cómo un objeto pesado o un cuerpo humano caía al agua.

Durante unos instantes el comandante de la guardia no supo dónde estaba ni qué sucedía, pero en cuanto se recobró se sirvió de una larga pértiga dotada de un gancho de hierro para apartarse de la madera contra la que había chocado y empujar la barca hacia el andamio. Cuando llegó a las vigas de roble, envalentonado, gritó a voz en cuello:

—Las antorchas, encended las antorchas. Dadme una cuerda.

No obtuvo respuesta. Al final, después del griterío en el que nadie oía ni entendía a nadie, se encendieron en lo alto unas tenues y tímidas luces. El primer resplandor confundió más los ojos y mezcló en un agitado torbellino objetos y personas con sus sombras y los reflejos en el agua. Pero otra mano encendió una tea. La luz se estabilizó y la gente empezó a recobrar la calma y a reconocerse. Enseguida la situación se aclaró.

Entre la barca de los guardias y el andamio había una pequeña balsa de no más de tres maderos; solo en la parte delantera había un remo, una auténtica pala de balsa, más corta y ligera. La balsa estaba amarrada con una cuerda de ramas de avellano a una de las vigas de roble debajo de los andamios y se mantenía contra la corriente que rompía intentando arrastrarla con fuerza río abajo. Los guardias del andamio ayudaron a su comandante a pasar a la balsa y a ascender hasta el lugar donde se encontraban. Todos jadeaban y estaban alterados. En las tablas yacía atado un campesino cristiano. Su pecho se elevaba rápida y violentamente, y las pupilas, girando en las órbitas, mostraban una esclerótica terrible.

El mayor de los cuatro guardias explicó agitado a su jefe que vigilaban ocultos en diversos lugares de los andamios. Y cuando oyeron el remo en la oscuridad pensaron que era la barca de sus compañeros, pero fueron lo suficientemente astutos como para no abrir la boca y esperar a ver lo que

sucedía. Entonces vieron a dos campesinos acercarse a las vigas y atar la balsa con esfuerzo. Los dejaron encaramarse, y cuando estuvieron a su alcance los atacaron con las hachas martillo, los abatieron y los maniataron. Al que se había desmayado por el golpe en la cabeza lo ataron fácilmente, pero el otro primero se hizo el muerto y luego se deslizó como un pez y cayó al agua entre las tablas.

En este punto el guardia calló, y su jefe empezó a gritar:

—¿Quién lo ha dejado escapar? Decídmelo, porque de lo contrario os cortaré a todos en pedazos.

Los hombres callaban y parpadeaban ante la rojiza luz danzante mientras su superior se daba la vuelta buscándolo en la oscuridad, insultándolos como nunca lo había hecho de día. Pero de pronto se sobresaltó, se inclinó sobre el campesino atado como sobre un valiosísimo tesoro y, temblando, empezó a mascullar entre dientes con una voz queda y llorosa:

—¡Cuidad a éste, cuidadlo bien! ¡Ay de vosotros, hijos de puta, si lo dejáis escapar os juro que os quedáis sin cabeza!

Los guardias se agitaron alrededor del campesino; desde la orilla, a través del andamio, llegaron otros dos. El jefe daba órdenes, exigiendo que apretaran más las cuerdas y lo sujetaran con más fuerza. Así, como si fuera un cadáver, lo trasladaron lenta y cautamente a la orilla seguidos de su comandante, que no miraba ni dónde pisaba ni apartaba la vista del prisionero. Y con cada paso tenía la sensación de que crecía y empezaba a vivir.

En la ribera comenzaron a encenderse y a flamear más antorchas. Llevaron al campesino capturado a una de las cabañas de los trabajadores, donde habían encendido un fuego, y lo ataron al poste con una soga y las cadenas que le habían quitado a la olla que colgaba sobre el hogar.

Se trataba de Radisav de Uniste en persona.

El jefe de la guardia se había tranquilizado un poco, no gritaba ni blasfemaba, pero no podía estarse quieto. Envió a los guardias a registrar la orilla en busca del aldeano que había saltado al agua, aunque estaba claro que con semejante noche oscura, si no se había ahogado, nadie podría encontrarlo ni apresarlo. Seguía dando diversas órdenes, entraba, salía, y de

nuevo entraba, ebrio de ansiedad. Empezó a interrogar al prisionero, pero luego lo dejó. En general, todo lo que hacía tenía como fin aplacar y ocultar su inquietud, porque en realidad sólo pensaba en una cosa: la llegada de Abid Agá. Y no tuvo que esperar mucho.

Después de dormir el primer sueño, Abid Agá, según su costumbre, se despertó pasada la medianoche y, no pudiendo volver a dormirse, se puso de pie ante la ventana a contemplar las tinieblas. De día, desde la galería de su casa en Bikavac divisaba el valle fluvial y las obras con las cabañas, los molinos, los establos y todo aquel terreno excavado y abarrotado a su alrededor. Ahora, en la oscuridad, no podía más que adivinar todo aquello y pensaba con amargura en la lentitud y dificultad con que se desarrollaban los trabajos y en que un día esto tendría que llegar a los oídos del visir. Ya se encargaría alguien de ello. Si no otro, ahí estaba ese lampiño, frío y socarrón Tosun Efendi. Y entonces podía suceder que cayera en desgracia ante el visir. Y eso le impedía dormir, y si se dormía su sueño era agitado. Sólo de pensarlo, la comida se le atragantaba, la gente le resultaba odiosa, la vida detestable. La desgracia significaba estar alejado del visir, la risión de los enemigos (¡no, eso no!), no ser nadie ni nada, un desecho, chusma, no sólo para los demás, sino para sí mismo. Significaba perder los bienes duramente adquiridos o, si los conservaba, consumirlos a hurtadillas, lejos de Estambul, en el exilio, en una oscura provincia, olvidado, insignificante, ridículo, miserable. ¡No, eso sí que no! Mejor no ver el sol ni respirar el aire. Cien veces mejor sería entonces no ser nadie y no poseer nada. Ea, éste era el pensamiento que lo obsesionaba y que varias veces al día le hacía subir la sangre a la cabeza, sin llegar a desaparecer nunca, sino que anidaba como un negro poso en su interior. Eso sería para él la desgracia, y la desgracia era posible cualquier día y a cualquier hora, porque todo contribuía a ello, sólo él trabajaba en dirección opuesta y se defendía; es decir, él contra todo y contra todos. Y eso llevaba durando ya quince años, cuando había alcanzado prestigio e influencia, cuando el visir le había confiado grandes e importantes empresas. ¿Quién podía soportarlo? ¿Quién podía dormir tranquilo?

Aunque era una fría y húmeda noche de otoño, Abid Agá abrió la ventana y atisbó la oscuridad, porque le parecía que se ahogaba en la

estancia cerrada. Entonces observó que en los andamios y en la orilla se encendían y se movían las luces. Cuando vio que cada vez había más, pensó que ocurría algo insólito, se vistió y despertó a su criado. Así llegó al establo iluminado justo en el momento en el que el jefe de los guardias ya no sabía qué más juramentos lanzar, a quién ordenar, ni qué hacer en general para abreviar el tiempo.

La inesperada presencia de Abid Agá lo desconcertó. Tanto deseaba este momento que cuando llegó no fue capaz de aprovecharlo como había imaginado. El nerviosismo le hacía tartamudear y se olvidó del campesino atado. Abid Agá se limitó a mirar con desprecio por encima de su cabeza y enseguida se dirigió al preso.

En el establo atizaban el fuego, de modo que incluso el rincón más lejano estaba iluminado, y los guardias no dejaban de echar nuevas astillas.

Abid Agá se erguía delante del campesino maniatado, al que sobrepasaba con mucho en altura. Estaba tranquilo y ensimismado. Todos esperaban sus palabras mientras él pensaba: «He aquí con quién me las tengo que ver, contra quién debo batirme, de quién depende mi posición y mi destino, de este despreciable idiota renegado de Pljevlja, y de la incomprensible maldad y obstinación pertinaz de este pérfido infiel». Pero entonces se repuso y empezó a dar órdenes y a interrogar al campesino.

El establo se llenó de guardias, en el exterior se oían las voces de los capataces y de los jornaleros despiertos. Abid Agá hacía las preguntas a través del comandante.

Radisav primero afirmó que él y otro joven habían decidido huir y que por eso habían preparado la pequeña balsa y descendido por el río. Cuando le demostraron lo absurdo de su afirmación, porque en la noche oscura era imposible navegar por el río turbulento, lleno de remolinos, rocas y bancos de arena, y porque los que quieren huir no suben a los andamios ni destruyen el trabajo, él calló y sólo dijo iracundo:

—¡Todo está en vuestras manos, haced lo que sepáis!

—Ahora verás lo que sabemos hacer —dijo vehemente Abid Agá.

Los guardias libraron al campesino de las cadenas y le descubrieron el pecho. Arrojaron las cadenas al fuego llameante y aguardaron. Como las cadenas estaban tiznadas, todos tenían las manos sucias y por todas partes,

por el campesino medio desnudo y por ellos mismos, iban dejando manchas negras. Cuando las cadenas estuvieron casi al rojo vivo, Merdzan el Gitano se acercó y con unas tenazas largas las cogió por un extremo, mientras uno de los guardias las sujetaba del mismo modo por el otro.

El comandante de la guardia traducía las palabras de Abid Agá.

—Vamos, ahora dinos toda la verdad.

—¿Qué voy a deciros? Vosotros lo podéis todo, así que todo lo sabéis.

Los dos hombres trajeron las cadenas y las enrollaron alrededor del ancho torso velludo del campesino. El pelo quemado empezó a chisporrotear. La boca de Radisav se contrajo, se le hincharon las venas del cuello, se le salieron las costillas y los músculos del abdomen se le tensaron y agitaron como cuando un hombre vomita. Gemía de dolor, tiraba de las sogas que lo ataban y en vano se revolvía y pugnaba por disminuir el contacto del cuerpo con el hierro candente. Parpadeaba y se le saltaban las lágrimas. Apartaron las cadenas.

—Esto es sólo el principio. ¿No sería mejor que hablaras sin sufrir tanto?

El campesino resopló con fuerza a través de la nariz, pero guardó silencio.

—¡Habla! ¿Quién estaba contigo?

—Se llamaba Jovan, y no conozco ni su casa ni su pueblo.

Trajeron de nuevo las cadenas, el vello y la piel quemada chisporrotearon. Tosiendo por el humo y revolviéndose de dolor, el campesino empezó a hablar entrecortadamente.

Sólo ellos dos se habían puesto de acuerdo para destruir la obra del puente. Así pensaban que debía hacerse y así lo hicieron. Nadie más lo sabía ni había participado. Al principio llegaban desde la orilla, desde diversos puntos, y les había salido bien, pero cuando se dieron cuenta de que la vigilancia estaba en los andamios y en la ribera idearon hacer una balsa de tres maderos y así acercarse inadvertidamente a la construcción desde el río. Eso había ocurrido tres días atrás. La primera noche faltó poco para que los apresaran. A duras penas escaparon. Por eso a la noche siguiente no salieron. Pero cuando esta noche lo habían vuelto a intentar con la balsa, sucedió lo que ya sabían.

—Esto es todo. Así ocurrió y eso fue lo que hicimos, y ahora haced lo que debáis.

—Ah, no, no va a ser tan fácil. Dinos quién os convenció para hacerlo. Porque lo que has sufrido hasta ahora no será nada en comparación con lo que te espera.

—¡Haced lo que os venga en gana!

Entonces se acercó Merdzan, el herrero, con las tenazas. Se agachó junto al hombre y comenzó a arrancarle las uñas de los pies descalzos. El campesino callaba con los dientes apretados, pero un extraño temblor que, incluso así amarrado, le sacudió el cuerpo hasta la cintura reveló que el dolor debía de ser grande e insólito. De pronto empezó a farfullar frases imprecisas. El comandante de la guardia que acechaba sus palabras y gestos esperaba ansioso cualquier confesión, hizo una señal con la mano al Gitano para que se detuviera y enseguida saltó:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Nada. Digo que perdéis el tiempo y me hacéis sufrir inútilmente.

—¡Vamos, dinos quién te ha animado a hacerlo!

—Pero ¿quién me va a animar? ¡El diablo!

—¿El diablo?

—El diablo, pues claro, el mismo que os ha animado a venir aquí a construir el puente.

El campesino hablaba bajito, pero con firmeza y determinación.

¡Diablo! Extraña palabra, dicha tan amargamente en posición tan insólita. ¡El diablo! Podría ser, pensaba el de Pljevlja, de pie, con la cabeza baja, como si el prisionero lo escuchara a él y no al revés. Esa única palabra lo afectó en un punto sensible y reavivó en él de repente las preocupaciones y temores con toda su fuerza e intensidad, como si no se hubieran desvanecido al capturar al culpable. Quizá todo eso, junto con Abid Agá y la construcción del puente, y ese campesino loco, no era más que obra del diablo. ¡El diablo! Quizá era el único al que había que temer. Experimentó un escalofrío y un sobresalto. En realidad lo sobrecogió la voz atronadora y enfadada de Abid Agá.

—¿Qué sucede? ¿Te estás durmiendo, granuja? —gritaba Abid Agá, golpeándose la caña de la bota derecha con el corto látigo de cuero.

El gitano estaba arrodillado, con las tenazas en las manos, mirando asustado y sumiso, con ojos negros y brillantes, a la figura imponente de Abid Agá. Los guardias atizaban el fuego, que por lo demás llameaba. Toda la estancia resplandecía, cálida y solemne. En general, el espacio, que al oscurecer era un edificio pobre y humilde, se había agrandado de pronto, se había ampliado y transformado. En el establo y a su alrededor reinaba una tensión majestuosa y un silencio especial, como suele suceder en los lugares en los que se hace justicia a la fuerza, se tortura a un hombre u ocurren sucesos fatídicos. Abid Agá, el comandante de la guardia y el prisionero se movían y hablaban como actores, y el resto de los presentes caminaba de puntillas, con los ojos bajos, sin decir nada que no fuera necesario, y aun así en susurros. Todos deseaban en su fuero interno no estar allí ni hacer aquel trabajo, pero como eso era imposible, todos acallaban sus palabras y reducían sus movimientos para al menos de este modo estar lejos de todo.

Al ver que el interrogatorio iba despacio y no prometía frutos, Abid Agá salió del establo con gesto impaciente y blasfemando a voz en cuello. Detrás corrió el comandante y tras éste los guardias.

Fuera amanecía. Aún no había aparecido el sol, pero el horizonte ya clareaba. Hundidas entre las montañas se divisaban las nubes, estiradas en largos cinturones de un violeta apagado, y entre ellas el cielo claro y despejado, de un color casi verde. Sobre la tierra húmeda reposaban desparramados montones de niebla baja, entre los que asomaban las copas de árboles frutales, con escasas hojas ya amarillentas. Golpeándose siempre la bota con el látigo, Abid Agá daba órdenes: que se continuara con el interrogatorio al culpable, sobre todo respecto a los cómplices, pero que no lo torturaran demasiado para que siguiera con vida; que se dispusiera todo lo necesario para que al mediodía se lo empalara vivo, en lo más alto del último andamio, para que así lo viera la ciudad entera y todos los trabajadores en ambas orillas del río; que Merdzan preparara las cosas y el pregonero pregonara por el arrabal que al mediodía, en el puente, el pueblo podría ver lo que les sucedía a aquellos que obstaculizaban la construcción, y que allí, en una ribera u otra, debía reunirse toda la población masculina, turcos e infieles, desde los niños hasta los ancianos.

El día que alboreaba era domingo. Los domingos se trabajaba como durante el resto de la semana, pero aquella mañana incluso los capataces estaban distraídos. En cuanto salió el sol corrió la noticia sobre la captura del culpable, la tortura y la ejecución que tendría lugar al mediodía. El talante quedo y solemne del establo se extendió a todo el terreno alrededor de las obras. Los siervos trabajaban en silencio, evitando mirarse unos a otros a los ojos y cada uno dedicado a la labor que tenía ante sí como si fuera el principio y el fin del mundo.

Una hora antes del mediodía se reunieron los vecinos, la mayoría turcos, en una pequeña meseta cerca del puente.

Los niños se encaramaron a los grandes bloques de piedra sin tallar que allí había. Los trabajadores se amontonaron en torno a las largas y estrechas tablas en las que se repartía el rancho que les permitía sobrevivir. Masticando en silencio y aterrados, miraban a su alrededor. Un poco después apareció Abid Agá escoltado por Tosun Efendi, el maestro Antonije y algunos notables turcos. Todos se situaron en una loma seca entre el puente y el establo en el que se hallaba el condenado. Abid Agá fue una vez más hasta allí para que le anunciaran que todo estaba dispuesto: la estaca de roble, de unos cuatro *arsin*[*3] de largo, muy afilada, con la punta guarnecida de hierro muy fina y punzante y todo el palo bien untado con sebo; en los andamios ya se habían clavado los postes entre los que se encajaría y se fijaría con herrajes la estaca, y también estaba la maza de madera para empalar, sogas y todo lo demás.

El jefe de los guardias corría de acá para allá conmocionado, la cara terrosa y los ojos enrojecidos. Tampoco ahora podía sostener la mirada inflamada de Abid Agá.

—Óyeme, tú, si no salen las cosas a la perfección y me dejas en ridículo delante de la gente, ni se te ocurra presentarte ante mí, ni tú ni ese gitano de mierda, os ahogaré en el río como a una camada de cachorritos recién nacidos.

Y luego se volvió al tembloroso gitano y añadió en un tono más suave:

—Seis groses por el trabajo y seis más si permanece con vida hasta el anochecer. Así que tú verás.

La voz afilada y clara del imán llegó de la mezquita más importante de la ciudad. La multitud reunida se agitó y unos instantes después se abrió la puerta del establo. Diez guardias formaron en dos filas, cinco a cada lado. Entre ellos estaba Radisav, descalzo y con la cabeza descubierta; rápido y encorvado como siempre, pero sin «sembrar» al caminar, sino andando con un paso menudo y extraño, casi saltando sobre los pies mutilados y con agujeros sanguinolentos en lugar de uñas; a cuestas llevaba una estaca larga blanca y afilada. Detrás iba Merdzan con dos gitanos más que lo ayudarían a ejecutar la condena. De repente, apareció el comandante de la guardia a lomos de su caballo bayo y se puso al frente de la comitiva que debía atravesar un máximo de cien pasos hasta el primer andamio.

La gente estiró el cuello y se puso de puntillas para ver al hombre que había organizado la conjura, la resistencia y la destrucción de las obras. A todos les causó asombro el aspecto mísero e insignificante de ese individuo que habían imaginado completamente distinto. Por supuesto, ninguno sabía por qué saltaba de una manera tan irrisoria, casi sin posar los pies en el suelo, ni ninguno veía las quemaduras de las cadenas que le rodeaban el pecho como grandes cinturones y encima de las cuales le habían puesto una camisa y un sayo. Por eso a todos les parecía demasiado vulgar y miserable para haber llevado a cabo la empresa por la que se le llevaba al cadalso. Sólo la estaca larga y blanca dotaba a toda la escena de una dimensión escalofriante y atraía todas las miradas.

Cuando llegaron al lugar donde comenzaban los trabajos de excavación del suelo en la orilla, el comandante de la guardia desmontó y, con un gesto exagerado y ceremonioso, entregó las riendas a su criado, que se perdió con los demás por el camino abrupto que descendía hacia el agua. Un poco después la concurrencia pudo verlos subir lenta y cautelosamente en el mismo orden por los andamios. En los angostos pasos de vigas y tablones los guardias rodeaban y estrechaban el cerco alrededor de Radisav para evitar que saltara al río. Así fueron avanzando despacio y ascendiendo hasta llegar a lo más alto. Allí, sobre el agua, había una plataforma del tamaño de una habitación mediana. En ese espacio, como en un escenario elevado, se situaron Radisav, el comandante de la guardia y los tres gitanos; el resto de los guardias se dispersó por los andamios.

La multitud en la explanada se removía y cambiaba de posición. Cien pasos los separaban de las tablas, por lo que podían ver a cada hombre, cada gesto, pero no podían oír una palabra ni distinguir los detalles. La gente y los trabajadores de la orilla izquierda, que estaban tres veces más lejos, se agitaban y se estiraban más aún para ver y oír mejor. Pero no se podía oír nada y lo que se podía ver al principio parecía muy simple y poco interesante, y, sin embargo, al final fue algo tan terrible que todos volvieron la cabeza y muchos se fueron a casa rápidamente, arrepentidos de haber acudido.

Cuando le ordenaron a Radisav que se tumbara, él vaciló por un instante, y luego, sin mirar a los gitanos ni a los guardias, como si no existieran, se acercó al comandante y, de manera un tanto confidencial, como si fuera un allegado suyo, le dijo con voz baja y ronca:

—Escucha, por este mundo y por el que te espera, haz una buena obra y rematame de un solo golpe para que no sufra como un perro.

El de Pljevlja se estremeció y le gritó como si estuviera defendiéndose de esa manera demasiado íntima de hablar:

—¡Largo, infiel! ¡Tanto fanfarronear con que vas a destruir los bienes del sultán, y ahora gimoteas como una mujer! Se hará como se ha ordenado y como te has merecido.

Radisav bajó la cabeza más aún, y los gitanos se le acercaron y empezaron a quitarle el sayo y la camisa. En el pecho aparecieron las heridas de las cadenas enrojecidas y cubiertas de ampollas. Sin decir nada más, el campesino se tumbó como le habían ordenado, con la cara vuelta hacia el suelo. Los gitanos le ataron primero las manos a la espalda, y luego le pasaron una cuerda alrededor de cada tobillo. Tiraron cada uno hacia su lado y le separaron mucho las piernas. Entretanto, Merdzan colocó la estaca sobre dos pequeños tocones, de modo que la punta quedara entre las piernas del campesino. Luego se sacó del cinturón un cuchillo corto y ancho, se arrodilló delante del condenado tendido y se inclinó sobre él para cortar la tela de las calzas entre las piernas y ampliar el agujero a través del cual entraría la estaca en el cuerpo. Esa parte, la más terrible del trabajo del verdugo, por suerte era invisible para los espectadores. Sólo se veía cómo el cuerpo tembloroso, debido al breve e imperceptible pinchazo del cuchillo,

se elevaba hasta la cintura como si fuera a levantarse y volvía a caer enseguida y a chocar sordamente contra las tablas. En cuanto hubo terminado, el Gitano se incorporó, recogió la maza de madera del suelo y empezó a golpear con ella el extremo romo de la estaca, con toques ligeros y comedidos. Entre un mazazo y otro se detenía un rato y observaba primero el cuerpo en el que introducía la estaca y luego a los otros dos gitanos, advirtiéndolos de que tiraran despacio y a la vez. El cuerpo dislocado del campesino se convulsionaba de forma instintiva; a cada golpe de maza, la columna vertebral se le doblaba y encorvaba, pero las cuerdas lo tensaban y enderezaban. El silencio en las dos orillas era tal que se distinguía cada golpe y su eco en algún lugar del ribazo escarpado. Los que estaban más cerca podían oír cómo la frente del hombre chocaba contra la tabla y luego otro ruido extraño. Pero no era ni un lamento ni un gemido ni un estertor, ni siquiera una voz humana, sino el cuerpo entero tensado y torturado que emitía un chirrido y un crujido como cuando se pisotea una empalizada o se derriba un árbol. Después de cada golpe, el Gitano se inclinaba sobre el cuerpo tumbado, examinaba si la estaca iba por buen camino, y cuando se convencía de que no había lastimado ningún órgano vital, retornaba a su faena.

Todo esto apenas se oía y menos aún se veía desde la orilla, pero a los concurrentes les temblaban las piernas, tenían la cara pálida y los dedos de las manos helados.

En un momento, el golpeteo cesó. Merdzan había visto que en el hombro derecho del condenado los músculos se estiraban y la piel se elevaba. Se acercó raudo e hizo una incisión en forma de cruz en ese punto hinchado. Manó una sangre pálida, primero escasa y luego con más y más fuerza. Otros dos o tres golpes, leves y cautos, y en el corte empezó a asomar la punta de hierro de la estaca. Todavía dio unos cuantos mazazos más hasta que la punta llegó a la altura de la oreja derecha. El hombre estaba empalado como un cordero en un espetón, con la diferencia de que la punta no le salía por la boca sino por la espalda y ninguna víscera, ni el corazón ni los pulmones, habían resultado malheridos. Entonces Merdzan dejó la maza y se aproximó. Contempló el cuerpo inmóvil, evitando la sangre que goteaba por los puntos donde la estaca había entrado y salido,

formando pequeños charcos en las tablas. Los otros dos gitanos dieron la vuelta al cuerpo rígido y empezaron a atarle las piernas al extremo inferior de la estaca. Entretanto, Merdzan miraba si el hombre estaba vivo y observaba con atención la cara que de pronto se había inflado, agrandándose y ensanchándose. Los ojos inquietos estaban abiertos de par en par, pero los párpados no se movían, la boca desencajada y los labios rígidos en un gesto crispado; entre ellos blanqueaban los dientes apretados. El hombre ya no podía controlar los músculos de la cara, que parecía una máscara. Pero el corazón latía roncamente y los pulmones funcionaban con una respiración corta y acelerada. Los dos gitanos se aplicaron para alzarlo como a un carnero en el asador. Merdzan les gritaba que tuvieran cuidado y no zarandearan el cuerpo; terminó por ayudarlos él mismo. Introdujeron la parte inferior más gruesa de la estaca entre las dos vigas y la clavaron con grandes clavos; luego, por detrás, a la misma altura, la apuntalaron con un listón corto que también clavaron en la estaca y en la viga del andamio.

Cuando acabaron, los gitanos se apartaron y se unieron a los guardias, y en ese espacio vacío quedó solo, a más de dos *arsin* de altura, el hombre empalado, recto, desnudo hasta la cintura. Desde lejos sólo se presentía que lo atravesaba la estaca a la que tenía las piernas atadas por los tobillos y las manos a la espalda. Por eso al pueblo le parecía una estatua que flotaba en el aire en el borde del andamio, muy alto sobre el río.

En ambas orillas, un rumor atravesó la muchedumbre, que se movió en oleada. Algunos bajaron la vista y otros se encaminaron a sus casas deprisa, sin volver la cabeza. La mayoría contemplaba muda aquella figura humana, expuesta en el espacio, en una posición antinatural y rígida. El miedo les paralizaba las entrañas y tenían las piernas entumecidas, no podían moverse ni apartar la mirada de la escena. Y entre esa multitud asustada vagaba la Loca Ilinka; buscaba los ojos de la gente, esforzándose por captar la mirada y descubrir en ella dónde se hallaban sus hijos sacrificados y enterrados.

Entonces, el comandante, Merdzan y dos guardias volvieron a acercarse al reo y lo observaron de cerca. A lo largo de la estaca corría un débil hilo de sangre. El hombre estaba vivo y consciente. Sus costados subían y bajaban, las venas del cuello latían, y las pupilas giraban en sus ojos

despacio pero sin cesar. A través de los dientes apretados surgía un gruñido prolongado en el que a duras penas se distinguían algunas palabras:

—Turcos, turcos… —mascullaba el empalado—, turcos, ojalá reventéis como perros en el puente…, ojalá muráis como perros… —Los gitanos recogieron sus herramientas y todos, junto con el comandante y los guardias, se dirigieron a la orilla a través del andamio. La multitud retrocedió ante ellos y empezó a dispersarse. Sólo los niños desde los bloques de piedra y desde los árboles desnudos esperaban algo más y, sin saber cuándo llegaba el final ni cuándo era bastante, aguardaban para ver lo que sucedería con aquel extraño hombre que flotaba sobre el agua como si se hubiera parado en medio de un salto.

El comandante se acercó a Abid Agá y le anunció que todo se había hecho bien y con exactitud y que el condenado seguía vivo y tenía todo el aspecto de resistir bastante porque ningún órgano vital estaba lastimado. Abid Agá no le respondió ni lo miró, se limitó a hacer un gesto con la mano para que le trajeran el caballo y empezó a despedirse de Tosun Efendi y del maestro Antonije. Todos se desperdigaron. Se oía al pregonero que gritaba en el bazar contando la sentencia ejecutada y el castigo igual o peor que esperaba a cualquiera que hiciera lo mismo.

El comandante de la guardia vacilaba en la explanada, que se había quedado desierta repentinamente. El criado sujetaba al caballo y los guardias esperaban órdenes. Sentía que debía decir algo, pero no podía, debido a la virulenta agitación que empezaba a crecer en su fuero interno, a tensarlo, como si fuera a volar. Ahora era consciente de todo aquello en lo que antes, ocupado con la tarea de la ejecución, no podía pensar. Ahora recordó las amenazas de Abid Agá de que lo empalaría vivo si no lograba atrapar al culpable. Había evitado ese horror, pero por un pelo, en el último momento. El tipo del andamio había trabajado con todas sus fuerzas, por la noche, pérfidamente, para que eso ocurriera. Pero menos mal que había sucedido lo contrario. Le bastaba mirar al hombre, todavía vivo, amarrado y dominando el río, para que lo colmara el horror y cierta alegría dolorosa por haber evitado semejante destino, y porque su cuerpo estaba intacto, libre, y se movía. Estos pensamientos hicieron que un agradable y cálido cosquilleo le recorriera desde el pecho hasta las piernas pasando por los brazos y

empujándolo a sacudirse, a reír y a hablar, como para convencerse a sí mismo de que estaba sano, de que podía moverse con libertad, charlar y reírse a carcajadas, cantar si quisiera, y no tenía que gruñir desde la estaca maldiciones infructuosas, esperando la muerte como la única fortuna que aún podía acaecerle. Los brazos se agitaban solos, las piernas solas danzaban, la boca se abría sola dejando escapar una risa crispada, y las palabras solas fluían como un torrente:

—Ja, ja, ja, Radisav, hada del monte, ¿por qué te has quedado tan tieso? ¿Por qué no socavas el puente? ¿Por qué gruñes y resuellas? ¡Canta, hada, vamos! ¡Baila!

Los guardias, sorprendidos y desconcertados, veían a su comandante danzar con los brazos extendidos y cómo, según cantaba y resoplaba, lo ahogaban la risa, las palabras extrañas y una espuma blanca que asomaba cada vez en mayor abundancia en las comisuras de los labios. Incluso su caballo bayo le lanzaba miradas amedrentadas a hurtadillas.

IV

Todos los que en una y otra orilla habían presenciado la ejecución de la condena propagaron rumores terribles en la ciudad y en los alrededores. Un miedo indescriptible había anidado en los ciudadanos y en los jornaleros. Lenta y gradualmente penetraba en la conciencia de la gente la total certidumbre de lo que había sucedido ahí mismo durante un corto día de noviembre. Todas las conversaciones se centraban en el hombre que allá arriba, sobre los andamios, aún estaba vivo en la estaca. Todos se prometían en su fuero interno no hablar de ello, pero ¿de qué servía, si el pensamiento tornaba sin cesar a él y la vista se desviaba hacia aquel lado?

Los aldeanos que llegaban de Banja, cargando piedra en carretas de bueyes, bajaban la vista y advertían con dulzura a sus animales para que se apresuraran. Los trabajadores en las orillas y andamios se hablaban durante la faena con voz ahogada y sólo lo preciso. Los mismos capataces con varas de avellano en la mano estaban más tranquilos y sosegados. Los canteros dálmatas trabajaban de espaldas al puente, pálidos, con las mandíbulas apretadas, y golpeaban iracundos el cincel que en el silencio general resonaba como el picoteo de una bandada de pájaros carpinteros.

Pronto cayó la noche y los jornaleros se precipitaron a sus alojamientos, con el deseo de estar lo más lejos posible de los andamios. Ya antes de que fuera noche cerrada, Merdzan y uno de los criados de confianza de Abid Agá volvieron a subir al lugar donde estaba Radisav y constataron sin sombra de duda que, cuatro horas después de haber sido empalado, el condenado todavía seguía vivo y consciente. Presa de la fiebre, las pupilas giraban en sus ojos con lentitud y dificultad, y cuando abajo vio al Gitano

empezó a gemir más fuerte. A través de este gemido con el que el alma se le iba sólo se entendían algunas palabras:

—Turcos… Turcos… El puente.

Satisfechos, regresaron a la casa de Abid Agá en Bikavac, contándole a todo el que encontraban que el reo estaba vivo; que rechinaba los dientes y hablaba desde la estaca alto y claro, había esperanza de que viviera hasta el mediodía siguiente. También estaba satisfecho Abid Agá, y ordenó que se le pagara a Merdzan la recompensa prometida.

Esa noche, en la *kasaba* y alrededor del puente todos se durmieron atemorizados. En realidad durmió el que pudo, pero hubo muchos que no lograron conciliar el sueño.

Al día siguiente amaneció un soleado domingo de noviembre. Ni en las obras ni en toda la villa había ojos que no se dirigieran a aquella maraña de vigas y tablas sobre el agua, donde en el último extremo, como en la proa de un barco, destacaba el hombre empalado, erguido y solitario. Y muchos que al despertarse pensaban que lo que había sucedido el día anterior a los ojos de todos en el puente lo habían soñado, ahora se detenían y sin parpadear miraban cómo su sueño tortuoso se prolongaba y duraba, real, al sol.

Entre los jornaleros reinaba el mismo silencio del día anterior, repleto de contrición y amargura. En la ciudad, el mismo murmullo y desconcierto. Merdzan y el criado de Abid Agá volvieron a subir a los andamios, rodearon al condenado y luego comentaron algo entre ellos, levantaron la cabeza y contemplaron la cara del campesino; en un momento, Merdzan le tiró de las calzas. Ya por la forma en la que bajaron a la orilla y pasaron callados entre los trabajadores, todos se dieron cuenta de que el reo había expirado, y todos los serbios sintieron una suerte de alivio, como una victoria invisible.

Ahora, más audaces, todos miraban hacia arriba, a los andamios y al condenado. Todos sentían que en su constante lucha y rivalidad con los turcos la balanza se había inclinado hacia su lado: en el platillo, la muerte era la prenda más pesada. Las bocas, hasta ese momento cerradas por el miedo, se abrían solas. Sucios, sudorosos, pálidos y sin afeitar, haciendo rodar con palancas de pino grandes bloques de piedra de Banja, se detenían

por un instante para escupirse en las palmas de las manos y con voz ahogada decirse uno a otro:

—¡Qué Dios lo perdone y se apiade de él!

—¡Un mártir! ¡Pobres de nosotros!

—¿Acaso no ves que se ha sacrificado? ¡Es un santo, hombre, un santo!

Y todos miraban por el rabillo del ojo apreciando al difunto, que se mantenía erguido como si marchara al frente de una tropa. En lo alto, él ya no le parecía a nadie terrible ni triste. Al contrario, ahora veían con claridad cuánto se había destacado y elevado. No pisaba el suelo, no se sujetaba con las manos, no nadaba, no volaba; tenía el centro de gravedad en sí mismo; libre de las ataduras y cargas terrenales, no sufría; ya nadie podía hacerle nada, tampoco un fusil o un sable, ni los malos pensamientos ni las palabras humanas ni los juicios turcos. Así, desnudo hasta la cintura, las manos y los pies atados, erguido, la cabeza echada hacia atrás contra la estaca, esa figura no se parecía tanto a un cuerpo humano que crece y se descompone como a una estatua muy elevada, sólida y eterna que quedaría allí para siempre.

Los siervos se daban la vuelta para santiguarse a escondidas.

En Mejdan, las mujeres corrían a través de los patios para hablar entre ellas en susurros durante un par de minutos y llorar juntas, y regresaban a casa raudas para que no se les quemara el almuerzo. Una encendió una lamparilla de aceite, y enseguida en todas las casas ardieron lamparillas en las esquinas de las habitaciones. Los niños, en ese ambiente solemne, parpadeaban mirando el brillo de la llama y, escuchando antiguas frases incomprensibles y entrecortadas («Defiéndenos, Señor, y sálvanos», «¡Ay, qué mártir, Dios lo habrá acogido en su seno como si hubiera construido la iglesia más grande!», «Ayúdanos, tú, nuestro único Dios, aplasta al enemigo y no permitas que reine durante muchos años»), preguntaban infatigables qué era un mártir, quién construía una iglesia y dónde. Y sobre todo eran los muchachos los más curiosos. Pero las madres los calmaban:

—¡Calla, corazón mío! ¡Calla y haz caso a tu madre, mientras vivas guárdate de los malditos turcos!

Antes de que la oscuridad cayera por segunda vez, Abid Agá volvió a visitar las obras y, satisfecho por el efecto de ese terrible ejemplo, ordenó que bajaran al campesino de los andamios:

—¡Arrojad el perro a los perros!

Esa noche que descendía precipitadamente, húmeda y tibia como noche de primavera, hubo rumores y una agitación incomprensible entre los trabajadores. Incluso los que antes no querían ni oír hablar de destrucción ni de resistencia, ahora estaban dispuestos a dar mucho y a hacer todo. El empalado se había convertido en una preocupación general y en un asunto sagrado. Unos cuantos centenares de hombres abrumados, impulsados por el instinto, la fuerza de la compasión y las tradiciones seculares, bulleron y, sin pensárselo, se unieron en el empeño de llegar hasta el cadáver del mártir, sustraerlo a la profanación y darle sepultura cristiana. Entre susurros y cautas deliberaciones por las cabañas y los establos, los siervos reunieron la importante suma de siete groses con los que sobornar a Merdzan. Para llevar a cabo esta tarea eligieron a los tres hombres más hábiles, que lograron ponerse en contacto con el verdugo. Empapados y cansados por el trabajo, los tres campesinos negocian indirectamente, con lentitud y astucia. El ceño fruncido, rascándose la cabeza y balbuceando adrede, el campesino más viejo le dice al gitano:

—Ea, ya terminó todo. Era el destino y así sea. Pero, en fin, ya sabes, es un ser humano, una criatura de Dios, y, en fin, no estaría bien que lo devoraran las fieras y los perros lo descuartizaran.

Merdzan, que barrunta un buen negocio, se defiende con más tristeza que insistencia.

—¡Ay, ay! No me digáis nada. Me podéis poner en un gran aprieto. No os podéis imaginar qué lince es Abid Agá.

El campesino, pesaroso y ceñudo, piensa en su fuero interno: «Es un gitano, una criatura sin fe ni alma, no se le puede suplicar ni hablar de honor, ni fiarse de él aunque jure por lo más sagrado», mientras en la mano derecha, metida en el bolsillo poco profundo del sayo, aprieta los siete groses.

—Pues claro, ya lo sé. Sabemos, en fin, que tampoco tú lo tienes fácil. Pero no saldrás mal parado. Ea, aquí tienes cuatro groses, a tu salud los hemos reunido, y digamos que es bastante.

—¡Ay, ay! Más aprecio mi vida que todos los tesoros del mundo. Y Abid Agá no me dejaría vivo, porque ése lo ve todo incluso cuando duerme.

¡Ay, me muero sólo de pensarlo!

—Quien dice cuatro dice cinco. Todo puede conseguirse —continúa el campesino, sin hacer caso a los lamentos del gitano.

—No, no, no puedo, y se acabó.

—Mira, a ti te han ordenado que tires ese… *cuerpo*, en fin, como… a los perros, y tú lo tirarás, y lo que pase después con él no es asunto tuyo, ni nadie te preguntará. Y bueno, entonces, en fin, nosotros cogeríamos ese… *cuerpo* y lo enterraríamos según nuestra ley, pero a escondidas, en fin, sin que nadie lo sepa. Y tú, al día siguiente, en fin, dirás que los perros, en fin, descuartizaron ese… *cuerpo*. Y sanseacabó, y tú tendrás lo tuyo.

El campesino hablaba prudente y reflexivamente, sólo que con la palabra «cuerpo» se atascaba con extraño azoramiento.

—¡Pero cómo voy a arriesgar la vida por cinco groses! ¡No, no, nooo!

—¡Por seis! —añadió con calma el campesino.

Entonces el gitano se enderezó, extendió los brazos, se puso serio, adoptando la expresión de conmovedora sinceridad que sólo son capaces de manifestar las personas que no distinguen entre la verdad y la mentira, se colocó delante del labriego como si fuera el condenado y el otro el verdugo.

—Sea, que me vaya la vida en ello, si ése es el destino que debo correr, y que mi gitana se quede viuda y mis hijos huérfanos: Dadme siete groses, y llevaos el muerto, pero que nadie os vea ni nadie se entere.

El campesino meneó la cabeza, lamentando profundamente tener que darle a ese canalla hasta la última moneda. Como si hubiera mirado dentro de su mano apretada.

Entonces se pusieron de acuerdo, en las líneas generales y en los detalles: cuando lo descolgara de los andamios, Merdzan llevaría el cadáver a la orilla izquierda y con la primera oscuridad lo arrojaría al pedregal junto al camino, para que lo vieran los hombres de Abid Agá y los transeúntes. Y entre los matorrales, un poco más alejados, estarían escondidos los tres campesinos. Y en cuanto la noche avanzara, cogerían el cadáver, se lo llevarían y lo enterrarían, pero en un lugar oculto y sin huellas visibles, de modo que pareciera absolutamente creíble que los perros durante la noche lo habían despedazado y devorado. Tres groses se daban como anticipo y cuatro al día siguiente, una vez terminado el trabajo.

Y esa misma noche, todo se hizo según lo convenido.

Con el crepúsculo, Merdzan trasladó el cadáver y lo arrojó a la orilla bajo el camino. (No se parecía al cuerpo que habían visto durante dos días, sacando pecho y erguido en la estaca; volvía a ser el viejo Radisav, menudo y encorvado, pero sin sangre y sin vida). Y enseguida regresó junto a sus hombres, por el andamio, a la otra orilla, a la *kasaba*. Los campesinos esperaron en los matorrales. Todavía pasó un trabajador o un turco rezagado que volvía a casa, después de lo cual, el lugar se sumió en la calma y en las sombras. Empezaron a llegar los perros sin casa ni amo, grandes, sarnosos, hambrientos y asustados. Ocultos entre los arbustos, los campesinos les tiraron piedras y los dispersaron, y ellos huyeron con el rabo entre las piernas, pero sólo a una veintena de pasos del cadáver, acechando desde allí a ver lo que sucedía. En la oscuridad se distinguían sus ojos ardientes y brillantes. Cuando ya era evidente que reinaba la noche y no había probabilidades de que alguien apareciera, los hombres salieron de su escondite, con un pico y una pala. Pusieron una encima de otra las dos tablas que también llevaban y al muerto sobre ellas, y así lo transportaron por la pendiente. En una depresión que habían formado las aguas de primavera y de otoño al precipitarse desde las colinas hacia el Drina, apartaron los cantos que rodaban por allí como un arroyo seco inagotable y cavaron una tumba muy profunda, deprisa, en silencio, sin palabras ni ruido. En la tumba acomodaron el cuerpo rígido y frío. El campesino más viejo saltó a la fosa, golpeó varias veces con cuidado el pedernal contra el eslabón y encendió primero la yesca y luego el pabilo de una delgada y retorcida vela de cera, protegiéndola con ambas manos; después la hincó en la tierra por encima de la cabeza del difunto e hizo la señal de la cruz tres veces deprisa diciendo algo en voz alta. Los otros dos que estaban arriba en la oscuridad también se santiguaron. El campesino por fin hizo un gesto con la mano sobre el muerto como si lo rociara con un vino invisible y repitió contrito y en susurros:

—Acoge entre los santos, Cristo, el alma de tu siervo.

Continuó susurrando otras palabras inconexas e incomprensibles, pero piadosas, solemnes y graves, de modo que los dos hombres de arriba seguían santiguándose. Y cuando calló, le tendieron las dos tablas, que él

colocó cubriendo el cadáver a modo de tejado, inclinadas y apoyadas una en otra por el vértice. Se santiguó una vez más, apagó la vela y salió de la fosa. Entonces, cautelosa y lentamente, se pusieron a echar tierra encima, apisonándola bien, para que no quedara un túmulo sobre la tumba y, cuando terminaron, volvieron a extender los cantos, como un arroyo, sobre la tierra fresca recién removida, hicieron la señal de la cruz una vez más y regresaron dando un rodeo para salir al camino lo más lejos posible de la sepultura.

Todavía esa misma noche empezó a caer una lluvia densa y silenciosa, sin viento, y la mañana amaneció cargada de una niebla lechosa y una humedad tibia que inundaba todo el valle fluvial. Por cierto resplandor blanco que tan pronto aumentaba como disminuía se notaba que en algún lugar el sol se batía con las nieblas que no podía atravesar. Reinaba una atmósfera sofocada y espectral, nueva y extraña. La gente surgía de repente de la niebla e igual de precipitadamente se perdía en ella. Con semejante tiempo, por la mañana muy temprano pasó por el bazar un carro en el que dos guardias escoltaban al que hasta el día anterior había sido su comandante.

Desde que dos días atrás, en un acceso de entusiasmo por estar vivo y no empalado, había empezado a danzar delante de todos, no se había sosegado. Le bailaban todos los músculos, no paraba en un mismo sitio y lo atormentaba la necesidad imperiosa de convencerse y mostrar a los demás que estaba sano y salvo y podía moverse. De vez en cuando se acordaba de Abid Agá (ése era el punto que ensombrecía su alegría) y de improviso caía en un pesado estado de ensimismamiento durante el cual, no obstante, en su interior se iban acumulando nuevas fuerzas que lo impulsaban de manera inexorable a moverse y retorcerse como si estuviera rabioso. Así, se levantaba y empezaba a bailar de nuevo, abriendo los brazos, haciendo crujir los nudillos y contoneándose como una bayadera, demostrando con gestos cada vez más vivos y contundentes que no estaba empalado, a la par que jadeaba siguiendo el ritmo:

—Eso, eso… y también puedo esto y aquello y esto… y eso.

No quería comer nada, e interrumpía de repente cualquier conversación que empezaba y pasaba a bailar repitiendo infantilmente:

—Eso, y mira esto… y esto y aquello.

Cuando por fin la noche anterior se habían atrevido a decirle a Abid Agá lo que estaba pasando con el comandante de la guardia, él dijo fría y concisamente:

—Llevaos a ese chalado a Pljevlja y que lo tengan atado en su casa para que no ande por ahí haciendo el tonto. Nunca sirvió para este trabajo.

Y así lo hicieron. Pero como el comandante no podía estarse quieto, sus guardias tuvieron que atarlo en el carro en el que iba sentado. Él lloraba y se defendía, y mientras podía mover una parte del cuerpo, se sacudía y gritaba su ya conocido «Eso, eso». Finalmente tuvieron que atarle las piernas y las manos y llevarlo en el carro rígido como un saco de trigo envuelto en cuerdas. Pero cuando se dio cuenta de que no podía moverse, empezó a imaginarse que iban a empalarlo; se retorcía y se resistía con gritos desesperados:

—¡A mí no, a mí no! ¡Al hada, al hada tenéis que atrapar! ¡No, Abid Agá!

Desde las últimas casas, a la salida de la ciudad, corrían los vecinos alarmados por el alboroto, pero el carro con los soldados y el enfermo se perdió enseguida por el camino de Dobrun en la densa niebla a través de la cual se intuía el sol.

Esa partida inesperada y triste del comandante de la guardia sirvió para meter aún más miedo en el cuerpo a la población. Se empezó a murmurar que el campesino condenado era inocente y que el comandante lo tenía sobre su conciencia. Entre los serbios en Mejdan, las mujeres contaban que las hadas habían enterrado el cuerpo del infeliz Radisav bajo los Riscos de Butko y que por la noche una intensa luz descendía desde el cielo hasta su tumba: miles y miles de velas encendidas que flameaban y titilaban en una larga hilera desde el firmamento hasta la tierra. Las veían a través de las lágrimas.

Se contaban y se creían muchas cosas, pero el miedo era más fuerte que todo lo demás. Así que el trabajo en el puente continuó a gran velocidad y sin interrupciones ni obstáculos, y habría seguido si no fuera porque a principios de diciembre se presentó un frío atroz contra el que el poder de Abid Agá nada podía hacer.

Durante la primera mitad del mes cayeron unas heladas y tormentas de nieve como hacía años no se recordaban. La piedra se suelda con la tierra, la madera se resquebraja. Una nieve menuda cristalina cubre todos los objetos, las herramientas y las cabañas enteras; al día siguiente un viento caprichoso se la lleva a otra parte y cubre otros paisajes. El trabajo cesa por sí mismo y el miedo a Abid Agá se debilita para desvanecerse por completo. Abid Agá aún intenta afrontarlo unos días, pero al final cede. Licencia a los trabajadores y para las obras. Con la peor de las ventiscas montó a caballo y se fue con sus hombres. El mismo día se fue tras él Tosun Efendi en un trineo rural lleno de paja y de mantas, y el maestro Antonije en dirección contraria. Y todo el campamento de siervos se desperdiga por los pueblos y los profundos valles, desaparece imperceptible e inadvertidamente como el agua que la tierra absorbe. Queda la construcción como un juguete abandonado.

Antes de partir, Abid Agá volvió a convocar a los notables turcos del lugar. Estaba abatido en su impotencia iracunda. Y al igual que el año anterior, les dijo que lo dejaba todo en sus manos y bajo su responsabilidad.

—Yo me voy, pero mi ojo se queda. Y tened mucho cuidado: mejor es que cortéis veinte cabezas desobedientes que uno solo de los clavos del sultán se pierda. En cuanto despunte la primavera, estaré de nuevo aquí y pediré cuentas a todo el mundo.

Los notables se lo prometieron todo, igual que el año anterior, y se fueron a sus casas, preocupados y arrebujados en sus sayos, chalecos y bufanda, agradeciendo a Dios en su interior que hubiera creado el invierno y las ventiscas, poniendo así al menos con su poder un límite al de los poderosos.

Y cuando despuntó la primavera, no vino Abid Agá, sino un nuevo hombre de confianza del visir, Arif Bey, junto con Tosun Efendi. A Abid Agá le había sucedido lo que él tanto temía. Alguien, alguien que lo sabía bien y lo había vivido todo de cerca, había hecho llegar al visir datos precisos y exhaustivos sobre su gestión en el puente de Visegrad. Se había informado al visir con exactitud de que durante aquellos dos años cada día habían trabajado entre doscientos y trescientos siervos sin salario alguno, y a menudo alimentándose con su propia comida, mientras Abid Agá se

quedaba con el dinero del visir. (Se hizo incluso el cálculo de la suma de la que se había apropiado). Como suele suceder con frecuencia, ocultaba su deshonestidad haciendo gala de gran celo y severidad exagerada, de modo que el pueblo de toda la región, no sólo los infieles sino también los turcos, en lugar de bendecir la gran obra, maldecían el instante en que había empezado y al que la elevaba. Mehmed Bajá, que durante toda su vida había luchado contra el robo y la deslealtad de sus servidores, ordenó al hombre indigno que había gozado de su confianza que devolviera la suma íntegra y que, con el resto de sus bienes y su harén, se trasladara de inmediato a un pequeño lugar de Anatolia y no volviera a oírse nada de él si no deseaba que algo peor le acaeciese.

Dos días después que Arif Bey, llegó el maestro Antonije de Dalmacia con los primeros artesanos. Tosun Efendi le presentó al nuevo enviado del visir. En un resplandeciente y cálido día de abril visitaron las obras y establecieron el orden de los primeros trabajos. Cuando Arif Bey se retiró y se quedaron los dos solos en la orilla, el maestro Antonije observó bien la cara de Tosun Efendi, quien en un día tan soleado estaba encogido y arropado de manera convulsa en un amplio albornoz negro.

—Este hombre es de otra clase. ¡Gracias a Dios! Sólo me pregunto quién ha sido tan hábil y valiente para informar al gran visir y apartar a aquel animal.

Tosun Efendi miró hacia delante y dijo plácidamente:

—No cabe duda, éste es mejor.

—Ha tenido que ser alguien que conoce el trabajo de Abid Agá y que tiene acceso al visir y goza de su confianza.

—Desde luego, desde luego, éste es mejor —respondía Tosun Efendi, sin levantar la vista y arrebujándose aún más en el albornoz.

Así empezó el trabajo bajo la dirección de Arif Bey. En efecto, era un hombre muy diferente. Insólitamente alto, encorvado, lampiño, de pómulos salientes y ojos negros rasgados y risueños. El pueblo enseguida lo apodó Misirbaba, «el hombre sin barba». Sin gritos, sin bastón, sin exabruptos ni esfuerzo evidente, él ordenaba y disponía sonriente y despreocupado, como desde las alturas, pero nada se escapaba a sus ojos atentos. También lo rodeaba una atmósfera de severa meticulosidad para todo lo que era la

voluntad y las órdenes del visir, pero era un hombre tranquilo, sano y honrado, que no tenía nada que temer ni nada que ocultar, por lo que no necesitaba asustar a los demás ni hostigarlos. El trabajo marchaba con la misma rapidez (porque rapidez era lo que el visir deseaba), los errores se castigaban con la misma rigurosidad, pero se acabó la servidumbre gratuita desde el primer día. Todos los trabajadores recibieron un salario y alimentos en forma de harina y sal, y todo iba más deprisa y mejor que en los tiempos de Abid Agá. También desapareció la Loca Ilinka; se perdió en algún pueblo durante el invierno.

La construcción crecía y se ensanchaba.

Entonces se vio que la obra del visir no sería sólo un puente, sino también un *han*, un caravasar en el que los viajeros que llegaban de lejos y tenían que cruzar el puente podrían hallar refugio para sí mismos, sus monturas y sus mercancías si la noche los sorprendía allí. Siguiendo las instrucciones de Arif Bey, empezó la construcción del caravasar. A la entrada del bazar, a doscientos pasos del puente, allí donde comienza la cuesta del camino que llevaba a Mejdan, había una explanada en la que, hasta entonces, los miércoles se celebraba un mercado de ganado. En ese claro empezó la construcción del nuevo *han*. El trabajo avanzaba despacio, pero ya desde el principio podía verse que se trataba de un edificio sólido y suntuoso, pensado a lo grande, sin reparar en medios. La gente no advertía la lenta constancia con la que crecía el caravasar de piedra porque el puente acaparaba toda su atención.

Lo que ahora se construía en el Drina era tan embrollado, todos los trabajos tan complejos y transversales, que los visegradenses ociosos que los contemplaban desde la orilla, como un fenómeno natural, no podían entender el sentido. Se habían levantado nuevos diques y cavado zanjas en diversas direcciones, el río fue dividido y separado en canales y brazos, y trasvasado de un cauce a otro. El maestro Antonije había traído de Dalmacia a los más hábiles cordeleros y había recogido todo el cáñamo, incluso el de distritos vecinos. En talleres especiales, esos artesanos retorcían sogas de una resistencia y de un espesor inusuales. Los carpinteros griegos, siguiendo sus planes y los de Tosun Efendi, construían grandes grúas de madera con torno elevado y las situaban en las balsas, para luego

subir con las sogas los bloques de piedra más pesados y trasladarlos hasta los pilares que surgían en orden del cauce fluvial. Cuatro días duraba el transporte de cada uno de los grandes bloques desde la orilla hasta su ubicación en los cimientos de los pilares del puente.

Al ver todo esto de día en día, de año en año, la gente empezó a perder la cuenta del tiempo y de las intenciones reales del constructor. Les parecía que las obras no sólo no avanzaban, sino que cada vez se complicaban y enredaban más con otros trabajos auxiliares y secundarios, y cuanto más duraba menos se parecía a lo que debía ser. Las personas que no hacen las cosas por sí mismas y no emprenden nada en la vida pierden la paciencia con facilidad e incurren en errores cuando juzgan el trabajo ajeno. Los turcos de Visegrad empezaron de nuevo a encogerse de hombros y a hacer gestos desdeñosos con las manos al hablar del puente. Los cristianos callaban, pero contemplaban la construcción con maliciosos pensamientos secretos y deseaban su fracaso igual que lo deseaban para cualquier empresa turca. En aquella época, el hegúmeno[*19] del monasterio de Banja en Priboj escribió en la última hoja vacía de su breviario: «Sabido es que cuando Mehmed Bajá construía un puente en el Drina, en Visegrad, la opresión de los agarenos se abatió sobre el pueblo cristiano, que fue siervo. Trajeron artesanos del mar. Durante tres años construyeron y gastaron una gran cantidad de dinero. Dividieron en dos y en tres el agua, pero el puente no lograron terminar».

Pasaban los años, se sucedían los veranos y los otoños, los inviernos y las primaveras, los trabajadores y los maestros iban y venían. Todo el Drina estaba abovedado, pero no por el puente, sino por los andamios de madera, que parecían un nudo absurdo e intrincado de vigas y tablas de pino. A uno y otro lado se columpiaban las altas grúas de madera, fijadas en balsas bien amarradas. En ambas orillas del río humeaban hogueras en las que se fundía plomo que se vertía en los orificios de las losas para soldar invisiblemente una piedra a otra.

A finales del tercer año sucedió uno de esos accidentes sin los cuales rara vez culminan las grandes construcciones. Estaban terminando el pilar central, que era un poco más alto y, en la parte superior, más ancho que el resto, porque la *kapija* debía reposar en él. Al transportar uno de los grandes

bloques de piedra surgió un obstáculo. Los jornaleros se amontonaban alrededor de la enorme piedra cuadrangular que, ceñida por gruesas cuerdas, pendía sobre sus cabezas. La grúa no lograba centrarla en su base. El ayudante del maestro Antonije, el Árabe, llegó corriendo y con gritos airados (en esa extraña lengua mixta que a lo largo de los años se había creado entre estas personas de diversos rincones del mundo) empezó a dar órdenes a los que abajo en el agua manejaban la grúa. En ese momento, de forma incomprensible, las cuerdas cedieron y el bloque cayó, primero por un extremo y luego con todo su peso, sobre el alterado Árabe, que no miraba hacia arriba sino hacia abajo, al agua. Por una sorprendente casualidad, la piedra cayó exactamente donde debía, pero en su caída arrastró al Árabe y le aplastó la mitad inferior del cuerpo. Se produjo un alboroto, la confusión, el griterío. Enseguida llegó el maestro Antonije. El joven negro, después del primer desmayo, recobró el sentido; con los dientes apretados, gemía y miraba triste y asustado a los ojos del maestro Antonije. Pálido y cejijunto, éste impartía órdenes para reunir a los trabajadores y que trajeran las herramientas precisas para levantar el bloque de piedra. Pero todo era en vano. El joven empezó a perder sangre a borbotones, la respiración se le cortaba y se le nubló la vista. Al cabo de media hora expiró, aferrando crispado la mano del maestro en la suya.

El entierro del Árabe fue un acontecimiento solemne que se recordó durante mucho tiempo. Todos los musulmanes varones salieron para acompañarlo y dieron varios pasos cargando el féretro, en el que yacía sólo la mitad superior de su joven cuerpo, porque la otra mitad había quedado bajo el bloque de piedra. El maestro Antonije colocó en la tumba una bella estela de la misma piedra con la que se construía el puente. Le había afectado la muerte del muchacho, al que de niño había sacado de la miseria en Ulcinj, donde vivían varias familias de árabes que nadie sabía cómo habían llegado allí. Pero el trabajo no se detuvo ni por un instante.

Ese invierno y el siguiente fueron suaves y se pudo trabajar hasta mediados de diciembre. Comenzaba el quinto año de las obras. El círculo irregular y amplio de maderos, piedra, instrumentos auxiliares y material variado empezaba a reducirse.

En la explanada, junto al camino de Mejdan, ya se alzaba el caravasar nuevo, liberado de los andamios. Era un gran edificio de dos plantas construido con la misma piedra que el puente. Todavía se trabajaba en él por dentro y por fuera, pero ya desde lejos podía verse cuánto sobresalía por su dimensión, armonía de líneas y solidez entre todo lo que se había edificado o imaginado alguna vez en la *kasaba*. Ese inmueble de piedra color amarillento claro con cubierta de teja rojo oscuro y una hilera de ventanas finamente labradas les llegaba a los visegradenses como una cosa suntuosa, increíblemente solemne, que iba a convertirse en una parte integrante de su vida cotidiana. Construido por el visir, parecía que sólo los visires pudieran alojarse en él. Por todos sus ángulos reverberaba una grandeza, un gusto y una opulencia que los desconcertaba.

Al mismo tiempo también la masa amorfa de vigas y listones entrecruzados sobre el río empezaba a desinflarse y a disminuir, y a través de ella se distinguía mejor y con más claridad el verdadero puente de piedra, de hermosa piedra de Banja. Todavía había individuos y grupos enteros de operarios que hacían trabajos que a los ojos de la gente carecían de sentido, como si no guardaran relación con el resto, pero ahora incluso para el último de los vecinos incrédulos estaba claro que todos juntos levantaban un puente según una única idea y un cálculo incontestable que se hallaba detrás de cualquiera de las acciones concretas. Primero aparecieron los ojos más pequeños, los que tenían la luz más pequeña y menos altura y estaban más cerca de la orilla, y luego se fueron revelando uno tras otro, hasta que también el último se liberó de los andamios y se mostró el puente completo sobre once arcos poderosos, perfecto y prodigioso en su belleza, como un paisaje nuevo y extraño para los ojos de los visegradenses.

Rápidos tanto para lo malo como para lo bueno, los habitantes de Visegrad se avergonzaban de sus dudas e incredulidad. Ahora ni siquiera intentaban ocultar su admiración ni podían reprimir su entusiasmo. El paso a través del puente aún no estaba permitido, pero la gente se arremolinaba en ambas orillas, sobre todo en la derecha, donde se encontraba el bazar y la parte más grande de la ciudad, y observaba a los trabajadores, que sí lo cruzaban y pulían la piedra del pretil y los asientos elevados en la *kapija*.

Reunidos allí, los turcos visegradenses contemplan ese trabajo ajeno a expensas ajenas, al que durante cinco largos años habían dado los nombres más variopintos y vaticinado el peor futuro.

—¡Ea!, ¿qué os decía yo? —recalca emocionado y contento un pequeño *hodja*[*20] de Dusce—. Que nada se resistía a la mano del sultán y que esta gente inteligente a la postre erigiría lo que había ideado; y vosotros que no, que no, que no pueden. Hala, ya veis, lo han levantado, y además ¡qué puente y qué hermosura y qué belleza!

Todos le dan la razón aunque nadie, en realidad, se acuerda de que él les dijera eso, y todos saben que juntos habían criticado la construcción y al que la mandaba hacer, pero ahora, de verdad exultantes, no cesan de asombrarse.

—¡Ay, hermanos, qué cosas se hacen en nuestra *kasaba*! Ya ves lo que es el poder y la inteligencia del visir: donde pone el ojo, ahí provecho y progreso.

—Y esto no es nada —añade el *hodja*, alegre y vivaz—, será más hermoso aún. ¿Os dais cuenta de cómo lo almohazan y adornan, como a un caballo para la feria?

Así compiten con expresiones de entusiasmo, buscando palabras de elogio nuevas, más sonoras y bellas. Sólo Ahmed Agá Seta, un rico comerciante de granos, un hombre malhumorado y avaro, sigue contemplando desdeñoso la construcción y a los que la alaban. Alto, amarillento y retorcido, de mirada negra y acerada, labios delgados, como pegados, parpadea bajo el sol de un hermoso día de septiembre y es el único que no reniega de su anterior opinión. (Porque en algunas personas anidan odios sin explicación y envidias que son mayores y más fuertes que todo lo que otras pueden crear e inventar). A los que entusiasmados elogian la grandeza y solidez del puente, diciendo que es más duro que la más resistente de las fortalezas, él les espeta con desprecio:

—Es que todavía no han llegado las inundaciones, las nuestras, las de Visegrad, entonces vais a ver lo que queda de él.

Todos lo rechazan amargados y encomian a los que han trabajado en el puente, y en especial a Arif Bey, que siempre con una sonrisa señorial,

como si jugara, ha llevado adelante semejante obra. Pero Seta está firmemente decidido a no reconocerle nada a nadie.

—Sí, claro, si no hubiera sido por Abid Agá y su bastón verde y su disciplina y su brutalidad, me gustaría saber si éste Misirbaba hubiera sido capaz, con su sonrisa y las manos a la espalda, de acabar el puente.

Indignado por el entusiasmo general, como si fuera una ofensa personal, Seta se va irritado a su tienda a sentarse en su sitio acostumbrado, desde el que no se ve ni el sol ni el puente, ni se oye el clamor ni el ruido de la gente exaltada. Pero Seta era una excepción aislada. La alegría y la exaltación de los ciudadanos crecían y se extendían a los pueblos de alrededor. Los primeros días del mes de octubre, Arif Bey organizó una gran fiesta para celebrar el final de las obras. Ese hombre de costumbres aristocráticas, severidad imperceptible y rara honradez, que había gastado todo el dinero que le habían confiado en aquello para lo que estaba destinado sin quedarse con nada, era para el pueblo la personalidad principal en aquel trabajo. Se hablaba de él más que del propio visir. Así su fiesta resultó suntuosa y brillante.

Los capataces y los trabajadores recibieron regalos en dinero y ropa, y el banquete general, en el que podía participar todo el que quisiera, duró dos días. A la salud del visir se comió, se bebió, se tocó música, se bailó y se cantó; se organizaron carreras de caballos y a pie; se repartió carne y dulces entre los pobres. En la plaza que une el puente con el bazar se cocinó alajú en calderos y todavía caliente se distribuyó entre la población. Los que en *Bayram*[*7] no habían podido comer dulce, ahora comieron. El alajú llegó hasta los pueblos aledaños a la *kasaba*, y todo el que lo probó deseó salud y larga vida al visir y sus obras. Hubo niños que se acercaron al caldero catorce veces, hasta que los cocineros, al reconocerlos, los ahuyentaron a golpe de cazo. Un gitanillo falleció por haberse hartado de alajú caliente.

Estos sucesos se recordaron largo tiempo a la vez que se contaban las historias sobre el origen del puente, máxime cuando, según parece, en los siglos siguientes desaparecieron los visires generosos y los servidores de confianza honrados, y festines como ése se convirtieron en una rareza e incluso llegaron a ser desconocidos, hasta que pasaron a la misma categoría que las leyendas de las hadas o de Stoja y Ostoja y otros prodigios.

Mientras duraron las fiestas, y los primeros días en general, la muchedumbre cruzaba el puente infinidad de veces de una orilla a otra. Los niños corrían de acá para allá, mientras los adultos caminaban despacio, conversando u observando desde cada punto panoramas completamente nuevos que se abrían desde el puente. A los enfermos, los cojos y los paralíticos los llevaban en angarillas, porque nadie quería faltar ni renunciar a tomar parte en ese milagro. Todos y cada uno de los ciudadanos sentían que sus capacidades se habían multiplicado de pronto y que su fuerza se había acrecentado; como si una hazaña fantástica, sobrehumana, se hubiera reducido a la medida de sus posibilidades y en los límites de la vida cotidiana; como si junto a los elementos conocidos hasta entonces, tierra, agua y cielo, se hubiera descubierto de pronto uno más; como si, de repente, con el bendito esfuerzo de alguien, para todo y para todos, se hubiera cumplido uno de los deseos más profundos, el sueño secular del hombre: caminar sobre las aguas y dominar el espacio.

Los chicos turcos empezaron un *kolo* alrededor del caldero de alajú, y siguieron por el puente, porque ahí les parecía volar en vez de pisar la tierra; luego se enroscaron en la *kapija*, donde marcaron el ritmo con los pies sobre las losas nuevas, como si quisieran probar la resistencia del puente. Alrededor de ese corro enroscado de cuerpos jóvenes que saltaban incansables al mismo compás, jugueteaban los críos, corrían entre las piernas danzarinas, como a través de una empalizada móvil, se paraban en el centro del corro, por primera vez en su vida en un puente del que hacía años que se hablaba, y además en la *kapija*, dentro de la cual se decía que estaba encerrado el infeliz Árabe difunto, que por las noches se aparecía como un fantasma. Incluso divirtiéndose con el *kolo* de los jóvenes, se morían de miedo al pensar en el Árabe que ya estando vivo aterrorizaba a todos los niños de la *kasaba*. En ese puente elevado, nuevo e inusitado, les parecía que hacía tiempo que habían dejado a su madre y la casa natal y vagabundeaban por el país de los hombres negros, de construcciones extrañas y juegos insólitos; sentían pavor, pero no podían dejar de pensar en el Árabe ni apartarse del baile en la nueva y extraña *kapija*. Sólo otro prodigio podía atraer su atención.

Un tal Murat, apodado el Mudo, un muchacho simple de una familia de agaes, los Turkovic de Nezuke, al que en la *kasaba* a menudo gastaban bromas, de pronto se encaramó al pretil de piedra del puente. Se oyó el griterío infantil, admirados y asustados los gritos de los mayores, mientras el idiota, como hechizado, con los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, caminaba por las losas estrechas, un pie delante de otro, como si no flotara sobre el agua y las profundidades, sino que estuviera participando en el juego más divertido. Junto a él iba una multitud de niños y ociosos y lo alentaban. Y en el otro extremo del puente lo esperaba su hermano Alí Agá, que le dio de azotes como si fuera un chiquillo.

Muchos siguieron el curso del río hasta Kalata o Mezalin, a media hora de camino, y desde allí observaron el puente, que se destacaba blanco y ligero con sus once ojos de distintos tamaños, como un extraño arabesco sobre el agua verde entre los montes oscuros.

También en aquellos días trajeron una gran placa con una inscripción grabada que empotraron en la *kapija*, en la pared de piedra rojiza que se alzaba a más de tres *arsin* desde el pretil del puente. Durante mucho tiempo la gente se reunía en torno a la inscripción, contemplándola hasta que llegaba un estudioso del Corán o un joven *hafis*[*14] que, con mayor o menor habilidad, por un café o por una raja de sandía, o simplemente por hacer una buena obra, les leía la inscripción como podía y sabía.

Más de cien veces se deletrearon aquellos días los versos de este *tarih* escritos por un tal Badi, poeta de Constantinopla, que mencionaban el nombre y el título de aquél que había construido la obra y el año venturoso 979 según la Héjira y de 1571 según el calendario cristiano, cuando se terminó. Este Badi escribía versos fáciles y sonoros a cambio de buenos dineros, y tenía mucha habilidad para vendérselos a los grandes dignatarios que mandaban erigir o restauraban construcciones importantes. Los que lo conocían (y lo envidiaban un poco) decían burlonamente que la bóveda celeste era la única construcción en la que no había un *tarih* de la pluma de Badi. Sin embargo, pese a las buenas ganancias, él era pobre y un muerto de hambre; en lucha permanente con esa miseria especial que a menudo acompaña a los poetas como una maldición personal que ningún dinero ni recompensa puede paliar.

La escasa instrucción, la cabeza dura y la fantasía viva de nuestro pueblo llevaba a todos los estudiosos de la *kasaba* a leer e interpretar a su manera el *tarih* de Badi en la piedra que, como cualquier texto presentado a la lectura pública, permanecía ahí, eterno en la piedra eterna, para siempre e inexorablemente expuesto a las miradas e interpretaciones de todos los hombres, sabios y locos, bien o malintencionados. Y cada uno de los oyentes memorizaba los versos que mejor respondían a su oído y a su carácter. De modo que lo que allí estaba a la vista del mundo, grabado en la piedra dura, se repetía de boca en boca de diferentes maneras, a menudo transformado y alterado hasta el disparate.

En la piedra ponía:

He aquí a Mehmed Bajá, el mayor entre los sabios y grandes de su tiempo.
Cumplió el voto que había hecho en su corazón, y con su afán
y esfuerzo erigió el puente sobre el río Drina.
Sobre esas aguas profundas y rápida corriente,
sus predecesores nada pudieron construir.
Espero que por gracia divina su obra perdure,
que su vida transcurra colmada de felicidad,
que nunca conozca la tristeza.
Porque durante su existencia empleó el oro y la plata en una obra pía;
nadie puede decir que dilapidó los bienes
que se usaron con tales fines.
Badi, que lo ha visto, cuando terminó la construcción compuso este tarih:
«Que Dios bendiga esta obra, este hermoso y prodigioso puente».

Por fin, el pueblo se hartó de comer, de admirar, de andar de arriba abajo y de escuchar los versos de la inscripción. El milagro de los primeros días había entrado en su vida cotidiana y empezaron a cruzar el puente

apresurados, indiferentes, preocupados, distraídos, igual que el agua rumorosa corría por debajo, como si fuera uno de los innumerables caminos que ellos y su ganado habían apisonado con los pies. Y la placa con la inscripción callaba como cualquier otra piedra.

Ahora el camino de la orilla izquierda del río se unía precisamente con el extremo del camino en la explanada del otro lado. Desaparecieron la almadía negra y carcomida y los almadieros caprichosos. Muy hondo bajo los últimos ojos del puente quedaban el terreno pedregoso y la arena y la orilla escarpada por los que se ascendía y descendía con igual dificultad, y en los que tan penosamente se esperaba y tan en vano se gritaba de uno a otro ribazo. Todo esto, junto con el río impetuoso, se había superado como por arte de magia. Muy alto por encima, los hombres podían caminar como si tuvieran alas, directos de una orilla a otra, a través del puente ancho y largo, sólido y estable como una montaña, y que bajo los cascos de los caballos retumba como si fuera de una sola plancha de piedra.

Desaparecieron también los molinos de madera y las cabañas en las que los viajeros pernoctaban sólo en caso de necesidad. En su lugar se alza el caravasar macizo y suntuoso que acoge a los viajeros, cada día más numerosos. Al *han* se entra por un amplio portón de líneas armoniosas flanqueado por dos grandes ventanas con rejas, pero no de hierro, sino talladas de un solo bloque de piedra arenisca. En el espacioso patio rectangular hay lugar para la mercancía y el equipaje, y por todas partes alrededor se alinean las puertas de treinta y seis habitaciones. Detrás, al pie de la colina, están los establos; para el asombro general, también son de piedra, como si los hubieran construido para las cuadras del sultán. Un caravasar semejante no lo hay de Sarajevo a Adrianópolis. Aquí todos los viajeros pueden quedarse un día y una noche sin tener que pagar ni alojamiento ni fuego ni agua, ni para sí mismos ni para los criados y caballos.

Todo esto, igual que el puente, es una obra pía del gran visir Mehmed Bajá, que hace más de sesenta años nació tras estas montañas en un pueblo en lo alto, Sokolovici, y al que en la infancia, con un tropel de pequeños aldeanos serbios, llevaron como tributo de sangre a Estambul. Los fondos para mantener el caravasar provienen de la fundación pía que Mehmed Bajá

había creado con sus grandes propiedades, conseguidas como botín de guerra en nuevas regiones, en Hungría.

Así que con la construcción del puente y del caravasar desaparecieron, como puede verse, muchas penas e inconvenientes. Quizá habría desaparecido el dolor insólito que el visir se había llevado de niño de la almadía de Visegrad, de Bosnia, esa línea negra, afilada, que de vez en cuando le parte el pecho en dos mitades. Pero Mehmed Bajá no estaba destinado a vivir sin ese dolor ni a disfrutar durante largo tiempo pensando en su obra visegradense. No mucho después de que terminaran los últimos trabajos, justo cuando el caravasar empezó a funcionar y el puente estuvo en boca de medio mundo, Mehmed Bajá sintió una vez más el dolor «de filo negro» en el pecho. Y esa vez fue la última.

Un viernes, cuando entraba con su séquito en la mezquita, se le acercó un derviche loco y harapiento con la mano izquierda extendida pidiendo limosna. El visir se volvió y ordenó a un hombre de su escolta que le diera algo, y el derviche entonces con la mano derecha blandió un pesado cuchillo de carnicero y lo hundió con fuerza entre las costillas del visir. Los hombres de Mehmed Bajá abatieron al derviche. El dignatario y su asesino expiraron en el mismo instante. En las losas grises delante de la mezquita yacieron unos segundos uno junto a otro. El asesino muerto, robusto, rubicundo, con los brazos y las piernas abiertas, como si aún fuera presa del impulso iracundo de su golpe irracional. Y a su lado el gran visir, con su caftán abierto sobre el pecho y el turbante tirado un poco más lejos. Los últimos años de su vida había adelgazado y se había encorvado, su cara se había endurecido y oscurecido. Y ahora, así, con el pecho y la cabeza desnudos, cubierto de sangre, enroscado y hundido en sí mismo, parecía más un campesino decrépito y maltrecho de Sokolovici que un dignatario abatido que hacía apenas un instante había regido el imperio turco.

Transcurrieron meses y meses hasta que llegó a la *kasaba* la noticia de la muerte del visir, y no como un hecho claro y concreto, sino como un rumor sordo que podía o no ser cierto. Porque en el imperio turco no estaba permitido que las malas noticias ni los acontecimientos desgraciados se propalaran y comentaran ni siquiera cuando sucedían en un país vecino, menos aún cuando se trataba de una desgracia propia. Por lo demás, en este

caso nadie estaba interesado en que se hablara largo y tendido de la muerte del gran visir. El partido de sus adversarios, que por fin había logrado derribarlo, se esforzó para que con su solemne funeral quedara enterrado cualquier recuerdo vivo de él. Y los parientes, colaboradores y partidarios de Mehmed Bajá en Estambul no tenían, en su mayoría, nada en contra de que se hablara lo menos posible del gran visir fallecido, porque así aumentaban sus posibilidades de halagar a los nuevos gobernantes y de que se les perdonara su pasado.

Pero las dos bellas construcciones en el Drina empezaron a ejercer su influencia en el tráfico y en las comunicaciones, en la *kasaba* de Visegrad y en los alrededores, y más lejos aún, al margen de los vivos y de los muertos, de los que se levantan y de los que caen. La ciudad empezó rápidamente a bajar de los montes hacia el agua, a ampliarse y desarrollarse y a concentrarse en torno al puente y el caravasar, al que el pueblo bautizó como el *Han* de Piedra.

Así surgió el puente con su *kapija* y se extendió la ciudad a su alrededor. Después de eso, durante más de trescientos años, su papel en el progreso de la villa y su importancia en la vida de los visegradenses fueron tal como los hemos descrito anteriormente. La esencia y el sentido de su existencia parecían residir en su perdurabilidad. Su línea luminosa en el conjunto de la *kasaba* no se modificó, como no se modificó el perfil de las montañas circundantes en el cielo. En la sucesión de cambios y veloz alternancia de generaciones, él continuó invariable como el agua que pasaba por debajo. Naturalmente también envejecía, pero en una escala temporal que es mucho más vasta no sólo que una vida humana, sino también que toda una serie de generaciones, tan vasta que el ojo no puede percibir este envejecimiento. Su vida, aunque mortal por sí misma, semejaba a la eternidad, porque su final era inaccesible.

V

Pasaron los primeros cien años, un tiempo largo y mortal para los hombres y muchas de sus obras, pero imperceptible para las grandes construcciones, bien ideadas y sólidamente fundadas, y el puente con la *kapija* y el caravasar al lado perduraban y cumplían su función como el primer día. Así, habría podido pasar por ellos un segundo siglo, con la sucesión de estaciones y de generaciones, pero las construcciones habrían permanecido inmutables. Sin embargo, lo que el tiempo no pudo, lo consiguieron un cúmulo de circunstancias veleidosas, imprevisibles y remotas.

En esa época, a finales del siglo XVII, en Bosnia se cantaban, decían y musitaban muchas cosas sobre Hungría, que el ejército turco, después de casi doscientos años de ocupación, empezaba a abandonar. Muchos espahíes bosniacos, defendiendo sus posesiones con las armas en el curso de la retirada, dejaron sus huesos en tierra magiar. Podría decirse que éstos tuvieron suerte, porque muchos otros regresaron desnudos como Dios los había traído al mundo a su vieja patria bosniaca, donde los esperaba una tierra rala, una vida de escasez y estrecheces, después de la extensión opulenta y señorial de las grandes posesiones en Hungría. Hasta aquí llegó el eco impreciso y lejano de todo aquello, pero a nadie se le ocurrió pensar que la misma Hungría, tierra de canciones, pudiera tener relación alguna con la vida real y cotidiana de la *kasaba*. Y, sin embargo, así era. Con la retirada turca de Hungría se perdieron y quedaron fuera de las fronteras del imperio, entre otras cosas, la hacienda que alimentaba la fundación pía que mantenía el caravasar de Visegrad.

La población y los viajeros que durante cien años habían usado el caravasar y se habían acostumbrado a él nunca habían pensado en la forma

en que llegaban los fondos que lo mantenían, cómo habían surgido ni cuál era la fuente. Todos lo habían utilizado y aprovechado como un generoso y bendito árbol frutal a la orilla del camino que no es de nadie y es de todos; invocaban maquinalmente «el alma del difunto visir», pero no pensaban que el visir llevaba cien años muerto, ni se preguntaban quién cuidaba y defendía ahora las tierras del sultán y las fundaciones. Quién iba a imaginar que las cosas en el mundo estaban tan relacionadas y que a tanta distancia dependían unas de otras en tal medida. Por eso al principio ni se notó en la *kasaba* que los recursos se habían agotado. Los sirvientes trabajaban y el caravasar recibía a los viajeros como antes. Se creía que el dinero para el mantenimiento se retrasaba, también sucedía anteriormente. Sin embargo, pasaron los meses y los años y el dinero no llegaba. Los mozos de cuadra abandonaron el trabajo. El administrador de la fundación, el *mutevelija*[*33] Daut Hodja Mutevelic (porque la gente llamaba así a estos funcionarios y acababan adoptándolo como apellido incluso una vez terminado el mandato), se dirigió a todas partes, pero no obtuvo respuesta. Los viajeros se servían a sí mismos y limpiaban del caravasar lo más indispensable para sus necesidades y las de su ganado, pero según uno se marchaba así dejaba atrás la basura y el desorden para que otros lo limpiaran y ordenaran, igual que lo había hecho él al encontrarlo sucio y desorganizado. Y siempre detrás de todos quedaba un poco más de suciedad de la que habían hallado.

Daut Hodja hacía todo lo que podía para salvar el caravasar y mantenerlo en uso. Primero gastaba de su bolsillo y luego empezó a endeudarse con sus parientes. Así, de año en año reparaba y recomponía el costoso edificio. A los que le reprochaban que iba a arruinarse cuidando lo que era imposible cuidar, les respondía que invertía bien su dinero, porque se lo prestaba a Dios, y él, como *mutevelija*, debía ser el último en abandonar esta fundación que, al parecer, todos habían abandonado.

Ese hombre sabio, devoto, testarudo y obstinado, al que la *kasaba* recordó durante mucho tiempo, no dejaba que nadie lo apartara de su esfuerzo desesperado. Trabajando fervorosamente, hacía tiempo que se había resignado con la certeza de que nuestro destino en la tierra estaba en la lucha contra el deterioro, la muerte y la desaparición, y que el hombre estaba obligado a perseverar en esa lucha incluso aunque fuera

completamente desesperada. Y sentado delante del caravasar que desaparecía ante sus ojos, él respondía a los que intentaban disuadirlo de continuar o lo compadecían:

—No tenéis que compadeceros de mí. Porque todos morimos una vez y los grandes hombres dos: una cuando desaparecen de la tierra y otra cuando se arruina su obra.

Cuando no pudo seguir pagando a los jornaleros, él mismo, anciano ya, arrancaba las malas hierbas alrededor del caravasar y hacía las pequeñas reparaciones en el edificio. Así lo sorprendió la muerte, un día en que se había subido al tejado para arreglar una teja rota. Era natural que un *hodja* de *kasaba* no pudiera mantener lo que un gran visir había fundado y los acontecimientos históricos condenado a la ruina.

Después de la muerte de Daut Hodja, el caravasar empezó a deteriorarse a toda prisa. Por todas partes aparecieron los primeros signos de decrepitud. Los pozos negros se atascaron y comenzaron a oler mal, el tejado tenía goteras, las ventanas y la puerta dejaban pasar el viento, y la inmundicia y las malas hierbas habían invadido los establos. Por fuera, la perfecta piedra del edificio ofrecía aún el mismo aspecto, calma e indestructible en su belleza. Los ventanales de la planta baja, terminados en arco, con las rejas que, delicadas como el tejido más fino, talladas en piedra blanda del mismo bloque, miraban plácidas al mundo. Y en las ventanas superiores, más sencillas, ya se manifestaban las señales de la miseria, del abandono y del desorden del interior. Poco a poco la gente empezó a evitar el caravasar en la *kasaba* o pernoctaba pagando en la posada de los Ustamujic. Cada vez había menos viajeros en el caravasar, aunque allí el único precio fuera una oración por el alma del visir. Por fin, cuando estuvo claro que no llegaría el dinero y que no había nadie que aceptara la fundación del visir, todos, incluso el nuevo *mutevelija*, abandonaron la preocupación por el edificio, que quedó mudo y solitario, deteriorándose y desmoronándose como todos los edificios en los que no vive nadie y de los que nadie se ocupa. A su alrededor crecían cardos y hierba salvaje. En el tejado empezaron a anidar y a reunirse las cornejas y las grajillas en bandadas graznantes.

Así, antes de tiempo y abandonado de manera inesperada (estas cosas siempre suceden inesperadamente en apariencia), se fue deteriorando y

desmoronando el *Han* de Piedra del visir.

Pero si, debido a circunstancias insólitas, el caravasar no pudo cumplir su destino y se hundió antes de tiempo, el puente, que no necesitaba supervisión ni mantenimiento, permaneció intacto e inmutable, uniendo las orillas separadas y trasladando cargas vivas y muertas, como el primer día de su existencia.

En sus muros anidaban pájaros, en hendiduras invisibles que el tiempo había abierto en la piedra crecían finos manojos de hierba. La piedra porosa amarillenta con la que se había construido el puente se había vuelto más dura y compacta debido a la influencia alterna de la humedad y del calor; eternamente fustigada por el viento que soplaba en las dos direcciones a lo largo del valle fluvial, lavada por las lluvias y secada al calor del sol, esta piedra empalideció con el correr del tiempo, tomando el color blanco apagado del pergamino, y brillaba en la oscuridad como iluminada por dentro. Las grandes y frecuentes inundaciones, que eran una calamidad dura y constante para la *kasaba*, no la afectaban. Se producían cada año en primavera y en otoño, pero no siempre eran igual de peligrosas y fatídicas para la ciudad junto al puente. Todos los años, al menos una o dos veces, el Drina crece y se enturbia y arrastra con gran fragor por los ojos del puente las cercas de los campos arrancadas, troncos abatidos y oscuros sedimentos de hojas y ramas de los bosques ribereños. En la *kasaba*, lo sufren los patios, los huertos y los almacenes más próximos a las casas. Y todo queda ahí. Pero cada veinte o treinta años, a intervalos irregulares, se producen grandes inundaciones que se recuerdan como se recuerdan las revueltas o las guerras y sirven durante mucho tiempo como fecha a partir de la cual se calcula la antigüedad de los edificios y la edad de los hombres. («Cinco o seis años antes de la gran inundación», «durante la gran inundación»).

Después de estas grandes inundaciones poco queda de los bienes muebles en la parte más grande de la *kasaba* que se extiende en el llano, en la lengua arenosa entre el Drina y el Rzav. Semejante riada hace que la ciudad retroceda varios años. La generación afectada pasa el resto de su vida arreglando los desperfectos y desgracias que dejó «la gran inundación». Hasta el final de sus días evocan en sus conversaciones la espeluznante noche otoñal en la que, bajo una lluvia gélida y un viento

infernal, a la luz de los escasos faroles, sacaron el género, cada uno de su tienda, y lo llevaron arriba, a Mejdan, a casas y almacenes ajenos. Al contemplar el día siguiente, en la mañana borrosa, desde la colina la ciudad, a la que amaban inconsciente y vehementemente como sangre de su sangre, y el agua turbia y espumeante que arrasaba las calles a la altura de los tejados, arrancando fragorosa una tabla tras otra, trataron de adivinar de quién era la casa que aún se erguía entera.

Durante las fiestas del santo patrono familiar, en Navidad o en las noches de ramadán, los padres de familia, por lo general, canosos, graves y preocupados, se animan y se vuelven locuaces en cuanto la conversación recae en el mayor y más difícil suceso de sus vidas, en «la inundación». Contemplada al cabo de quince o veinte años durante los cuales habían levantado la cabeza y rehecho sus hogares, «la inundación» parecía algo terrible y enorme pero apreciado y cercano; era un lazo íntimo entre las personas todavía vivas, que cada vez eran menos, de esa generación, porque nada une más a los hombres que sobrevivir juntos felizmente a una desgracia. Se sienten unidos sin trabas por los recuerdos de ese desastre pasado. Por eso les gustan tanto los recuerdos de ese duro golpe que han sufrido y hallan en ello una satisfacción que los jóvenes no entienden. Sus recuerdos son inagotables y no se cansan nunca de repetirlos; los completan conversando, y rememorándolos se miran uno a otro a los ojos seniles de esclerótica amarillenta y ven lo que los jóvenes no pueden ni presentir; se entusiasman por sus propias palabras; ahogan sus preocupaciones actuales en el recuerdo de otras felizmente superadas.

Sentados en las cálidas habitaciones de sus casas que la inundación antaño había atravesado, con placer sin igual narraban por centésima vez escenas concretas conmovedoras o trágicas. Y cuanto más penosa y tortuosa era la evocación, más agradable era hablar de ella. Vistas a través del humo del tabaco o de una copita de aguardiente suave, estas escenas se modificaban a menudo por la imaginación y la distancia, magnificadas y adornadas, pero ninguno lo apreciaba y todos habrían jurado que había sido así, porque todos participaban de manera inconsciente en ese embellecimiento involuntario.

Y siempre seguían vivos unos cuantos ancianos que recordaban la última «gran inundación» acerca de la cual podían hablar entre ellos, repitiendo a los jóvenes que ya no ocurren las calamidades de antaño pero tampoco se dan la bondad y las bendiciones de aquella época.

Una de las mayores inundaciones, que sucedió el último año del siglo XVIII, se recordó especialmente y se relató durante mucho tiempo.

En esa generación, según contaban los ancianos de la época, casi no quedaba nadie que se acordara bien de la última gran inundación. Sin embargo, en aquellos días lluviosos de otoño todos actuaban con cautela, sabiendo que «el agua es el enemigo». Habían vaciado los almacenes más cercanos al río, y una noche hicieron la ronda con faroles por la orilla escuchando el bramido del agua, porque los viejos afirmaban que por un zumbido especial de la corriente fluvial se podía saber si la inundación sería una de las normales que todos los años padecía la *kasaba* causando daños irrelevantes, o una de ésas, por suerte poco frecuentes, que inundaban el puente y la villa y arrastraban todo lo que no tenía buenos cimientos ni estaba firmemente construido. Al día siguiente vieron que el Drina no crecía y la ciudad se hundió esa noche en un profundo sueño, porque los hombres estaban cansados de la vigilia y la agitación de la anterior. Así sucedió que el agua los engañó. Esa noche, de manera repentina y jamás recordada, el Rzav se alzó rojo de barro, y obstruyó e interceptó el Drina en la desembocadura, y los dos ríos confluyeron sobre la *kasaba*.

Sulejman Agá Osmanagic, uno de los turcos más ricos de la villa, poseía a la sazón un caballo árabe purasangre, un alazán de gran valor y belleza. No bien el Drina reprimido empezó a crecer, dos horas antes de que llegara a derramarse por los callejones, comenzó el alazán a relinchar y no calló hasta despertar a los criados y al amo y hasta que lo sacaron del establo que se hallaba al borde del río. Así se despertó la mayor parte de la ciudad. Bajo una lluvia helada y un viento furioso en una oscura noche de octubre se emprendió la huida y el salvamento de todo lo que podía salvarse. A medio vestir, con el agua hasta la rodilla, la gente chapoteaba cargando a la espalda a los niños, que lloraban recién despertados. El ganado balaba asustado. Constantemente se oían los golpes sordos, al

chocar contra los pilares de piedra del puente, de troncos y tocones que el Drina arrastraba de los bosques inundados.

Arriba, en Mejdan, adonde el agua jamás había llegado ni en ningún caso podía llegar, todas las ventanas estaban iluminadas y débiles faroles se balanceaban y se movían sin cesar en la oscuridad. Todas las casas estaban abiertas y acogían a los damnificados, empapados y aterrados, con los niños o los objetos de primera necesidad en las manos. También en los cobertizos ardía el fuego junto al que se secaban los vecinos que no habían podido quedarse en casa.

Los notables del bazar, después de haber alojado a la familia en las casas, los turcos con los turcos y los cristianos y judíos con los cristianos, se reunieron en la gran sala de la planta baja de *Hayyi*[*18] Ristan. Allí se hallaban los alcaldes de todos los arrabales, extenuados y calados hasta los huesos tras despertar y poner a salvo a todos sus convecinos. Mezclados los turcos, los cristianos y los judíos. La fuerza del desastre y la carga de la desgracia común los había acercado, superando, al menos por esa noche, el abismo que separaba una religión de otra, y sobre todo a los turcos del pueblo llano infiel. Sulejman Agá Osmanagic, el patrón Petar Bogdanovic, Mordo Papo, el pope Mihailo, corpulento y callado, pero ingenioso, el gordo y serio mulá Ismet, el *hodja* de Visegrad, y Elías Levi, llamado *Hayyi* Liaco, un rabino conocido incluso muy lejos de la *kasaba* por su buen juicio y su carácter abierto. Había también una decena de patrones; de las tres religiones mezclados. Todos están mojados, pálidos, con las mandíbulas apretadas, pero en apariencia tranquilos; sentados, fuman y conversan sobre lo que se ha hecho para salvarse de las inundaciones y lo que todavía se ha de hacer. A cada instante entran jóvenes chorreando agua que anuncian que todas las criaturas vivas han sido evacuadas a Mejdan y a la Fortaleza y alojadas en las casas turcas y cristianas, y que el agua abajo sigue creciendo y conquistando calle tras calle.

Según transcurre la noche —y transcurre tan despacio que parece inmensa, que se hincha y crece sin cesar como el agua en el valle—, los notables y los patrones empiezan a calentarse con café y aguardiente. Se crea un círculo cálido e íntimo como una nueva existencia toda de realidad y en sí misma irreal, que no es lo que era ayer ni lo que será mañana; algo

como una isla pasajera en la inundación del tiempo. La conversación se anima y refuerza y, como por un acuerdo tácito, cambia de rumbo. Evitan hablar incluso de riadas anteriores, conocidas sólo por las historias, y hablan de otras cosas que nada tienen que ver con el agua y la desgracia que en ese momento está sucediendo.

Los hombres desesperados hacen desesperados intentos para aparentar calma e indiferencia, casi frivolidad. Por una suerte de pacto implícito y según reglas, no escritas pero consagradas, de la educación de los patrones y del orden del bazar, que imperan desde tiempos inmemoriales, todos consideran un deber hacer un esfuerzo y en ese momento, al menos en apariencia, ocultar sus preocupaciones y temores, y ante la calamidad que está sucediendo, contra la que nada puede hacerse, hablar en tono jocoso de cosas remotas.

Pero justo cuando la gente empezaba a tranquilizarse con la conversación, a encontrar en un momento de olvido el descanso y la fuerza que al día siguiente tan necesaria les será, llegó alguien trayendo a Kosta Baranac. Este patrón, todavía joven, estaba completamente mojado, embarrado hasta las rodillas y con la ropa colgando. Desconcertado por la luz y tanta gente a su alrededor, miraba como alelado hacia delante y con la palma de la mano se retiraba el agua de la cara. Le hicieron un sitio y le ofrecieron un aguardiente que no lograba llevarse a los labios. Todo su cuerpo temblaba. Se corrió el rumor de que había intentado saltar a la corriente oscura que ahora se precipitaba por la lengua arenosa, precisamente sobre el punto donde *habían estado* sus graneros y sus toneles.

Era un hombre joven que había llegado a la ciudad hacía una veintena de años para trabajar como aprendiz y allí se casó más tarde con una muchacha de buena familia y se independizó rápidamente. Hijo de campesinos, que con empresas audaces y pocos escrúpulos se había enriquecido muy deprisa en los últimos años y había sobrepasado de pronto a muchas casas señoriales, no estaba acostumbrado a perder ni era capaz de soportar la desgracia. Ese otoño había comprado una gran cantidad de ciruelas y nueces, por encima de sus posibilidades reales, calculando que durante el invierno él podría determinar el precio de las ciruelas pasas y de

las nueces y así pagar las deudas y obtener beneficios, como había hecho con éxito el año anterior. Pero ahora estaba arruinado.

Tuvo que pasar cierto tiempo para que se borrara la impresión que había causado en la gente ver a ese hombre perdido. Porque todos, unos más y otros menos, habían sufrido los efectos de la inundación y sólo por el sentido innato del decoro se habían dominado mejor que este nuevo rico.

Los más ancianos e ilustres desviaron de nuevo la conversación hacia asuntos baladíes. Empezaron a contar historias de los viejos tiempos que nada tenían que ver con la desventura que los había confinado allí y los rodeaba por todas partes.

Bebían aguardiente caliente. En sus relatos aparecían personajes extraños de otros tiempos, recuerdos de vecinos excéntricos y todo tipo de sucesos graciosos e insólitos. El pope Mihailo y *Hayyi* Liaco eran los que más historias sabían. Y cuando la conversación tornaba involuntariamente a anteriores «inundaciones», mencionaban sólo lo banal y divertido o al menos eso parecía al cabo de tantos años, como si así desafiaran y devolvieran el golpe a la riada. Se hablaba del pope Jovan, que antaño había sido párroco allí, y del que sus feligreses decían que era una buena persona pero «sin buena mano», porque Dios no atendía mucho a sus oraciones.

Durante las sequías estivales que a menudo arruinaban la cosecha, el pope Jovan solía organizar una procesión y rezaba para que lloviera, pero era inútil, porque después, por lo general, la sequía y la canícula eran mayores. Y cuando después de un verano de sequía atroz llegó un otoño en el que el Drina empezó a crecer y a amenazar con una inundación total, salió el pope Jovan a la orilla, reunió a los fieles y empezó a leer una oración para que cesara la lluvia y bajara el nivel del agua. Entonces un borrachuzo ocioso, un tal Jokic, teniendo en cuenta que Dios solía enviar lo contrario de lo que el pope Jovan suplicaba, gritó a voz en cuello:

—No esta oración, padre pope, sino la que rezaba en verano para que lloviera, ésa será la que nos ayude y detenga el agua.

El gordo y corpulento Ismet Efendi contaba historias de sus predecesores y de su lucha contra las riadas. Así, durante una inundación de antaño salieron dos *hodjas* de Visegrad para rezar una plegaria contra la catástrofe. Uno tenía la casa en la ciudad baja, amenazada por el agua, y el

otro en la colina, donde ésta no podía llegar. Primero rezó el *hodja* de la colina, pero el agua no se retiraba. Entonces un gitano joven, cuya casa empezaba a sumergirse bajo el agua, gritó:

—Vecinos, dejad que rece el *hodja* del bazar, que tiene la casa bajo el agua como nosotros. ¿No veis que el de la colina reza con medio corazón?

Hayyi Liaco, de mejillas coloradas y sonriente, con un abundante cabello rizado blanco que se le escapaba del fez insólitamente plano, se reía y les decía al pope y al *hodja*.

—No habléis mucho de oraciones para detener la inundación, porque estos vecinos nuestros pueden darse cuenta y mandarnos a los tres a que recemos bajo semejante diluvio y hagamos retirar las aguas.

Así se sucedían historias que en sí mismas eran insustanciales e incomprensibles para otros y únicamente para ellos y su generación podían tener un significado; recuerdos triviales, pero para ellos familiares e íntimos, de una vida en la *kasaba*, monótona, bella y dura, su vida; recuerdos remotos y modificados, ligados a ellos y, sin embargo, muy lejanos del drama de esa noche que los había confinado en ese fantástico círculo.

De este modo, los notables, hombres endurecidos y acostumbrados desde la infancia a toda suerte de desventuras, trataban de superar la noche de la «gran inundación» y, encontrando en sí mismos fuerzas para bromear en apariencia ante la desgracia que les estaba ocurriendo, ya que no la podían evitar, se aplicaban a engañarla.

Pero en su fuero interno estaban hondamente preocupados y, tras las bromas y la sonrisa, como detrás de una máscara, todos rumiaban sus pensamientos inquietos y escuchaban el fragor del agua y del viento abajo en la ciudad en la que se había quedado todo lo que tenían. A la mañana siguiente, después de semejante noche, pudieron contemplar desde Mejdan sus casas en la llanura bajo las aguas, algunas sumergidas hasta la mitad y otras hasta el tejado. Ésa fue la primera y la última vez en su vida que vieron su *kasaba* sin puente. El nivel del agua había subido más de diez metros y obstruido los altos y anchos arcos, de manera que el río se derramaba por el puente, ocultándolo. Sólo el lugar más elevado en el que

se hallaba la *kapija* sobresalía de la superficie plana de las aguas turbias, y bañado por la corriente emergía como una pequeña cascada.

Dos días después el agua descendió repentinamente, el cielo se despejó y apareció el sol, cálido y fastuoso como en esa región sólo puede ser en ciertos días de octubre. En ese día precioso, la ciudad presentaba un aspecto terrible y triste. Las casas de los gitanos y de los pobres a la orilla del agua estaban inclinadas en dirección de la corriente, muchas sin tejado, la cal y la arcilla se habían desprendido dejando a la vista el cañizo negro de ramas de sauce, y semejaban esqueletos. En los patios devastados, las casas de los pudientes se abrían de par en par con las ventanas desencajadas; en todas, una raya de barro rojo señalaba hasta dónde había llegado el agua, que también había arrastrado muchas cuadras y volcado las banastas. En las tiendas bajas, el fango llegaba a la rodilla, y en ese fango flotaba la mercancía que no se había podido trasladar a tiempo. Las callejas estaban atoradas por árboles enteros que el río había arramblado y los cadáveres tumefactos del ganado que se había ahogado.

Ésa era su *kasaba*, ahí debían bajar y continuar viviendo. Pero entre las orillas inundadas, sobre la corriente que rodaba rumorosa, todavía turbia y caudalosa, se erguía el puente, blanco e inmutable al sol. El agua llegaba hasta la mitad de los pilares y el puente parecía haberse hincado en otro río más profundo que el que habitualmente corría por debajo. En la superficie, junto al pretil quedaban depósitos de lodo, que se secaban y agrietaban al sol, y en la *kapija* se detenían y acumulaban montones enteros de ramitas y sedimentos fluviales; pero nada de esto había modificado el aspecto del puente, el único que había soportado la inundación sin daños y había emergido de ella invariable.

Todo el mundo en la ciudad se puso inmediatamente a trabajar, a aprovechar todo lo que era posible y reparar los daños, y nadie tenía tiempo para meditar acerca del sentido y significado del puente vencedor, pero, dedicados a sus quehaceres, en esa desdichada *kasaba* en la que el agua había dañado o al menos cambiado todo sin excepción, cualquiera sabía que en su vida había algo que resistía a las calamidades, fueran las que fueren, y que, debido a la incomprensible armonía de sus formas y a la fuerza

invisible y sabia de sus cimientos, salía de cada prueba indestructible e invariable.

El invierno que empezaba fue duro. Todo lo que se había almacenado en los patios y graneros, madera, trigo, heno, se lo había llevado la riada; había que reparar las casas, los establos y la cercas, y pedir fiada nueva mercancía en lugar de la que se había malogrado en los almacenes y en las tiendas. Rosta Baranac, el que más había perdido, por su excesiva y presuntuosa especulación con ciruelas, no sobrevivió a ese invierno; falleció de tristeza y vergüenza. Quedaban sus pequeños, prácticamente huérfanos, y una deuda enorme y repartida en todos los pueblos. Quedaba también el recuerdo de él como un hombre que había sobrevalorado sus propias fuerzas.

Pero ya al verano siguiente, la gran inundación empezó a formar parte de los recuerdos de los ancianos, y ahí viviría mucho tiempo, mientras los jóvenes se sentaban cantando y charlando en la *kapija* de piedra blanca y pulida, sobre el agua que corría debajo de ellos, allá muy en lo hondo, y cuyo rumor acompañaba las canciones. El olvido lo cura todo, y cantar es la mejor manera de olvidar, porque en el canto el hombre se acuerda sólo de lo que ama.

Así en la *kapija*, entre el cielo, el río y las montañas, generación tras otra aprendió a no lamentar sobremanera lo que el agua turbia se llevaba. Ahí les penetró la filosofía inconsciente de la *kasaba*, que la vida es un prodigio incomprensible porque se gasta y derrocha sin cesar y, sin embargo, dura y perdura firmemente como «el puente sobre el Drina».

VI

Además de las inundaciones se produjeron otras agresiones al puente y a su *kapija*, las provocaron el desarrollo de los acontecimientos y el curso de los conflictos humanos; pero esto pudo menos aún que las riadas dañar al puente o cambiar algo de manera permanente en él.

A principios del siglo pasado estalló una revuelta en Serbia. Visegrad, justo en la frontera entre Bosnia y Serbia, desde siempre ha estado en contacto directo y constante con todo lo que en Serbia sucede, pegada a ella como «uña y carne». Nada de lo que ocurra en la región de Visegrad —malas cosechas, enfermedades, atrocidades o rebeliones— puede resultar indiferente para los habitantes del distrito de Uzice y al revés. Sólo que al principio la cosa parecía lejana e insignificante; lejana porque sucedía en el otro extremo del bajalato de Belgrado; insignificante porque los rumores sobre las revueltas nunca eran novedad. Desde que existía el imperio los había, porque no hay gobierno sin revueltas ni conjuras, igual que no hay haciendas sin preocupaciones ni daños. Pero con el tiempo, la revuelta en Serbia empezó a afectar cada vez más a la vida de todo el bajalato bosniaco, y en especial a la vida de esa *kasaba* que estaba a una hora de marcha del confín.

Según se extendía el conflicto en Serbia, más se exigía a los turcos de Bosnia que aportaran hombres para el ejército y contribuyeran con los pertrechos a su mantenimiento. El ejército y la impedimenta que se enviaban a Serbia pasaban en buena parte por la ciudad. Esto traía consigo incomodidades, gastos, riesgos, para los turcos, pero más para los serbios, que eran sospechosos, perseguidos y multados esos años como jamás lo habían sido anteriormente. A la postre, un verano la revuelta descendió

hasta esta región. Rodeando Uzice, los insurrectos llegaron a dos horas de marcha de la *kasaba*. En Veletovo, abatieron a cañonazos la torre de Lutvi Bey y en Crncici prendieron fuego a las casas turcas.

En la ciudad había turcos y serbios que afirmaban haber escuchado con sus propios oídos el estampido del «cañón de Karadorde». (Naturalmente con sentimientos encontrados). Pero si bien podía ser cuestionable que el eco del cañón rebelde serbio se oyera en la *kasaba*, porque el hombre a menudo cree oír lo que teme o lo que ansía, no cabía duda de la realidad de las hogueras que los insurrectos encendían por la noche en el Panos, una cresta escarpada y desnuda entre Veletovo y Gostilj en la que desde la ciudad a simple vista se podían contar los grandes pinos solitarios. Los turcos y los serbios veían bien y observaban cuidadosamente los fuegos, aunque unos y otros fingían no reparar en ellos. Desde las ventanas oscurecidas o en las sombras de los frondosos jardines, unos y otros vigilaban su aparición, su movimiento y su extinción. (Nuestras mujeres se santiguaban en la negrura y lloraban por una emoción incomprensible, y en sus lágrimas reverberaban las hogueras rebeldes como las llamas espectrales que antaño caían sobre la tumba de Radisav y que sus tatarabuelas, casi tres siglos antes, entreveían de la misma forma y desde el mismo Mejdan).

Esos fuegos titilantes y desiguales, dispersos por el fondo oscuro de la noche estival en la que el cielo se confunde con la montaña, les parecían a los serbios como una nueva constelación en la que leían con avidez indicios audaces y adivinaban temblorosos el destino y los acontecimientos venideros. Para los turcos eran las primeras olas de un mar ardiente que se extendía por Serbia y que rompía también contra las crestas montañosas sobre la *kasaba*. En esas noches de verano los deseos y las plegarias de unos y otros se movían en torno a aquellas hogueras, sólo que en sentidos opuestos. Los serbios pedían a Dios que aquella llama salvadora, idéntica a la que ellos albergaban y ocultaban cuidadosamente en su alma desde siempre, se propagara hasta allí, a nuestras montañas, mientras que los turcos rezaban para que la detuviera, rechazara y apagara, y para que frustrara las intenciones revolucionarias de los infieles y volviera a reinar el orden antiguo y la buena paz de la fe auténtica. Las noches entonces

estaban repletas de un murmullo cauto y apasionado, y oleadas invisibles de los sueños y deseos más intrépidos, los pensamientos y planes más increíbles, las surcaban y se cruzaban, entrechocaban y rompían en la oscuridad azul sobre la *kasaba*. Y al día siguiente, cuando amaneciera, los turcos y los serbios se afanarían en sus quehaceres, se encontrarían con caras apagadas e inexpresivas, se saludarían y charlarían con el centenar de palabras habituales en la cortesía del bazar que circulan desde siempre en la *kasaba* y pasan de uno a otro como moneda falsa que, a pesar de todo, permite y facilita la comunicación.

Y cuando unos días después de San Elías desaparecieron las hogueras en el Panos y la rebelión quedó sofocada en la región de Uzice, de nuevo ninguna de las dos partes manifestó sus sentimientos. Y habría sido difícil decir cuáles eran los verdaderos sentimientos de unos y de otros. Los turcos estaban satisfechos porque la revuelta se había alejado y esperaban que se extinguiera y se perdiera por completo allí donde se pierden todas las empresas impías y malvadas. Sin embargo, esta satisfacción era velada e incompleta, porque es difícil olvidar un peligro tan cercano. Muchos de ellos, después, durante largo tiempo, en sueños veían fantasmagóricos fuegos rebeldes como un enjambre de centellas en todas las montañas alrededor de la *kasaba*, u oían el cañón de Karadorde, pero no como un eco sordo y lejano, sino como un cañoneo inquietante y destructor. Los serbios, por el contrario y como es comprensible, se quedaron afligidos y desilusionados cuando los fuegos desparecieron del Panos, pero en lo más hondo de sus almas, ese fondo auténtico y último que no se descubre ante nadie, persistía el recuerdo de lo que había pasado y la conciencia de que lo que una vez había sucedido podía volver a suceder; quedaba también la esperanza, una esperanza insensata, el gran privilegio de los oprimidos. Porque los que gobiernan y tienen que oprimir para gobernar están condenados a hacerlo de modo racional; y si, arrastrados por la pasión o empujados por el enemigo, traspasan los límites del procedimiento racional, pisan un camino resbaladizo y marcan por sí mismos el comienzo de su caída. Entretanto, los oprimidos y explotados se sirven con facilidad de la razón y de la insensatez, porque no son más que dos clases de arma en la lucha constante, a veces solapada, a veces abierta, contra los opresores.

En aquella época, la importancia del puente como único enlace seguro entre el bajalato bosniaco y Serbia cobró una dimensión insólita. En la *kasaba* se había instalado un destacamento permanente del ejército con la orden de vigilar el puente sobre el Drina, que ni en los periodos de paz más largos fue revocada. Para cumplir su misión de la mejor manera y con el menor esfuerzo posible, el ejército empezó a levantar una torre de vigilancia de madera en medio del puente, una verdadera monstruosidad y aberración tanto por la forma, como por la posición y el material de construcción. (Pero todos los ejércitos del mundo erigen para sus fines exclusivos y sus necesidades momentáneas tales edificios, que después, desde el punto de vista de la vida civil y en tiempos de paz, resultan absurdos e incomprensibles). Aquélla era una casa de dos plantas, un mazacote chapucero de vigas y tablas toscas, con un pasaje debajo, a modo de túnel. La torre se alzaba y descansaba sobre recias vigas a caballo sobre el puente, apoyándose sólo en los extremos en la *kapija*, uno en la terraza izquierda y otro en la derecha. Por debajo discurría el camino para carruajes, caballos y viandantes, pero arriba, en la planta en la que dormían los centinelas y a la que conducía una escalera de madera de abeto rojo a cielo abierto, siempre se podía vigilar y ver a todo el que pasara, comprobar los papeles y el equipaje, y en cualquier momento, si fuere preciso, detener el tránsito.

Esto cambió en verdad el aspecto del puente. La grácil *kapija* desaparecía bajo la construcción de madera que plantada en sus vigas se acuclillaba sobre ella como un gigantesco pájaro monstruoso.

Y el mismo día en que se terminó de hacer la torre, todavía olía intensamente a abeto y el eco resonaba en la estancia vacía, los centinelas se instalaron en ella. En cuanto amaneció la primera mañana, la torre, como una trampa, atrapó a sus primeras víctimas.

Al sol todavía bajo y rosado del alba, se reunieron allí los soldados y algunos ciudadanos armados, turcos que por la noche hacían guardia alrededor de la *kasaba* para ayudar al ejército. En medio de la multitud se sentaba sobre una viga el comandante de la guardia y delante de él estaba de pie un viejecillo vagabundo y beato, una especie de fraile y mendigo, pero apacible y tranquilo, limpio y un tanto tierno en su miseria, liviano y

sonriente pese a sus cabellos blancos y su cara arrugada. Era un vejete singular este Jelisije de Cajnice. Hacía años que, siempre igual de ligero, solemne y risueño, vagaba por iglesias y monasterios, asambleas y fiestas del santo patrón; rezaba, se prosternaba y ayunaba. Pero antes, las autoridades turcas no le prestaban atención y lo dejaban como si fuera un loco y un hombre de Dios que fuera a donde quisiera y dijera lo que deseara. Ahora, sin embargo, después de la revuelta en Serbia corrían otros tiempos y las medidas eran más severas. Habían llegado a la ciudad, procedentes de Serbia, varias familias turcas cuyas propiedades habían ardido quemadas por los rebeldes; propalaban el odio y pedían venganza. En todas partes había guardia y se había reforzado la vigilancia, y los turcos locales estaban preocupados, resentidos y malhumorados, de modo que miraban a todo el mundo con sospecha y hostilidad.

El viejo venía por el camino de Rogatica, y tuvo la mala suerte de ser el primer viajero del día en que se había terminado la torre y la guardia se había instalado en ella. Lo cierto es que no llegó en un buen momento, todavía no había amanecido y llevaba delante, como si fuera un cirio encendido, un grueso bastón con marcas y letras extrañas talladas. La torre lo engulló como una araña a una mosca. Lo sometieron a un breve interrogatorio. Le pidieron que dijese quién era, qué y de dónde, y que explicara los grabados y la escritura del bastón, y él respondió incluso a lo que no le habían preguntado libre y abiertamente, como si hablara en un auténtico juicio divino y no delante de los malvados turcos. Dijo que no era nadie, que no era nada; un viajero en la tierra, un viandante en este tiempo pasajero, una sombra al sol, pero que sus cortos y escasos días los pasaba en oración y que iba de monasterio en monasterio hasta visitar todos los lugares santos, fundaciones y tumbas de los zares y grandes hombres serbios. Y los signos y letras del cayado significaban una época concreta de la libertad y de la grandeza serbia, la pasada y la futura. Porque, dijo el anciano esbozando una sonrisa mansa llena de asombro, se aproximaba el tiempo de la resurrección y, a juzgar por lo que se leía en los libros y lo que podía verse en la tierra y en los cielos, estaba muy cerca. Resucitaba el imperio, expiado con las pruebas y fundado en la justicia.

—Sé, señores, que no les gusta lo que oyen, y que no debería ni decirlo delante de ustedes, pero me han parado aquí y me han pedido que les diga toda la verdad, así que no hay más remedio. Dios es la verdad, y sólo hay un dios. Y ahora les ruego que me dejen ir, porque todavía debo llegar esta noche a Banja, al monasterio de la Santísima Trinidad.

El intérprete Seiko traducía esforzándose en vano por encontrar, en su escaso conocimiento del idioma turco, expresiones para las palabras abstractas. El comandante de la guardia, un anatolio enfermizo, escuchaba, aún medio dormido, las palabras imprecisas e inconexas del traductor y de vez en cuando lanzaba un vistazo al viejo, que, sin miedo ni malos pensamientos, lo miraba a los ojos y confirmaba que era tal y como decía el traductor, aunque no conocía el turco. En algún punto de la conciencia del comandante estaba claro que el hombre era una suerte de derviche infiel loco, un loco pacífico e inofensivo. Tampoco en el extraño bastón del anciano, que enseguida cortaron por varios puntos pensando que estaba hueco y que en él se escondían cartas, se encontró nada. Pero en la traducción de Seiko, las palabras del viejo parecían sospechosas, olían a política e intenciones peligrosas. El comandante, por lo que a él concernía, habría dejado que el mendigo loco siguiera su camino, pero allí se habían reunido el resto de los soldados y la guardia ciudadana que escuchaban el interrogatorio. Estaba el sargento Tahir, un tipo malvado legañoso y socarrón que ya lo había denunciado en varias ocasiones a sus superiores y acusado de falta de cautela y severidad. Y el tal Seiko, que al traducir tergiversaba evidentemente las palabras del anciano haciendo peligrar su cabeza perturbada, y al que le gustaba confirmar palabras infames o meter la nariz y delatar incluso cuando no había nada que decir. También estaban los turcos del lugar, voluntarios que, ceñudos y dándose importancia, patrullaban por la localidad, apresaban a los viajeros sospechosos y se inmiscuían sin necesidad en su trabajo oficial. Había de todo aquí. Y esos días todos parecían embriagados de cierta amargura, del deseo de venganza, de castigar y matar al que pudieran, ya que no podían asesinar al que querían. Él no los entiende y no los aprueba, pero se da cuenta de que todos se han lanzado sobre la torre con la idea de que ya la primera mañana debe tener su víctima y teme que él mismo pueda sufrir las consecuencias de esa

amargura ebria si se les opone. El pensamiento de que por el anciano loco pudiera tener contratiempos le resulta insoportable. Y con su charlatanería sobre el imperio serbio, por lo demás, el viejo no iría muy lejos entre los turcos de aquella región, que en aquellos días se agitaban como una colmena. Que el agua turbia se lo llevara como lo había traído.

Acababan de atar al viejo y el comandante se disponía a marcharse a la ciudad para no ver su ejecución, cuando aparecieron los centinelas y unos turcos llevando a un joven serbio mal vestido. Su ropa estaba rasgada y la cara y las manos presentaban arañazos. Se trataba de un tal Mile, un pobre de Lijeska, solo en el mundo, que trabajaba en un molino de agua de Osojnica. No tenía más de diecinueve años, y era un muchacho sano, robusto y temperamental.

De madrugada, antes de que saliera el sol, Mile había echado la cebada y abierto el gran caz, marchando después a la espesura más arriba del molino para cortar leña. Blandía el hacha y cortaba como si fueran paja las tiernas ramas de aliso. Disfrutaba del fresco de la mañana y de la facilidad con la que el árbol caía bajo el hacha. Le gustaban sus propios movimientos, pese a que el hacha estaba afilada y el árbol fino era demasiado débil para oponerse a la fuerza que descargaba. Algo se henchía en su interior y lo impulsaba a gritar a cada tajo. Estos gritos se encadenaban cada vez más unos a otros. Y Mile, que como todos los de Lijeska carecía de oído y no era capaz de entonar una canción, en ese momento cantaba, aullaba en aquel paraje frondoso y sombrío. Sin pensar nada, olvidando dónde se hallaba, cantaba lo que había oído a otros cantar.

Corrían los tiempos en los que Serbia se «había levantado», y el pueblo, de la antigua canción:

Cuando Alí Bey era joven,
una doncella llevaba su estandarte.

Había elaborado una nueva versión:

Cuando Dordije era joven,
una doncella llevaba su estandarte.

En esa grande y singular lucha que en aquella Bosnia se reñía hacía siglos entre dos religiones, y so pretexto de la religión, por la tierra y el poder y por la propia comprensión de la vida y del orden mundial, los enemigos se arrebataban unos a otros no sólo las mujeres, los caballos y las armas, sino también las canciones. Y muchos versos pasaban así de unos a otros como un botín valioso.

Así que ésa era la canción que en los últimos tiempos cantaban los serbios, pero con cautela y a escondidas, lejos del oído turco, en las casas cerradas, en las fiestas del santo patrón y en los cobertizos lejanos en los que el pie turco no pisa ni una vez al año y donde el hombre, a costa de la soledad y de la pobreza en la espesura, vive como quiere y canta lo que le apetece. Y he aquí que ésa era la canción que Mile, el mozo del molino, cantaba en el bosque, bajo el camino por el que pasaban los turcos de Olujak y de Orahovac para ir al mercado de la ciudad.

El alba apenas despunta en las crestas de las colinas y a su alrededor, en el paraje frondoso, todavía está oscuro. Mile está empapado de rocío pero ardiendo aún por el buen sueño de la noche pasada, el pan caliente y el trabajo fogoso. Blande el hacha y golpea el fino aliso en la raíz, y el árbol se inclina y dobla como la novia hacia la mano del padrino; salpica a Mile de frío rocío como si de una fina lluvia se tratara y así queda inclinado, porque debido al espesor de la maleza que lo rodea no puede caer a tierra. Entonces él desbroza las ramas verdes con una mano, como jugando, y mientras tanto canta a voz en cuello, pronunciando con placer ciertas palabras. No tiene muy claro lo de «Dordije», pero sí que es algo fuerte y audaz. Doncella y estandarte también son cosas desconocidas para él, pero de algún modo se corresponden con los mayores deseos de sus sueños: tener una muchacha y llevar un estandarte. Desde luego, es muy placentero pronunciar esas palabras. Y todas sus fuerzas lo impulsan a proferirlas en voz alta innumerables veces, y al pronunciarlas vuelve a aumentar el vigor en él que lo incita a repetirlas más y más alto.

Y Mile cantaba así al alba hasta que cortó y desbrozó los árboles torcidos por los que había subido a la foresta, después de lo cual empezó a bajar por la pendiente húmeda arrastrando la carga atada. Delante del molino, unos turcos. Habían atado los caballos y esperaban algo. Había una

decena. Mile volvió a ser el que era cuando fue por leña, el mozo torpe, zarrapastroso y aturdido, sin Dordije ante los ojos, sin doncella ni estandarte a su lado. Los turcos aguardaron hasta que él dejó el hacha y luego lo atacaron por cuatro lados y después de una corta lucha lo ataron con largos ronzales y lo llevaron a la ciudad. En el camino le dieron de bastonazos en la espalda o patadas en el trasero, preguntándole dónde estaba su Dordije y denostando el estandarte y a la doncella.

Bajo la torre de vigilancia, justo donde habían amarrado al viejo loco, varios ociosos del pueblo se habían unido a los soldados, pese a que acababa de amanecer. Entre ellos había también turcos refugiados, víctimas de los incendios en Serbia. Todos estaban armados y tenían un aire solemne, como si se tratara de un gran acontecimiento y un combate decisivo. Su agitación aumentaba según ascendía el sol. Y el astro se elevaba deprisa, seguido de claras brumas rosadas al fondo del horizonte sobre el monte Goles. Recibieron al asustado muchacho como si fuera un caudillo rebelde, aunque era un pobre harapiento, y lo traían de la orilla izquierda del Drina, donde no había rebelión.

Los turcos de Orahovac y de Olujak, amargados por la arrogancia que no podían creer impremeditada, testimoniaron que el chico cantaba para provocarlos canciones sobre Karadorde y los insurrectos infieles a la misma orilla del camino. El acusado, a decir verdad, no tenía aspecto de héroe ni de peligroso jefe de una tropa. Asustado, con los harapos mojados, arañado y golpeado, estaba pálido y, con los ojos estrábicos por la conmoción, miraba al comandante como si de él esperara la salvación. Como no bajaba a menudo a la ciudad, ignoraba que sobre el puente habían erigido una torre vigía; por eso todo le resultaba extraño e irreal, como si en sueños hubiera llegado a otra ciudad entre gente mala y peligrosa. Tartamudeando y con los ojos bajos, trataba de convencer a los presentes de que no había cantado nada y de que nunca había injuriado a los turcos, de que era un pobre mozo del molino que cortaba leña y ni él mismo sabía por qué lo habían arrestado. Temblaba de miedo y en verdad era incapaz de entender lo que sucedía y cómo después de aquel estado festivo a la orilla del arroyo frío se hallaba de repente atado y golpeado allí en la *kapija*, siendo el centro de atención, con

tanta gente ante la que debía responder. Había olvidado que alguna vez hubiera entonado incluso la canción más inocente.

Pero los turcos no daban su brazo a torcer: que había cantado canciones rebeldes y justo en el momento en que ellos pasaban y que había opuesto resistencia cuando quisieron atarlo. Y todos se lo juraban al comandante que los interrogaba.

—¿Lo juras ante Dios?

—Ante Dios lo juro.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Y así tres veces. Entonces pusieron al joven al lado de Jelisije y fueron a despertar al verdugo que, a juzgar por las apariencias, debía de ser el que tenía el sueño más profundo. El viejo miraba al joven, que, aturdido, guiñaba los ojos, apabullado y avergonzado, no acostumbrado a estar a la vista, en pleno día, en mitad del puente entre tanta gente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el anciano.

—Mile —respondió el muchacho mansamente, como si todavía contestara a las preguntas de los turcos.

—Mile, hijo, abracémonos —y el viejo apoyó la cabeza canosa en su hombro—, abracémonos y santigüémonos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Así hizo la señal de la cruz para sí y para el joven sólo con palabras, porque estaban maniatados, y deprisa, porque el verdugo se les acercaba.

El sayón, que era uno de los soldados, ejecutó rápidamente su trabajo, y los primeros transeúntes que bajaban de la montaña para el día de mercado y pasaban por el puente pudieron ver sus cabezas en los nuevos palos nudosos, junto a la torre, y el suelo ensangrentado donde los habían decapitado, en el puente, cubierto de grava y apisonado.

Así comenzó a «funcionar» la torre vigía.

A partir de aquel día llevaron a la *kapija* a todos los que arrestaban, ya en el puente, ya en la frontera, como sospechosos o culpables relacionados con la insurrección. Y los que llegaban atados al interrogatorio bajo la torre de vigilancia, rara vez salían vivos. Allí les cortaban las cabezas impetuosas

o simplemente desgraciadas y las clavaban en las estacas colocadas alrededor de la torre y, si nadie se presentaba para rescatar y enterrar el cadáver sin cabeza, arrojaban los cuerpos al Drina desde el puente.

La revuelta, con treguas más cortas o más largas, duró años y el número de los que arrojaron al agua «para que fueran a buscar una cabeza mejor y más lista» fue muy grande. El azar, el azar que aplasta siempre a los débiles e incautos, quiso que dos hombres sencillos, dos de la multitud de analfabetos, pobres e inocentes, abrieran esta procesión, porque éstos, a menudo, son los primeros en sufrir el vértigo que produce el remolino de los grandes acontecimientos, el cual los atrae y engulle inexorablemente. Así el mozo Mile y el viejo Jelisije, decapitados a la vez, en el mismo lugar, unidos como hermanos, fueron los primeros que adornaron con sus cabezas la torre militar en la *kapija*, que después, mientras duraron las revueltas, nunca careció de adorno semejante. Así que ambos, que jamás se habían visto ni oído antes de ese suceso, perduraron junto en la memoria de la gente, y fueron más y mejor recordados que tantas otras víctimas ilustres.

He aquí cómo bajo la torre sanguinaria y malhadada desapareció la *kapija* y con ella las reuniones, las conversaciones, los cantos y las alegrías. Los turcos pasaban de mala gana por allí, y de los serbios sólo cruzaba el puente el que no tenía más remedio y lo hacía corriendo y con los ojos bajos.

En torno a la torre de madera cuyas tablas, con el tiempo, se volvieron grises y negras, pronto se creó la atmósfera que suele rodear los edificios habitados permanentemente por soldados. En las vigas se secaba la ropa blanca de los guardias, desde las ventanas se tiraba al Drina la inmundicia, el agua sucia y todos los desperdicios y porquerías de la vida cuartelera. Debido a esto, a lo largo del blanco pilar central del puente se alargaban chorreones sucios que se veían desde lejos.

El trabajo de verdugo lo hizo durante mucho tiempo el mismo soldado. Era un anatolio gordo y ceñudo de ojos amarillentos y turbios, labios negroides en la cara de color terroso grasienta e hinchada, que siempre parecía sonreír con la sonrisa de las personas obesas y bonachonas. Se llamaba Hajrudin y pronto fue conocido no sólo en la ciudad sino también en toda la región hasta la frontera. Hacía su trabajo con satisfacción y

orgullo y era insólitamente hábil y rápido. Los visegradenses decían de él que tenía mejor mano que Musan, el barbero de la ciudad. Tanto los jóvenes como los viejos lo conocían al menos de nombre, el cual suscitaba escalofríos a la par que curiosidad. Pasaba los días soleados sentado o tumbado en el puente, a la sombra de la torre de madera. De vez en cuando hacía una ronda por las cabezas expuestas en las estacas, como un melonero vigila su melonar, y volvía a tumbarse en su tabla a la sombra, bostezando y estirándose, pesado, legañoso y bonachón, como un perro pastor lanudo demasiado viejo. En un extremo del puente, tras el muro, se reunían los niños curiosos y lo observaban atemorizados.

Pero cuando se trataba de trabajo, Hajrudin era ágil y escrupuloso. No le gustaba que nadie interfiriera en su quehacer, que según la insurrección cobraba impulso, era más intenso. Cuando los rebeldes prendieron fuego a los pueblos más arriba de la *kasaba*, la exasperación de los turcos sobrepasó toda medida. No les bastaba con capturar a insurrectos y espías, o a los que tenían por tales, y llevarlos al comandante del puente, sino que, en su amargura, también querían intervenir en la ejecución de la pena.

Así un día amaneció también la cabeza del cura de Visegrad, ese mismo pope Mihailo que había tenido fuerzas para bromear con el *hodja* y con el rabino durante la «gran inundación». En medio de la cólera general contra los serbios, él, inocente, había sucumbido, y los gitanillos le habían puesto un cigarro en la boca muerta.

Siempre que podía, Hajrudin condenaba e impedía este tipo de actos de manera contundente.

Pero cuando el gordo anatolio de repente murió de carbunco, el nuevo sayón, a decir verdad menos hábil, continuó su trabajo, y todavía durante unos cuantos años, hasta que la insurrección en Serbia empezó a extinguirse, no faltaron dos o tres cabezas decapitadas en la *kapija*. La gente, que en tales épocas se endurece y se insensibiliza rápidamente, se acostumbró a ello y pasaba indiferente, sin prestarles atención ni advertir cuándo dejaron de exponerse.

Y cuando la situación se calmó en Serbia y en la frontera, la torre vigía perdió importancia y sentido. Pero la guardia seguía durmiendo en ella aunque el paso a través del puente era libre y no estaba vigilado desde hacía

tiempo. En todos los ejércitos las cosas cambian despacio, y en el turco más despacio que en cualquier otro. Y así se habría quedado hasta Dios sabe cuándo si una noche no hubieran olvidado una vela que provocó un incendio. La torre de tablas resinosas, todavía calientes por la canícula diurna, ardió hasta los cimientos, es decir, hasta las losas de piedra del puente y de la *kapija*.

Conmocionado, el pueblo contemplaba en la *kasaba* la inmensa llamarada que iluminaba con intensidad no sólo el puente blanco, sino también las montañas circundantes y reverberaba con inquietos reflejos rojos en la superficie del río. Y cuando despuntó el alba, el puente amaneció en su antigua forma original, libre de la pesada construcción de madera que durante años había cubierto la *kapija*. Las losas blancas estaban quemadas y manchadas de hollín, pero las lluvias y las nieves enseguida las lavaron. Así, de la torre y los cruentos sucesos que estaban vinculados con ella no quedó más huella que algunos recuerdos tristes que fueron palideciendo y se desvanecieron junto con esa generación, y una viga de roble que no había ardido del todo porque estaba encajada en los escalones de la *kapija*.

Y la *kapija* volvió a ser para la *kasaba* lo que siempre había sido. En la terraza de la izquierda, yendo desde la ciudad, el vendedor de café encendió el brasero y colocó en fila todos sus utensilios. Sólo quedó dañado el caño, rota la cabeza de dragón de la que manaba el agua. Los hombres tornaron a entretenerse en el sofá y a pasar el tiempo conversando, haciendo negocios o en un duermevela ocioso. En las noches de verano los muchachos se reunían en grupos para cantar o jóvenes solitarios se sentaban sofocando sus penas de amor o ese doloroso deseo indefinido de partir lejos, en pos de grandes gestas y acontecimientos insólitos, que con frecuencia atormenta a los muchachos en lugares pequeños. Y ya después de una veintena de años allí cantaba y bromeaba una nueva generación que ni siquiera recordaba la nada armoniosa estructura de la torre de madera ni los gritos sordos del centinela que detenía por la noche a los viajeros, ni a Hajrudin ni las cabezas expuestas que él cortaba con profesional habilidad. Sólo las viejas, persiguiendo a los críos que les robaban los melocotones, maldecían a gritos:

—¡Ojalá que Hajrudin te corte la coleta! ¡Qué tu madre te reconozca en la *kapija*!

Pero los chiquillos que escapaban saltando las vallas no podían entender el verdadero sentido de aquellas maldiciones. Si bien sabían que no eran nada bueno ni conveniente.

Así se renovaban las generaciones junto al puente y él, como si fueran polvo, se sacudía todas las huellas que dejaban los efímeros caprichos y menesteres humanos, y quedaba invariable e inmutable.

VII

Los años y los decenios pasaban por el puente y la *kasaba*. Eran esas décadas a mediados del siglo XIX en las que el imperio turco se consumía en una fiebre sorda. Sopesado con el ojo de los contemporáneos, ese periodo podía parecer relativamente tranquilo y feliz, aunque hubo motivos de preocupación y temor, aunque hubo sequías e inundaciones, y epidemias peligrosas, y acontecimientos emocionantes de todo tipo. Pero todo ocurría despacio, paso a paso, en breves espasmos entre largos intervalos de calma.

La frontera entre los dos bajalatos, el de Bosnia y el de Belgrado, que discurría justo encima de la *kasaba*, empezó en esos años a trazarse con mayor nitidez y a alcanzar el aspecto y la importancia de una frontera estatal. Y eso varió las condiciones de vida de toda la región, y también de la ciudad, influyó en el comercio, en las comunicaciones, en el talante general de la gente y en las relaciones entre los turcos y los serbios.

Los viejos turcos fruncían el ceño, parpadeaban con incredulidad, como si quisieran ahuyentar esa visión desagradable, se enfadaban, amenazaban, confabulaban, y luego durante meses olvidaban el asunto hasta que la enojosa realidad volvía a recordárselo y a alarmarlos de nuevo.

Así, un día de primavera, uno de los turcos de Veletovo, un pueblo allá arriba en la frontera, sentado en la *kapija*, relataba alterado a los notables turcos reunidos lo que les había sucedido.

En invierno, contaba, había llegado cerca de su pueblo el infaustamente famoso Jovan Micic, caudillo de Rujno. Venía desde Arilje, con sus hombres armados, y empezó a observar y a medir la frontera. Cuando le preguntaron qué estaba haciendo y cuáles eran sus intenciones, respondió con altanería que no debía presentar cuentas a nadie y menos a unos

bosniacos islamizados, pero que si querían saberlo, dijo, que se enteraran de que lo había enviado el príncipe Milos a inspeccionar por dónde pasaría la frontera y hasta dónde se extendería Serbia.

—Creíamos —continuó el de Veletovo— que el infiel estaba borracho y no sabía lo que decía, y hace tiempo que sabemos la clase de bandido y bellaco que es. Logramos alejarlo y nos olvidamos de él. Pero hete aquí que no habían pasado ni dos meses, cuando se presentó de nuevo, esta vez acompañado de toda una tropa de soldados de Milos y un enviado del sultán, un estambulita blando y pálido. Ni viéndolo con nuestros propios ojos lo podíamos creer. Pero el enviado nos lo confirmó. Con los ojos bajos por la vergüenza, pero lo confirmó. El gobierno de la Sublime Puerta le había ordenado a Milos que administrara Serbia a la salud del sultán y que trazara la frontera para que se supiera hasta dónde llegaba su jurisdicción. Y cuando los hombres del funcionario de Estambul empezaron a clavar estacas por la pendiente bajo el Tetrebica, Micic los siguió para arrancarlas y tirárselas. El infiel rabioso (¡qué los perros se lo coman!), se plantó delante del enviado imperial gritándole como si fuera su subalterno y amenazándolo sin rodeos. «Ésta no es la frontera», le dijo, «la frontera la han decidido el sultán y el zar ruso y le han dado un firmán al príncipe Milos, y discurre por el río Lim recto hasta el puente de Visegrad y desde ahí por el Drina; de modo que todo esto es Serbia. Y eso sólo por un tiempo», prosiguió, «porque después seguramente habrá que moverla más allá». El enviado a duras penas logró hacerlo entrar en razón y establecieron la frontera por encima de Veletovo. Y así se ha quedado, al menos por ahora. Desde entonces nos ha invadido la duda y cierto miedo, y no sabemos qué hacer ni dónde situarnos. Hemos hablado con los vecinos de Uzice, pero ellos tampoco saben qué va a pasar ni adónde nos llevará todo esto. Y el viejo *Hayyi* Zuko, que ha ido dos veces a La Meca y ha sobrepasado los noventa años, dice que no pasará ni un siglo y la frontera turca retrocederá incluso hasta el mar Negro, a quince días de camino de aquí.

Los notables turcos de Visegrad escuchan al vecino de Veletovo. En apariencia están tranquilos, pero en su fuero interno están conmocionados y confusos. Al oír sus palabras, se remueven en sus sitios sin querer y se

aferran al asiento de piedra como si una corriente poderosa pero invisible surgiera de alguna parte y arrastrara el puente debajo de ellos. Mientras tratan de recobrarse, encuentran palabras con las que restarle importancia al suceso.

A ellos no les gustan las malas noticias ni los pensamientos graves, ni las conversaciones serias y preocupantes en la *kapija*, pero también se dan cuenta de que no cabe esperar nada bueno de lo que han oído; tampoco pueden negar lo que cuenta el de Veletovo ni saben cómo calmarlo y consolarlo. Por eso aguardan impacientes a que el campesino regrese a su Veletovo en las alturas, junto con las desagradables nuevas que ha traído. Con ello, desde luego, la preocupación no va a ser menor, pero se alejará de ahí. Y cuando el hombre por fin se fue, se alegraron de poder volver a sus costumbres y continuar sentados tranquilamente en la *kapija*, sin esas conversaciones que hacían parecer la vida enojosa y el futuro terrible, dejando que el tiempo atenuara y aliviara el peso de los acontecimientos que se desarrollaban tras las montañas.

Y el tiempo cumplió con su deber. La vida seguía su curso, en apariencia inmutable. Transcurrieron más de treinta años de aquella conversación en la *kapija*. Pero las estacas que el enviado del sultán y el caudillo de Rujno habían plantado en la frontera echaron raíces, prendieron y dieron frutos, lentos en su maduración pero amargos para los turcos que tuvieron que abandonar también las últimas ciudades de Serbia. Y un día de verano llegó al puente de Visegrad una triste procesión de refugiados de Uzice.

Eran días calurosos con largos y agradables crepúsculos en la *kapija*, cuando los turcos del bazar abarrotaban ambas terrazas sobre el agua. En esos días, allí se acarreaban sandías y melones maduros, que se ponían a enfriar durante horas, y al atardecer los compraba la gente ociosa y los comía en el sofá. Por lo general se apostaba si la sandía iba a estar roja o blanca por dentro. Luego la cortaban y el que perdía pagaba, y todos juntos se la comían charlando y bromeando en voz alta.

De las terrazas de piedra emana aún el calor del día, mientras que, con el ocaso, del agua se eleva un hálito frío. El río brilla en el centro y en las orillas es sombrío y de un verde apagado bajo los sauces y el mimbre rojo.

Todas las colinas de alrededor se tiñen de rosa por el atardecer, pero unas de rosa intenso y otras de un rosa tenue. Sobre ellas, por toda la mitad suroeste del anfiteatro que se extiende a la vista desde la *kapija*, las nubes estivales cambian de color incesantemente. Estas nubes son uno de los grandes espectáculos que la *kapija* ofrece en verano. En cuanto el día avanza y el sol asciende, aparecen tras las montañas como una densa masa blanca, plateada y gris, paisajes fantásticos, cúpulas numerosas e irregulares de suntuosos edificios. Y cuando alcanzan cierto tamaño, se quedan así el día entero, inmóviles y pesadas, sobre las colinas que circundan la ciudad agostada por el sol. Los turcos que al atardecer se sientan en la *kapija* tienen siempre ante los ojos esas nubes cual las blancas tiendas imperiales de seda que en su imaginación suscitan apariciones y escenas de guerras y campañas bélicas inciertas y reminiscencias de fastos y de una fantástica potencia ilimitada. Sólo la oscuridad apaga y dispersa esas nubes estivales alrededor de la *kasaba*, y por el cielo se abren nuevos encantamientos de estrellas y claros de luna.

La prodigiosa y excepcional belleza de la *kapija* nunca puede apreciarse mejor que durante esos días veraniegos y a esa hora. Uno se encuentra en ella como en un balancín mágico: camina por la tierra, navega por el agua y vuela por el espacio, y, sin embargo, está seguro y firmemente ligado a la *kasaba* y a su casa blanca, ahí a un lado, con el jardín y el huerto de ciruelos alrededor. Con un café y el tabaco, muchos de estos ciudadanos modestos que no tienen mucho más que esa casa y la pequeña tienda en el bazar, sienten en esas horas la riqueza del mundo y la inconmensurabilidad de los dones divinos. Todo esto puede ofrecer y ha ofrecido a la gente, a través de los siglos, una simple construcción si es bella y sólida, concebida en el momento adecuado, situada en el lugar justo y construida con éxito.

Y éste era uno de esos atardeceres; repleto de conversaciones, risas y bromas que los ciudadanos intercambiaban entre sí o lanzaban a los paseantes.

Las chanzas más animadas y ruidosas se urdían en torno a un joven bajo y robusto de aspecto raro. Se trataba de Sarko el Tuerto.

El Tuerto era hijo de una gitana y de un soldado u oficial anatolio que antaño había servido en la *kasaba* y la había abandonado antes de que le

naciera ese hijo no deseado. La madre no tardó en morir y el niño creció sin parientes. Toda la *kasaba* se había ocupado de alimentarlo; era de todos y de nadie. Servía en las tiendas y en las casas y hacía los trabajos que ningún otro quería hacer, limpiaba las zanjas y las fosas sépticas, enterraba todo lo que moría o lo que el agua arrastraba. Nunca tuvo casa propia ni apellido ni un oficio concreto. Comía donde podía, de pie o andando, dormía en los desvanes, vestía los harapos multicolores que le daban los vecinos. Siendo niño había perdido el ojo izquierdo. Extravagante, bueno, alegre y borrachuzo, servía a los visegradenses tanto para las bromas y las risas como para el trabajo.

Alrededor del Tuerto se habían reunido varios jóvenes, hijos de mercaderes, que se reían y le gastaban bromas pesadas.

El aire huele a melón maduro y a café tostado. De las grandes losas de piedra, aún calientes del calor diurno, pero rociadas con agua y bien barridas, se eleva el particular olor de la *kapija*, tibio y fragante, que induce a la despreocupación y seduce a la imaginación ociosa.

El momento entre el día y la noche. El sol se había puesto y todavía no había aparecido la gran estrella sobre Moljevnik. En ese instante en que las cosas más normales pueden cobrar el aspecto de apariciones grandiosas, aterradoras y llenas de un significado especial, se presentaron en el puente los primeros refugiados de Uzice.

La mayoría de los hombres iban a pie, polvorientos y abatidos, y a lomos de pequeños caballos se balanceaban las mujeres bien tapadas y embozadas o los chiquitines asegurados entre fardos o cajas. Algún notable cabalgaba en un caballo mejor, pero a paso de funeral y cabizbajo, revelando así aún más el infortunio que los había llevado allí. Los había que tiraban de una cabra atada a una cuerdecita. Otros llevaban un cordero en brazos. Todos callaban, ni siquiera los niños lloraban. Sólo se oía el piafar de los caballos, los pasos humanos y el monótono tintineo de los objetos de cobre y madera en los animales sobrecargados.

La aparición de aquella gente exhausta y despojada apagó de pronto la animación en la *kapija*. Los ancianos se quedaron en los bancos de piedra. Los jóvenes se alzaron y formaron a ambos lados de la *kapija* un muro viviente; entre ellos pasó la procesión. Algunos de los ciudadanos se

limitaron a contemplar compasivos y en silencio a los refugiados, otros los saludaban con un *merhaba*, hola, e intentaban detenerlos y ofrecerles lo que fuera, pero ellos no prestaron atención a los ofrecimientos y apenas devolvieron el saludo. Sólo les interesaba llegar, mientras todavía hubiera luz, a pernoctar en Okolista.

Había alrededor de unas ciento veinte familias. Un centenar de ellas iban a Sarajevo, donde existían posibilidades de que las alojaran, mientras que el resto, en su mayoría las que tenían algún pariente, se quedarían ahí, en la *kasaba*.

Sólo uno de aquellos hombres agotados, por su aspecto un pobre sin familia, se detuvo un instante en la *kapija*, bebió agua hasta saciarse y aceptó un cigarrillo. Estaba completamente blanco por el polvo del camino, los ojos le centelleaban febriles y no podía fijar la vista en un objeto. Expulsando ansiosamente el humo, miraba a su alrededor con sus ojos brillantes y perturbadores, sin responder a las preguntas tímidas y corteses. Se limitó a enjugarse el bigote y a agradecérselo, lacónico y con la amargura que en un hombre dejan el cansancio y la sensación de abandono, farfullando unas cuantas palabras y clavando de pronto en todos esa mirada que no ve.

—Vosotros seguid aquí sentados divirtiéndoos, sin saber lo que pasa más allá de Stanisevac. Nosotros, ya veis, huimos a tierras turcas, pero ¿adónde huiremos todos juntos cuando llegue el momento? Nadie lo sabe ni a ninguno de vosotros le preocupa.

En este punto, el hombre se interrumpió de repente. Lo que había dicho era demasiado para esa gente, hasta unos minutos antes despreocupada, y poco para su amargura, que no lo había dejado callar ni expresarse claramente. Él mismo rompió el silencio incómodo, despidiéndose y dando las gracias a la par que se apresuraba para alcanzar la caravana. Todos le desearon a gritos buena suerte.

Esa noche en la *kapija* se instauró una atmósfera cargada. Todos estaban ceñudos y silenciosos. El Tuerto estaba sentado mudo e inmóvil en uno de los escalones de piedra. A su alrededor, tiradas, las cáscaras de sandía que había comido por una apuesta. Triste y con la cabeza apoyada en un brazo, la mirada abatida y extraviada, como si no mirara a la piedra de delante sino

a una remota distancia que apenas se distinguía. La gente empezó a dispersarse más pronto de lo que era usual.

Pero ya al día siguiente todo volvía a ser igual que siempre, porque a los visegradenses no les gusta recordar lo malo ni preocuparse por adelantado; en la sangre llevan la certidumbre de que la buena vida se compone de treguas y de que sería alocado y absurdo enturbiar esas escasas treguas buscando una vida más firme y estable que no existe.

Durante aquellos veinticinco años de mediados del siglo XIX, la peste había asolado Sarajevo dos veces y el cólera una. En esos casos, la *kasaba* se había atenido a las reglas que, según la tradición, ya Mahoma había dictado a sus fieles, relativas a su comportamiento en tiempos de epidemia: «Si oís que la peste reina en un lugar, no vayáis allí, y si domina en un lugar donde os encontráis, no salgáis de ahí». Pero como los hombres no respetan los preceptos, ni los más necesarios para la salud, aunque provinieran del Mensajero de Dios, a no ser que se vieran «obligados por las autoridades», éstas, con ocasión de una epidemia, limitaban o detenían por completo la circulación de viajeros y del correo. Entonces la vida en la *kapija* cambiaba de aspecto. Desaparecían los ciudadanos, los ocupados y los ociosos, los reflexivos o los cantarines, y en el sofá desierto de nuevo se sentaban, como en las épocas de insurrecciones y guerras, unos cuantos centinelas que detenían a los viajeros procedentes de Sarajevo y los hacían retroceder blandiendo los fusiles y gritándoles que volvieran sobre sus pasos. Cogían las cartas de los correos a caballo, pero con todas las medidas de precaución. En la *kapija* se encendía una pequeña hoguera de «madera perfumada» que despedía un abundante humo blanco. Los centinelas cogían con pinzas cada carta y la pasaban por este humo. Una vez desinfectadas las cartas se expedían a otros destinos. Las mercancías, sin embargo, no se aceptaban. Pero el grueso del trabajo no eran las cartas, sino los hombres. Todos los días llegaban unos cuantos viajeros, comerciantes, mensajeros, vagabundos. Ya a la entrada del puente los espera un guardia que al divisarlos a lo lejos les hace señales con la mano de que no se puede seguir adelante. El viajero se detiene, pero empieza a negociar, a justificarse y a explicar su caso. Y todos consideraban que era indispensable que los dejaran entrar en la ciudad y todos afirmaban estar sanos como un roble y

no tener ninguna relación con el cólera. —¡«Dios me libre»!— que se abatía sobre Sarajevo. Y mientras se explican, los viajeros llegan pasito a pasito a la mitad del puente y se aproximan a la *kapija*. En este punto intervienen en la conversación el resto de los guardias y, como hablan a una distancia de unos cuantos pasos, todos gritan y gesticulan. Y gritan también porque, ahí sentados en la *kapija* el día entero, los guardias se dedican a beber aguardiente y a comer ajo; su trabajo oficial les da derecho porque se cree que ambas cosas son buenas contra la infección: y ellos se sirven en abundancia de tal derecho.

Muchos viajeros, entonces, se cansan de suplicar y tratar de convencer al guardia y retroceden desalentados, el trabajo inacabado, por el camino de Okolista. Pero los hay que son tercos y pendencieros y se quedan en la *kapija* durante horas y acechan cualquier momento de debilidad o descuido, o albergan la esperanza de una casualidad loca o feliz. Si, por azar, se encuentra allí el comandante de la guardia de la ciudad, Sarko Hedo, no hay ninguna posibilidad para los viajeros de alcanzar su fin. Hedo es uno de esos mandos rectos y concienzudos que ni ve ni oye bien a la persona con la que habla, y le dedica el tiempo justo y necesario para asignarle el lugar que le corresponde según las normas y órdenes existentes. Mientras lo hace es ciego y sordo y cuando termina también se vuelve mudo. En vano el viajero suplica o halaga.

—Salih Agá, estoy sano…

—Pues entonces vete sano por donde has venido. ¡Vamos, piérdete!

Con Hedo ya no hay más que hablar. Pero si están solos los guardias jóvenes, entonces hay alguna posibilidad. Cuanto más tiempo permanece el viajero en el puente, cuanto más tiempo hablando a gritos con ellos, discutiendo, parloteando y contándoles sus penas, y la razón por la que había emprendido el viaje, así como el resto de las penurias de su vida, más cercano y familiar les resultaba y menos lo veían como un hombre que pudiera tener el cólera. Al final, alguno de los guardias se ofrecía a llevar a la *kasaba* el mensaje que el viajero quisiera hacerle llegar a alguien. Ése era el primer paso para ceder. Pero el viajero sabía que el asunto no terminaba con el mensaje y que los guardias, tal como estaban en ese momento, siempre resacosos o medio borrachos debido a la cura con aguardiente,

tenían dificultades para memorizar y solían transmitir mal muchos mensajes. Por eso prolonga la charla, ruega, ofrece un soborno, invoca a Dios y a su alma. Y lo hace hasta que el guardia que le ha parecido el más blando se queda solo en la *kapija*. Entonces se llega más o menos a un apaño. El guardia blando vuelve la cara hacia el muro alto como si leyera la antigua inscripción, las manos a la espalda, y extiende la palma derecha. El viajero tenaz pone en ella el dinero acordado, mira a los dos lados, se desliza por la otra mitad del puente y se pierde en la *kasaba*. El guardia regresa a su puesto, machaca un ajo y lo riega con aguardiente. Esto lo colma de una determinación alegre y despreocupada y le da fuerzas para vigilar y guardar la ciudad del cólera.

Pero las desgracias no duran eternamente (esto lo tienen en común con las alegrías), sino que pasan o al menos varían y se pierden en el olvido. Y la vida en la *kapija* se renueva siempre a pesar de todo, y el puente no muta ni con los años ni con los siglos ni con los mejores cambios de las relaciones humanas. Todo pasa a través de él, igual que las aguas turbulentas corren bajo sus lisos y perfectos arcos.

VIII

No sólo las guerras, las epidemias y los éxodos de aquel tiempo golpeaban el puente e interrumpían la vida en la *kapija*. También sucedieron acontecimientos extraordinarios, y debido a ellos los años en los que habían ocurrido llevaban su nombre y perduraban en el recuerdo.

A izquierda y derecha de la *kapija*, a ambos lados del puente, el tiempo había pulido la piedra del pretil y la había oscurecido más que en las otras partes. Durante cientos de años, los campesinos han dejado ahí la carga cuando querían descansar al cruzar el puente, o los desocupados apoyaban la espalda o los codos mientras charlaban, cuando esperaban a alguien o solos miraban el agua en las profundidades que, espumosa y rápida, corría siempre nueva y siempre la misma.

Pero nunca se había apoyado en el pretil tanta gente ociosa y curiosa mirando la superficie del agua, como si la estuvieran leyendo y descifrando, como en los últimos días del mes de agosto de aquel año. El agua estaba turbia por la lluvia, aunque apenas había llegado el final del verano. En los remolinos bajo los ojos se formaba una espuma blanca que giraba junto con virutas, ramitas y briznas de paja. Pero los ciudadanos desocupados que se acodaban en el murete en realidad no contemplaban ese río que conocían desde siempre y que nada tenía que contarles, sino que en la superficie del agua, como en sus conversaciones, buscaban para sí mismos una explicación y una huella visible del grave e incomprensible acontecimiento que esos días los había sorprendido y sobrecogido.

En esa época había ocurrido allí en la *kapija* un suceso absolutamente extraordinario como no se recordaba y que con toda probabilidad no volvería a repetirse mientras la *kasaba* y el puente sobre el Drina estuvieran

allí. Había conmocionado y estremecido a la ciudad e incluso más allá, a otros lugares y comarcas, como uno de esos relatos que recorren el mundo.

Se trataba de la historia de dos aldeas de Visegrad, Velji Lug y Nezuke. Estas dos aldeas se ubicaban en los dos extremos opuestos del anfiteatro que las oscuras montañas y verdes colinas formaban alrededor de la *kasaba*.

El gran municipio de Straziste, en el norte del valle, era el más próximo a la ciudad. Sus casas, campos y huertos estaban diseminados por unas cuantas colinas y encajados en las vaguadas que separaban unas de otras. En un collado de uno de aquellos altozanos se alzan un poco más de una docena de casas, hundidas en huertos de ciruelos y por todas partes rodeadas de sembrados. Es Velji Lug, una tranquila, bella y rica aldea turca en las alturas, que pertenece al término municipal de Straziste, pero más próxima a la *kasaba* que a su municipio, porque los aldeanos de Velji Lug en media hora bajan al bazar, donde tienen almacenes y comercian como el resto de los ciudadanos. No hay diferencia entre ellos y los verdaderos visegradenses, salvo quizá porque sus haciendas están mejor resguardadas y son más seguras, pues se hallan en tierras muy soleadas al margen de inundaciones, y los hombres son más modestos y reservados, sin las malas costumbres de la ciudad. Velji Lug tiene una tierra fértil, agua pura y buena gente.

Aquí vive una rama de los Osmanagic de Visegrad. Pero aunque los de la *kasaba* son más numerosos y acaudalados, el pueblo considera que son ellos «los que han descendido» y que los verdaderos Osmanagic son los de Velji Lug, donde están sus raíces. Éstos son una bella raza de hombres sensibles y orgullosos de su origen. Su casa es la más grande que blanquea a un lado, destacando bajo la misma cima, orientada hacia el suroeste, siempre encalada, con el tejado de ripias ennegrecidas y catorce ventanas de cristal. La casa se ve a distancia y es lo primero que divisan los ojos del viajero que baja por el camino hacia Visegrad y lo último que ve al abandonarlo. Los últimos rayos del sol que se pone tras el pico de Lijeska se demoran y quiebran siempre en la cara blanca y resplandeciente de esta casa. Y los visegradenses están acostumbrados desde hace mucho a contemplar desde la *kapija* cómo reverbera la puesta de sol en las ventanas de los Osmanagic, cómo después una por una se apagan y cómo a menudo,

cuando el sol desaparece y la *kasaba* se queda en sombras, centellea en una de ellas el último rayo, extraviado entre nubes, y cómo, cual estrella enorme y roja, brilla aún unos instantes sobre la ciudad mortecina.

Igual de conocido y respetado en la *kasaba* es el dueño de la casa, Avdan Osmanagic, un hombre intrépido e impulsivo tanto en la vida como en los negocios. Es propietario de un almacén en el bazar, un local bajo y sombrío en el que en tablas y esteras hay esparcido maíz, ciruelas pasas o piñas. Avdan Agá comercia sólo al por mayor, por eso el almacén no está abierto sino los días de mercado y durante la semana según el trabajo y las necesidades. Uno de los hijos de Avdan Agá está siempre en el almacén, mientras él suele sentarse en un banco delante del negocio y conversar con los clientes o conocidos. Es un hombre esbelto y rubicundo, pero con la barba y los bigotes completamente canos. Su voz es ronca y ahogada. Hace años que le aqueja un asma atroz. Y cuando en la conversación se altera y eleva la voz, lo que le sucede con frecuencia, lo asfixia de pronto una fuerte tos, se le hinchan las venas del cuello, se pone colorado y los ojos se le llenan de lágrimas, mientras el pecho le silba, rechina y resuena como una tormenta en las montañas. Cuando el acceso de tos se le pasa, se recobra, aspira aire profundamente y continúa la conversación allí donde se había quedado, pero con una voz cambiada, más fina. En la *kasaba* y aledaños es conocido como hombre de palabras afiladas, generoso y de corazón audaz. Así es en todo y también en el comercio, aunque a menudo en perjuicio propio. Muchas veces con una palabra osada sube o baja el precio de las ciruelas o del maíz, incluso cuando no le beneficia, sólo para fastidiar a un campesino cobarde o a un comerciante tacaño. Sus palabras en el bazar se escuchan y aceptan aunque es sabido que a veces es impetuoso y arbitrario en sus juicios. Y cuando Avdan Agá desciende de Velji Lug y se sienta delante del almacén, rara vez está solo, porque a la gente le gusta su conversación y desea oír su opinión. Y él es abierto y vivaz, siempre dispuesto a decir y defender lo que otros consideran que es mejor callar. Su asma y los accesos de tos violenta interrumpen a cada instante su charla, pero, por extraño que parezca, no la estropean, sino que la tornan más convincente y confieren a su forma de expresarse una grave y dolorosa dignidad a la que no es fácil resistirse.

Avdan Agá tiene cinco hijos adultos y casados y una única hija, la más pequeña, apenas en edad de merecer. De ella, Fata se llama, se sabe que es extraordinariamente hermosa, e igualita al padre. Toda la *kasaba* y también un poco los alrededores se interesan por el asunto de su matrimonio. Aquí ocurre siempre que una muchacha en cada generación se convierte en leyenda y se le dedican canciones por su belleza, valía y distinción. Durante varios años es el objeto de todos los deseos y un modelo inalcanzable; ante su nombre, la imaginación se enciende, se desborda el entusiasmo de los hombres y se entreteje la envidia de las mujeres. Son seres excepcionales que la naturaleza elige y eleva a alturas peligrosas.

La hija de Avdan Agá se parecía a su padre no sólo en la figura y el aspecto, sino también por su lucidez y elocuencia. Los que mejor lo sabían eran los mozos que en las bodas o reuniones intentaban ganarse sus favores o hacerse notar mediante halagos baratos o bromas atrevidas. Su habilidad en el hablar no era menor que su belleza. Por eso la canción dedicada a Fata, la hija de Avdan Agá (con criaturas semejantes, las canciones nacen espontáneamente), decía así:

Qué lista y bella eres,
oh, hermosa Fata de Avdan Agá.

Así se cantaba y se hablaba en la *kasaba* y a su alrededor, pero eran muy pocos los que tenían valor para pedir la mano de la joven de Velji Lug. Y cuando todos, uno tras otro, fueron rechazados, el vacío se hizo rápidamente en torno a Fata, ese círculo de admiración, odio y envidia, deseos inexpresados y expectativas maliciosas que suelen rodear a los seres con dones y sino extraordinarios. A estas personas sobre las que se canta y se habla se las lleva veloz su destino particular y tras ellas, en lugar de una vida consumada, quedan vivas las canciones y las leyendas.

Sucede con frecuencia en este lugar que las muchachas admiradas por todos, precisamente por eso se quedan sin pretendiente y «solteronas», mientras que mozas que no les llegan a la suela del zapato se casan rápida y fácilmente. A Fata no le sucedió esto, porque le salió un pretendiente que

tenía la audacia de desearla y la habilidad y el tesón para alcanzar su objetivo.

En ese círculo irregular que forma la cuenca de Visegrad, justo en el extremo opuesto a Velji Lug, se halla la aldea de Nezuke.

Más allá del puente, a menos de una hora de marcha por la ribera del río, en el corazón mismo de los montes abruptos desde los que como de una pared oscura surge el Drina describiendo una curva repentina, se halla una estrecha banda de tierra buena y fértil en las orillas pedregosas del agua. Son los sedimentos del río y de los torrentes de los Riscos de Butko. Allí se sitúan campos y huertos, y a un lado, prados empinados de hierba fina que en lo alto se pierden en un roquedal escarpado y en una maleza sombría. La aldea entera es propiedad de los beyes Hamzic, que también se apellidan Turkovic. En una mitad se alzan cinco o seis casas de renteros y en la otra las casas de los hermanos Hamzic, con Mustaj Bey a la cabeza. La aldea está aislada y en un paraje umbrío, poco soleada pero también a resguardo del viento, más rica en frutales y heno que en trigo. Rodeada y ceñida por todas partes por montes altos y escabrosos, la mayor parte del día está a la sombra y siempre en silencio, de manera que cualquier llamada de los pastores y cualquier movimiento brusco de los cencerros de los terneros resuena como un eco de los montes estrepitoso y múltiple. Hasta allí conduce un único camino desde Visegrad. Cuando uno cruza el puente, saliendo de la *kasaba*, y abandona el camino principal que tuerce a la derecha río abajo, y desciende hasta la orilla, encuentra un estrecho sendero de piedra que discurre a la izquierda del puente, por un canchal desierto, siguiendo el curso del Drina, como una orla blanca en el negro talud del río. En ese sendero, visto desde lo alto del puente, un jinete o un viandante parecen marchar por una angosta pasarela entre el agua y el canchal, y mientras caminan su figura se refleja constantemente en el río verde y manso.

Ése es el camino que lleva de la *kasaba* a Nezuke, y en Nezuke se acaba porque desde allí no hay a donde ir ni nadie que viaje. Sólo por encima de las casas, en el lado escarpado, cubierto de un bosque ralo, están cortados dos profundos barrancos blancos por los que zigzaguean los pastores cuando van al monte en busca del ganado.

Ahí se alza la casa grande y blanca del mayor de los Hamzic, Mustaj Bey. No es más pequeña que la de los Osmanagic en Velji Lug, pero a diferencia de ésta resulta totalmente invisible entre la hondonada y la espesura a orillas del Drina. A su alrededor, en un semicírculo, crecen once álamos altos que con su rumor y balanceo animan sin cesar ese paraje cerrado por todas partes y de difícil acceso. Debajo de ella se encuentran sólo las casas, algo más pequeñas y modestas, de los otros dos hermanos Hamzic. Todos los Hamzic tienen muchos hijos y todos son delgados, altos, pálidos, silenciosos y reservados, pero bien avenidos y diligentes en el trabajo, acostumbrados a apreciar y defender lo que es suyo. Igual que la gente más acaudalada de Velji Lug, también tienen en la *kasaba* su tienda a la que llevan todo lo que producen en Nezuke. En cualquier estación del año ellos y sus renteros pululan como hormigas y reptan por la estrecha senda pedregosa junto al Drina; unos acarrean la mercancía a la ciudad y otros regresan después de terminar el trabajo, con el dinero en el cinturón, a su pueblo invisible entre las montañas.

En la casa grande y blanca de Mustaj Bey Hamzic, que lo espera a uno como una sorpresa agradable al final del camino rocoso que parece no llevar a ninguna parte, hay cuatro hijas y un solo hijo, Nail. Este Nail Bey de Nezuke, hijo único del anciano bey, fue de los primeros en echarle el ojo a Fátima de Velji Lug. En una boda se hartó de contemplar su belleza por una puerta entornada en la que como un racimo se apretujaba una multitud de jovenzuelos extasiados. Cuando tuvo oportunidad de volver a verla, rodeada de amigas, le lanzó una broma atrevida:

—¡Ojalá quiera Dios que Mustaj Bey de Nezuke te llame nuera!

Fata estalló en carcajadas sofocadas.

—No te rías mucho —dijo a través de la rendija de la puerta el joven alterado—, verás que ese milagro se cumple un día.

—Sí, cuando Velji Lug baje a Nezuke —respondió la muchacha con una nueva carcajada y los ademanes arrogantes que sólo las mujeres semejantes y sólo a esa edad tienen y que decían más que sus palabras y su risa.

Y de este modo las criaturas particularmente dotadas por la naturaleza suelen desafiar al destino audaz e irreflexivamente. Su respuesta al joven

Hamzic se propaló y repitió de boca en boca, igual que todo lo que hacía y decía.

Pero los Hamzic no eran personas de las que se paran y arredran ante la primera dificultad. Por poco importante que fuera, no daban por terminado ningún trabajo inmediata y rápidamente, y mucho menos un asunto como aquél. El intento que hicieron a través de unos parientes de la *kasaba* no tuvo más éxito. Pero entonces el viejo Mustaj Bey Hamzic tomó en sus manos la cuestión del matrimonio de su hijo. Siempre había tenido negocios en común con Avdan Agá. Debido a su carácter impetuoso y altivo, Avdan Agá había sufrido en los últimos tiempos pérdidas importantes y se había visto obligado a contraer deudas a las que le resultaba difícil hacer frente en la fecha precisa. Mustaj Bey lo había ayudado y apoyado en este asunto como sólo las buenas gentes del bazar pueden apoyarse y ayudarse unos a otros en momentos difíciles: de manera sencilla y natural y sin muchas palabras.

En esos almacenes oscuros y umbríos y en los poyos pulidos por el uso de delante de la entrada no sólo se resolvían cuestiones monetarias y de honor entre los comerciantes, sino también destinos humanos completos. Lo que había sucedido entre Avdan Agá Osmanagic y Mustaj Bey Hamzic, cómo Mustaj Bey Hamzic había pedido a Fata para su único hijo Nail y cómo el vehemente y orgulloso Avdan Agá había «entregado» a la chica, eso nunca se sabrá. Tampoco se sabrá lo que ocurrió arriba, en Velji Lug, entre el padre y su hermosa única hija. Por supuesto, no puede hablarse de resistencia alguna por su parte. Una mirada llena de sorpresa dolida y ese desafiante, y sólo en ella innato, gesto del cuerpo entero, y luego la sumisión sorda y muda a la voluntad paterna, como aquí siempre ha sido y será. Como en sueños, ella empezó a ventilar, completar y ordenar su ajuar de doncella.

Tampoco de Nezuke salió una palabra. Los cautos Hamzic no precisaban que los hombres confirmaran su éxito en conversaciones banales. Habían conseguido lo que querían y, como siempre, estaban satisfechos con su logro. No necesitaban la participación de nadie, igual que tampoco habían pedido jamás compasión por sus fracasos y desgracias.

Sin embargo, la gente hablaba de ello, mucho, con todo lujo de detalles y sin escrúpulos, como suele ser habitual. Por toda la *kasaba* y a su alrededor se hablaba de cómo los Hamzic habían obtenido lo que querían; cómo la bella, orgullosa y lista hija de Avdan Agá, para la que en Bosnia entera no se había encontrado un pretendiente, había sido superada en astucia y domada; cómo, pese a todo, «Velji Lug bajaba a Nezuke», aunque Fata hubiera jurado en público lo contrario. Porque a la gente le gustan estas charlas sobre la caída y humillación de los que se elevan y vuelan demasiado alto.

Durante un mes no se habló de otra cosa y los vecinos se llenaban la boca como si paladearan un dulce almíbar al comentar la futura humillación de Fata. Durante un mes se llevaron a cabo los preparativos en Nezuke y en Velji Lug.

Durante un mes, Fátima trabajó en su ajuar con sus amigas, primas y mujeres contratadas. Las muchachas cantaban. Ella también. Sacó fuerzas de flaqueza incluso para eso. Y se oía a sí misma cantar, sin dejar de pensar en lo suyo. Pues con cada puntada de la aguja sabía (y se lo decía a sí misma) que ni ella ni su bordado verían jamás Nezuke. No lo olvidaba ni un instante. Pero afanada en la tarea y entre canciones, le parecía que Velji Lug estaba muy lejos de Nezuke y que un mes era mucho tiempo. Lo mismo sucedía por la noche. Por la noche, cuando, so pretexto de que todavía debía terminar alguna labor, se quedaba sola, se abría ante ella un mundo rico, lleno de luz y cambios felices, inabarcable.

Las noches en Velji Lug son cálidas aunque corre el aire fresco. Un resplandor trémulo y blanco une a todas las estrellas bajas e inquietas. De pie junto a la ventana, Fátima contempla la oscuridad. Una fuerza serena y dulce se esparce por su cuerpo, y siente cada parte por separado, como una fuente particular de energía y júbilo: las piernas, las caderas, los brazos, el cuello, y sobre todo el pecho. Sus senos, opulentos y grandes pero turgentes, rozan con las puntas las celosías de la ventana. Y en ese lugar siente que la colina entera, con todo lo que hay en ella, la casa, los edificios, los campos, respira, cálida, profunda y regularmente, y sube y baja junto con el cielo luminoso y la inmensidad nocturna. Debido a esa respiración el enrejado de madera de la ventana cae y crece, cae y crece, roza los pezones

de sus senos y se aparta de ellos, vuelve y los toca de nuevo, y otra vez baja y se aleja y así sucesivamente.

Sí, el mundo es grande, el mundo es enorme incluso de día, cuando el valle de Visegrad tiembla bajo la canícula y casi se puede oír madurar el trigo que se extiende por él, cuando la *kasaba* blanquea, desparramada alrededor del río verde y cerrada por la línea regular del puente y las montañas negras. Pero por la noche, sólo por la noche, cuando los cielos reviven y se inflaman, el infinito se abre y revela la gran energía de ese mundo en el que un hombre vivo se pierde y no puede recordarse ni siquiera a sí mismo adónde se dirige ni qué quiere o debe hacer. Sólo entonces se vive, sincera, serena y largamente; no hay palabras que te comprometen para toda la vida, ni promesas fatales ni situaciones sin salida, con un plazo corto que transcurre inexorablemente hacia su fin, y con la muerte o la vergüenza como único desenlace. Sí, aquí no es como en la vida cotidiana, donde lo que se ha dicho una vez es incuestionable, y lo prometido, inevitable. Aquí todo es libre, infinito, anónimo y mudo.

Entonces, en algún lugar, abajo, como desde lejos, se oye una voz grave, profunda y ahogada:

—¡Aajjj, cof, cof! ¡Aajjj, cof, cof!

Es Avdan Agá, que en la planta baja lucha contra los accesos nocturnos de tos.

No sólo reconoce la voz, sino que también ve a su padre claramente, sentado y fumando, insomne y torturado por la tos. Le parece ver sus grandes ojos castaños, conocidos como un paisaje amado, ojos idénticos a los suyos aunque con las sombras de la vejez y bañados por un brillo lagrimoso y risueño, ojos en los que por primera vez vio la irrevocabilidad de su destino el día en que se le comunicó que la habían prometido al joven Hamzic y que tenía un mes para prepararse.

—¡Aajjj, cof, cof!

La reciente exaltación ante la belleza de la noche y la grandeza del mundo se extingue súbitamente. Ese aliento suntuoso de la tierra se detiene. Los senos de la muchacha se agarrotan en un leve espasmo. Las estrellas y la inmensidad se hunden. Sólo el destino, su destino, sin salida, inexorable,

del día de mañana, se ejecuta y se cumple, a la par que el tiempo pasa, en silencio, en la inmovilidad y en el vacío que queda detrás de todo.

El eco sordo de la tos resuena en la planta baja.

Sí, lo oye y lo ve, como si estuviera delante de ella. Es su querido, poderoso, único papá, con el que se siente indisoluble y dulcemente unida desde que tiene conciencia de sí misma. Siente en su pecho esa tos pesada y estremecedora. Es cierto, es la misma boca que ha dicho *sí* donde ella ha dicho *no*. Pero es una sola persona con él, incluso en eso. Y siente el *sí* paterno como propio (tanto como su *no*). Y por eso su destino es inexorable, insólito, inminente, y por eso no ve una salida ni puede verla porque no la hay. Sólo sabe una cosa. Por ese *sí* de su padre, que la liga igual que su *no*, tendrá que presentarse ante el cadí con el hijo de Mustaj Bey, porque es imposible imaginar que Avdan Agá Osmanagic no cumpla su palabra. Pero también sabe a ciencia cierta que después del matrimonio su pie no podrá pisar Nezuke, porque entonces incumpliría su propia palabra. Y eso, por supuesto, es inadmisible porque también es palabra de Osmanagic. Ahí, en ese punto muerto, entre su *no* y el *sí* de su padre, entre Velji Lug y Nezuke, ahí, en ese espacio absolutamente cerrado debe encontrarse una salida. Ahí está ahora su pensamiento. Ya no en la inmensidad del mundo grande y rico, ni siquiera en el camino desde Velji Lug hasta Nezuke, sino en ese corto y triste trozo de recorrido que va desde la *mescema*[*30] en la que el cadí la casaría con el hijo de Mustaj Bey hasta el final del puente donde la cuesta pedregosa desciende por la senda estrecha que lleva a Nezuke y en la que ella, con absoluta seguridad, nunca pondrá el pie. Ese tramo del camino surcaba sus pensamientos sin cesar, de un lado a otro, igual que la lanzadera vuela por la trama. Desde la *mescema*, cruzando parte del bazar y el mercado, hasta el final del puente, y de allí volvía como de un precipicio, por el puente, el mercado, cruzando el bazar hasta la *mescema*. Y así sucesivamente: adelante, atrás, adelante, atrás. Ahí se tejía su destino.

Y esa idea que no cejaba ni lograba hallar una vía de escape se detenía cada vez más en la *kapija*, en ese bello y luminoso sofá de piedra en el que la gente se sienta y charla y los jóvenes cantan, bajo el que brama el río verde, rápido y profundo. Y luego, horrorizada ante semejante salida,

volaba de nuevo como maldita de un extremo a otro del camino, para, al no hallar otra solución, detenerse de nuevo en la *kapija*. Y todas las noches su pensamiento se entretenía más y más en ese punto. Y la sola idea de ese día en el que de verdad, y no en su imaginación, debería cruzar el camino y antes del final del puente encontrar una salida contenía en sí todo el horror de la muerte y el espanto de llevar una vida avergonzada. Le parecía, en su impotencia y abandono, que la atrocidad de estos pensamientos debería por sí misma alejar o al menos demorar el día decisivo.

Pero los días transcurrían, ni rápidos ni lentos, sino siempre iguales e inexorables, y con ellos llegó el día de la boda.

El último jueves del mes de agosto (ése era el fatídico día) llegaron los Hamzic cabalgando en busca de la muchacha. Ayudaron a Fata, bajo el pesado velo nuevo, como bajo una coraza, a montar a lomos de un corcel y así la condujeron a la *kasaba*. Al mismo tiempo, en el patio, cargaron los caballos con las cajas del ajuar de la novia. En la *mescema*, delante del cadí, se celebró el matrimonio. Así se mantuvo la palabra por la que Avdan Agá había entregado a su hija al hijo de Mustaj Bey. Luego el pequeño cortejo partió hacia Nezuke, donde se había preparado el banquete nupcial.

Habían cruzado parte del bazar y el mercado, el tramo de ese camino sin salida que tantas veces había recorrido Fata en su imaginación. Era duro, real y normal, casi más fácil que en el pensamiento. Ni estrellas ni inmensidad ni la tos ronca de su padre, ni el deseo de que el tiempo fuera más deprisa o más despacio. Cuando alcanzaron el puente, la muchacha sintió una vez más, como en las noches estivales junto a la ventana, cada parte de su cuerpo, con fuerza y por separado, y sobre todo el pecho con un leve espasmo, como en una armadura. Llegaron a la *kapija*. Como había hecho muchas veces en su imaginación en las noches pasadas, la novia se inclinó y, susurrando, le rogó a su hermano menor, que cabalgaba a su lado, que le acortara un poco los estribos, porque llegaban al paso empinado desde el puente al camino pedregoso que llevaba a Nezuke. Se detuvieron primero ellos dos y luego, un poco más lejos, el resto del cortejo a caballo. No había nada inusual en el hecho. No era ni la primera ni la última vez que un cortejo nupcial se detiene en la *kapija*. Mientras el hermano desmontaba, rodeaba el caballo y se echaba las riendas al brazo, la muchacha azuzó a su

montura hasta el límite del puente, apoyó el pie derecho en el pretil de piedra, se impulsó desde la silla, como si tuviera alas, por encima del muro y voló desde lo alto al río rumoroso bajo el puente. Su hermano, que se lanzó tras ella y, tumbándose cuan largo era sobre el pretil, llegó a rozar con la mano el velo que ondeaba, no pudo sujetarla. El resto de los jinetes saltaron de los caballos entre las más insólitas exclamaciones y se quedaron junto al antepecho en extrañas posiciones, como petrificados.

Ese mismo día al atardecer cayó una lluvia abundante e inusitadamente fría para aquella estación del año. El Drina subió y se enturbió. Al día siguiente el agua crecida y amarillenta arrojó el cadáver de Fata en un banco de arena en Kalata. Allí lo descubrió un pescador y enseguida fue a informar al *mulazim*[*31], que llegó al cabo de un rato con el alcalde, el pescador y Sarko el Tuerto. Porque del Tuerto en tales situaciones no se podía prescindir.

El cadáver yacía en la arena blanda y húmeda. Las ondas que batían contra él de vez en cuando lo cubrían por completo de agua turbia. El velo nuevo de paño negro que el agua no había logrado arrastrar se había dado la vuelta tapándole la cabeza, enredándose con el largo y espeso cabello y formando una masa oscura aparte del cuerpo blanco y exuberante de la joven, del cual la corriente había arrancado el fino vestido de novia. Ceñudos, con las mandíbulas apretadas, el Tuerto y el pescador chapotearon en el banco de arena, cogieron a la muchacha desnuda y, con cuidado y consternación, como si estuviera viva, la sacaron de la tierra húmeda en la que había empezado a hundirse, la llevaron a la orilla y la cubrieron enseguida con su velo mojado y lleno de fango.

Ese mismo día enterraron a la ahogada en el cementerio turco más cercano, en la pendiente bajo la cima en la que se alza Velji Lug. Y por la noche se reunieron los ociosos en la fonda en torno al pescador y al Tuerto, con esa curiosidad malsana y horrenda que se desarrolla especialmente en las personas que tienen una vida vacía y privada de cualquier belleza y pobre en emociones y acontecimientos. Los invitaron a aguardiente y les ofrecieron tabaco, para sacarles algún detalle sobre el cadáver y el entierro. Pero de nada les sirvió. Ni el aguardiente les desató la lengua. Ni siquiera el Tuerto abrió la boca. Fumaba sin cesar y con el ojo brillante seguía el humo

que expulsaba con enérgicas exhalaciones tan lejos como podía. Sólo ellos dos, el Tuerto y el pescador, de vez en cuando, se contemplaban, alzaban los vasitos en silencio, ambos a la par, como si brindaran en secreto, y se los bebían de un trago.

Así ocurrió esa historia insólita y sin precedentes en la *kapija*. Velji Lug no bajó a Nezuke y Fata, la hija de Avdan Agá, no se casó con un Hamzic.

Avdan Agá Osmanagic no volvió a poner un pie en la *kasaba*. Falleció ese mismo invierno, asfixiado por la tos, sin hablar con nadie ni una sola palabra sobre la angustia que lo estaba matando.

La primavera siguiente, Mustaj Bey Hamzic desposó a su hijo con una muchacha de Brankovici.

Los vecinos de la *kasaba* comentaron el suceso aún durante un tiempo y luego empezaron a olvidarlo. Quedó sólo la canción de la doncella que por su belleza e inteligencia brilla sobre todos como si fuera eterna.

IX

Unos setenta años después de la insurrección de Karadorde, volvió a estallar la guerra en Serbia y la frontera se alzó en armas de inmediato. De nuevo ardieron las casas turcas y serbias en las cimas, en Zljeb, Gostilja, Crncici y Veletovo. Por primera vez después de tantos años amanecieron en la *kapija* las cabezas cortadas de serbios ajusticiados. Se trataba de delgadas cabezas de campesinos, con el pelo corto y la nuca plana, la cara huesuda y largos bigotes; como si fueran las mismas de setenta años atrás. Pero no duró mucho. En cuanto terminó la guerra entre Turquía y Serbia, la gente se apaciguó. A decir verdad, era una paz aparente bajo la que se ocultaban muchos temores, voces agitadas y murmullos preocupados. Cada vez se hablaba con mayor concreción y más abiertamente de la entrada del ejército austriaco en Bosnia. A principios del verano de 1878 pasaron por la *kasaba* unidades del ejército regular turco procedentes de Sarajevo de camino a Priboj. Se extendió la opinión de que el sultán entregaba Bosnia sin oponer resistencia. Unas cuantas familias se prepararon para emigrar al Sanjacado; entre ellas había algunas que trece años atrás habían venido de Uzice pues se negaban a vivir bajo el gobierno serbio y de nuevo se disponían a huir de otra dominación cristiana. Pero la mayoría de la gente se quedó esperando los acontecimientos, presa de dudas tortuosas y en una aparente indiferencia.

A principios del mes de julio llegó el muftí de Pljevlja con un reducido número de gente, pero con la firme decisión de organizar la resistencia contra los austriacos en Bosnia. Un hombre serio, rubio, de mirada serena pero naturaleza ardiente; se sentó en la *kapija*, donde aprovechando el hermoso día de verano convocó a los notables turcos de la *kasaba* y trató de

animarlos para que combatieran contra los austriacos. Les aseguraba que la mayor parte del ejército regular, pese a las órdenes oficiales, se quedaría para oponerse junto con el pueblo al nuevo agresor, e invitó a todos los jóvenes a que se le unieran y a que se enviaran víveres a Sarajevo. El muftí sabía que los visegradenses nunca habían tenido fama de ser luchadores aguerridos precisamente y que preferían vivir de manera alocada antes que morir a lo loco; no obstante, lo sorprendió la tibieza y reserva con las que se topó. No pudiendo entretenerse más allí, el muftí los amenazó con el juicio del pueblo y la cólera de Dios, y dejó a su ayudante, Osman Efendi Karamanlija, para que siguiera tratando de convencer a los turcos de Visegrad de la necesidad de su participación en el levantamiento general.

Ya durante las conversaciones con el muftí, Alí Hodja Mutevelic fue el que presentó la mayor oposición. Su familia era una de las más antiguas y distinguidas de la *kasaba*. Jamás habían destacado por tener grandes posesiones, sino por su honradez y franqueza. Siempre se los había considerado obstinados, pero inmunes al soborno, al miedo, a las adulaciones o cualquier otra bajeza o mezquindad. Durante más de doscientos años, el miembro más anciano de la familia había sido *mutevelija*, el guardián y administrador de la fundación de Mehmed Bajá en la *kasaba*. Se ocupaba del famoso *Han* de Piedra, junto al puente. Hemos visto cómo, después de la pérdida de Hungría, el caravasar se había quedado sin los ingresos con los que se mantenía, que por un cúmulo de circunstancias se había convertido en una ruina, y que de la fundación del visir no había quedado más que el puente, como un bien público que no exigía un mantenimiento especial ni aportaba ingresos. Pero Mutevelic se quedó para siempre como su apellido, como un recuerdo orgulloso de la profesión que durante tantos años habían ejercido tan honorablemente. El oficio ya se había terminado en realidad cuando Daut Hodja se dio por vencido en su lucha por mantener el caravasar, pero el orgullo perduró y con él la costumbre innata de que ellos, los Mutevelic, al margen del resto del mundo, se consideraban llamados a ocuparse del puente, y de que ellos, en cierto modo, eran los responsables de su destino, porque el puente, al menos como construcción, era parte integrante de la grande y hermosa fundación que habían administrado y que tan tristemente se había

empobrecido y arruinado. Pero había una costumbre más en su familia, consolidada en tiempos remotos: que en todas las generaciones, al menos un Mutevelic fuera a la escuela y formara parte del Consejo de los Ulemas. En ese momento lo era Alí Hodja. Por lo demás, su número se había reducido y sus posesiones habían menguado notablemente. Les quedaban todavía algunos renteros y una tienda que tenían desde muy antiguo en el bazar, en el mejor lugar, en el mismo mercado, cerca del puente. Los dos hermanos mayores de Alí Hodja habían perecido guerreando, uno en Rusia y otro en Montenegro.

Alí Hodja todavía era un hombre joven, vivo, sonriente y rubicundo. Como un auténtico Mutevelic, solía tener su propia opinión sobre todas la cosas, la defendía con obstinación y no daba su brazo a torcer. Debido a su carácter irascible y criterio independiente, solía estar en desacuerdo con el Consejo de Ulemas y los jerarcas locales. Ostentaba el título y rango de *hodja*, pero ni ejercía como tal ni tenía ingresos procedentes de su condición. Para ser más independiente aún, llevaba él solo la tienda que le había dejado su padre.

Al igual que la mayoría de los musulmanes de Visegrad, también Alí Hodja estaba en contra de la resistencia armada.

En su caso no se debía a la cobardía o a la poca fe. Igual que el muftí o cualquiera de los insurrectos, odiaba a la potencia cristiana extranjera que llegaba y todo lo que ésta podía traer. Pero viendo que el sultán realmente había abandonado Bosnia a los germanos y conociendo a sus conciudadanos, era contrario a la resistencia popular desorganizada, que sólo podía acarrear la derrota y hacer más pesado el infortunio. Y una vez que este pensamiento se había fijado en su cabeza, él lo confesaba abiertamente y lo defendía con contundencia. En aquella ocasión también planteó preguntas incómodas y observaciones agudas que sobre todo desconcertaron al muftí. Y así, sin querer, respaldó entre los visegradenses, que por lo demás no gustaban de lanzarse al combate ni se mostraban muy dispuestos a sacrificarse, la resistencia abierta ante las intenciones belicosas del muftí.

Cuando Osman Efendi Karamanlija se quedó para prolongar las conversaciones con los visegradenses, se encontró con la oposición de Alí

Hodja. Y unos cuantos beyes y agaes que rumiaban las palabras y medían sus frases, aunque en realidad estaban totalmente de acuerdo con él, dejaron que fuese el franco y fogoso *hodja* quien se expusiera y se enfrentara a Karamanlija.

Los notables turcos de Visegrad se sentaban al atardecer en la *kapija*, con las piernas cruzadas, formando un círculo según su importancia. Entre ellos Osman Efendi, un hombre alto, delgado y pálido; con todos los músculos de la cara en una tensión o forzada, los ojos febriles, y la frente y las mejillas surcadas por cicatrices, presentaba el aspecto de los epilépticos. Enfrente estaba el rubicundo, pequeño, insolente e irascible Alí Hodja y con su voz aflautada planteaba nuevas preguntas. ¿Cuáles eran las fuerzas? ¿Adónde se iba? ¿Con qué medios? ¿Cómo? ¿Cuál era el objetivo? ¿Qué sucedería en caso de fracaso? La pedantería fría, casi maliciosa, con la que el *hodja* debatía sobre este asunto no ocultaba más que su preocupación y amargura por la superioridad cristiana y la evidente impotencia y desorientación turcas. Pero exaltado y hosco, Osman Efendi no era un hombre capacitado para advertir y entender estas cosas. De naturaleza violenta e intemperante, fanático de nervios débiles, perdía rápidamente la paciencia y la sangre fría y se abalanzaba contra cualquier signo de duda y vacilación como si enfrente tuviera a los propios austríacos. Ese *hodja* lo estaba irritando y él le respondía con ira contenida, expresiones generales y palabras grandiosas. Se iba hacia donde se debía y con los medios de que se disponía. Lo importante era no ceder sin lucha el país al adversario, y quien pregunta mucho, entorpece la tarea y ayuda al enemigo. Al final, totalmente fuera de sí por la rabia, respondía con un desprecio apenas disimulado a cada pregunta del *hodja*. «Ha llegado la hora de morir». «Debemos sacrificarnos». «Moriremos todos, hasta el último».

—Ajajá —le interrumpía el *hodja*—, yo creía que queríais expulsar a los austríacos de Bosnia y que por eso nos reuníais. Pero si se trata de morir, nosotros, Efendi, sabemos morir sin tu ayuda. Nada más fácil que morir.

—Ya veo que tú no tienes ninguna gana de morir —le cortó groseramente Karamanlija.

—Y yo, que a ti te apetece mucho —replicó tajante el *hodja*—, pero no sé por qué buscas compañía para arar en el mar.

En este punto la conversación degeneró en una vulgar riña en la que Osman Efendi tachó a Alí Hodja de infiel y renegado, uno de esos traidores cuya cabeza, como la de los serbios, debería estar clavada en esta *kapija*, pero el *hodja* seguía impasible buscando tres pies al gato y, obstinado, pedía motivos y pruebas, como si no oyera las amenazas ni las ofensas.

En verdad, habría sido difícil encontrar dos negociadores peores y dos hombres más incómodos. Nada más podía esperarse de ellos salvo que aumentaran la confusión general y crearan otro conflicto. Era desolador pero inevitable, porque en los momentos de convulsiones sociales y cambios grandes e inminentes suelen proliferar este tipo de personas malsanas o inmaduras que llevan las cosas de modo erróneo y en una dirección equivocada. Éste es precisamente uno de los signos de tiempos caóticos.

Sin embargo, a los beyes y agaes les vino bien la disputa estéril, porque así la cuestión de su participación en el levantamiento quedaba en suspenso y ellos mismos no tenían que manifestarse directamente. Temblando de rabia y lanzando amenazas en voz alta, Osman Efendi partió a la mañana siguiente con algunos de sus hombres en dirección a Sarajevo en pos del muftí.

Las noticias que llegaron a lo largo de ese mes confirmaban cada vez más el acierto oportunista de los agaes y beyes al quedarse cuidando de sus casas y la *kasaba*.

A mediados de agosto, los austríacos entraron en Sarajevo. Un poco más tarde se riñó la infausta batalla de Glasinac. Ése fue también el final de cualquier resistencia. Por el escarpado camino de Lijeska, a través de Okolista, empezaron a descender a la *kasaba* los restos de las tropas turcas derrotadas. Venían soldados del ejército regular que, pese a las órdenes del sultán, se habían unido por su cuenta y riesgo a la resistencia, mezclados con los insurrectos locales. Los soldados no pedían más que pan y agua y preguntaban por el camino hacia Uvac, pero los insurrectos eran hombres amargados y belicosos a los que las derrotas no habían doblegado. Renegridos, polvorientos y con la ropa hecha jirones, respondían con

mordacidad a las preguntas de los pacíficos turcos de Visegrad y se dispusieron a cavar trincheras y defender el paso a través del puente sobre el Drina.

Y de nuevo se destacó Alí Hodja; sin reparos e incansable, demostraba que la *kasaba* no podía defenderse y que la defensa era absurda si ya «los germanos habían cruzado Bosnia de un extremo a otro». Los insurrectos lo habían visto también, pero no querían admitirlo, porque los encolerizaban y provocaban esos hombres de ropas limpias y bien alimentados que habían conservado sus casas y posesiones, manteniéndose sabia y cobardemente lejos de la revuelta y del combate. Y en ésas andaban cuando reapareció Osman Efendi Karamanlija, como si estuviera fuera de sí, más pálido y más delgado, más agresivo y vociferante. Era uno de esos hombres para los que el fracaso no existe. Hablaba de resistir, en cualquier lugar y a cualquier precio, y repetía sin cesar la necesidad de morir. Todos se apartaban y retiraban ante su rabioso celo salvo Alí Hodja. Sin la menor malicia, con frialdad y sin contemplaciones, él le demostraba al impetuoso Osman Efendi que con el levantamiento había sucedido lo que él le había vaticinado en esa misma *kapija* hacía un mes. Le recomendaba que se pusiera en camino hacia Pljevlja con su gente cuanto antes y que no empeorase las cosas. El *hodja* era ahora menos combativo, un tanto dolorosa y conmovedoramente atento con Karamanlija, como con un enfermo. Porque, en su fuero interno y bajo su impetuosidad aparente, Alí Hodja estaba muy conturbado por la desgracia que se aproximaba. Estaba triste y amargado como sólo puede estarlo un musulmán ferviente que ve cómo se acerca inexorablemente una fuerza extranjera ante la que el antiguo orden islámico no puede perdurar. En sus palabras, y contra su voluntad, se advertía esa pena oculta.

A todas las injurias de Karamanlija, él respondía casi con pesar.

—¿Tú crees, Efendi, que es fácil para mí aguardar aquí, vivo, a ver a los austríacos en mis tierras? Como si nosotros no viéramos lo que nos espera y qué tiempos se avecinan. Sabemos lo que nos duele y lo que perdemos; lo sabemos bien. Si era esto lo que querías decirnos, no debías haber vuelto por segunda vez, pero tampoco tenías que haber salido de Pljevlja. Porque ya veo que tú no entiendes estas cuentas. Si las comprendieras, no habrías

hecho las cosas que has hecho, ni habrías dicho lo que dijiste. Este tormento, Efendi mío, es peor de lo que crees; yo tampoco conozco su remedio, pero sé que no es lo que tú nos aconsejas.

Sin embargo, Osman Efendi era sordo a todo lo que no aprobara su pasión profunda y sincera por la lucha, y odiaba a ese *hodja* tanto como a los austríacos contra los que se alzaba. Y es que, ante la aproximación de un enemigo superior y antes de las grandes derrotas, en cualquier sociedad condenada siempre aparecen odios fratricidas y luchas intestinas. Al no encontrar nuevos insultos, continuó llamando traidor a Alí Hodja y recomendándole con ironía que se bautizara antes de que llegaran los germanos.

—No lo hicieron mis antepasados y no voy a hacerlo yo, Efendi: ni me voy a bautizar por el austriaco ni pienso seguir a un imbécil a la guerra —respondía con calma el *hodja*.

Todos los notables turcos de Visegrad eran de la misma opinión que Alí Hodja, pero no todos consideraban adecuado decirlo, sobre todo no de una manera tan tajante y tan directa. Temían a los austríacos que llegaban, pero también a Karamanlija, que con su destacamento se había apoderado de la *kasaba*. Por eso se encerraban en sus casas y se retiraban a sus haciendas fuera de la ciudad, y cuando no podían evitar el encuentro con Karamanlija y su gente, su mirada los rehuía y pronunciaban palabras evasivas buscando el mejor pretexto y el camino más seguro para escapar de ellos.

En la explanada, delante de las ruinas del caravasar, Karamanlija mantenía una asamblea permanente de la mañana a la noche. Allí rondaba siempre una multitud variopinta: hombres de Karamanlija, viandantes casuales, los que iban a pedir un favor al nuevo señor de la *kasaba* y los paseantes a los que los insurrectos, más o menos a la fuerza, arrastraban a oír a su superior. Y Karamanlija hablaba sin cesar. Y cuando se dirigía a un individuo gritaba como si se dirigiera a cientos de ellos. Estaba aún más pálido, los ojos se le salían de las órbitas, en las que la esclerótica tenía un evidente color amarillento, y en las comisuras de los labios se le amontonaba una espuma blanca. Un visegradense le había contado la creencia popular musulmana del jeque Turhanija, que antaño había perecido allí defendiendo el paso del Drina frente a un ejército de infieles y ahora

descansaba en su tumba en la otra orilla, justo por encima del puente, pero que se levantaría sin dudarlo en el mismo instante en que el primer soldado infiel lo pisara. Él de inmediato se había aferrado a esa leyenda de manera ardiente y crispada, presentándola a la muchedumbre como una ayuda inesperada y real.

—Hermanos, este puente es una obra pía del visir. Está escrito que ninguna fuerza infiel lo atravesará. No lo defendemos nosotros solos, sino también «ese paladín», al que ni el fusil mata ni el sable hiende. Cuando aparezca el adversario, él se levantará de la tumba, se situará en medio del puente con las brazos abiertos, y a los austríacos, al verlo, se les doblarán las rodillas, sus corazones desfallecerán de pronto y no podrán ni huir, de puro miedo. Hermanos turcos, no os disperséis, venid todos conmigo al puente.

Así gritaba Karamanlija delante de los hombres reunidos. Rígido, con su camisa negra desgastada, abriendo los brazos y mostrando cómo se levantaría el «paladín», semejaba una cruz negra, alta y esbelta con un turbante en la punta.

Todo esto lo sabían los turcos visegradenses mejor que Karamanlija, porque todos habían oído y contado la leyenda innumerables veces en su infancia, pero no sentían ninguna gana de mezclar su vida con historias ni de contar con la ayuda de los muertos allí donde ningún vivo podía ayudar. Alí Hodja, que no se alejaba de su tienda, pero al que la gente le contaba lo que se decía y ocurría delante del caravasar, se limitaba a hacer un gesto triste y compasivo con la mano.

—Ya sabía yo que este idiota no iba a dejar en paz ni a los vivos ni a los muertos: ¡*Alab selamet olsun*[2]!

Pero Karamanlija, impotente contra el enemigo verdadero, dirigía su cólera contra Alí Hodja. Amenazaba, gritaba y juraba que, antes de tener que abandonar la *kasaba*, clavaría al *hodja* testarudo en la *kapija*, como a un tejón, para que así esperara a los germanos contra los que no había querido luchar ni permitido que otros lo hicieran.

Los austríacos, que aparecieron en las pendientes de Lijeska, interrumpieron esta disputa. En ese momento se puso de manifiesto que la *kasaba* no podía defenderse. Karamanlija fue el último en abandonar la

ciudad, dejando en la elevada explanada delante del caravasar los dos cañones de hierro que había arrastrado hasta entonces. Pero antes de marcharse, cumplió su amenaza. Ordenó a su criado, herrero de profesión, un hombre de estatura gigantesca y cerebro de mosquito, que atara a Alí Hodja y así atado lo clavara por la oreja derecha en la viga de roble que había quedado de la antigua torre de vigilancia, encajada entre los dos escalones de la *kapija*.

En el caos y la confusión general que reinaban en el mercado y alrededor del puente, todos oyeron esta orden pronunciada a gritos, pero nadie la entendió como si tuviera que cumplirse al pie de la letra. ¡Son tantas las cosas que se dicen y las palabras mayores e insultos contundentes que se oyen en tales circunstancias! Y lo mismo fue con ésta. Primero sonó absolutamente increíble. Más como una amenaza, una injuria; algo así. Tampoco Alí Hodja se lo tomó en serio. Incluso el herrero, al que se le había dado la orden y que andaba ocupado inutilizando los cañones, pareció vacilar y pensárselo. Pero la idea de que había que clavar al *hodja* en la *kapija* se había lanzado y ahora en las cabezas de aquella gente aterrada y desesperada se sopesaban las posibilidades y probabilidades de que se llevara a cabo o no semejante crimen. ¡Se hará o no se hará! Al principio, a la mayoría todo el asunto le resultó tan absurdo como era, repugnante e imposible. Pero en esos instantes de confusión general había que hacer algo, algo transcendental, insólito, y eso era lo único que podía hacerse. ¡Se hará o se hará! Esta probabilidad se hacía cada vez más consistente y con cada minuto, con cada movimiento, se tornaba más y más plausible y natural. ¿Por qué no? Dos hombres estaban ya sujetando al *hodja*, que ni siquiera opuso mucha resistencia. Le ataron las manos a la espalda. Todavía estaba lejos de una realidad tan terrible y alocada. Pero se iba acercando. El herrero, como si de pronto se hubiera avergonzado de su debilidad e indecisión, blandió el martillo con el que hasta hacía un instante inutilizaba los cañones. En la idea de que los austríacos estaban ahí mismo, a media hora de marcha de la ciudad, encontró la resolución y determinación para cumplir con su tarea hasta el final. Y de esa misma idea dolorosa, el *hodja* extrajo su terca indiferencia hacia todo y también hacia ese inmerecido, atolondrado y vergonzoso castigo al que lo sometían.

Y así, en unos cuantos minutos sucedió lo que hacía unos instantes parecía imposible e increíble. Nadie consideraba que aquello fuera bueno ni factible y, sin embargo, todos contribuyeron un poco para que el *hodja* se encontrase en el puente con la oreja derecha clavada a la viga de madera que estaba en la *kapija*. Y cuando todos huyeron ante los austríacos que descendían hacia la ciudad, Alí Hodja permaneció en esa extraña, dolorosa y ridícula posición, condenado a estar quieto, arrodillado, porque el menor movimiento le producía un gran dolor y amenazaba con arrancarle la oreja, que le parecía pesada y grande como una montaña. Gritó, pero no había nadie que lo oyera y lo liberara de esa posición tan penosa, porque todas las criaturas vivas se habían escondido en sus casas o dispersado por los pueblos, muertas de miedo, tanto a causa de los austríacos que llegaban como de los insurrectos que se retiraban. La ciudad parecía abandonada y el puente desierto, como si la muerte hubiera borrado cualquier rastro de vida. No había ni vivos ni muertos para defenderlo, solo en la *kapija* estaba agachado e inmóvil Alí Hodja, con la cabeza pegada a la viga, gimiendo de dolor, sin dejar de imaginar, en esa posición, nuevas pruebas contra Karamanlija.

Los austríacos avanzaban despacio. Su vanguardia en la otra orilla había divisado los cañones delante del caravasar y se habían detenido para esperar a su batería de montaña. Alrededor del mediodía, desde un bosquecillo dispararon unas cuantas granadas contra el edificio abandonado, causando algunos daños al *Han* de Piedra ya medio en ruinas y quebrando las rejas insólitamente elegantes de las ventanas, talladas de un solo bloque de piedra arenisca. Tan sólo cuando desplazaron y volcaron los dos cañones turcos y comprobaron que estaban abandonados y que nadie respondía, los germanos detuvieron el fuego y empezaron a aproximarse cautamente al puente y a la *kasaba*. A la *kapija* llegaron los soldados húngaros con paso lento y con el fusil en posición de disparar. Se pararon vacilantes ante el *hodja* acurrucado, que, aterrado por las granadas que silbaban y retumbaban sobre su cabeza, se había olvidado por un instante del dolor de la oreja clavada. Cuando vio a los soldados odiosos con los fusiles apuntando, empezó a gimotear lastimera y prolongadamente, contando con que ésa era una lengua que todo el mundo entendía. Esto lo salvó de que los soldados le

dispararan. Mientras unos continuaron avanzando paso a paso por el puente, otros se quedaron con él, mirándolo de cerca, sin comprender su posición. Sólo cuando llegó un sanitario, encontraron unos alicates y con cuidado sacaron el clavo, uno de ésos con los que se hierra a los caballos, y liberaron a Alí Hodja. Estaba tan entumecido y exhausto que cayó en los escalones de piedra, sin dejar de gemir y lamentarse. El soldado sanitario le untó la oreja con un líquido que escocía. A través de las lágrimas, como en un sueño extraño, miraba la ancha banda blanca en el brazo izquierdo del soldado sobre la que había estampada una cruz grande y simétrica de tela roja. Sólo una fiebre alta puede provocar unas alucinaciones tan repugnantes y terribles. La cruz flotaba y danzaba entre las lágrimas y, como una enorme aparición, le ocultaba todo el horizonte. Luego el enfermero le vendó la herida y sobre la venda le caló el turbante. Así, con la cabeza vendada y los riñones destrozados, el *hodja* se irguió y se quedó unos instantes apoyado en el pretil del puente. Le costaba tranquilizarse y recobrarse. Enfrente de él, en el otro lado de la *kapija*, debajo de la inscripción turca en la piedra, un soldado clavó un papel blanco y ancho. Aunque la cabeza le estallaba de dolor, el *hodja* no pudo dominar su innata curiosidad y dejar de mirar el cartel blanco. Era la proclama del general Filipovic, en serbio y en turco, dirigida a la población de Bosnia y Herzegovina con ocasión de la entrada del ejército austríaco en Bosnia. Guiñando el ojo derecho, Alí Hodja descifró el texto en turco, y sólo las frases que estaban impresas en letras grandes:

> *¡A los habitantes de Bosnia y Herzegovina!*
>
> *El ejército del emperador de Austria y rey de Hungría ha cruzado la frontera de vuestro país. No llega como enemigo para apoderarse de la tierra a la fuerza. Llega como amigo, para poner fin a los desórdenes que hace ya años agitan no sólo a Bosnia y Herzegovina, sino también a las provincias limítrofes con Austria-Hungría.*
>
> *El emperador y rey no ha sido capaz de seguir contemplando la violencia y los desórdenes que reinan en las*

proximidades de sus territorios ni la pobreza e infortunio que llaman a la puerta en las fronteras de sus tierras.

Ha llamado la atención de los Estados europeos hacia vuestra situación y en un consejo de naciones se ha decidido por unanimidad que Austria-Hungría os devuelva la paz y el bienestar que hace tiempo habéis perdido.

Su Majestad, el sultán, cuyo corazón clama por vuestro bien, se ha comprometido en el empeño de confiaros a su poderoso amigo emperador y rey.

El emperador y rey ordena que todos los hijos de esta tierra gocen de los mismos derechos ante la ley, y que a todos se les garantice la vida, la fe y las posesiones.

¡Habitantes de Bosnia y Herzegovina, poneos con confianza bajo la protección de las gloriosas banderas de Austria-Hungría! ¡Aguardad a nuestros soldados como amigos, obedeced a las autoridades, volved a vuestros trabajos, los frutos de vuestro esfuerzo serán protegidos!

El *hodja* leía a trompicones, frase tras frase, sin entender algunas de las palabras, pero todas le causaban dolor; un dolor particular, que no tenía nada que ver con el de la oreja herida, la cabeza y los riñones. Sólo entonces, con estas palabras, «palabras imperiales», comprendió de golpe que para él, para los suyos y para todo lo que poseían, se había terminado, terminado para siempre, pero de una forma extraña: los ojos miran, la boca habla, el hombre perdura, pero la vida, la buena vida, ya no existía. Un emperador extranjero les había puesto la mano encima y una religión extranjera dominaba. Eso era lo que resultaba de las trascendentales palabras y los mensajes imprecisos, y más claro aún de ese dolor plomizo en el pecho que escocía y abrumaba más que cualquier dolor físico que pueda uno imaginarse. Y ni mil estúpidos como ese Osman Karamanlija podían hacer nada ni cambiar nada. (Así seguía el *hodja* discutiendo en su fuero interno). «¡Moriremos todos!». «¡Muramos!». De qué servía tanto ruido cuando venían tiempos en los que un hombre no podía ni morir ni vivir, sino sólo pudrirse como un palo hundido en la tierra que pertenecía a

todos menos a sí mismo. Es una gran y auténtica desgracia que los diversos Karamanlija ni ven ni entienden, y con su incomprensión la hacen aún más pesada y vergonzosa.

Sumido en esos pensamientos, Alí Hodja abandona el puente despacio, sin advertir que lo sigue el soldado sanitario. No le duele tanto la oreja como la bala de cañón amarga y plúmbea, que después de la lectura de «las palabras del emperador» se ha alojado en su pecho. Camina despacio y tiene la sensación de que nunca más volverá a cruzar a la otra orilla, de que ese puente que es el orgullo de la *kasaba* y que desde el primer día de existencia ha estado ligado a su familia, en el que ha crecido y junto al que ha pasado toda su vida, de pronto se ha derrumbado en el medio, allí en la *kapija*, de que el papel blanco y ancho de la proclama germana lo ha cortado en dos mitades como una explosión silenciosa y que allí se abre un abismo; de que aún se yerguen los pilares a izquierda y derecha de la hendidura, pero no hay paso, porque el puente no enlaza ya las dos orillas, y cada una permanecerá por toda la eternidad en el lado en el que ese instante la ha sorprendido.

Despacio va Alí Hodja perdido en sus alucinaciones febriles, y se balancea como un herido grave, mientras las lágrimas arrasan sus ojos sin cesar. Anda tambaleándose como un mendigo que, enfermo, cruza por primera vez el puente y entra en una ciudad ajena, desconocida. Lo sacudieron los gritos. A su lado pasaban algunos soldados. Entre ellos volvió a ver la cara rolliza, sonriente y bondadosa del hombre con la cruz roja en el brazo que lo había desclavado. Con la misma sonrisa, el soldado le señaló la venda y le preguntó algo en una lengua incomprensible. El *hodja* pensó que le estaba ofreciendo ayuda y en el acto se puso rígido y ceñudo:

—Ya puedo yo, yo puedo. No necesito a nadie.

Y con paso vivaz y decidido se dirigió a su casa.

X

La entrada solemne y oficial de las tropas austríacas no se llevó a cabo más que al día siguiente.

No se recordaba un silencio semejante en la *kasaba*. Las tiendas no abrieron. En las casas, las ventanas y las puertas estaban cerradas, aunque era un día soleado y caluroso de finales de agosto. Las callejas desiertas, los patios y jardines parecían abandonados. En las casas turcas reinaba el abatimiento y la confusión; en las cristianas, la cautela y la desconfianza. Pero en todos los hogares reinaba el miedo. Los austríacos que entran temen una emboscada. Los turcos temen a los germanos; los serbios, a los germanos y a los turcos. Los judíos, a todos y a todo, pues, en particular en tiempos de guerra, cualquiera es más fuerte que ellos. En todos los oídos resuenan los cañonazos del día anterior. Y si la gente hubiera obedecido sólo a su miedo, ese día nadie habría sacado la cabeza de casa. Pero el hombre tiene también otros señores. El destacamento austríaco que había entrado la víspera en la *kasaba* había buscado al *mulazim* y a sus guardias. El oficial al mando dejó al *mulazim* su sable y le ordenó que siguiera en su cargo y mantuviera el orden en la ciudad. Le dijo que al día siguiente, una hora antes del mediodía llegaría el comandante, un coronel, y que a la entrada de la villa deberían esperarlo las personas más ilustres de la *kasaba*, quienes además debían representar a las tres religiones. El canoso y resignado *mulazim* llamó enseguida al mulá Ibrahim, a Husein Agá, maestro de la madraza, al pope Nikola y al rabino David Levi; les comunicó que ellos, como «fuerzas vivas y primeros ciudadanos», a la mañana siguiente debían esperar al comandante austríaco en la *kapija*, saludarlo en nombre de la ciudadanía y escoltarlo al bazar.

Mucho antes de la hora fijada, las cuatro «fuerzas vivas» se encontraron en el mercado desierto y con paso lento se encaminaron hacia la *kapija*. Allí, el ayudante del *mulazim*, Sarko Hedo, con un guardia, había extendido un largo kilim turco de vivos colores cubriendo los escalones y el centro del asiento de piedra en el que se sentaría el comandante austríaco. Se quedaron de pie un rato, ceremoniosos y callados, y viendo que en el camino blanco que bajaba de Okolista no había ni rastro del comandante, se miraron y, como si se hubieran puesto de acuerdo, se sentaron en la parte sin cubrir del asiento de piedra. El pope Nikola sacó una gran petaca de cuero y ofreció a los demás.

Y ahí estaban, sentados en el sofá como antaño, cuando eran jóvenes y despreocupados y, como el resto de la juventud, pasaban el tiempo en la *kapija*. Pero ahora ya todos tenían cierta edad, el pope Nikola y el mulá Ibrahim, ancianos, y el maestro y el rabino, hombres maduros, vestidos de fiesta y preocupados por sí mismos y los suyos. Se contemplaron largo y tendido bajo el ardiente sol estival, así de cerca, pensando los unos de los otros que habían envejecido prematuramente y que tenían un aspecto muy decrépito. Cada uno recordaba al otro de joven o de niño, cuando habían crecido junto al puente, cada uno con su generación, un árbol verde del que aún no se sabía lo que iba a ser.

Fumaban, decían una cosa y pensaban otra, mirando a cada instante hacia Okolista, de donde debía venir el comandante del que ahora dependía todo y que podía dispensar el bien y el mal y la calma y nuevos peligros para ellos, para su gente y para toda la *kasaba*.

De los cuatro, el pope Nikola era indudablemente el más tranquilo y sereno, al menos así lo parecía. Pasaba de los setenta, pero todavía estaba fresco y fuerte. Hijo del famoso pope Mihailo, al que los turcos habían decapitado en ese mismo lugar, el pope Nikola había tenido una juventud agitada. Había huido varias veces a Serbia y se había ocultado del odio y de la venganza de ciertos turcos. Con su naturaleza indómita y su comportamiento, daba motivos para el odio y la venganza, pero cuando transcurrieron los años turbulentos, el hijo del pope Mihailo se estableció en la parroquia de su padre, se casó y se tranquilizó. Hacía mucho tiempo de eso y se había olvidado todo. («Hace siglos que he sentado la cabeza y

nuestros turcos se han vuelto menos peleones», solía decir el pope Nikola en broma). Llevaba ya cincuenta años dirigiendo la vasta, dispersa y difícil parroquia en la frontera, de manera sosegada y sabia, sin mayores agitaciones ni desgracias que las que trae la vida por sí misma, con un servicio entregado y la dignidad de un príncipe, siempre recto y ecuánime con los turcos, el pueblo y las autoridades.

No había habido ni antes ni después en ninguna clase social ni en ninguna religión un hombre más respetado y que hubiera gozado de más prestigio entre todos los ciudadanos, sin diferencia de confesión, sexo y edad, que este pope al que desde siempre llamaban «abuelo». Para toda la *kasaba* y para todo el distrito, él era la personificación de la iglesia serbia y de todo lo que el pueblo denomina y considera cristiandad. Más aún, lo veían como el sacerdote modelo y la autoridad en general, tal como en esa *kasaba* y en esas circunstancias se imaginaba.

Era un hombre de gran estatura y fuerza física inusual, poco instruido pero de gran corazón, buen juicio y espíritu libre y abierto. Su sonrisa desarmaba, tranquilizaba y alentaba; era la sonrisa indescriptible, inestimable, de un hombre fuerte y noble que vive en paz consigo mismo y con todo lo que lo rodea; cuando sonreía, sus grandes ojos verdes se contraían en una estrecha línea castaña de la que surgían chispas doradas. Y así seguía siendo en su vejez. Con su larga pelliza de zorro, la poblada barba rojiza que con los años apenas se había tornado gris y le tapaba el pecho entero, la enorme *kamilavka*[*21] sobre la cabellera exuberante, sujeta en la nuca en una apretada trenza que se enroscaba bajo el tocado, atravesaba el bazar como si fuera el sacerdote de aquella *kasaba* junto al puente y de todo aquel paraje montañoso; y no desde hacía cincuenta años y sólo para los ortodoxos, sino desde los orígenes, desde los tiempos más remotos, cuando el mundo aún no se había dividido en las actuales religiones e iglesias. Desde las tiendas de ambos lados de la calle lo saludan los comerciantes del bazar sin importar cuál es su fe. Las mujeres se apartan y aguardan con la cabeza inclinada a que pase el «abuelo». Los niños (incluso los judíos) dejan el juego y los gritos y los más mayores se acercan solemnes y temerosos a la mano enorme y pesada del pope para sentir por un instante que sobre sus cabezas rasuradas y las caras sonrojadas por el

juego se derrama, como un rocío bueno y agradable, su voz potente y alegre:

—¡Salud y vida, hijo mío, salud y vida!

Ese gesto de respeto hacia el «abuelo» pertenecía a un antiguo ceremonial, aceptado por todos, con el que habían nacido generaciones enteras en la *kasaba*.

Sin embargo, también en la vida del pope Nikola había una sombra. No había tenido hijos en su matrimonio. Esto era sin duda una pesada carga, pero nadie recordaba haber oído a él o a su mujer una palabra de queja o una mirada de tristeza. Siempre tenían en la casa al menos un par de críos adoptados de la familia que él o ella tenían en el pueblo. Se ocupaban de ellos hasta que se casaban y entonces adoptaban a otros.

Al lado del pope Nikola estaba sentado el mulá Ibrahim. Un hombre alto, delgado y descarnado, de barba rala y bigotes caídos, no era mucho más joven que el pope Nikola, tenía una familia grande y una bella hacienda que le había dejado su padre, pero tan desaliñado, flaco y temeroso, con los ojos infantiles azules y límpidos, parecía más un ermitaño, un pobre viajero piadoso, que un *hodja* de Visegrad descendiente de una ilustre familia. El mulá Ibrahim tenía un defecto: tartamudeaba al hablar, grave y prolongadamente. («Tiene que estar uno muy ocioso para ponerse a conversar con el mulá Ibrahim», se chanceaban los visegradenses). Pero el mulá Ibrahim era conocido en toda la región por su bondad y humanidad. Irradiaba dulzura y serenidad, y ya al primer contacto con él todo el mundo olvidaba su aspecto exterior y su tartamudeo. Atraía a los que padecían una enfermedad, miseria o cualquier otra desgracia. De los pueblos más lejanos venían personas en busca del consejo del mulá Ibrahim. Delante de su casa siempre había gente esperándolo. Hombres o mujeres que pedían asesoramiento o ayuda lo detenían a menudo en la calle. Él jamás rechazaba a nadie ni repartía talismanes ni amuletos caros como otros *hodjas*. Se sentaban por allí cerca, buscando la primera sombra o la primera piedra, un poco apartados; el hombre exponía en susurros sus penas. El mulá Ibrahim lo escuchaba atenta y compasivamente, luego le decía unas cuantas palabras buenas encontrando siempre la mejor solución posible, o metía la delgada mano en el bolsillo profundo de su aljuba y,

cuidando de que nadie lo viera, le entregaba unas monedas. Para él no había nada difícil ni repugnante ni imposible, cuando se trataba de ayudar a un musulmán. Siempre tenía tiempo para hacerlo y encontraba el dinero necesario. Tampoco lo molestaba su tartamudeo en esa tarea, porque en sus charlas en voz baja con sus fieles en apuros, él mismo se olvidaba de que tartamudeaba. Después de hablar con él todo el mundo se iba, si no consolado del todo, al menos momentáneamente calmado, porque notaba que el mulá Ibrahim había sentido la pena como propia. Rodeado siempre de las preocupaciones y necesidades de otros, sin pensar nunca en sí mismo, su vida había transcurrido, o así se lo parecía, sana, feliz y acomodadamente.

El maestro de la madraza de Visegrad, Husein Efendi, era un hombre bajo y rollizo, todavía joven, bien vestido y cuidado. La barba negra y corta, rasurada con esmero, en un óvalo regular alrededor de la cara blanca y sonrosada, con ojos redondos y negros. Tenía una sólida educación, contaba con grandes conocimientos y todos creían que sabía mucho, y él mismo consideraba que sabía todavía más. Le gustaba hablar y que lo escucharan. Estaba convencido de hablar bien y eso lo inducía a hablar demasiado. Se expresaba con meticulosidad y afectación, con gestos comedidos, elevando ligeramente las manos, ambas a la misma altura, blancas, suaves, con uñas rosadas, y sombreadas de una espesa y negra pelusilla. Al hablar se comportaba como si estuviera delante de un espejo. Poseía la biblioteca más grande de la *kasaba*, un baúl con herrajes y bien cerrado lleno de libros que le había legado su maestro, el famoso Arap Hodja, en el lecho de muerte, y que limpiaba solícito del polvo y de las polillas y rara vez leía para no estropearlos, y cuando los leía, lo hacía con morosidad. No obstante, la sola certeza de que tenía tantos libros valiosos le otorgaba un prestigio ante la gente que ignoraba lo que era un libro y elevaba sus méritos ante sus propios ojos. Era sabido que escribía una crónica de los acontecimientos más importantes de la *kasaba*, lo que le había creado entre los ciudadanos fama de ser un hombre instruido y extraordinario, porque se consideraba que en sus manos estaba, de algún modo, el buen nombre de la villa y de cada individuo. En realidad, esta crónica no era ni extensa ni peligrosa. A lo largo de los cinco o seis años que llevaba escribiéndola, no había alcanzado

más de cuatro páginas de un cuaderno pequeño. Porque el maestro no consideraba la mayoría de los sucesos de la *kasaba* lo suficientemente importantes ni dignos de entrar en su crónica, por eso era tan estéril, seca y pobre como una solterona soberbia.

El cuarto personaje que completaba «las fuerzas vivas» era David Levi, el rabino de Visegrad, nieto de aquel viejo rabino tan conocido, *Hayyi* Liaco, que le había dejado en herencia su nombre, posición y bienes, pero nada de su espíritu y serenidad.

Era un hombre joven, menudo y pálido, de ojos oscuros aterciopelados y mirada triste. Era increíblemente tímido y taciturno. No hacía mucho que era rabino y que se había casado. Para parecer más importante y robusto llevaba un traje amplio y rico de pesado paño, y el rostro cubierto por la barba y los bigotes, pero bajo el traje se intuía el cuerpo débil, friolero, y a través de la barba rala y negra se percibía el óvalo enfermizo y aniñado de la cara. Sufría terriblemente en su interior cuando tenía que aparecer en público y participar en las conversaciones y en la toma de decisiones, sintiéndose siempre pequeño, débil e inmaduro.

Y allí estaban los cuatro sentados al sol, sudando en sus trajes de fiesta, agitados y preocupados más de lo que deseaban demostrar.

—Anda, vamos a encender otro cigarro; tenemos tiempo, ¡diantre!, no será un pájaro que vaya a caer del cielo en el puente, el comandante ese —dijo el pope Nikola, como un hombre que con la edad ha aprendido a ocultar con bromas las preocupaciones y los verdaderos pensamientos, los propios y los ajenos.

Todos miraron hacia el camino de Okolista y echaron mano del tabaco.

La conversación fluía lenta y cauta y giraba alrededor de la cuestión del recibimiento al comandante. Todo se reducía a que el pope Nikola era el que debía saludarlo y darle la bienvenida. Con los párpados entornados y las cejas juntas, de modo que los ojos formaban esa línea castaña de la que surgían chispas doradas como una sonrisa, el pope Nikola observaba a los tres con una mirada insistente, silenciosa y atenta.

El joven rabino se moría de miedo. No tenía fuerzas para expulsar lejos el humo que se le quedaba revoloteando entre los bigotes y la barba. El maestro no estaba menos asustado. Toda su elocuencia y dignidad de

hombre instruido lo habían abandonado de golpe por la mañana temprano. Ni por asomo era consciente de lo aterrado que parecía ni hasta qué punto era presa del pánico, porque la alta opinión que tenía de sí mismo no le permitía creer algo semejante. Intentaba mantener uno de sus discursos literarios, con gestos comedidos que lo explicaban todo, pero las bonitas manos blancas se le caían en el regazo y las palabras se le enredaban y se le cortaban. Él mismo estaba sorprendido al no hallar su dignidad cotidiana y sin cesar se torturaba en vano buscándola como algo a lo que estaba acostumbrado desde siempre y que ahora, cuando más lo necesitaba, se había perdido en alguna parte.

El mulá Ibrahim estaba algo más pálido de lo normal, pero tranquilo y seguro. Él y el pope Nikola se miraban de vez en cuando como si se comprendieran con los ojos. Se conocían bien y eran amigos desde los tiempos de juventud, tanto como en aquella época podía hablarse de amistad entre un turco y un serbio. Cuando en sus años mozos el pope Nikola había tenido sus «riñas» con los turcos de Visegrad y tuvo que huir y esconderse, el mulá Ibrahim le había hecho algún favor, pues su padre era muy poderoso en la *kasaba*. Más tarde, cuando corrieron tiempos más tranquilos, las relaciones entre las dos religiones se tornaron más tolerantes y ambos entraron en la edad madura, su amistad se afianzó y en broma se llamaban «vecino» el uno al otro, porque sus casas estaban en los extremos opuestos de la ciudad. Durante las sequías, inundaciones, epidemias y otras calamidades, se encontraban unidos por el mismo trabajo, cada uno con su pueblo. Y cada vez que se veían en Mejdan o en Okolista, siempre se saludaban y conversaban como en ningún lugar lo hacían un pope y un *hodja*. Entonces el pope Nikola señalaba a menudo con el chibuquí hacia la *kasaba* junto al río y decía medio en broma:

—Todo eso que respira, pulula y habla con voz humana allá abajo, es responsabilidad nuestra.

—Dices bien, vecino —respondía el mulá Ibrahim tartamudeando—, realmente lo es.

(Y los visegradenses, que encontraban palabras para chancearse y sacarle punta a todo, decían de los que vivían en amistad: «Se entienden tan bien como el pope y el *hodja*». Y la frase se convirtió en un dicho).

También ahora se entendían bien aunque no habían proferido una palabra. El pope Nikola sabía que para el mulá Ibrahim era un momento delicado y el mulá Ibrahim no ignoraba que el pope no lo tenía fácil. Y se miraban como tantas veces en la vida y en tantas ocasiones anteriores, como dos hombres que llevaban el fardo de todos los bípedos de la *kasaba*, uno, el de los que se santiguan, y otro, el de los que se prosternan.

De pronto se oyó un trote. Apareció un guardia a lomos de un jamelgo. Jadeante y asustado, gritó todavía desde lejos como un pregonero:

—¡Ya viene el señor, helo ahí en un caballo blanco!

Entonces se le unió el *mulazim*, siempre tranquilo, amable y silencioso.

En el camino que bajaba de Okolista se elevó una polvareda.

Estos hombres, nacidos y crecidos en ese lugar remoto de Turquía, la Turquía en decadencia del siglo XIX, nunca habían tenido de manera natural la oportunidad de ver el auténtico ejército fuerte y bien organizado de una gran potencia. Todo lo que hasta el momento habían podido ver eran las unidades incompletas, mal alimentadas, vestidas y pagadas de las tropas del sultán o, lo que era peor aún, la soldadesca bosniaca reclutada a la fuerza sin disciplina ni entusiasmo. Por primera vez aparecía ante ellos el verdadero «ejército poderoso» de un imperio, victorioso y resplandeciente, seguro de sí mismo. Semejante ejército tenía que ensombrecerles los ojos y dejarlos sin palabras. Ya a primera vista, por los arreos de los caballos y por cada botón de los soldados, se intuía tras aquellos húsares y cazadores en uniformes de gala, una retaguardia vasta y fuerte, el brío, el orden y el bienestar de otro mundo. La sorpresa fue grande y la impresión honda.

Delante cabalgaban dos trompetas en dos tordos orondos, detrás venía el destacamento de húsares en caballos negros. Los caballos estaban almohazados y trotaban como muchachas, con paso corto y contenido. Los húsares, con sus chacos rojos sin visera y los cordones amarillos en el pecho, todos jóvenes rubicundos y curtidos con los bigotes retorcidos, parecían frescos y descansados como si acabaran de salir del cuartel. Tras ellos cabalgaba un grupo de seis oficiales con el coronel al frente. Todas las miradas se clavaron en él. Su montura era más alta que las del resto, un caballo calzado de cuello insólitamente largo y sinuoso. Después de los oficiales avanzaba una compañía de infantería, los cazadores en uniforme

verde, con un penacho en el gorro de piel y correajes blancos cruzándoles el pecho, que cerrando el horizonte semejaban un bosque en movimiento.

Los trompetas y los húsares dejaron atrás a los clérigos y al *mulazim*, se detuvieron en el mercado y formaron a un lado.

Los hombres pálidos y alterados de la *kapija* se situaron en medio del puente, la cara vuelta hacia los oficiales que llegaban. Uno de los jóvenes militares condujo el caballo hasta el coronel y le dijo algo. Todos aminoraron la marcha. A unos cuantos pasos de las «fuerzas vivas», el coronel se detuvo bruscamente y desmontó, los oficiales que lo seguían lo imitaron, como respondiendo a una señal. Corrieron unos soldados a sujetar a los caballos para retirarse luego unos cuantos pasos atrás.

En cuanto puso el pie en tierra, el coronel se transformó. Era un hombre pequeño, vulgar, cansado, desagradable y peligroso. Como si él fuera el único que hubiera combatido por todos ellos.

Sólo en ese momento se vio que, a diferencia de sus oficiales, de tez blanca y uniforme impecable, iba vestido modestamente y un tanto desaliñado. Era la imagen de un hombre que se consume sin piedad, que se corroe a sí mismo. La cara tostada, la barba crecida, los ojos turbios e inquietos, el alto gorro un poco ladeado. El uniforme arrugado y demasiado ancho para su cuerpo delgado. Calzado con botas de montar de media caña blandas y sin lustrar. Caminando con las piernas separadas y blandiendo la fusta, se acercó. Uno de los oficiales le dio el parte, señalando a los hombres en fila delante de él. El coronel los observó breve y cortantemente, con la mirada negra y enojada del hombre que siempre está en situaciones difíciles y expuesto a grandes peligros. Y enseguida fue evidente que no sabía mirar de otra manera.

En ese instante rompió a hablar el pope Nikola con su voz sosegada y profunda. El coronel alzó la cabeza y detuvo la vista en la cara del espigado clérigo con hábito negro. Esa máscara ancha y tranquila de patriarca bíblico captó por unos minutos su atención. Podía no entenderse o no oírse lo que decía el anciano, pero su cara no podía pasar desapercibida. Y el pope Nikola hablaba con fluidez y naturalidad, dirigiéndose al joven oficial que debía traducir sus palabras más que al propio coronel. En nombre de los presentes, clérigos de las tres religiones, él le garantizaba que ellos y su

pueblo estaban dispuestos a someterse a la potencia que llegaba y que harían todo lo posible para mantener la paz y el orden que las nuevas autoridades pedían. Y le rogaban que el ejército los protegiera a ellos y a sus familias y que les posibilitara una vida tranquila y un trabajo honrado.

El pope Nikola pronunció un discurso breve y terminó rápidamente. El áspero coronel no tuvo tiempo de perder la paciencia. Pero tampoco aguardó hasta el final a que el joven oficial terminara la traducción. Agitando la fusta, lo interrumpió con voz acre y desigual:

—Vale, vale, tendrán protección todos los que se porten bien. La paz y el orden deben mantenerse por todas partes y, aunque no quisieran, de otro modo no puede ser.

Y asintiendo con la cabeza, empezó a caminar hacia delante, sin saludar ni mirar a nadie. Los religiosos se hicieron a un lado. El coronel pasó, tras él los oficiales y los mozos con los caballos. Nadie se fijó en las «fuerzas vivas», que quedaron solas en la *kapija*.

Todos estaban decepcionados. Porque por la mañana y durante la noche anterior, en la que ninguno había dormido mucho, se habían preguntado cien veces cómo sería el instante en el que esperaran en la *kapija* al comandante del ejército imperial. Se lo habían imaginado de todas las maneras, cada uno según su inteligencia y naturaleza, y estaban preparados para lo peor. Alguno ya se había visto a sí mismo desterrado a la lejana Alemania para no volver a ver ni sus casas ni la *kasaba*. Otro recordó la historia de Hajrudin, que antaño cortaba cabezas en esa misma *kapija*. Se lo habían imaginado de todas las formas posibles excepto de aquélla, con el menudo pero agudo y malicioso oficial, para el que la guerra se había convertido en la auténtica vida, que, sin pensar en sí mismo ni en los demás, veía a las personas y tierras a su alrededor como un objeto o un medio para la guerra y el combate, y que se comportaba como si luchara por su cuenta y en su propio nombre.

Y allí se quedaron, contemplándose vacilantes. Sus miradas se preguntaban mudas: «¿Seguimos vivos?, ¿será verdad que ya ha pasado lo peor?», «¿Qué podemos esperarnos todavía?, ¿qué podemos hacer?».

El *mulazim* y el pope Nikola fueron los primeros en recuperar la normalidad. Llegaron a la conclusión de que habían cumplido con su deber

de «fuerzas vivas» y no les quedaba otro remedio que irse a sus casas e influir en el pueblo para que, sin temer ni huir, tuviera mucho cuidado con lo que hacía. El resto, sin sangre en la cara ni pensamientos en la cabeza, aceptaron esta conclusión igual que habrían aceptado cualquier otra, porque ellos mismos no estaban en estado de decidir nada.

El *mulazim*, cuya tranquilidad innata no se veía afectada por nada, continuó haciendo su trabajo. Un guardia, con Sarko Hedo al lado, frío e insensible como el propio destino, enrolló el largo kilim multicolor que no había cumplido su fin de acoger al coronel. Entretanto, las «fuerzas vivas» se habían separado, cada uno a su modo y cada uno en una dirección. El rabino se apresuraba con pasos cortos, deseoso de llegar cuanto antes a casa y sentir la calidez y protección del espacio familiar en el que vivían su mujer y su madre. El maestro de la madraza iba más despacio, pero absorto en sus pensamientos. Ahora que todo había terminado bien y de manera inesperadamente fácil, aunque bastante brusca y desagradable, veía con claridad que no había habido razón alguna para temer y que, en realidad, él jamás había tenido miedo de nada. Lo único que le interesaba era la importancia que el suceso podía tener para su crónica y cuánto espacio debía ocupar en ella. Veinte líneas serían suficientes. Quizá quince o incluso menos. Y cuanto más se acercaba a su casa, más se reducía el número. Y con cada línea eliminada, tenía la sensación de que a su alrededor todo perdía valor y se rebajaba, y él se enriquecía y elevaba a sus propios ojos.

El mulá Ibrahim y el pope Nikola caminaron juntos hasta el pie de Mejdan. Callaban, asombrados y derrotados por el aspecto y la conducta del coronel imperial. Iban deprisa para llegar cuanto antes a casa y estar con los suyos. En el punto en que sus caminos se separaban se detuvieron un momento y se miraron en silencio. El mulá Ibrahim giraba los ojos en las órbitas y movía los labios como si masticara una misma palabra que no podía proferir. El pope Nikola, encontrando de nuevo su sonrisa de chispas doradas con la que se alentaba a sí mismo y al *hodja*, dijo en voz alta lo que ambos pensaban:

—Un trabajo atroz el del ejército, mulá Ibrahim.

—Bi-bi-bien dices, a-a-troz —tartamudeó el mulá Ibrahim, alzando las manos para despedirse meneando la cabeza y haciendo una mueca.

Con paso lento y pesado, el pope Nikola llegó a su casa al lado de la iglesia. Lo esperaba su mujer, que no preguntó nada. Enseguida se quitó las botas, el hábito y la *kamilavka*, dejando al descubierto la espesa trenza de pelo rojizo y gris empapado de sudor. Se sentó en el pequeño diván de la planta baja. En la repisa de madera ya estaba el vaso de agua con un terrón de azúcar. Después de refrescarse y encender un cigarro, cerró los ojos cansados. Pero en su interior seguía viendo al áspero coronel, relampagueando como el rayo que ciega a un hombre llenando todo su campo visual de manera que sólo ve el resplandor sin poder distinguir los contornos. Suspirando, el pope expulsó lejos el humo, diciendo para sí mismo:

—¡Qué extraño pagano, válgame Dios!

Desde la ciudad llegó el ruido de los tambores y luego el de la trompeta del destacamento de cazadores, penetrante y alegre, con una nueva e insólita melodía.

XI

Y de esta manera el giro radical que experimentó la vida en la *kasaba* junto al puente sucedió sin más víctimas que Alí Hodja. Unos cuantos días después todo volvió a seguir su curso y parecía que en esencia nada hubiera cambiado. El mismo Alí Hodja se recobró y, como los demás, abrió su tienda en las cercanías del puente, con la única diferencia de que llevaba el turbante un poco caído hacia el lado derecho para que no se le viera la cicatriz en la oreja herida. La «plúmbea bala de cañón» que se había alojado en su pecho cuando vio la cruz roja en el brazo del soldado austríaco y leyó, a través de las lágrimas, las «palabras del emperador» no había desaparecido, pero se había convertido en una pequeña cuenta de rosario, de modo que no le impedía seguir viviendo. Y no era el único que cargaba con ella.

Así empezaron los nuevos tiempos bajo la ocupación que la gente, al no poder evitar, prefería considerar temporal en su fuero interno. ¡Y qué cosas cruzaron el puente en aquellos primeros años de ocupación! Los carros militares pintados de amarillo lo atravesaban en largas filas, retumbando y trayendo víveres, ropa, mobiliario, maquinaria y aparatos nunca antes vistos.

Al principio se veía sólo al ejército. Como el agua de la tierra, brotaban los soldados de cualquier esquina y de cualquier matorral. Abarrotaban el bazar, pero también los había en todos los rincones de la *kasaba*. A cada instante gritaba una mujer asustada porque en el patio o en el huerto de ciruelos tras la casa se tropezaba de repente con un soldado. En sus uniformes azul marino, tostados por los dos meses de marchas y batallas, contentos de estar vivos, deseosos de descanso y placeres, se habían

dispersado por toda la ciudad y alrededores. En el puente se los podía encontrar uno a cualquier hora. Pocos eran los ciudadanos que iban a la *kapija*, porque siempre estaba atestada de soldados. Allí sentados, cantaban en diversas lenguas, bromeaban, compraban frutas en sus gorras azules con visera de cuero y la placa amarilla en la que estaban grabadas las iniciales del emperador: FJI.

Pero en otoño el ejército empezó a marcharse. Fue desapareciendo de manera gradual e imperceptible. Sólo quedaron destacamentos de la gendarmería. Ocuparon algunas viviendas y se prepararon para instalarse allí permanentemente. Al mismo tiempo comenzaron a llegar funcionarios, empleados de mayor y menor rango, con sus familias y servidumbre, y tras ellos los artesanos y especialistas en trabajos y oficios que nunca antes había habido en nuestra tierra. Entre ellos había checos, polacos, croatas, húngaros y alemanes.

Al principio parecía que llegaban por casualidad, según los arrastraba el viento, y como si su estancia allí fuera a ser provisional, viviendo con nosotros más o menos la misma vida que aquí se había llevado siempre, como si las autoridades civiles tuvieran que prolongar aún por un tiempo la ocupación que había empezado con el ejército. Sin embargo, con cada mes que pasaba, aumentaba el número de esos extranjeros. Pero lo que más sorprendía a los vecinos de la *kasaba* y los llenaba de asombro y desconfianza no era tanto su número como sus planes incomprensibles e inabarcables, la laboriosidad infatigable y constante con la que emprendían la ejecución de esas tareas. Los forasteros no descansaban ni permitían que otros lo hicieran; parecía que estuvieran decididos a acoger en su invisible pero cada vez más perceptible red de leyes, ordenanzas y reglas, la vida misma con las personas, los animales y los objetos inanimados, y a cambiar y desplazar todo a su alrededor, incluyendo el aspecto exterior de la *kasaba*, las costumbres y la naturaleza de todas las personas desde la cuna hasta la tumba. Y lo hacían tranquilamente y sin muchas palabras, sin violencia ni provocaciones, de manera que uno no tenía nada a lo que oponerse. Si encontraban incomprensión o resistencia, se detenían en el acto, se ponían de acuerdo en alguna parte sin llamar la atención, se limitaban a cambiar la dirección y forma de proceder, y de nuevo alcanzaban lo que se habían

propuesto. Cualquier trabajo que empezaban parecía inofensivo e incluso absurdo. Medían un erial, marcaban los árboles del bosque, inspeccionaban los excusados y canalizaciones, examinaban los dientes de los caballos y de las vacas, contrastaban los pesos y medidas, se interesaban por las enfermedades populares, por el número y el nombre de los frutales, de las especies de ovejas y aves. (Parecía que estuvieran jugando. Así resultaban de incomprensibles, irreales y poco serios a los ojos de la gente ellos y sus actividades). Luego, todo eso que se había hecho con tanto cuidado y celo se hundía en alguna parte, como si se hubiera perdido para siempre sin dejar rastro ni eco. Pero al cabo de unos meses, a menudo incluso de un año, cuando el pueblo había olvidado el asunto por completo, de pronto salía a la luz el sentido de aquellas medidas en apariencia absurdas: se convocaba a los alcaldes de arrabales concretos en el *Konak*[*26] y se les comunicaba la nueva ordenanza sobre la tala del bosque, la prevención contra el tifus, la forma de vender las frutas y dulces, o la documentación que debía acompañar a los animales. Y así, cada día había una ordenanza nueva y con cada ordenanza se limitaba o se obligaba a algo al individuo, y se ampliaba, entretejía y ramificaba la vida de la ciudad y de los pueblos y de todos sus habitantes juntos.

Pero en las casas, no sólo en las turcas, también en las de los serbios, nada había cambiado. Vivían, trabajaban y se entretenían a la vieja usanza. Amasaban el pan en artesas, tostaban el café en la chimenea, ponían la ropa blanca a remojo en calderos de agua hirviendo y luego la lavaban con lejía que corroía y dañaba los dedos de las mujeres; tejían y bordaban en telares y bastidores. Se conservaron en su totalidad las antiguas costumbres de celebrar el santo patrón, las fiestas y las bodas; de las nuevas que los extranjeros habían traído sólo se murmuraba como algo increíble y lejano. En resumen, trabajaban y vivían como siempre y como trabajarían y vivirían quince o veinte años después de la ocupación en la mayoría los hogares.

En cambio, el aspecto externo de la *kasaba* se modificaba rápida y ostensiblemente. Las mismas personas que en sus casas observaban en todo las costumbres antiguas y ni se les ocurría variarlas, en general se habían resignado sin mucha dificultad a los cambios en la ciudad y los aceptaban

después de un periodo más corto o más largo de estupor y refunfuños. Por supuesto que también aquí, como siempre sucede en todas partes en circunstancias parecidas, la nueva vida en realidad significaba una mezcla de lo nuevo y lo viejo. Las antiguas concepciones y los antiguos valores chocaban con los nuevos, se entrelazaban o convivían en paralelo, como si estuvieran esperando a ver cuál sobrevivía. La gente hacía cuentas con florines y *kreuzer*, pero también con groses y céntimos, medía en *arsin, okka*[*35] y *dram*[*9], pero también en metros, kilogramos y gramos, establecía los vencimientos de los pagos y entregas según el calendario nuevo, pero con más frecuencia según las costumbres antiguas: para San Jorge y San Demetrio. Según la ley natural, el pueblo se oponía a las novedades, pero tampoco en ello iba hasta las últimas consecuencias, porque para la mayoría la vida era más importante y urgente que la forma en la que se vive. Sólo en individuos excepcionales se desarrolla el drama profundo y auténtico de la lucha entre lo nuevo y lo viejo. Para ellos, el modo de vida está inseparable e incondicionalmente ligado a la vida misma.

Uno de estos individuos era Semsi Bey Brankovic de Crnca, uno de los beyes más acaudalados e ilustres de la *kasaba*. Tenía seis hijos, de los que cuatro ya estaban casados. Sus casas formaban una pequeña aldea rodeada de ciruelos y bosquecillos. Semsi Bey era el jerarca indiscutible, taciturno y severo, de esa gran comunidad. Alto, encorvado por el peso de los años, con un enorme turbante blanco recamado en oro en la cabeza, sólo acude al bazar los viernes para prosternarse en la mezquita. Desde el primer día de la ocupación, no se detiene en ningún lugar de la ciudad, no habla con nadie ni mira a su alrededor. En las casas de los Brankovic no puede entrar ni un pedacito de los nuevos trajes o calzados ni de las nuevas herramientas o palabras. No permite que ninguno de sus hijos lleve a cabo trabajo alguno relacionado con las nuevas autoridades, no deja que los nietos vayan a la escuela. Toda la familia sufre esta situación; entre los hijos se percibe el malestar por la testarudez del anciano, pero nadie puede ni osa contradecirle con la palabra o la mirada. Los turcos del bazar que trabajan y se mezclan con los recién llegados, cuando lo ven atravesarlo, saludan a Semsi Bey con un respeto mudo en el que también hay algo de conciencia intranquila, miedo y admiración. Los turcos más honrados y más ancianos suelen ir a

Crnca como en peregrinación para pasar un rato sentados conversando con Semsi Bey. Son reuniones de personas dispuestas a mantener su obstinación hasta el final y absolutamente contrarias a doblegarse a la realidad. Lo cierto es que no pasan de ser largas veladas sin muchas palabras ni conclusiones reales.

Semsi Bey fuma sentado en una pequeña alfombra roja, arrebujado y abrochado hasta el último de los botones tanto en invierno como en verano, rodeado de sus invitados. La charla suele versar sobre la última medida incomprensible y odiosa de las autoridades ocupadoras o sobre los turcos que se adaptan cada vez más al nuevo orden de las cosas. Todos sienten la necesidad de desplegar ante ese hombre brusco y digno su amargura, sus temores y dudas. Y cada conversación termina con las preguntas de adónde los llevará esto y dónde acabará; quiénes son y qué quieren esos extranjeros que, a juzgar por las apariencias, ignoran lo que es el reposo, no saben tomarse un respiro y no tienen medida ni límites; con cuántos planes han llegado y de dónde les vienen tantas necesidades, como si una brotara de la otra, y para qué lo quieren y qué suerte de intranquilidad es ésa que como una maldición los impulsa sin cesar y empuja a trabajar más y a comenzar nuevas empresas cuyo final no se vislumbra.

Y Semsi Bey se limita a contemplarlos y sobre todo calla. Su cara es oscura, y no porque esté tostada por el sol, sino porque se oscurece por dentro. La mirada dura, pero ausente y perdida. Los ojos empañados, y alrededor de las pupilas negras unos círculos gris blanquecino, como los de un águila vieja. La gran boca de labios invisibles, casi siempre apretada, se mueve lentamente, como si mascullara sin cesar la misma palabra que no pronuncia.

Y, sin embargo, los hombres se van de su casa con una sensación de alivio, ni consolados ni tranquilizados, pero conmovidos y fortalecidos por el ejemplo de su firme intransigencia desesperanzada.

Y cuando el viernes siguiente Semsi Bey acude de nuevo al bazar, lo aguarda otro cambio en la gente o en los edificios que el viernes anterior no existía. Para no tener que verlo, posa los ojos en el suelo, pero ahí, en el barro seco de la calle, advierte las huellas de los cascos de los caballos y nota que junto a las herraduras turcas redondas y cerradas aparecen con más

frecuencia las austríacas, curvadas y con puntas afiladas en los extremos. Así, en ese barro del suelo, su mirada reconoce la misma condena inclemente que ve por todas partes en las caras y en las cosas a su alrededor, la condena del tiempo que no se deja detener.

Viendo que ya ni siquiera podía posar los ojos en ningún sitio, Semsi Bey dejó de ir al bazar. Se recluyó en su Crnca y allí pasaba las horas sentado como un amo silencioso, pero severo e implacable, duro con todos y en particular consigo mismo. Los turcos ancianos e ilustres de la *kasaba* seguían visitándolo cual si fuera una reliquia viva. (Entre ellos, el que más lo frecuentaba era Alí Hodja Mutevelic). Al tercer año de la ocupación murió Semsi Bey sin haber padecido enfermedad alguna. Expiró sin pronunciar jamás la palabra amarga que mascullaba sin cesar en los viejos labios y sin volver a pisar el bazar, donde todo seguía un rumbo nuevo.

Y, en efecto, la *kasaba* cambia vertiginosamente de aspecto, porque los extranjeros talan árboles, plantan nuevos en lugares diferentes, arreglan los caminos, trazan otros, excavan canales, construyen edificios públicos. Durante los primeros años, demolieron en el bazar las tiendas que sobresalían de la fila, que, a decir verdad, hasta entonces nunca habían molestado a nadie. En lugar de las antiguas tiendas cuyos postigos de madera se abatían para servir bien de mostrador, bien de bancos, alzaron otras nuevas, de sólida albañilería, con tejados de teja o de chapa y cierres metálicos en las puertas. (Una de las víctimas de estas medidas debía haber sido el local de Alí Hodja, pero él se opuso con decisión, se querelló y sorteó las ordenanzas de todas las maneras posibles hasta conseguir que su negocio quedara tal como era y en el sitio donde estaba). Ampliaron y allanaron el mercado. Construyeron un nuevo *Konak*, un gran edificio que debía albergar el juzgado y la administración del distrito. Y entretanto el ejército trabajaba por su cuenta, más deprisa y con menos escrúpulos que las autoridades civiles. Construían barracones, talaban, desbrozaban y plantaban, modificando el aspecto de colinas enteras.

Los vecinos más viejos de la ciudad estaban desconcertados y no cesaban de asombrarse. Y justo cuando creían que ya le llegaba el final a esa diligencia incomprensible, los extranjeros empezaban un trabajo nuevo más incomprensible aún. Ellos se paraban y observaban las obras, pero no

como los niños a los que les gusta contemplar la actividad de los adultos, sino al contrario, como los adultos se detienen un instante para ver los juegos de los críos. Porque esa necesidad permanente de los forasteros por construir y demoler, por cavar y solar, por erigir y transformar, ese anhelo constante de prever la acción de las fuerzas de la naturaleza, de esquivarlas o dominarlas, no lo entendía nadie ni nadie lo apreciaba. Al contrario, los ciudadanos, sobre todo los más ancianos, veían en esto un fenómeno malsano y una mala señal. Si por ellos hubiera sido, la *kasaba* tendría el aspecto de todas las pequeñas ciudades orientales. Se reparaba lo que se rompía; se apuntalaba lo que se inclinaba; pero jamás nadie habría hecho nada antes de que fuese absolutamente necesario o sin un motivo, ni habría planificado ni previsto un trabajo ni tocado los cimientos de un edificio ni cambiado la apariencia que Dios le había dado a la villa.

Mas los extranjeros seguían adelante con sus obras, una tras otra, deprisa, consecuentemente, según planes desconocidos pero bien meditados, ante la sorpresa y el asombro, cada vez mayores, de los visegradenses. Y así, de manera inesperada para el vecindario, le llegó el turno al caravasar ruinoso y abandonado que todavía constituía una unidad con el puente, igual que hacía trescientos años. A decir verdad, lo que se había llamado el *Han* de Piedra hacía ya tiempo que era una completa ruina. Las puertas se habían podrido, se habían quebrado en las ventanas las delicadas rejas talladas en piedra arenisca, en el tejado hundido crecía una gran acacia y un montón de matorrales y maleza sin nombre, pero los muros externos todavía estaban enteros; el rectángulo regular y armonioso de piedra blanca seguía en pie. A los ojos de todos los habitantes de la *kasaba*, desde su nacimiento hasta su muerte, no era una ruina cualquiera, sino el apéndice final del puente, una parte integrante de la ciudad, igual que lo era la casa natal de cada uno, y jamás nadie, ni en sueños, había podido imaginar que se tocaría el viejo caravasar y que hacía falta modificar algo en él que el tiempo y la naturaleza por sí misma no hubiera cambiado. Pero un día también le llegó el turno. Primero los ingenieros midieron alrededor de las ruinas, luego llegaron los peones y jornaleros y empezaron a quitar piedra tras piedra y a espantar y a ahuyentar a todo tipo de pájaros y bichos que habían anidado allí. Enseguida la explanada sobre el mercado junto al

puente quedó pelada y rabona, y del caravasar sólo un montón de piedras bien colocado. En poco más de un año, en lugar del antiguo *han* de piedra blanca, edificaron un cuartel macizo de una sola planta pintado de un color azul desvaído, cubierto de chapa gris, con troneras en las esquinas. En la explanada ampliada hacían instrucción durante todo el día los soldados, que, al grito ronco de un cabo, estiraban los miembros y caían de bruces en el polvo como mártires en el suplicio. Y al atardecer, de las numerosas ventanas de ése horrendo edificio, llegaban los ecos de canciones militares incomprensibles, acompañadas de una armónica, hasta que el penetrante sonido de una trompeta militar apagaba todos los ruidos y luces en las ventanas con su triste melodía, a causa de la cual los perros de la villa aullaban a las cumbres. He aquí cómo desapareció la bella fundación pía del visir, y el cuartel, al que el pueblo, fiel a sus costumbres, siguió llamando el *Han* de Piedra, comenzó su vida en la explanada junto al puente en total desarmonía con todo lo que lo rodeaba.

El puente quedó completamente aislado y solitario.

No obstante, también en el puente sucedían cosas en las que chocaban los hábitos ancestrales e invariables de la población local con los nuevos que los forasteros y su orden habían traído, y en este choque lo antiguo y autóctono solía verse condenado a ceder y a adaptarse.

En lo que a nuestra gente se refiere, la vida en la *kapija* podría haber continuado sin cambios. Se notaba tan sólo que ahora serbios y judíos acudían allí con mayor libertad, en mayor número y a cualquier hora del día, sin tener en cuenta, como antaño, a los turcos y sus costumbres y derechos. Por lo demás, las cosas marchaban igual que antes. Durante el día se sentaban en el puente los revendedores y comerciantes que les salían al paso a las campesinas para comprarles lana, aves o huevos, y con ellos los holgazanes desocupados que se desplazaban con el sol de un extremo a otro de la *kasaba*. Al atardecer salía el resto de los ciudadanos que trabajaban toda la jornada, para charlar o callar un rato, contemplando el gran río verde flanqueado por mimbres rojos y salpicado por bancos de arena. Y la noche era de los mozos y de los juerguistas. Para ellos, ni antes ni ahora había límite de tiempo ni de conducta.

En esa franja de la vida nocturna, al menos en los primeros tiempos, sí hubo cambios y malentendidos. Las nuevas autoridades habían introducido el alumbrado permanente en la ciudad. Ya el primer año en las calles principales y en los cruces habían colgado en postes faroles verdes en los que ardían lámparas de petróleo. (El alto Ferhat, un pobre con la casa llena de críos que hasta entonces había servido en la administración local, había tirado cohetes al final del ramadán y llevado a cabo trabajos parecidos sin un salario fijo y seguro, limpiaba, llenaba y encendía los faroles). Así estaba el puente iluminado en varios puntos y también en la *kapija*. El poste que soportaba este farol estaba clavado a la viga de roble en la pared, vestigio de la antigua torre de vigilancia. El farol en la *kapija* tuvo que sostener una larga lucha con las costumbres apasionadas de los que gustaban de cantar, fumar o charlar en la oscuridad, así como con los instintos destructivos de los jóvenes en los que se mezclaban y colisionaban la pasión amorosa, el aburrimiento y el aguardiente. Les irritaba la luz parpadeante y bastantes veces tanto el farol como la lámpara de gas amanecieron rotos. Este farol fue el causante de muchas multas y condenas. En una época, un guardia municipal especial vigiló la luz. Así los visitantes nocturnos de la *kapija* tenían un testigo vivo que les resultaba más incómodo aún que el farol. Pero el tiempo ejerció su influencia y las nuevas generaciones se fueron acostumbrando y resignando poco a poco a dar rienda suelta a sus sentimientos nocturnos a la débil luz del farol municipal sin arrojarle piedras, un palo o el primer objeto duro que les cayera en las manos, lo que resultaba más fácil en las noches de luna llena, cuando más frecuentaban la *kapija*, pues entonces no se encendían los faroles.

Sólo una vez al año el puente debía soportar una gran iluminación. Al atardecer del 18 de agosto, el cumpleaños del emperador, las autoridades decoraban el puente con guirnaldas de hojas e hileras de pinos jóvenes, y cuando caía la oscuridad se iluminaban ristras de farolillos y lucecillas que, en centenares de latas de conservas militares, llenas de sebo y estearina, flameaban en largas filas sobre el pretil del puente. Alumbraban sobre todo la parte central, mientras que los extremos y los pilares sobre los que descansaba se perdían en la negrura, de manera que la parte iluminada parecía flotar en el espacio. Pero todas las luces se consumen deprisa y

todas las fiestas pasan. Al día siguiente el puente volvía a ser lo que era. Sólo a los niños de esa generación les quedaba en los ojos una imagen nueva e insólita del puente bajo el efímero juego de luces, vivaz e imponente, pero breve y pasajera como un sueño.

Además del alumbrado nuevo, las autoridades introdujeron en la *kapija* la limpieza, en realidad una manera especial de limpieza que se correspondía con sus criterios. Las mondas de las frutas, las pipas de las sandías y las cáscaras de las avellanas y nueces no se quedaban durante días en las losas de piedra hasta que la lluvia las lavaba o el viento se las llevaba. Cada mañana un barrendero municipal especial las barría y limpiaba. Al final dejó de molestar a la gente porque ésta acaba por reconciliarse con la limpieza aunque no haya surgido de sus costumbres y necesidades; por supuesto, con la condición de que no tenga que mantenerla personalmente.

Había otra novedad que habían traído los tiempos de la ocupación y los recién llegados: a la *kapija*, por primera vez desde que existía, empezaban a acudir mujeres. Las esposas e hijas de los funcionarios, sus sirvientas y niñeras, se detenían allí a charlar o iban los días festivos a sentarse con sus acompañantes civiles o militares. No ocurría a menudo, pero solía estropear el buen humor de los ancianos que iban a fumar su chibuquí sobre el agua en paz y en silencio, y alteraba y turbaba a los jóvenes.

Por supuesto que siempre había habido cierta relación entre la *kapija* y el mundo femenino de la *kasaba*, pero sólo en tanto que los hombres se animaban a lanzar un cumplido a las muchachas que cruzaban el puente o a expresar, debatir o lamentar su arrobo, sus penas y sus conflictos causados por las mujeres, allí en la *kapija*. Horas y días pasaron muchos solteros sentados canturreando bajito («para sus adentros»), o envueltos en humo de tabaco, o sencillamente contemplando mudos las aguas rápidas, pagando así su tributo a esa pasión de la que todos somos deudores y a la que pocos pueden sustraerse. También aquí se han discutido y allanado muchas rivalidades entre jóvenes, y se han urdido muchas intrigas amorosas. Mucho se ha hablado o fantaseado sobre mujeres y amores, se han engendrado muchas pasiones y muchas se han apagado. De todo ha habido, pero las propias mujeres nunca se habían detenido ni sentado en la *kapija*, ni las cristianas ni mucho menos las musulmanas. Ahora eso había cambiado.

Los domingos y festivos se podía ver en la *kapija* a cocineras de cintura apretada, cara colorada, con la grasa desbordante por encima y por debajo del corsé que les cortaba la respiración. Con ellas iban en general sargentos en sus uniformes bien cepillados, con los botones de metal relucientes, los cordones rojos y las borlas de «tirador» en el pecho. Y los días laborables, al atardecer, se paseaban funcionarios y oficiales con sus esposas, se paraban en la *kapija*, charlaban en su lengua incomprensible, se reían ruidosamente y se movían a su gusto.

La vista de esas mujeres ociosas, libres y sonrientes les hacía daño a todos, a unos más que a otros. Durante un tiempo la gente se asombraba y turbaba, pero luego empezó a acostumbrarse, igual que se había acostumbrado a tantas novedades aunque no las aceptara.

En general puede decirse que todos estos cambios en el puente fueron insignificantes, superficiales y efímeros. Las numerosas y sustanciales transformaciones en los hábitos y en las mentes de los ciudadanos y en el aspecto exterior de la ciudad parecían pasar por el puente sin tocarlo. Daba la impresión de que el puente blanco y antiguo, que llevaba más de tres siglos a sus espaldas sin huellas ni cicatrices, «bajo el dominio del nuevo emperador» continuaría inmutable y resistiría a esta inundación de novedades y cambios, como siempre había resistido a las mayores «riadas» y a las masas encrespadas de agua turbia que lo inundarían, y se alzaría, intacto y blanco, como regenerado.

XII

He aquí cómo la vida en la *kapija* era ahora más activa y variopinta.

Durante todo el día e incluso a ciertas horas de la noche, esa gente numerosa y diversa, local y foránea, jóvenes y viejos, se alternaba. Todos estaban ocupados consigo mismos y absortos en sus pensamientos, placeres o pasiones que los habían llevado a la *kapija*. Por eso no prestaban atención a los viandantes, que, guiados por otros pensamientos y preocupaciones, cruzaban el puente con la cabeza gacha y la mirada ausente, sin volver la vista a izquierda ni a derecha y sin fijarse en los que estaban sentados allí.

Entre aquellos viandantes se hallaba el patrón Milán Glasincanin, de Okolista. Un hombre alto, delgado, pálido y encorvado. Su cuerpo parecía transparente e ingrávido, pero plantado sobre pies de plomo. Por eso caminaba tambaleándose y doblándose como un estandarte en manos infantiles durante una procesión. El cabello y los bigotes canos como los de un viejo, los ojos siempre bajos. Y así pasea con el paso de un sonámbulo. No advierte que en la *kapija* y en el mundo ha cambiado algo y pasa a su vez casi desapercibido para la gente que acude allí a sentarse, soñar, cantar, comerciar, charlar y haraganear. Los viejos lo olvidan, los jóvenes no lo recuerdan, los extranjeros no lo conocen. Sin embargo, su destino está estrechamente ligado a la *kapija*, al menos a juzgar por lo que se había dicho o se había murmurado en la *kasaba* diez o doce años atrás.

El padre de Milán, el patrón Nikola Glasincanin, se había mudado a la *kasaba* en los tiempos en que la insurrección en Serbia estaba en pleno apogeo. Había adquirido una bella propiedad en Okolista. Siempre se sospechó que había huido de alguna parte con mucho dinero conseguido por medios no precisamente honrados. Nadie tenía pruebas de ello y ninguno

acababa de creerse del todo que fuera cierto, aunque tampoco lo descartaban por completo. Se había casado dos veces, pero no había tenido suerte con la descendencia. Había criado sólo a este hijo, Milán, y le había dejado tanto lo que tenía a la vista de todos como lo oculto. A Milán, que también tenía un hijo único, Petar, este patrimonio le habría bastado y sobrado si no hubiera tenido una sola pero poderosa pasión: el juego.

Un visegradense verdadero por naturaleza no es jugador. Como ya hemos visto, sus pasiones son otras distintas; un amor desmedido por las mujeres, la inclinación a la bebida, a cantar, a holgar o a fantasear ociosamente a orillas del río que lo vio nacer. Pero la capacidad del hombre está limitada en todo y también en esto. Por eso en él las pasiones se enfrentan, se desplazan y a menudo se excluyen unas a otras. Esto no significa que en la *kasaba* no hubiera personas entregadas a ese vicio, pero el número de jugadores era realmente pequeño en comparación con otros pueblos, y en la mayoría de los casos eran forasteros o emigrantes. Sea como fuere, Milán Glasincanin era uno de ellos. Se había entregado al juego ya en su más temprana juventud. Si no encontraba la compañía necesaria para jugar en la *kasaba*, marchaba a otro lugar, de donde volvía con montones de dinero, como un comerciante al regresar de la feria, o con los bolsillos vacíos, sin reloj ni cadena, sin tabaquera ni anillos, pero siempre pálido y desvelado, como si estuviera enfermo.

No obstante, su local habitual era la fonda de Ustamujic, al final del bazar de Visegrad. Allí había un cuartucho angosto sin ventanas en el que de día ardía una vela y en el que siempre podían encontrarse tres o cuatro hombres para los que el juego era lo más importante de su vida. Encerrados ahí, con el humo del tabaco y el aire rancio, los ojos inyectados en sangre, la boca seca y las manos temblorosas, permanecían días y noches enteros presas de su pasión, como mártires. En ese cuartucho Milán pasó buena parte de su juventud y dejó buena parte de su fuerza y de su patrimonio.

No tenía mucho más de treinta años cuando experimentó un cambio repentino e inexplicable para la mayoría de la gente, que lo curó de esa pesada pasión, pero que modificó para siempre su vida y lo transformó por completo.

Unos catorce años atrás, un otoño apareció en la fonda un forastero. Ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, de mediana edad y estatura media, silencioso y sonriendo sólo con los ojos. Un hombre de negocios concentrado en el asunto que lo había llevado allí. Se quedó a dormir y al anochecer se presentó en el cuartucho en el que desde la tarde estaban encerrados los jugadores. Lo acogieron con desconfianza, pero su actitud era tan callada y humilde que no advirtieron cuándo empezó a apostar pequeñas sumas a las cartas. Perdía más que ganaba, fruncía el ceño desconcertado y con mano insegura sacaba monedas de plata de los bolsillos interiores. Como había perdido bastante, tuvieron que darle las cartas y dejar que repartiera. Repartió primero despacio y cautelosamente y luego cada vez más animado y desenvuelto. Jugaba sin emoción pero con audacia hasta el final. El montón de monedas de plata crecía delante de él. Los jugadores empezaron a retirarse. Uno colocó una cadena de oro en la carta, pero el forastero la rechazó con frialdad, declarando que sólo jugaba con dinero.

A la hora de la quinta oración interrumpieron el juego, porque nadie tenía ya dinero en efectivo. Milán Glasincanin fue el último, pero al final también él tuvo que retirarse. El forastero se despidió cortésmente y se fue a su habitación.

Al día siguiente volvieron a jugar. Y de nuevo el extraño perdía y ganaba alternativamente, aunque siempre ganaba más de lo que perdía, de modo que otra vez los jugadores locales se quedaron sin efectivo. Se fijaron en sus manos y en sus mangas, lo observaron desde todos los lados, trajeron cartas nuevas y cambiaron de asiento, pero fue en vano. Jugaban al *otuzbir* o treinta y uno, un juego simple pero de mala fama, y, aunque todos lo conocían desde la infancia, no eran capaces de entender el método del forastero. Tan pronto pedía cartas con veintinueve o con treinta como se plantaba en veinticinco. Aceptaba cada apuesta, la más grande y la más pequeña, pasaba por alto las irregularidades insignificantes de algunos jugadores como si no las viera, pero las importantes las rechazaba con frialdad y sin muchas palabras.

A Milán Glasincanin le molestaba e irritaba la presencia de ese extranjero en la fonda. Esos días además se sentía exhausto y febril. Se

prometía no jugar más y otra vez iba y perdía todo, hasta la última moneda, y regresaba a casa presa de la rabia y de la vergüenza. A la cuarta o quinta noche logró dominarse y quedarse en casa. Había preparado el dinero y se había vestido, pero consiguió respetar su primera decisión. Tenía la cabeza pesada y la respiración agitada. Cenó deprisa, sin saber lo que comía. Después salió varias veces a la calle, fumó, paseó y contempló a sus pies la *kasaba* adormecida en la clara noche otoñal. Paseando así un buen rato, de repente vio que una figura borrosa iba por el camino, torcía y se detenía junto a su valla.

—¡Buenas noches, vecino! —gritó el recién llegado. Lo reconoció por la voz: era el extranjero de la fonda. A todas luces, el hombre había ido a buscarlo y quería conversar. Milán se aproximó a la cerca.

—¿No vas hoy a la fonda? —preguntó el extranjero, tranquilo y con indiferencia, como de pasada.

—No me siento muy bien. Allí estarán los demás jugadores.

—No hay nadie. Todos se han marchado antes de tiempo. Vamos a echar una partida tú y yo.

—Vamos, hombre, es tarde y no hay donde jugar.

—Podemos sentarnos abajo, en la *kapija*. Ahora saldrá la luna.

—No, no es el momento —se resistía Milán, con la boca seca y como si las palabras fueran de otro.

El extranjero seguía de pie y esperaba, como si fuera imposible hacer algo distinto a lo que él decía.

Y en efecto, Milán abrió la cancela del patio y se fue con el hombre, aunque con las palabras, con los pensamientos y con los últimos restos de voluntad luchaba para sustraerse a esa callada fuerza que lo arrastraba y a la que no podía resistirse, por mucho que lo ultrajara y le suscitara rechazo y repulsión hacia el extranjero.

Bajaron deprisa por el camino de Okolista. La luna, todavía grande aunque ya en cuarto menguante, se había elevado de verdad detrás de Stanisevac. El puente parecía irreal e infinito, porque sus extremos se perdían en la niebla lechosa y en el fondo los pilares se hundían en la oscuridad; una parte de cada pilar y cada arco estaba fuertemente alumbrada y la otra sumida en las sombras; esas superficies iluminadas y oscuras se

rompían y cortaban en líneas nítidas, transformándolo en un extraño arabesco creado por el juego efímero de luz y sombra.

En la *kapija* no había un alma. Se sentaron. El extranjero sacó la baraja. Milán abrió la boca una vez más para decir que era muy incómodo porque no se veían bien las cartas ni se distinguía el dinero, pero el hombre ya no le prestaba atención. Empezaron a jugar.

Al principio pronunciaron alguna palabra que otra, pero según avanzaba el juego fueron callando hasta quedar en completo silencio. Sólo liaban cigarros y encendían uno con el anterior. Las cartas pasaron varias veces de unas manos a otras, pero al final se las quedó el extranjero. El dinero caía sin ruido en la piedra cubierta por un fino rocío. Llegó ese momento que Milán conocía bien, cuando el forastero con veintinueve sacaba un dos y con treinta, un as. Se le hizo un nudo en la garganta y se le empañó la mirada, mientras que la cara del otro, a la luz de la luna, parecía más tranquila que de costumbre. En menos de una hora, Milán se quedó sin dinero. El extranjero le sugirió que fuera a casa a coger más, que él lo acompañaría. Fueron, regresaron y continuaron jugando. Milán jugaba como si fuera mudo y ciego; adivinaba la carta mentalmente y por medio de señales decía lo que quería. Parecía que las cartas entre ambos se hubieran convertido en algo secundario y no fueran más que un motivo para una lucha desesperada sin cuartel. Cuando volvió a quedarse sin dinero, el extranjero le ordenó que fuera a casa a buscar más mientras él se quedaba en la *kapija* fumando. No consideraba necesario acompañarlo, porque no podía imaginarse que Milán desobedeciera o lo engañara quedándose en su hogar. Y Milán obedeció, sin objeción alguna fue y regresó dócilmente. Entonces la suerte cambió de repente. Milán recuperó lo perdido. Debido a la emoción, el nudo en la garganta se le cerró aún más. El extranjero empezó a duplicar la apuesta y a triplicarla. El juego era cada vez más rápido y más duro. Entre ellos silbaban las cartas y se entretejía una trama de monedas de oro y plata. Ambos callaban. Milán respiraba agitado, sudando y enfriándose sucesivamente en la noche húmeda al claro de luna. Jugaba, repartía y apostaba, pero no porque le apeteciera jugar, sino porque no tenía otro remedio. Sentía que ese extranjero le sacaba no sólo el dinero, ducado a ducado, sino también la médula ósea y la sangre de las venas, gota

a gota, y que las fuerzas y la voluntad lo abandonaban con cada nueva pérdida. De vez en cuando miraba por el rabillo del ojo a su contrincante en el juego. Esperaba contemplar un rostro satánico mostrando los dientes y los ojos como ascuas, pero por el contrario, ante él estaba siempre la cara normal del extranjero con la expresión tensa del hombre que hace su trabajo cotidiano, apresurándose para acabar una tarea que no le resulta fácil ni agradable.

Pronto Milán volvió a perder todo su efectivo. Entonces el extranjero propuso jugar por el ganado, por la tierra y por la propiedad.

—Aquí van cuatro florines de los buenos contra tu bayo con silla incluida, ¿estás de acuerdo?

—Sí.

Así perdió el bayo y dos caballos de carga, las vacas y los terneros. Como un comerciante meticuloso y sereno, el extranjero enumeró con detalle el ganado del establo de Milán, calculando el valor de cada cabeza con exactitud, como si hubiera nacido y crecido en esa casa.

—Aquí van once ducados por ese campo tuyo llamado Salkusa, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

El extranjero repartió. En cinco cartas Milán tenía un total de veintiocho.

—¿Quieres más? —preguntó el hombre con calma.

—Una más —respondió Milán en un susurro apenas audible mientras toda la sangre le afluía al corazón.

El extranjero dio la vuelta a la carta tranquilamente. Era un dos, una carta salvadora. Milán masculló indiferente:

—¡Me planto!

Crispado, estrujaba y tapaba las cartas. Se esforzaba por mostrar una expresión lo más indiferente posible para que el adversario no acertara con cuántos puntos se había plantado.

Entonces el extranjero empezó a darse cartas descubiertas a sí mismo. Cuando llegó a veintisiete se detuvo y miró tranquilamente a Milán a los ojos, pero él bajo la vista. El hombre dio la vuelta a otra carta. Era un dos. Exhaló un breve suspiro apenas audible. Parecía que se iba a detener en

veintinueve y la sangre empezó a retornar a la cabeza de Milán ante el presentimiento de la alegría victoriosa. Pero en ese instante una sacudida recorrió al extranjero, sacó pecho y echó la cabeza hacia atrás. Un rayo de luna refulgió en su frente y sus ojos y descubrió otra carta. De nuevo un dos. Parecía increíble que salieran tres doses casi uno tras otro y, sin embargo, así era. En la carta descubierta, Milán contempló su campo, arado y rastrillado como en primavera, cuando era más bello. Los surcos revolotearon a su alrededor como si fuera a desmayarse, pero la tranquila voz del extranjero lo hizo volver en sí.

—¡*Otuzbir*, treinta y uno! El campo es mío.

Les tocó el turno a otros campos, a las dos casas, al robledal de Osojnica. Siempre estaban de acuerdo en la valoración. A veces Milán obtenía y cogía ansioso algunos ducados. La esperanza relampagueaba como el oro, pero después de dos o tres manos desafortunadas, se quedaba sin dinero y de nuevo apostaba la propiedad.

Cuando el juego, como un torrente, se lo llevó todo, ambos jugadores se quedaron quietos por un instante, no para respirar, porque a juzgar por las apariencias parecía que ambos temían hacerlo, sino para pensar bien qué más podían apostar. El extranjero estaba tranquilo, con la mirada de un obrero concienzudo que descansa después de haber llevado a cabo la primera parte del trabajo pero al que le corre prisa pasar a la segunda. Milán estaba rígido, helado; el corazón le latía en los oídos y el asiento de piedra bajo él subía y bajaba. Entonces el forastero habló con su voz aburrida y monótona, un poco nasal.

—¿Sabes qué, amigo? Juguemos una más, pero por todo. Yo apuesto todo lo que he ganado esta noche y tú la vida. Si ganas, todo vuelve a ser tuyo igual que antes, el dinero, el ganado y la tierra. Si pierdes, saltas desde la *kapija* al Drina.

Y lo dijo con el mismo tono seco y profesional que usaba para todo, como si se tratara del pacto más normal entre dos jugadores empedernidos.

Ha llegado el momento de salvar o perder el alma, pensó Milán, y pugnó por levantarse, por oponerse a ese torbellino incomprensible que se lo había llevado todo y ahora lo arrastraba a él con una fuerza irresistible, pero una sola mirada del hombre lo hizo volver a su sitio. Y como si

jugaran en la fonda por una apuesta de tres o cuatro groses, él bajó la cabeza y extendió el brazo. Ambos cortaron. El extranjero sacó un cuatro y Milán un diez. Le tocaba a él repartir. Eso lo llenó de esperanza. Dio cartas y el otro pedía más.

—Más, más, más.

Cinco cartas sacó el hombre y sólo entonces dijo: «¡Me planto!». Le tocaba a Milán. Cuando llegó a veintiocho se detuvo por un instante, miró el montoncito de naipes del extranjero y su cara enigmática. Era imposible adivinar en cuánto se había plantado, pero era muy probable que tuviera más de veintiocho; primero, porque esa noche no se quedaba con números bajos, y segundo, porque tenía cinco cartas. Y haciendo acopio de las últimas fuerzas, Milán descubrió una carta más. Era un cuatro. Es decir: treinta y dos. ¡Se acabó!

Miraba y no podía creer lo que veía. Le parecía imposible que se pudiera perder todo de golpe. Desde la punta de los pies hasta la cabeza lo recorría algo ardiente y ruidoso. De repente lo tuvo claro: cuánto valía la vida, qué es el hombre y su pasión maldita e inexplicable de jugarse lo propio y lo ajeno, su propia vida y todo lo que lo rodeaba. Estaba claro, cristalino, como si hubiera amanecido y hubiera soñado que jugaba y perdía, pero al mismo tiempo todo era cierto, irrevocable e irreparable. Quiso decir algo, gemir, pedir ayuda al menos con un suspiro, pero no tenía fuerzas.

El extranjero esperaba a su lado.

Entonces, de improviso, cantó un gallo en la orilla, nítido y sonoro, una vez y enseguida otra. Estaba tan cerca que le oyeron batir las alas. En ese momento volaron las cartas como esparcidas por un golpe de viento, junto con el dinero, y toda la *kapija* se tambaleó desde los cimientos. Milán cerró los ojos muerto de miedo y pensó que había llegado su última hora. Cuando volvió a abrirlos vio que estaba solo. Su contrincante en el juego se había desvanecido como una pompa de jabón y con él habían desaparecido las cartas y el dinero de la losa de piedra.

Una luna mutilada de color naranja flotaba en el horizonte. Se levantó un viento frío. El rumor del agua en el fondo se tornó más ruidoso. Milán palpó con cuidado la piedra en la que estaba sentado, tratando de recobrarse

y entender dónde estaba y qué le sucedía, luego se levantó con dificultad y, como si sus piernas fueran de otro, se encaminó hacia Okolista.

A duras penas logró llegar a casa, gimiendo y tropezando. Allí cayó como un herido, golpeando sordamente con el cuerpo contra la puerta y despertando a sus familiares, que lo llevaron a la cama.

Dos meses yació en el lecho presa de la fiebre y del delirio. Pensaban que no sobreviviría. El pope Nikola había ido a administrarle la extremaunción. Y, sin embargo, se recuperó y se levantó, pero como otro hombre. Envejeció prematuramente y se convirtió en un tipo excéntrico que vivía retirado, hablaba poco y no mantenía más contacto con la gente que el mínimo necesario. En la cara que desconocía lo que era sonreír, tenía siempre una expresión de atención dolorosa y tensa. Se dedicaba sólo a su casa y a sus asuntos, como si nunca hubiera tenido amigos y jugado a las cartas.

Mientras estuvo enfermo le había contado al pope Nikola todo lo que le había sucedido aquella noche en la *kapija*, y más tarde se lo contó también a dos buenos amigos, porque sentía que no podría vivir mucho con ese secreto en su corazón. La gente oyó algo y, como si lo que había sucedido de verdad fuera poco, añadió más detalles a la historia y la adornó, y luego, como suele ocurrir, se fijó en las vicisitudes de otra persona y se olvidó de Milán y su aventura. Así vivía, trabajaba y se movía entre los visegradenses lo que quedó del antiguo Milán Glasincanin. La generación joven sólo lo conocía como era en ese momento y no podía imaginarse que alguna vez hubiera sido diferente, incluso él mismo parecía haberlo olvidado todo. Y cuando al salir de casa para ir a la *kasaba* cruzaba el puente con el paso lento y pesado de un sonámbulo, atravesaba la *kapija* sin la menor agitación, incluso sin recuerdos. Ni se le ocurría pensar que ese sofá con los asientos de piedra blanca y la gente despreocupada podía tener alguna relación con el lugar terrible, en el otro extremo de la tierra, en el que él una noche jugó su último juego apostando a una carta engañosa todo lo que tenía, incluso a sí mismo y su vida en este mundo y en el otro.

A decir verdad, Milán se preguntaba a menudo si la historia en la *kapija* no había sido más que un sueño que soñó mientras estuvo inconsciente en la puerta de la casa, sólo la consecuencia y no la causa de su enfermedad. Lo

cierto es que tanto el pope Nikola como los dos amigos a los que se había confiado se inclinaban por considerar su relato una fantasía, una alucinación producto de la fiebre. Porque en realidad ninguno de ellos creía que el diablo jugaba al treinta y uno y llevaba a la *kapija* al que quería arruinar. Pero nuestras aventuras con frecuencia son tan enmarañadas y difíciles que no es raro que las personas justifiquen la participación del mismo Satanás tratando de explicarlas o al menos hacerlas más soportables.

Sea como fuere, con el diablo o sin su ayuda, en sueños o en la realidad, lo cierto es que Milán Glasincanin, después de haber perdido en una noche la salud, la juventud y una buena cantidad de dinero, se liberó como por un milagro de su vicio. Pero eso no fue todo. A la historia de Milán Glasincanin se une la de otro destino cuyo hilo conductor parte de la *kapija*.

Al día siguiente de la última y terrible partida que Milán Glasincanin (en sueños o en la realidad) había jugado en la *kapija*, amaneció una soleada mañana otoñal. Era sábado. Como todos los sábados, en la *kapija* se habían reunido los judíos de Visegrad, comerciantes, con sus hijos varones. Despreocupados y solemnes, con sus pantalones de satén, sus chalecos de paño y el fez bajo de color granate en la cabeza, observaban escrupulosamente el día del Señor, paseando a orillas del río como si buscaran a alguien en él, pero sobre todo gustaban de sentarse en la *kapija* y mantener conversaciones ruidosas y animadas en español, profiriendo en serbio sólo los juramentos.

Aquella mañana, entre los primeros en llegar estaba Bukus Gaon, el hijo mayor del pobre, honrado y devoto barbero Avram Gaon. Contaba dieciséis años y todavía no había encontrado un trabajo estable ni un oficio concreto. El mozo, a diferencia de todos los Gaon, tenía una vena de locura que le impedía entrar en razón y dedicarse a un oficio y que lo impulsaba a buscar por todas partes algo mejor y más hermoso. Antes de sentarse, comprobó que el asiento de piedra estuviera limpio. Así, en la ranura entre dos losas vislumbró una fina línea de un amarillo brillante. Era el brillo del oro, tan grato a los ojos humanos. Miró bien. No cabía duda: allí había un ducado. El joven miró a su alrededor para ver si alguien lo observaba y buscó algo con lo que sacar el ducado que le sonreía en la hendidura de la piedra. Pero enseguida se dio cuenta de que era sábado y de que sería una blasfemia y un

pecado hacer cualquier trabajo. Agitado y confuso, se sentó allí y no se levantó hasta por la tarde. Y cuando llegó la hora de la comida y todos los judíos, jóvenes y viejos, se marcharon a sus casas, encontró una paja de cebada muy gruesa y, olvidando que era festivo y pecado, extrajo cuidadosamente el ducado de la ranura. Era un florín húngaro fino y casi sin peso, como una hoja menuda y seca. Llegó tarde a comer. Y cuando se sentó a la mesa modesta alrededor de la cual se reunían (once niños, el padre y la madre), no escuchó a su progenitor que lo regañaba y lo llamaba haragán y vago que ni siquiera puede llegar puntual al almuerzo preparado. Le zumbaban los oídos y tenía un resplandor delante de los ojos. Ante él se abrían los días de placer insospechado que siempre había soñado. Le parecía que llevaba el sol en el bolsillo.

Con ese ducado, sin pensárselo mucho, Bukus fue al día siguiente a la fonda de Ustamujic y se introdujo en el cuartucho donde casi a todas las horas del día y de la noche se repartían cartas. Siempre había soñado con ello, pero nunca había tenido tanto dinero como para poder entrar y probar suerte. Ahora por fin podía hacerlo.

Allí pasó unas cuantas horas dolorosas y emocionantes. Primero lo trataron todos con desdén y desconfianza. Cuando vieron que cambiaba el florín, pensaron que se lo había robado a alguien, pero consintieron en aceptar su apuesta. (Porque si los jugadores preguntaran por el origen de cualquier dinero, nunca se podría jugar). Pero entonces empezó una nueva tortura para el principiante. Cuando ganaba, la sangre le afluía a la cabeza y la mirada se le empañaba por el sudor y el calor, y cuando perdía mucho, le parecía que se le cortaba la respiración y el corazón dejaba de latir. Pero después de tantas penas, cada una de las cuales le parecía definitiva, esa noche salió del local con cuatro ducados en el bolsillo. Aunque la emoción lo había extenuado y se sentía febril, como si lo hubieran azotado con una caña de fuego, iba erguido y orgulloso. Ante su mirada ardiente se abrían horizontes lejanos y luminosos que ensombrecían la miseria de su familia y borraban toda la *kasaba* desde los cimientos. Caminaba como embriagado, con paso ceremonioso. Por primera vez en su vida sentía no sólo el resplandor y el sonido, sino también el peso del oro.

Ya ese mismo otoño, aunque joven e inmaduro, Bukus se convirtió en un vividor y jugador de oficio y abandonó la casa paterna. El viejo Gaon se consumió de vergüenza y tristeza por el primogénito perdido y toda la comunidad judía sintió la desgracia como propia. Después se alejó de la *kasaba* y se fue a correr mundo con su aciago destino de jugador. Y nunca más —ya habían transcurrido catorce años— se volvió a oír hablar de él. He aquí lo que le hizo, según cuentan, el «ducado del diablo» que había encontrado en la *kapija* y extraído un sábado.

XIII

Comenzó el cuarto año de la ocupación. Parecía que las cosas se habían calmado bastante y «estaban encauzadas». Si bien el «dulce silencio» de los tiempos turcos no podía tornar, al menos empezaba a establecerse cierto orden según las nuevas ideas. Pero de pronto las aguas volvieron a enturbiarse en el país, llegó un nuevo ejército a la *kasaba*, y de nuevo los centinelas montaron guardia en la *kapija*. He aquí como sucedió.

En esos años, el nuevo gobierno empezó el reclutamiento en Bosnia y Herzegovina. Esto suscitó una gran alarma entre el pueblo, en particular entre los turcos. Cincuenta años atrás, cuando el sultán introdujo por primera vez el *nizam*, un ejercito regular vestido, equipado y entrenado a la europea, se levantaron y riñeron auténticas batallas, pequeñas aunque sangrientas, porque no querían vestir el traje de los infieles ni ponerse los correajes que se cruzaban en el pecho formando el detestado símbolo de la cruz. Y ahora debían vestir ese mismo odioso «traje estrecho» y encima al servicio de un emperador extranjero de otra religión.

Ya el primer año después de la ocupación, las medidas que habían tomado las autoridades para numerar las casas y hacer un censo de habitantes originaron la desconfianza entre la población musulmana y despertaron temores indefinidos pero profundos.

Como siempre en tales ocasiones, se reunieron los turcos más ilustres y más instruidos de la *kasaba*, tratando de no llamar la atención, para ponerse de acuerdo sobre el significado de dichas medidas y la actitud que había que adoptar frente a ellas.

Un día de mayo, como por casualidad, estos «notables» se encontraron en la *kapija* y se sentaron en el sofá ocupando todos los sitios. Bebiendo el

café despacio y mirando hacia delante, casi en susurros hablaron de las medidas nuevas y sospechosas de las autoridades, que no gustaban a ninguno, pues por su naturaleza eran contrarias a todas sus concepciones y costumbres, porque cada uno de ellos sentía como una humillación superflua e incomprensible esa intromisión de los gobernantes en sus asuntos personales y su vida familiar. Pero ninguno sabía interpretar el verdadero sentido del censo ni decir de qué manera había que oponerse a él. Entre ellos estaba también Alí Hodja, que no solía acudir a la *kapija*, porque le bastaba ver los escalones de piedra que llevaban al sofá para que le escociera la oreja derecha.

El maestro de la madraza, Husein Agá, hombre instruido y elocuente, explicó, por ser el más indicado, lo que podía significar poner número a las casas y censar a niños y adultos.

—Me parece que se trata de una costumbre secular de los extranjeros. Hace una treintena de años o quizá más, gobernaba en Travnik el visir Tahir Bajá el Estambulita. Se había convertido al islam, pero era falso e hipócrita y en su fuero interno seguía siendo el infiel que siempre había sido. Contaban que tenía a su lado una campanilla y, cuando llamaba a un sirviente, tocaba la campanilla como un pope ortodoxo hasta que el criado aparecía. Pues bien, este Tahir Bajá fue el primero que empezó a numerar las casas en Travnik y a poner en cada una de ellas una tablilla con el número. (Por eso lo apodaron el Tablillero). Pero el pueblo se rebeló y cogió todas las tablillas, las amontonó y les prendió fuego. Se habría derramado mucha sangre si no se hubiera sabido en Estambul, como por suerte ocurrió; lo sacaron de Bosnia y desapareció sin dejar rastro. Y he aquí que algo similar es lo que van a hacer. El austríaco quiere tenerlo todo registrado, incluso también nuestras cabezas.

Todos miraban hacia delante mientras escuchaban al maestro, que era conocido porque le gustaba más explayarse con los recuerdos ajenos que expresar de manera clara y concisa su opinión sobre lo que estaba sucediendo.

Como siempre, Alí Hodja fue el primero en perder la paciencia.

—Esto no tiene nada que ver con la fe del austríaco, maestro Efendi, sino con sus cuentas. No juegan ni huelgan ni siquiera cuando duermen,

sino que cuidan de sus asuntos. Ahora no se ve, pero se verá dentro de unos meses o de un año. Porque con razón decía el difunto Semsi Bey Brankovic: «¡Las minas de los germanos tienen una mecha muy larga!». Tanto contar casas y gente, a mi parecer, es porque necesitan un nuevo tributo o porque piensan llamar a los hombres a la servidumbre o a filas. O incluso puede que sea para ambas cosas. Y si me preguntáis qué debemos hacer, soy de la opinión de rebelarnos enseguida, nosotros no somos para este ejército. Dios lo ve y los hombres lo saben. No tenemos que obedecer a todo lo que nos ordenan. Nadie tiene que memorizar sus números ni decir la edad, y que adivinen ellos cuándo ha nacido cada cual. Y si sobrepasan los límites y tocan a nuestras familias o nuestro honor, no hay que permitirlo y habrá que defenderse, y que sea lo que Dios quiera.

Todavía charlaron un buen rato sobre las desagradables medidas de las autoridades, pero en general estaban de acuerdo con lo que Alí Hodja había dicho: la resistencia pasiva. Los hombres ocultaban la edad o proporcionaban datos equivocados, excusándose por su analfabetismo. Y por las mujeres nadie osaba preguntar, porque se habría considerado una ofensa de honor. Escondían las tablillas con los números, al margen de todas las instrucciones y amenazas de las autoridades, en lugares invisibles, o las ponían al revés. O enseguida pintaban la casa y, como por casualidad, cubrían con pintura el número.

Al ver que la resistencia, aunque disimulada, era profunda y sincera, las autoridades prefirieron cerrar los ojos, evitando la aplicación estricta de la ley con todas sus consecuencias y los conflictos que en este caso se habrían producido inevitablemente.

Transcurrieron dos años. La agitación debida al censo se había olvidado cuando comenzó el reclutamiento de mozos sin diferencia de religión o de clase. En Herzegovina oriental estalló la rebelión abierta en la que esta vez participaron los serbios además de los turcos. Los cabecillas del pueblo que se había rebelado buscaron contactos en el extranjero, en especial en Turquía, afirmando que el gobierno de ocupación había sobrepasado los límites del mandato que se le había concedido en el Congreso de Berlín y que no tenía derecho llevar a cabo la leva en las provincias ocupadas que aún estaban bajo soberanía turca. En Bosnia no hubo resistencia organizada,

pero a través de Foca y Gorazde la rebelión llegó hasta las cercanías del distrito de Visegrad. Rebeldes aislados o pequeños restos de destacamentos destruidos trataron de ocultarse en el Sanjacado o en Serbia, cruzando el puente de Visegrad. Como siempre en estas ocasiones, junto a los rebeldes empezó a florecer el bandolerismo.

Otra vez, después de tantos años, amanecieron centinelas en la *kapija*. Aunque era invierno y caía una nieve abundante, dos gendarmes hacían guardia en ella día y noche. Paraban a los transeúntes desconocidos y sospechosos, los interrogaban y registraban.

Al cabo de dos semanas llegó un destacamento del *Streifkorps*[*44] y sustituyó a los gendarmes de la *kapija*. El *Streifkorps* se había organizado en cuanto la revuelta en Herzegovina empezó a tomar proporciones serias. Eran unidades de asalto con gran capacidad de movimiento y bien pertrechadas para actuar en terreno difícil, formadas por voluntarios bien remunerados. En ella se integraban hombres que habían llegado como soldados de la primera leva con las tropas de ocupación y no quisieron regresar, sino que se quedaron para servir en el *Streifkorps*. También los había que de la gendarmería habían sido asignados a la nueva unidad itinerante. Y por último estaba un buen número de voluntarios locales que servían como hombres de confianza y guías.

Durante todo el invierno, que no fue fácil ni corto, dos hombres del *Streifkorps* hicieron guardia en la *kapija*. Por lo general uno era extranjero y otro local. No construyeron una torre de vigilancia como habían hecho los turcos en los tiempos de la insurrección de Karadorde en Serbia. Tampoco hubo muertes ni decapitaciones. Y, sin embargo, como siempre que la *kapija* se cerraba, acaecieron hechos insólitos que dejaron huella en la *kasaba*. Porque los tiempos difíciles no pueden transcurrir sin que a alguien le ocurra una desgracia.

Entre los militares del *Streifkorps* que hacían guardia en la *kapija* había un joven ruso de la Galitzia oriental llamado Gregor Fedun. Este joven, de veintitrés años, tenía una estatura gigantesca y alma infantil, era fuerte como un oso y tímido como una doncella. Estaba cumpliendo el servicio militar cuando destinaron a su regimiento a Bosnia. Tomó parte en los combates de Maglaj y de Glasinac. Luego paso un año y medio en diversas

guarniciones de Bosnia oriental y, cuando llegó la hora de su licenciamiento, le resultaba difícil volver a Kolomeia, su ciudad de Galitzia, a la casa paterna con muchos niños y poco de todo lo demás. Estaba ya en Pest con su unidad, cuando se publicó el llamamiento que pedía voluntarios para alistarse en el *Streifkorps*. Como soldado que conocía Bosnia por haber combatido varios meses allí, aceptaron a Fedun enseguida. Y él se alegró sinceramente al pensar que vería de nuevo las calvas de las colinas y las pequeñas ciudades en las que había vivido días alegres y también difíciles, y a las que ahora le ligaban los recuerdos en los que esos días dolorosos brillaban más bellos y vivos que los alegres. Se derretía de placer y se hinchaba de orgullo al pensar en la cara de sus padres y hermanos cuando llegaran los primeros florines de plata que les enviaría gracias a la cuantiosa paga que recibían los soldados del *Streifkorps*. Y sobre todo tenía la suerte de que lo destinaran no a Herzegovina oriental, donde los combates con los insurrectos eran agotadores y a menudo muy peligrosos, sino a la *kasaba* en el Drina, donde todo el trabajo consistía en patrullar y hacer guardia.

Allí pasó el invierno pateando el suelo, con frecuencia durante horas, y soplándose los dedos para entrar en calor, en noches gélidas y despejadas en las que la piedra se agrieta por el frío y el cielo palidece sobre la *kasaba*, y las grandes estrellas otoñales se convierten en pequeñas y pérfidas candelas. Allí aguardó también la primavera y advirtió las primeras señales en la *kapija*: el crujido sordo y pesado del hielo en el Drina, que un hombre siente en las entrañas, y el silbido sofocado de un viento nuevo que sopla toda la noche sobre los bosques desnudos procedente de las prietas montañas que planean sobre el puente.

El joven montaba guardia cuando le tocaba el turno sintiendo que la primavera que afloraba por la tierra y el agua penetraba en él lentamente, lo inundaba y alteraba todos sus sentidos, exaltaba y enredaba sus pensamientos. Vigilaba y canturreaba las canciones ucranianas de su región. Y mientras cantaba, le parecía que con cada día de primavera él estaba esperando a alguien en ese lugar expuesto y ventoso.

A principios de marzo, el mando avisó a la unidad que custodiaba el puente para que redoblara la vigilancia, porque según informes contrastados, el famoso *hajduk* Jakov Cekrlija había pasado de Herzegovina

a Bosnia y se ocultaba en los alrededores de Visegrad, desde donde, con toda probabilidad, intentaría alcanzar la frontera serbia o la turca. La unidad de asalto que montaba guardia en el puente había recibido la descripción personal de Cekrlija, con la advertencia de que se trataba de un *hajduk* menudo y desgarbado, pero fuerte, audaz e insólitamente astuto, que ya había logrado burlar varias veces a las patrullas que lo habían rodeado y escapar de ellas.

Fedun escuchó el parte con atención y se lo tomó muy en serio, como todos los comunicados oficiales. A decir verdad, le parecía un poco exagerado, porque no podía imaginarse cómo iba a pasar alguien desapercibido a través de aquella decena aproximada de metros que era la anchura del puente. Tranquila y despreocupadamente pasó varias horas del día y de la noche en la *kapija*. Su atención se había redoblado, pero no estaba ocupada con la imagen del tal Jakov, del que no había rastro ni rumores, sino con las innumerables señales y fenómenos que anunciaban la primavera en la *kapija*.

No es fácil concentrar la atención sólo en un objeto cuando uno tiene veintitrés años, cuando un hormigueo de fuerza y vida le recorre el cuerpo y a su alrededor por todas partes susurra, resplandece y despide su aroma la primavera. La nieve se derrite en los desfiladeros, el río corre rápido pero es gris como un cristal opaco, el viento sopla del noroeste trayendo un hálito de nieve de las montañas y los primeros capullos del valle. Todo esto embriaga y distrae a Fedun, que mide el espacio de una terraza a otra o, si hace guardia por la noche, se apoya en el muro y canturrea con el viento sus canciones ucranianas. Y ni de día ni de noche lo abandona la sensación de esperar a alguien, sensación que es penosa y dulce a la vez y en la que encuentra la confirmación para todo lo que sucede a su alrededor, en el agua, en la tierra y en el cielo.

Un día, hacia la hora del almuerzo, pasó al lado de la guardia una muchacha turca. Tenía aún la edad en la que las jóvenes musulmanas todavía no se cubren pero tampoco van completamente descubiertas, sino que se envuelven en un chal grande y fino que les oculta el cuerpo entero, los brazos y el cabello, la barbilla y la frente, pero deja sin tapar una parte de la cara: los ojos, la nariz, la boca y las mejillas. Es ese corto periodo

entre la infancia y la juventud en el que la joven musulmana casta y alegremente muestra el encanto de la cara aún infantil, pero ya de la mujer que quizá al día siguiente se cubra con el velo para siempre.

No había un alma en la *kapija*. Con Fedun hacía guardia un tal Stevan de Praca, uno de los campesinos del *Streifkorps*. Este hombre ya entrado en años, que no le hacía ascos al aguardiente, dormitaba sentado, incumpliendo el reglamento, en el sofá de piedra.

Fedun miró cauta y temerosamente a la chica. El chal se enroscaba a su alrededor, ondeando y titilando al sol como si estuviera vivo, con las ráfagas de viento y al ritmo que marcaba el paso de la muchacha. La cara serena y bella estaba encuadrada por la tela ceñida del chal. Los ojos bajos, pero temblorosos. Así se deslizó a su lado y continuó por el puente hacia el bazar.

El mozo comenzó a andar más animado de una terraza a otra, mirando sin cesar al mercado. Ahora le parecía que por fin tenía a quién esperar. Al cabo de media hora —todavía reinaba en el puente el silencio del mediodía —, la muchacha turca regresó del bazar y pasó junto al joven aturdido. La miró un poco más y con más audacia, y lo más extraño es que ella también lo miró a él, una mirada rápida pero desenvuelta, de reojo, un tanto sonriente y astuta, esa astucia ingenua con que los niños se engañan unos a otros cuando juegan. Y de nuevo se balanceaba con un caminar pausado, pero alejándose rápidamente entre los miles de pliegues y movimientos del amplio chal que envolvía todo su cuerpo aún joven pero opulento. Los estampados orientales y los colores vivos del chal ondearon un buen rato entre las casas de la otra orilla.

Sólo entonces el joven volvió en sí. Estaba en el mismo lugar y en la misma posición en la que se hallaba cuando ella pasó a su lado. Se sacudió, palpó el fusil y echó un vistazo a su alrededor, con la sensación de un hombre que ha dejado de percibir algo. Al engañoso sol de marzo, dormitaba Stevan. Al ucraniano le pareció que ambos habían incurrido en falta y que en ese tiempo, que no podía cuantificar ni por duración ni por el significado que tenía para él y para el resto del mundo, un pelotón de soldados podía haber pasado a su lado. Avergonzado, haciendo gala de un

celo exagerado, despertó a Stevan y ambos continuaron haciendo guardia hasta el relevo.

Durante todo el día, tanto en las horas de descanso como en las de servicio, la muchacha turca, como una aparición, pasó un sinnúmero de veces por su cabeza. Y de nuevo al mediodía siguiente, cuando menos gente había en el puente y en el mercado, ella volvió a cruzar el río. Como en un juego cuyas reglas sólo conocía a medias, Fedun contempló de nuevo la cara enmarcada por la tela estampada. Todo era igual que el día anterior. Pero las miradas fueron más largas, las sonrisas más vivas y atrevidas. Como si participara en el juego a su manera, Stevan también dormitaba en el banco de piedra, aunque después juraría como siempre que no había dormido, que él no podía dormir ni siquiera por la noche en la cama. A la vuelta, la chica casi se paró mirando directamente a los ojos del centinela y él le dijo dos palabras imprecisas y superficiales, sintiendo que las piernas lo traicionaban de la emoción y olvidando totalmente el lugar en el que se encontraba.

Éste es el tipo de atrevimiento que sólo tenemos en los sueños. Cuando la chica desapareció otra vez en la orilla, el joven temblaba de miedo. Era increíble que una chica turca osara mirar a un soldado austríaco. Una cosa tan extraordinaria y jamás vista antes no podía suceder más que en sueños, en sueños o en primavera en la *kapija*. Además, él sabía bien que en ese país y en su posición nada era tan detestable ni tan peligroso como tocar a una mujer musulmana. Se lo habían advertido en el ejército y en el *Streifkorps*. Los castigos para actos tan temerarios eran graves. Y había hombres que habían pagado con la vida, víctimas de la ira de los turcos ofendidos. Lo sabía de sobra y deseaba con todas sus fuerzas respetar el reglamento y las órdenes; sin embargo, hacía lo contrario. La desgracia de las personas desgraciadas reside en que las cosas que suelen ser imposibles y vedadas para ellos, por un instante son fáciles y alcanzables, o al menos lo parecen, y una vez que se convierten en el único objetivo de su deseo, se demuestran como lo que son: inaccesibles y prohibidas, con todas las consecuencias que conlleva para los que se empeñan en conseguirlas.

El tercer día, al final de la mañana, la chica volvió a aparecer. Y como en los sueños todo sucede de acuerdo con el deseo del hombre y es la única

realidad que lo domina todo, Stevan dormía otra vez, convencido y dispuesto a convencer a cualquiera de que no había pegado ojo; en la *kapija* no había nadie. El mozo de nuevo habló, farfulló unas cuantas palabras, y la muchacha frenó la marcha y le respondió algo igual de impreciso y temeroso.

Este juego peligroso e increíble continuó. Al cuarto día, la joven, al pasar, acechando el momento en el que no hubiera nadie en la *kapija*, preguntó en un susurro al sonrojado soldado cuándo tenía su siguiente guardia. Le dijo que estaría allí de nuevo al atardecer, a la hora de la oración.

—Traeré a mi anciana abuela a pasar la noche en la ciudad y luego regresaré sola —susurró ella sin detenerse ni volver la cabeza, pero lanzándole de reojo un mirada elocuente. Y en cada una de esas palabras corrientes se ocultaba la alegría de volver a verlo.

Seis horas más tarde, Fedun estaba otra vez en la *kapija* con su dormilón amigo. Después de la lluvia, llegó un crepúsculo frío que le parecía lleno de promesas. Había cada vez menos transeúntes. Entonces, por el camino de Osojnica apareció la muchacha turca envuelta en su chal cuyos colores se veían apagados por la oscuridad incipiente. A su lado iba la anciana, una musulmana encorvada y cubierta totalmente por el pesado velo negro. Iba casi a cuatro patas, apoyándose con la mano derecha en un bastón y con la izquierda en el brazo de la joven.

Así pasaron junto a Fedun. Ella caminaba más despacio, adaptando el paso al de la anciana que acompañaba. Clavó los ojos, que se le habían agrandado por las sombras de la primera oscuridad, en los del muchacho, ahora ya de manera más audaz y abierta, como si no pudiera apartarse de ellos. Cuando desaparecieron en el bazar, le recorrió un escalofrío y, con pasos rápidos, empezó a ir de una terraza a otra, como si deseara compensar su omisión. Esperaba el regreso de la chica con una agitación que se asemejaba al miedo. Stevan seguía amodorrado.

¿Qué me dirá cuando vuelva?, pensaba. ¿Qué le diré yo? Quizá me proponga encontrarnos por la noche en algún lugar escondido. El placer y el peligro emocionante que se encerraban en esta idea le hicieron estremecerse.

Transcurrió una hora entera de espera, pasó media hora más y la muchacha no volvía. Pero esa espera también era dulce. Y el deleite crecía con la oscuridad. Al final, en lugar de la chica se presentó el relevo. Pero esta vez no venían solos los dos soldados que debían reemplazarlos, los acompañaba el *Wachtmeister*[*49] Drazenovic en persona, un hombre severo de barba corta y negra que con voz malvada y cortante ordenó a Fedun y a Stevan que en cuanto llegaran al cuartel fueran al dormitorio y no lo abandonaran hasta nueva orden. A Fedun se le agolpó la sangre en la cabeza ante la idea de una vaga culpa.

El dormitorio grande y frío, con doce camas bien alineadas, estaba vacío. La gente estaba cenando o en la ciudad. Fedun y Stevan esperaron confusos e impacientes, imaginando y tratando en vano de adivinar la razón por la que el *Wachtmeister* los había confinado tan dura y repentinamente. Al cabo de una hora, cuando los primeros soldados llegaban a retreta, irrumpió un cabo ceñudo y los llamó con voz alta y afilada para que lo siguieran. Se daban cuenta de que en torno a ellos iba en aumento una atmósfera de severidad, lo que no hacía presentir nada bueno. En cuanto los sacaron de allí, empezaron a interrogarlos por separado.

La noche avanzaba. Llegó la hora en que se apaga la última luz de la *kasaba*, pero las ventanas del cuartel continuaron iluminadas. De vez en cuando se oía la campana de la *kapija*, el tintineo de llaves y el ruido de portazos. Los ordenanzas iban y venían, se apresuraban a través de la ciudad oscura y dormida entre el cuartel y el *Konak*, donde también ardían las lámparas de la primera planta. Ya por esos signos externos podía adivinarse que algo extraordinario sucedía en la *kasaba*.

Cuando alrededor de las once introdujeron a Fedun en el despacho del *Rittmeister*[*38] le parecía que habían pasado días y semanas desde el momento *aquél* en la *kapija*. En la mesa ardía un quinqué de metal y pantalla de porcelana verde. A su lado estaba sentado el *Rittmeister* Krcmar. Tenía los brazos iluminados hasta el codo, y la parte superior del cuerpo y la cabeza en las sombras de la pantalla verde. El joven conocía esa cara pálida y redonda, casi femenina, sin barba, con unos pequeños bigotes invisibles, ojeras oscuras que creaban alrededor de los ojos grises un círculo regular. Los miembros del *Streifkorps* temían como a la peste a este oficial

robusto y tranquilo, de habla lenta y movimientos pesados. Había pocas personas que pudieran mantener durante mucho tiempo la mirada de los grandes ojos grises y responder sin tartamudear a sus preguntas, en las que cada palabra era pronunciada en voz baja pero rotunda, vocalizando con claridad de la primera a la última letra, como en el colegio o en un escenario. Un poco alejado de la mesa estaba el *Wachtmeister* Drazenovic. También tenía la mitad superior del cuerpo oculta en las sombras, sólo las manos estaban intensamente iluminadas; manos distendidas, velludas; en una refulgía una pesada alianza de oro.

Drazenovic llevaba el interrogatorio.

—Díganos cómo ha pasado el tiempo entre las cinco y las siete mientras hacía guardia en la *kapija* con el asistente Stevan Kalacan.

A Fedun se le subió la sangre a la cabeza. Todos los hombres pasan su tiempo como mejor saben y pueden, pero a ninguno se le ocurre que más tarde tendrá que responder por ello ante un tribunal severo y rendir cuentas de todo lo sucedido, incluso hasta del más mínimo detalle, hasta de los pensamientos más recónditos y hasta del último minuto. A ninguno, y menos cuando uno tiene veintitrés años y es primavera y ha pasado ese tiempo en la *kapija*. ¿Qué responder? Durante esas dos horas la guardia había transcurrido como siempre, como el día de ayer y el de antes de ayer. En ese momento no consigue acordarse de las cosas cotidianas y corrientes que podría referir. En su memoria se alternan sólo cosas secundarias y antirreglamentarias que les suceden a todos, pero que no se cuentan a los superiores: que Stevan, como de costumbre, dormitaba; que él había intercambiado unas cuantas palabras con una muchacha turca, que luego, cuando se hizo de noche, canturreó bajito y exaltado todas las canciones de su pueblo, esperando el regreso de la chica y con él algo emocionante e insólito. ¡Ah, qué difícil es responder, imposible contar todo y engorroso callarlo! Pero hay que darse prisa, porque el tiempo pasa y no hace sino aumentar la confusión y la incomodidad. Y ¿cuánto hacía que duraba su silencio?

—¿Y? —dijo el *Rittmeister*. Todos conocían ese «¿y?» suyo, claro, tajante y poderoso, como el sonido de un mecanismo potente, complejo y bien engrasado.

Fedun empezó a balbucear y a embrollarse desde el principio, como si fuera culpable.

La noche avanzaba, pero las lámparas no se apagaban ni en el cuartel ni en el *Konak*. Se sucedían los interrogatorios, los atestados y las confrontaciones. También interrogaron a todos los que ese día habían hecho guardia en la *kapija*. Buscaron e hicieron venir a algunos viandantes. Pero era evidente que el cerco se estrechaba en torno a Fedun y Stevan, y en el interrogatorio acerca de la anciana turca acompañada de una muchacha.

Al joven le parecía que las responsabilidades mágicas e inextricables de los sueños se habían derrumbado sobre él. Al alba tuvo un careo con Stevan. El campesino parpadeaba astutamente y hablaba con afectación y con una voz sutil, insistiendo sin cesar en que él era un hombre analfabeto, un labriego, y escudándose en todo en el «señor Fedun», como siempre llamaba al hablar a su compañero de guardia.

Así hay que responder, pensaba el mozo, mientras sus intestinos rugían de hambre, y temblaba agitado, aunque no entendía muy bien de qué se trataba y cuál era en realidad su falta o su culpa. Pero la mañana traería la explicación.

Durante toda la noche continuó girando ese increíble corro en cuyo centro se hallaba el *Rittmeister*, frío, inexorable; inmóvil y mudo, no dejaba que nadie descansara o callara. Por su conducta y aspecto no parecía un hombre, sino la personificación del deber, un terrible sacerdote de la justicia, inmune a las debilidades y sentimientos, dotado de una fuerza sobrenatural, libre de las necesidades humanas de comer, dormir y descansar. Al amanecer, llevaron a Fedun por segunda vez ante el *Rittmeister*. En el despacho, además del *Rittmeister* y Drazenovic, había un gendarme armado y una criatura femenina que al principio le pareció irreal. La lámpara estaba apagada; la estancia, que daba al norte, fría y oscura. El chico vio con asombro que el confuso sueño nocturno continuaba y no iba a desvanecerse ni con la luz del día.

—¿Era éste el que estaba de guardia? —le preguntó Drazenovic a la mujer.

Sólo entonces, con un esfuerzo grande y doloroso, Fedun la miró bien. Era la muchacha musulmana de la noche anterior, pero sin chal, que así

dejaba ver unas pesadas trenzas castañas enroscadas delicadamente en torno a la cabeza. Llevaba los zaragüelles turcos estampados, pero el resto de la ropa, la camisa, el cinturón y el chaleco, eran los de las chicas serbias en los pueblos de la alta meseta sobre la *kasaba*. Sin el chal parecía mayor y más robusta. Su rostro había cambiado, la boca grande y maliciosa, los párpados enrojecidos, y los ojos luminosos y claros, como si de ellos hubiera desaparecido la sombra de la noche anterior.

—Sí —respondió la mujer con voz dura e indiferente, que para Fedun era tan nueva e insólita como todo su aspecto actual.

Drazenovic continuó interrogándola acerca de cuántas veces y cómo había cruzado el puente, qué le había dicho a Fedun y él a ella. Respondía en general con exactitud, pero con indolencia y arrogancia.

—Bien, Jelenka, ¿qué te dijo la última vez que pasaste?

—Algo dijo, pero no sé el qué, porque no lo escuchaba, sino que sólo pensaba en cómo hacer pasar a Jakov.

—¿En eso pensabas?

—Sí —contestó de mala gana la mujer, que evidentemente estaba cansada y no deseaba decir más de lo que debía. Pero el *Wachtmeister* era insistente. Con voz plena de amenazas que revelaba la costumbre de obtener respuestas sin objeciones, le exigió que repitiera lo que había dicho en el primer interrogatorio en el *Konak*.

Ella se resistía, abreviaba y se saltaba algunos puntos de la anterior declaración, pero él siempre la detenía y con preguntas hábiles y rotundas la hacía retroceder.

Poco a poco salió a la luz toda la verdad. Se llamaba Jelenka y era una Tasic, de Gornja Lijeska. El otoño pasado había llegado allí el *hajduk* Jakov Cekrlija y se había quedado a pasar el invierno, escondido en una cuadra más arriba del pueblo. De su casa le llevaban comida y ropa para que se mudara. A menudo era ella la encargada de hacerlo. Así se enamoraron y se prometieron. Y cuando la nieve empezó a fundirse y las patrullas del *Streifkorps* se hicieron más frecuentes, Jakov decidió trasladarse a Serbia a cualquier precio. En esa época era difícil cruzar el Drina incluso sin vigilancia, y en el puente había centinelas constantemente. Optó por el puente e ideó un plan para engañar a la guardia. Ella lo siguió, dispuesta a

ayudarlo, aunque fuera a costa de la propia vida. Primero descendieron hasta Lijeska y luego se ocultaron en una cueva un poco más arriba de Okolista. Con anterioridad, en Glasinac, Jakov había conseguido de unos gitanos ropa turca de mujer: un velo, zaragüelles y un chal. Entonces ella, siguiendo sus instrucciones, empezó a cruzar el puente a las horas en las que no había muchos turcos, para que ninguno de ellos se preguntara de qué familia era esa muchacha desconocida y para que los centinelas se acostumbraran a verla. Así cruzó tres días seguidos y luego decidió llevar a Jakov.

—¿Y por qué lo llevaste justo cuando estaba este soldado de guardia?

—Porque me parecía el más tierno.

—¿Por eso?

—Por eso.

Ante la insistencia del *Wachtmeister*, la mujer prosiguió. Cuando todo estuvo listo, Jakov se envolvió en el manto de arriba abajo y ella lo acompañó al anochecer como si fuera su anciana abuela, por delante de la guardia, que no advirtió nada porque el joven la miraba a ella y no a la vieja y el mayor estaba sentado en el sofá como si durmiera.

Cuando llegaron al mercado, por cautela evitaron atravesarlo y fueron por calles laterales. Eso los traicionó. Se perdieron en una ciudad que no conocían y en lugar de llegar al puente del Rzav y alcanzar así el camino que lleva hacia la frontera, se encontraron delante de un café turco del que salían unos hombres. Entre ellos estaba un gendarme turco, vecino de la *kasaba*, al que le parecieron sospechosas esa anciana tan tapada con una chica que no había visto hasta entonces, y las siguió hasta el Rzav. Allí se les acercó para preguntarles quiénes eran y adónde iban. Jakov, que a través del velo de la cara observaba con atención sus movimientos, consideró que era el momento de escapar. Se quitó el manto, empujó a Jelenka contra el gendarme tan fuerte que ambos se tambalearon («porque es menudo y de estatura pequeña, pero fuerte como un roble y tiene el corazón más grande del mundo»). Ella, como confesó tranquila y seriamente, sujetó al gendarme enredándose entre sus piernas. Mientras el hombre se desembarazaba de Jelenka, Jakov había saltado ya el Rzav como si fuera un charco cualquiera, aunque el agua le llegaba por encima de la rodilla, y se había perdido en el

saucedal de la otra orilla. A ella la llevaron después al *Konak*, la golpearon y amenazaron, pero ni dijo ni quiso decir nada más.

En vano el *Wachtmeister* se esforzó por sacarle algo con preguntas indirectas, halagos, amenazas, cualquier cosa sobre cómplices o colaboradores y las intenciones de Jakov para el futuro. Nada de aquello influyó lo más mínimo en ella. Había hablado incluso demasiado de lo que había querido, pero de lo que no quería no se le pudo extraer ni una palabra pese a todos los esfuerzos de Drazenovic.

—Es mejor que nos digas ahora todo lo que sabes, a que interroguen y torturen a Jakov, al que seguramente ya han detenido en la frontera.

—¿A quién van detener? ¿A Jakov? ¡Ja!

La chica contempló al *Wachtmeister* con compasión, como si el hombre no supiera de lo que estaba hablando, y en un gesto de desdén elevó un lado del labio. (En general, los movimientos del labio superior, que entonces parecía una lombriz que se retuerce, mostraban sus sentimientos de ira, desprecio u orgullo, cuando estos sentimientos se tornaban más fuertes que las palabras de las que disponía. Esa mueca convulsa confería por un instante a toda su cara hermosa y regular una expresión atormentada y desagradable). Y con un semblante infantil y arrobado totalmente opuesto a la fea crispación del labio, miró por la ventana igual que un campesino observa la tierra cuando quiere verificar la influencia del tiempo en los sembrados.

—¡Pues que Dios os ayude! Ya ha amanecido. Y si en el tiempo transcurrido desde anoche habría podido recorrer Bosnia de arriba abajo, como para no haber llegado a la frontera, que está a una o dos horas de aquí. Lo sé de sobra. Podéis golpearme y matarme, para eso iba con él, pero no volveréis a verlo. Dadlo por seguro. ¡Ja!

Y su labio superior se crispó y alzó torciéndose a la derecha, y su cara entera adquirió de pronto una expresión envejecida, curtida, arrogante y fea. Y cuando el labio se aplacó y bajó, recuperó de nuevo el aspecto infantil de audacia encantadora e inconsciente.

Sin saber qué hacer, Drazenovic miró al *Rittmeister*, que dio la señal para que se llevaran a la chica, empezando de nuevo el interrogatorio de Fedun. Ya no podía ser ni difícil ni largo. El joven reconoció todo y nada

pudo añadir en su defensa, ni siquiera lo que incluía a propósito el propio Drazenovic en sus preguntas. Tampoco las palabras del *Rittmeister*, que encerraban una condena inapelable y despiadada con todo su peso, pero de las que a la par emanaba un dolor que ese mismo peso contenía, podían sacar al mozo de su torpor.

—Fedun —decía Krcmar en alemán—, yo lo consideraba un joven serio, consciente de su deber y del objetivo de su vida, y pensaba que un día usted llegaría a ser un funcionario perfecto, orgullo de nuestro destacamento. Y se ha dejado cegar por la primera hembra que aparece delante de sus narices. Se ha portado como un débil, como un hombre al que no se le puede confiar un trabajo serio. Tengo que entregarle al tribunal. Pero cualquiera que sea la pena que le imponga, su mayor castigo será no haberse mostrado digno de la confianza que se había depositado en usted y no haberse portado como un hombre y como un soldado en el momento preciso. ¡Puede irse!

Ni siquiera estas palabras duras, rotundas, silabeadas, lograron introducir algo nuevo en la conciencia del joven. Ya estaba todo dentro. La aparición y el relato de aquella mujer, amante de un *hajduk*, la conducta de Stevan y todo el curso de la corta investigación, le mostraron de pronto en su verdadera dimensión su frívolo, inocente e imperdonable juego primaveral en la *kapija*. Las palabras del *Rittmeister* no eran más que el sello oficial en todo el asunto; y las necesitaba más él para satisfacer los requisitos, no escritos pero eternos, de la ley y el orden, que Fedun. Como ante un espectáculo de dimensiones inimaginables, el joven se enfrentaba a una certeza inabarcable: lo que pueden significar algunos momentos de olvido en una mala hora y en un lugar peligroso. Si los hubiera vivido y hubieran permanecido desconocidos en la *kapija*, esos momentos no habrían significado nada. Una de esas bravatas juveniles que más tarde se cuentan a los compañeros durante las aburridas patrullas nocturnas. Pero así, reducidos a un terreno de responsabilidades concretas, significaban todo. Más que la muerte, significaban el final de todo, un final indigno y no deseado. Nunca más una explicación correcta y completa ni para sí mismo ni para los demás. Ni cartas de Kolomeia, ni fotografías familiares, ni los

giros postales que con tanto orgullo enviaba a casa. El final de un hombre que se había engañado y que había permitido que lo engañaran.

Por eso no había encontrado ni una palabra con la que contestar al *Rittmeister*.

La vigilancia a la que sometieron a Fedun no fue especialmente severa. Le dieron un desayuno que comió como si su boca fuera la de otro, luego le ordenaron que preparara sus efectos personales, que entregara las armas y el material oficial, y a las diez de la mañana partiría en la silla de posta, escoltado por un gendarme, hacia Sarajevo, donde lo pondrían a disposición del tribunal de la guarnición.

Mientras quitaba las cosas del estante sobre su cama, los pocos camaradas que aún quedaban en el dormitorio fueron saliendo de puntillas, cerrando la puerta con cuidado y sin ruido. A su alrededor crecía el círculo de soledad y de pesado silencio que se crea siempre en torno a un hombre al que golpea el infortunio, como alrededor de un animal enfermo. Lo primero que descolgó de un clavo fue el pequeño tablero negro en el que con un lápiz graso y en alemán estaba escrito su nombre, su graduación, el número de su destacamento y de la unidad en la que servía, se lo puso en la rodilla y le dio la vuelta. Con un trozo de tiza, escribió en la superficie negra deprisa y con letra menuda: «Todo lo que dejo tras de mí, que se envíe a mi padre en Kolomeia. Saludo a todos los camaradas y ruego a los superiores que me perdonen. G. Fedun». Después miró una vez más a través de la ventana y contempló lo poco de mundo que en un segundo se puede ver por un observatorio tan limitado. Luego descolgó el fusil, lo cargó con una sola y pesada bala, que estaba pegajosa por la grasa. Después se descalzó y con una navaja desgarró el calcetín por el dedo pulgar del pie derecho, se tumbó en la cama, sujetó el fusil con las manos y las rodillas para que el extremo del cañón se hundiera profundamente bajo la barbilla, colocó la pierna de manera que el agujero del calcetín se enganchara en el gatillo y disparó. El cuartel entero retumbó por el disparo.

Después de una gran decisión todo se vuelve más fácil y sencillo. Llegó el médico. Una comisión levantó acta en el lugar de los hechos y la adjuntó al atestado sobre el interrogatorio.

Entonces se planteó la cuestión del entierro de Fedun. A Drazenovic se le ordenó que fuera a visitar al pope Nikola y tratara con él si se le podía enterrar en el cementerio aunque se hubiera suicidado y si el pope aceptaba cantar el responso del difunto, que era de religión uniata.

En el curso del último año, el pope Nikola había envejecido repentinamente y las piernas empezaban a traicionarlo; por eso había tomado como ayudante para la parroquia grande al pope Joso, que era un hombre taciturno pero inquieto, delgado y negro como un tizón. En los últimos meses se había hecho cargo de todos los trabajos y ceremonias religiosas en la ciudad y en los pueblos, mientras el pope Nikola, que se movía ya con dificultad, había llevado a cabo en general sólo las que se hacían en su casa o en la iglesia al lado de su casa.

Siguiendo las órdenes del *Rittmeister*, Drazenovic había ido a ver al pope Nikola. El abuelo lo recibió recostado en el diván; a su lado estaba el pope Joso. Cuando Drazenovic expuso ante él la cuestión del fallecimiento y entierro de Fedun, ambos popes callaron un instante. Viendo que el pope Nikola no hablaba, el pope Joso habló el primero de manera imprecisa y temerosa: que el asunto era extraordinario e insólito, que había obstáculos tanto en lo relativo a los preceptos eclesiásticos como en los usos y costumbres, y sólo si se demostraba que el suicida no estaba en su sano juicio y en posesión de sus facultades mentales podía hacerse algo. Entonces, cubierto por un kilim viejo y descolorido, se incorporó en su lecho duro y angosto el pope Nikola. Su busto adquirió la fuerza de estatua que siempre había tenido cuando cruzaba el bazar y lo saludaban a izquierda y derecha. La primera palabra que profirió iluminó su rostro amplio, aún sonrosado, de enormes bigotes que se unían con la barba, las cejas pelirrojas ya casi blancas, espesas e hirsutas, la cara de un hombre que desde su nacimiento no ha aprendido más que a pensar independientemente y a expresar ese pensamiento de manera sincera y defenderlo bien.

Sin mucha vacilación y sin palabras grandilocuentes, él respondió directamente al pope y al *Wachtmeister*:

—Ahora, cuando la desgracia ya ha golpeado, no hay nada que demostrar. ¿Quién va a levantar la mano contra sí mismo en plenas facultades mentales? Y ¿quién va a cargar sobre su alma enterrarlo sin

religión, tras una tapia cualquiera sin sacerdote? Vamos, señor, que Dios te guarde, ordena que preparen al difunto para que lo enterremos cuanto antes y en el cementerio, por supuesto. Yo diré el responso. Y si más adelante aparece un pope de su credo, que añada y repare lo que encuentre que no está bien.

Y cuando Drazenovic salió, se volvió una vez más al pope Joso, que estaba avergonzado y sorprendido:

—¿Cómo no íbamos a dejar en el cementerio a un cristiano? Y ¿por qué no rezar el responso? ¿No tiene ya bastante con la mala suerte que lo acompañó en vida? Y *allí*, que le pregunten por sus pecados lo mismo que nos preguntarán a nosotros.

Así, el joven que había errado en la *kapija* se quedó para siempre en la *kasaba*. Enterrado a la mañana siguiente con el responso vetusto del pope Nikola asistido por el sacristán Dimitrij.

Uno por uno, los miembros del *Streifkorps* se acercaron a la fosa y arrojaron un puñado de tierra. Mientras los dos sepultureros trabajaban deprisa, ellos rodearon durante unos instantes la tumba, como si esperaran una orden, mirando cómo en la otra orilla del río, junto a su cuartel, se elevaba una columna de humo recto y blanco. En la explanada verde tras el cuartel estaban quemando la paja ensangrentada del jergón de Fedun.

El cruel destino del joven soldado, de cuyo nombre ya nadie se acordaba, y que había pagado con la vida unos cuantos instantes primaverales de descuido y entusiasmo, pertenecía a esos acontecimientos para los que la gente de la *kasaba* muestra harta comprensión y los recuerda y repite durante mucho tiempo. La memoria del joven sensible y desafortunado duró más que la guardia en la *kapija*.

Ya el siguiente otoño la insurrección en Herzegovina cedió. Unos cuantos caudillos destacados musulmanes y serbios huyeron a Montenegro o a Turquía. Quedaron en aquellos parajes algunos *hajduk* que, en realidad, no habían tenido relación alguna con la revuelta provocada por la leva y que no eran más que simples bandoleros que rapiñaban para sí mismos. También a ellos los arrestaron o los ahuyentaron. Herzegovina se apaciguó. Bosnia entregó a sus reclutas sin resistencia. Pero la partida de los primeros mozos de la *kasaba* no fue ni fácil ni simple.

No habían reclutado a más de un centenar de jóvenes de todo el distrito, pero el día que se reunieron delante del *Konak* los campesinos con sus bolsas y los escasos ciudadanos con sus baúles de madera, parecía que en la *kasaba* se hubiera desatado una plaga y hubiera cundido la alarma. Muchos de los reclutas habían bebido en abundancia desde el amanecer mezclando los licores. Los campesinos llevaban sus camisas blancas y limpias. Los pocos que no bebían se habían sentado junto a sus pertenencias, recostados contra la pared, y dormitaban. La mayoría estaban agitados, colorados por la bebida y el sudor en un día caluroso. Cuatro o cinco jóvenes del mismo pueblo se abrazaron, juntaron las cabezas y, balanceándose como arbustos al viento, lanzaban su tosco canto recitativo y prolongado como si estuvieran solos en el mundo:

¡Oi, muu-chaa-chaa! ¡Ooooi!

Mayor que el alboroto de los reclutas era el causado por las mujeres, madres, hermanas y parientes de los jóvenes que habían llegado de pueblos distantes para acompañarlos, verlos hasta el último momento, llorar y lamentarse, y ofrecerles en el camino un último agasajo y gesto de ternura. El mercado junto al puente estaba abarrotado de estas mujeres. Estaban sentadas, petrificadas, como si aguardaran una sentencia, conversaban entre ellas y de vez en cuando se secaban las lágrimas con la punta del pañuelo. En vano les habían explicado antes, en los pueblos, que los muchachos no iban a la guerra ni a trabajos forzados, que iban a Viena a servir al emperador, bien comidos, vestidos y calzados, que al cabo de dos años regresarían a sus casas, que los jóvenes de todas las provincias del imperio cumplían el servicio militar que duraba incluso hasta tres años. Todo esto pasaba a su lado sin afectarles, como ráfagas de viento, algo ajeno y totalmente incomprensible. No escuchaban más que a sus instintos y sólo por ellos se regían. Y estos instintos arcaicos y heredados les arrancaban lágrimas de los ojos y un gemido de la garganta, las empujaban a seguir sin desfallecer, hasta donde podían y con la última mirada, a aquel ser al que amaban más que a su propia vida y al que un emperador desconocido llevaba a una tierra desconocida, a experiencias y trabajos desconocidos. En

vano paseaban entre ellas gendarmes y funcionarios del *Konak* y trataban de convencerlas de que no había razón para un duelo tan exagerado y les aconsejaban que no obstaculizaran el paso, que no persiguieran a los mozos por el camino ni ocasionaran desorden y confusión, porque todos ellos tornarían sanos y salvos. Todo era completamente inútil. Las mujeres los escuchaban, asentían con aire obtuso y servil, pero enseguida rompían en llanto y en alaridos. Parecía que sintieran tanto amor por sus propias lágrimas y gemidos como por el ser por el que lloraban.

Y cuando llegó el momento de partir y los mozos formaron como era debido en cuatro filas y marcharon por el puente, se originó un tumulto y una algarabía en la que incluso los gendarmes más templados a duras penas conservaron la serenidad. Las mujeres corrían y, escapando de los guardias para estar cada una junto a su ser querido, se empujaban unas a otras y se tiraban al suelo. Sus lamentos se mezclaban con las llamadas, súplicas y últimas recomendaciones. Algunas corrían incluso delante de la formación de reclutas dirigida por cuatro gendarmes en fila, caían a sus pies golpeándose el pecho y gritando:

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Sólo por encima de mi cadáver! ¡Ay, desdichada de mí!

Los hombres las levantaban con esfuerzo, sacando cuidadosamente las botas y las espuelas de entre aquellas cabelleras desgreñadas y faldas desordenadas.

Algunos de los mozos, avergonzados, espantaban a las mujeres con gestos irritados para que volvieran a casa. Pero la mayoría de los jóvenes cantaba o chillaba, lo que aumentaba aún más el jaleo general. Unos pocos ciudadanos, pálidos por la emoción, siguiendo la tradición urbana cantaban al compás:

En Sarajevo y en Bosnia
hay una madre que llora
porque ha llegado la hora
de a su hijo enviar
al ejército imperial.

La canción provocaba más lágrimas aún.

Cuando por fin cruzaron el puente, en el que toda la procesión se había atascado, y alcanzaron la carretera de Sarajevo, a ambos lados los esperaban los vecinos de la villa que habían salido a acompañar a los reclutas y a llorarlos como si los llevaran al paredón. Había también muchas mujeres que lloraban por nadie en particular, aunque ninguno de los suyos iba con los reclutas. Porque todas tienen algo por lo que llorar y el llanto más dulce es el motivado por la tristeza ajena.

Pero poco a poco las hileras en las márgenes fueron clareando y algunas de las campesinas se quedaban rezagadas. Las más obstinadas eran las madres que corrían alrededor de la columna como si tuvieran quince años, saltando la cuneta y esforzándose por engañar a los gendarmes y quedarse lo más cerca posible de sus hijos. Al verlo, los mismos jóvenes, lívidos de la emoción y un tanto avergonzados, se daban la vuelta y gritaban:

—¡Regresa a casa, haz lo que te digo!

Pero las madres caminaban aún un buen trecho, ciegas para todo salvo para los hijos que les arrebataban, y sin escuchar nada salvo su propio llanto.

No obstante, también pasaron esos días agitados. La gente se dispersó por los pueblos y la *kasaba* se tranquilizó. Y cuando empezaron a llegar las cartas y las primeras fotografías de los reclutas en Viena, las cosas se tornaron más fáciles y soportables. Las mujeres lloraron durante mucho tiempo sobre estas cartas y fotografías, pero con más dulzura y sosiego.

El *Streifkorps* se disolvió y abandonó la *kasaba*. Hace ya tiempo que no hay guardia en la *kapija* y la gente vuelve a sentarse allí igual que antaño.

Pronto transcurrieron dos años. En otoño regresaron de verdad los primeros reclutas, limpios, con el pelo corto y bien alimentados. Los vecinos se reunieron a su alrededor y ellos contaron cómo era la vida militar y el tamaño de las ciudades que habían visto, introduciendo al hablar nombres insólitos y expresiones extranjeras. En la leva del año siguiente hubo menos llantos y alarma.

En general todo se hizo más fácil y cotidiano. Crecieron los jóvenes, que ya no tenían recuerdos claros y vívidos de la época turca y que habían asimilado la nueva forma de vida. Pero en la *kapija* se mantenían los viejos

hábitos de la *kasaba*. Al margen de las nuevas modas en el vestir, los nuevos oficios y trabajos, en ese lugar volvían a ser los visegradenses, tal como eran desde tiempos inmemoriales, en las conversaciones que para ellos eran y serían una necesidad real del corazón y de la imaginación. Los reclutas se marchaban sin alarma ni tumulto. Los bandoleros se mencionaban en los relatos de los más viejos. Los guardias del *Streifkorps* habían sido olvidados, igual que habían sido olvidados los centinelas turcos de la torre de vigilancia en la *kapija*.

XIV

La vida en la *kasaba* junto al puente se hacía cada vez más animada, parecía más ordenada y opulenta, y atrapaba el paso uniforme y un equilibrio hasta entonces desconocido, ese equilibrio al que aspira toda existencia en todas partes y desde siempre, y que se alcanza rara vez, y sólo de un modo parcial y pasajero.

En las lejanas, y para nosotros ignotas, ciudades desde las que se gobernaba y regía ahora esta provincia, reinaba precisamente entonces —en el último cuarto del siglo XIX— una de esas raras y breves treguas en las relaciones humanas y acontecimientos sociales. Algo de esta tregua se percibía también en estos lugares remotos, igual que el gran silencio del mar se deja sentir en las bahías más apartadas.

Fueron tres décadas de relativo bienestar y de la paz aparente de Francisco José, cuando muchos europeos pensaban que tenían la fórmula infalible para crear el sueño secular del pleno y feliz desarrollo de la personalidad en una libertad y progreso generales, cuando el siglo XIX extendía ante los ojos de millones de personas sus múltiples e ilusorios beneficios y creaba su espejismo de confort, seguridad y felicidad para todo y para todos, a precios asequibles y a plazos. Pero de todo aquello a la remota *kasaba* bosniaca llegaban sólo los ecos rasgados y sólo en la medida y forma en que ese atrasado lugar oriental podía acogerlos, comprenderlos y aplicarlos a su manera.

Una vez transcurridos los primeros años de desconfianza, desbarajuste, dudas y sentimientos de provisionalidad, la *kasaba* empezó a encontrar su lugar en el nuevo orden de las cosas. El pueblo halló trabajo, ganancias y seguridad. Y eso fue suficiente para que la vida, la vida exterior, también

ahí «emprendiera el camino hacia la perfección y el progreso». El resto estaba relegado a ese fondo oscuro de la conciencia donde habitan y bullen los sentimientos básicos y las creencias indestructibles de diversas razas, religiones y castas, en apariencia muertas y enterradas, que se preparan para más adelante, para tiempos venideros con cambios y catástrofes impredecibles, sin los que, a juzgar por las apariencias, los pueblos no pueden existir y este país mucho menos.

El nuevo gobierno, después de los primeros malentendidos y enfrentamientos, causó en la gente cierta impresión de firmeza y continuidad. (Él mismo estaba colmado de esa ilusión, sin la que no hay un poder estable ni fuerte). Era impersonal, indirecto y por eso más soportable que la antigua administración turca. Todo lo que era cruel y mezquino estaba oculto bajo la dignidad, el brillo y las formas consagradas. La población temía a las autoridades, pero igual que se teme a las enfermedades y a la muerte, y no como se teme a la maldad, la miseria y la violencia. Los representantes del nuevo gobierno, tanto los civiles como los militares, eran en su mayoría extranjeros en el país, poco habituados a tratar con el pueblo e insignificantes, pero a cada paso se notaba que eran engranajes diminutos de un gran mecanismo y que detrás de cada uno de ellos, en largas filas e innumerables escalones, estaban hombres más poderosos y grandes instituciones. Eso los dotaba de un prestigio que superaba con creces su personalidad, así como de una influencia mágica ante la que era fácil sucumbir. Con su conocimiento, que aquí parecía amplio, con su tranquilidad y sus costumbres europeas, infundían en el pueblo, del que tanto se diferenciaban, confianza y respeto, sin suscitar envidia ni críticas reales, aunque no eran ni agradables ni apreciados.

Por otro lado, al cabo de un tiempo tampoco los forasteros podían sustraerse por completo a la influencia del insólito medio oriental en el que tenían que vivir. Sus hijos introdujeron entre los niños de la villa expresiones extranjeras y nombres ajenos, y llevaron nuevos juegos y juguetes bajo el puente, pero con la misma rapidez adoptaron de los niños del lugar nuestras canciones, nuestros dichos y juramentos, y los juegos de siempre: el burro, lanzar el palo o corre que te pillo. Con los adultos sucedía algo similar. También habían traído un orden nuevo con palabras y

costumbres inusuales, pero al mismo tiempo cada día incorporaban en el habla o en la forma de vida algo de los lugareños. Es cierto que los visegradenses, sobre todo los cristianos y los judíos, en el día a día empezaban a vestirse y comportarse como los extranjeros que habían venido con la ocupación, pero los forasteros tampoco permanecían intactos o inmunes ante el medio en el que tenían que vivir. Muchos de esos funcionarios, el húngaro enérgico o el polaco arrogante, cruzaban el puente con un escalofrío y se adentraban con repugnancia en la *kasaba*, en la que al principio les repelía todo, como repele el agua una gota de aceite. Pero ya unos años más tarde, pasaban horas sentados en la *kapija* fumando con su gruesa boquilla de ámbar y, como un visegradense nativo, miraban el humo desvanecerse y perderse bajo el cielo claro en el aire inmóvil del crepúsculo. O aguardaban la noche en un prado elevado, merendando con nuestros patrones y beyes con un manojo de albahaca delante, y, en el curso de una conversación pausada, superficial y sin un sentido especial, bebían lentamente y picoteaban un poco, como sólo son capaces de hacer los vecinos de la *kasaba*. Y entre estos extranjeros, funcionarios o artesanos, que habían tomado esposa en la villa, los había resueltos a no abandonarla.

Para ninguna persona de la *kasaba* la nueva vida significaba la consecución de lo que llevaban en la sangre y habían deseado desde siempre en su fuero interno; al contrario, todos, musulmanes y cristianos, accedieron a ella con muchas y variadas reservas, pero eran secretas y ocultas, mientras que la vida era evidente y poderosa, con posibilidades nuevas y en apariencia enormes. Después de un periodo de vacilación más o menos largo, la mayoría se dejaba llevar por la nueva corriente, trabajaba, prosperaba y vivía según las nuevas concepciones y usanzas, que brindaban más impulso y ofrecían más posibilidades a cada individuo.

La nueva existencia no estaba menos condicionada y limitada que la antigua bajo los turcos, pero era más llevadera y humana, y esas limitaciones y condiciones se habían implantado desde lejos y hábilmente para que el individuo no las percibiera de manera directa. Por eso a todos les parecía que de pronto a su alrededor el espacio era más amplio y aireado, diverso y rico.

El nuevo Estado, con su buen aparato administrativo, logró de manera indolora, sin coacción ni convulsiones, extraerle al pueblo tributos y tasas que el gobierno turco le había arrancado de forma irracional con métodos brutales o recurriendo al simple pillaje; es decir, al final obtenía lo mismo o más aunque con mayor rapidez y seguridad.

Igual que, en su época, tras el ejército llegó la gendarmería seguida de los funcionarios, ahora tras los funcionarios llegaron los comerciantes. Llegó la tala del bosque y con ella los industriales, ingenieros y obreros extranjeros, todo tipo de ingresos para la gente humilde y para los comerciantes, y nuevas costumbres y cambios en el atuendo y en el habla de la población. Se edificó el primer hotel. (Sobre él se hablará más tarde). Se abrieron cantinas y tiendas que hasta entonces allí se desconocían. Además de los judíos españoles, los sefardíes, que vivían en la ciudad hacía ya cientos de años porque vinieron más o menos cuando se construyó el puente sobre el Drina, empezaron a llegar también judíos askenazis de Galitzia.

Como sangre fresca, empezó a circular por el país el dinero en cantidades antes nunca vistas y, lo que es más importante, lo hacía de manera pública, audaz y abierta. En esta trepidante circulación de oro, plata y papel moneda, cualquiera podía sacar provecho o al menos «saciarse mirando», porque incluso en el más pobre de los hombres suscitaba la ilusión de que su miseria era pasajera y por eso mismo más soportable.

Anteriormente también había dinero y ricos, pero no eran muchos y escondían el peculio como esconde una culebra las patas, ostentando como fuerza y defensa sólo su poderío, gravoso para ellos mismos y para todos a su alrededor. Y ahora la riqueza, o lo que se consideraba como tal y así se denominaba, era pública y se exteriorizaba cada vez más en forma de placer y satisfacción personal; por eso el vulgo podía beneficiarse de su esplendor y de sus migajas.

Y así era en todo. Todos los placeres que hasta el momento se hurtaban u ocultaban, ahora podían comprarse y mostrarse a la luz del día, lo que aumentaba su atractivo y el número de los que los buscaban. Lo que antes resultaba inalcanzable, lejano, caro, prohibido por las leyes o los prejuicios todopoderosos, ahora, en muchos casos, era posible y accesible para el que

tuviera los medios o fuera capaz de obtenerlo. Muchas pasiones, apetitos y deseos que antes se escondían en lugares apartados o quedaban sin satisfacerse en general, ahora se podían saciar en público en su totalidad o al menos parcialmente. En realidad también había en ello más disciplina, orden y obstáculos legales; los vicios se castigaban y los placeres se pagaban más caros que antaño, sólo las leyes y los métodos eran otros y dejaban en la gente, en esto como en todo lo demás, la ilusión de que de pronto la vida se había vuelto menos limitada, más lujosa y libre.

No había muchas más diversiones reales ni, en particular, más felicidad que antes, pero sin duda alguna era más fácil conseguirlas y parecía que en todas partes había un lugar para la felicidad de cada uno. La antigua e innata inclinación de los visegradenses por la vida despreocupada y los placeres hallaba impulso y posibilidades de cumplirse con las nuevas costumbres y formas de comerciar y lucrarse de los extranjeros recién llegados. Los judíos polacos con familias muy numerosas basaban en eso todo su trabajo. Schreiber había abierto lo que se llamaba un «almacén mixto» o tienda de ultramarinos, Guttenplan regentaba una cantina para el ejército, Zaler dirigía el hotel, los Sperling tenían una fábrica de soda y un «atelier» fotográfico, y Zwecher una tienda de relojería y joyería.

Con las piedras que sobraron después de construir el cuartel que había reemplazado al *Han* de Piedra, hicieron el *Konak*, y en él se instalaron la administración del distrito y el juzgado. El tercer edificio más grande de la *kasaba* era el hotel de Zaler, que se alzaba en la orilla al lado del puente. Esta margen derecha del río se veía reforzada por un muro antiguo, que la contenía a ambos lados del puente, construido en la misma época. Así, a la izquierda y a la derecha del puente se extendían dos explanadas como dos terrazas sobre el agua. En estos terrenos, que la población llamaba *musala*[*32], habían jugado los niños de la villa generación tras generación. Ahora, las autoridades regionales habían ocupado la explanada de la izquierda, la habían vallado y plantado de árboles frutales y arbustos, convirtiéndola en una suerte de vivero comunal, mientras que en la de la derecha habían edificado el hotel. Hasta entonces, el primer edificio al entrar en el bazar era la taberna de Zarije. Se hallaba en el lugar ideal, porque el viajero cansado y sediento, al entrar en la ciudad cruzando el

puente, se daba de bruces con ella. Pero totalmente relegada ahora por el hotel nuevo, la baja y vieja taberna parecía de día en día más baja y encorvada, como si se hundiera en la tierra.

Oficialmente, el hotel nuevo recibió el nombre del puente junto al que se alzaba. Pero el pueblo llama a las cosas con una lógica especial y por el significado que realmente tienen para él. Sobre la entrada del hotel de Zaler muy pronto palideció el letrero de «Hotel zur Brücke» que un soldado pintor había escrito en acuarela con letras gruesas, mientras que el nombre con el que lo había bautizado la gente, «Hotel de Lotika», le quedó para siempre. Porque aunque lo dirigía Zaler, un judío gordo y flemático que tenía una mujer enfermiza, Debora, y dos hijas pequeñas, Mina e Irena, la verdadera patrona y alma de la empresa era su cuñada Lotika, una mujer joven y bellísima, viuda, de lengua afilada y viril determinación.

En el piso superior del hotel había seis habitaciones bonitas y limpias para huéspedes y en la planta baja dos salas, una grande y otra pequeña. A la sala grande acudía el pueblo llano, los ciudadanos de a pie, los suboficiales y artesanos. La sala pequeña estaba separada de la grande por puertas de cristal opaco en las que en una hoja ponía *Extra* y en la otra *Zimmer*. Ése era el centro de la vida social de los funcionarios, oficiales y vecinos pudientes. En el hotel de Lotika se bebía, se jugaba a las cartas, se cantaba y bailaba, se mantenían conversaciones serias y se hacían negocios, se comía bien y se dormía en sábanas limpias. Solía ocurrir que el mismo grupo de beyes, comerciantes y funcionarios viera anochecer y amanecer y continuaran allí sentados hasta caerse de sueño, ebrios e incapaces de distinguir las cartas. (Ya no se juega más a escondidas y en secreto en el sofocante cuartucho de la fonda de Ustamujic). Lotika acompañaba a los que habían bebido demasiado o lo habían perdido todo y aguardaba a los nuevos, sobrios y deseosos de beber y jugar. Nadie sabía y nadie se preguntaba cuándo descansaba esta mujer, cuándo dormía y comía y hallaba tiempo para vestirse y acicalarse. Porque ella siempre estaba allí (al menos lo parecía) a la disposición de cualquiera, amable e igual con todos, igual de atrevida y resuelta. Esbelta, de formas redondeadas, la tez de un blanco apagado, el cabello negro y los ojos ardientes, mostraba una perfecta seguridad en el trato con los huéspedes, que dejaban abundante dinero, pero

que a menudo, enardecidos por la bebida, se ponían violentos y arrogantes. Con todos ellos conversaba en tono dulce, audaz, ingenioso, cortante, obsequioso, tranquilizador. (Su voz era áspera y desigual, pero a veces se tornaba profunda y zalameramente arrulladora. Nunca aprendió bien serbio y cometía faltas al hablar en su particular lengua jugosa y gráfica, en la que los casos nunca estaban en su sitio y el género de los sustantivos siempre era dudoso, pero que por el tono y el sentido se correspondía por completo con la forma de expresión popular). A cambio de dinero y del tiempo que allí pasaba, cualquier parroquiano podía disfrutar de la presencia de Lotika y del juego incesante de sus deseos. Esas dos cosas eran lo único constante y seguro. El resto parecía como si hubiera sido y como si no. Para dos generaciones de beyes y señoritos tarambanas visegradenses, Lotika fue un espejismo brillante, caro y frío que jugaba con sus sentidos. Las habladurías mencionaban a los escasos individuos que en apariencia habían obtenido algo de ella, pero ni ellos mismos habrían sabido decir qué era ni en qué medida.

No era sencillo ni fácil tratar con los visegradenses ricos y borrachos, en los que con frecuencia se despertaban inesperados instintos canallas. Pero Lotika, mujer hábil de fríos sentidos, inteligencia rápida y corazón varonil, amansaba incansable cualquier rabia, acallaba cualquier deseo de hombres enloquecidos; con el juego inexplicable de su cuerpo perfecto, su gran astucia y no menor audacia, lograba siempre que entre ella y el resto hubiera la distancia necesaria que no hacía sino encender más los deseos y elevar su valor. Jugaba con personas desenfrenadas en sus momentos más brutales y peligrosos de embriaguez y furia como un torero con el toro[3], porque pronto conoció ese mundo y encontró la clave de sus deseos, complejos a simple vista, y los puntos débiles de aquellos sentimentales crueles y lascivos. Ella les ofrecía todo, prometía mucho y les daba poco, o mejor dicho nada, porque los deseos masculinos eran por sí mismos de tal naturaleza que no podían satisfacerse con nada y al final debían contentarse con poco. Con sus parroquianos, en la mayoría de los casos, se comportaba como con los enfermos, personas que tienen ataques o crisis temporales. A la postre puede decirse que, al margen de su oficio, que desde luego no era bonito ni muy honrado, era una mujer razonable de corazón compasivo y

buen carácter, capaz de consolar y ayudar al que había gastado más de lo preciso en la bebida o había perdido en las cartas más de lo que podía. Ella los enloquecía porque habían nacido locos, los engañaba porque querían ser engañados, y al final les aceptaba sólo lo que, por lo demás, estaban decididos a tirar o a perder. Ciertamente, ganaba mucho y cuidaba de su dinero, de modo que ya en los primeros años acumuló todo un capital, pero igualmente era capaz, con generosidad y sin palabras, de «cancelar la deuda» u olvidar la pérdida. Socorría a los pobres y a los enfermos y, con mucha discreción y cuidado, sin imponerse y sin que se notara, ayudaba a las familias ricas arruinadas, a los huérfanos y viudas de las mejores casas, a todos esos «pobres vergonzantes» incapaces de mendigar y que se asombraban de recibir limosna. Y lo hacía con la misma destreza con la que dirigía el hotel y mantenía a distancia a los clientes ebrios, lascivos y agresivos, tomando de ellos todo lo que podía, sin darles nada y sin rechazarlos nunca para siempre y por completo.

Los hombres que conocían mundo y sabían historia pensaban a menudo que era una pena que el destino le hubiera adjudicado a esta mujer un círculo de acción tan estrecho y tan bajo. Si no fuese lo que era y no estuviera en el lugar en el que se hallaba, quién sabe lo que habría sido y lo que habría logrado esa mujer sabia y humana que no pensaba nunca en sí misma y que, ávida pero no egoísta, bella y seductora pero casta y fría, dirigía un hotel de provincias y vaciaba los bolsillos de los mujeriegos de la *kasaba*. Quizá habría sido una de esas mujeres famosas de las que habla la historia y que rigen los destinos de grandes familias, cortes o Estados, haciendo siempre que las cosas vayan a mejor.

En esa época, alrededor de 1885, cuando Lotika se hallaba en pleno apogeo de sus fuerzas, muchos hijos de familias acaudaladas pasaban los días y las noches en el hotel, en la sala especial con puertas de lechoso cristal opaco. Al atardecer, dormitaban junto a la estufa, somnolientos y resacosos todavía de la noche anterior, olvidándose del sueño y del cansancio, de dónde están y por qué y a quién esperan. Aprovechando esta calma, Lotika se retiraba a una habitación pequeña en el primer piso que estaba destinada al servicio pero que ella había convertido en su «oficina» y a la que no dejaba pasar a nadie. Ese cuarto estrecho estaba atestado de toda

suerte de muebles, fotografías y objetos de oro, plata y cristal. Tras la cortina se ocultaba su caja de caudales de acero pintada de verde y su pequeño escritorio, invisible bajo los papeles, invitaciones, recibos, facturas, periódicos alemanes, recortes sobre la situación de los valores en las bolsas y una lista de los números premiados en la lotería.

En esa habitación estrecha, abarrotada y sofocante, cuya única ventana, más pequeña que las otras de la casa, daba directamente al primer ojo del puente, el más angosto, Lotika pasaba sus horas libres y vivía esa otra parte secreta de su vida que sólo le pertenecía a ella.

Aquí, en las horas de libertad robadas, Lotika leía los informes de la bolsa y estudiaba folletos, ordenaba sus facturas, contestaba a las cartas de los bancos, tomaba decisiones, daba órdenes, disponía del dinero invertido y hacía nuevas inversiones. Aquí estaba el lado desconocido para los de abajo y el resto del mundo del trabajo de Lotika, la parte invisible y auténtica de su vida. Aquí se retiraba la máscara sonriente y su rostro se tornaba duro y la mirada acerada y grave. Desde ese cuarto mantenía correspondencia con su numerosa parentela, los Apfelmeier en Tarnow, sus hermanas y hermanos casados y diversos primos, todos judíos pobres de Galitzia oriental, dispersos por allí y por Austria y Hungría. Regía el destino de una docena de familias judías, entrando en sus vidas hasta los más mínimos detalles: decidía los matrimonios, enviaba a los niños al colegio o a un taller para que aprendieran un oficio, mandaba a los enfermos a curarse, advertía y reñía a los perezosos y derrochadores y alababa a los ahorradores y emprendedores. Resolvía sus conflictos familiares, aconsejaba en los casos de discordia y vacilaciones; orientaba todo hacia una forma de vida más razonable, mejor y más digna, y al mismo tiempo les facilitaba y posibilitaba esta vida. Porque junto a cada una de sus cartas iba un giro postal con cierta cantidad de dinero que lograba que se escuchara su consejo y su recomendación se cumpliera, que una necesidad espiritual o física quedara satisfecha, o que se eliminara un problema. (En este papel de sostén de toda la familia y de encarrilar a cada uno de sus miembros, ella encontraba su único placer y la compensación para todas las cargas y sacrificios de su vida. Con cada miembro de la familia Apfelmeier, masculino o femenino, que ascendiera al menos un peldaño en la escala

social, Lotika se elevaba también y hallaba en ello la recompensa por su difícil trabajo y las energías para seguir luchando).

A veces le ocurría que venía de abajo, de la *Extra Zimmer*, tan cansada o asqueada que no tenía fuerzas ni para escribir ni leer cartas y facturas, sino que simplemente se llegaba a la pequeña estancia para respirar el aire fresco del río, una atmósfera distinta de la que se respiraba en la sala pequeña. Su mirada entonces se posaba en el arco de piedra poderoso y estilizado que tapaba el horizonte y en las rápidas aguas que corrían por debajo. Al sol, en el crepúsculo, al claro de luna o a la tenue luz de las estrellas, siempre era igual. Sus dos lados se curvaban uno hacia otro, se encontraban en la cima afilada y se apoyaban mutuamente en un equilibrio perfecto e inquebrantable. Con los años, se había convertido en su único e íntimo horizonte, testigo mudo al que esta judía de dos caras se dirigía en los momentos en que buscaba descanso y aire fresco y cuando llegaba a un punto muerto y a un callejón sin salida en sus preocupaciones profesionales y familiares, que siempre resolvía sola.

Pero esos instantes de reposo nunca duraban mucho, porque solía ocurrir que los interrumpiera el griterío del café de abajo. Eso o nuevos clientes que requerían su presencia, o que un huésped ebrio se hubiera despertado sobrio y gritara exigiendo más bebida, o que se encendieran las lámparas, o que vinieran los músicos, o que viniera Lotika. Ella abandonaba entonces su refugio y, cerrando cuidadosamente la puerta con llave, bajaba para recibir a los clientes o para tranquilizar con su sonrisa y su vocabulario peculiar al beodo, como si fuera un niño recién despertado, y aposentarlo en una mesa en la que de nuevo comenzaría una velada con bebida, charlas y canciones.

Pues abajo, durante su ausencia, todo se desbarataba. Los parroquianos habían reñido. Un bey de Crnca, joven, pálido, de mirada envarada, derrama todas las bebidas que le traen, encuentra faltas en todo y busca pelea con los de la casa o con los clientes. Con breves pausas, hace ya días que bebe en el hotel y suspira por Lotika, pero bebe tanto y tanto suspira que está claro que a ello lo impulsa una pena, que él desconoce, mayor y más profunda que su amor no correspondido y los celos injustificados por la bella judía de Tarnow.

Lotika se le acerca sin miedo, de manera ligera y natural.

—¿Qué pasa, Ejub? ¡Mío tormento! ¿Por qué gritas?

—¿Dónde estás? ¡Quiero saber dónde estás! —farfulla el borracho bajando la voz, y parpadeando la contempla como si fuera un fantasma—. Me están dando veneno para beber. Me envenenan, me están envenenando, y no saben que yo…, si yo…

—Siéntate, quédate tranquilo —lo acalla la mujer, jugueteando con sus blancas manos perfumadas muy cerca de la cara del hombre—, quédate sentado, que yo te traer leche de pájaro si es preciso; yo te buscar bebida para ti.

Llama al camarero y le ordena algo en alemán.

—No me digas cosas que no entiendo, ni me chamulles tu *firtzen-funftzen*, porque yo…, ya me conoces.

—Lo sé, lo sé, Ejub; no conozco a nadie mejor que tú, y a ti…

—¡Umm! ¿Con quién estabas? ¡Habla!

Y la conversación entre el hombre borracho y la mujer sobria continúa sin término ni final, sin sentido ni conclusión, junto a una botella de vino caro y dos copas; una, la de Lotika, siempre llena, y otra, la de Ejub, que se llena y se vacía sin cesar.

Y mientras el joven y ocioso bey trama y delira con la lengua hinchada sobre el amor, la muerte, la enfermedad del amor, que no tiene cura, y cosas similares, que Lotika se sabe de memoria, porque todos los borrachos del lugar dicen lo mismo y con palabras parecidas, ella se levanta y se acerca a otras mesas a las que se sientan los clientes que suelen reunirse en el hotel al atardecer.

En una mesa están los jóvenes amos que empiezan a salir y a beber, los esnobs de la *kasaba*, para los que la taberna de Zarije era aburrida y demasiado vulgar y a los que aún asombra el hotel. En otra están los funcionarios, extranjeros, con algún militar que ese día ha dejado el casino de oficiales y se ha ido al hotel civil porque planea pedirle a Lotika un préstamo urgente. En la tercera están los ingenieros que construyen una vía férrea por el bosque para la exportación de madera.

En un rincón apartado se sientan y hacen cuentas el patrón Pavle Rankovic, uno de los amos más jóvenes pero más ricos, y un austríaco,

empresario del ferrocarril. El patrón Pavle está vestido a la turca y lleva un fez rojo que no se quita en el café, sus ojos pequeños parecen dos rendijas de luz negras y oblicuas en la cara regordeta y pálida, pero pueden abrirse de forma insólita y mostrarse grandes, brillantes y diabólicamente sonrientes en momentos raros y extraordinarios de alegría y triunfo. El empresario viste un traje gris de corte deportivo, con botas altas amarillas de cordones que le llegan hasta la rodilla. Escribe con una pluma dorada con cadena de plata, y el patrón Pavle, con un lápiz grueso y corto que cinco años atrás había olvidado en su tienda un carpintero, artesano militar, cuando fue a comprar clavos y goznes. Están haciendo un contrato para la alimentación de los obreros del ferrocarril. Totalmente absortos en el trabajo, multiplican, dividen, suman; escriben filas de números, unos apenas visibles en el papel, con los que deben convencerse y engañarse el uno al otro, y los demás invisibles, en sus cabezas, con los que calculan tensa y frenéticamente, cada uno para sí, las perspectivas ocultas de beneficios.

Lotika tiene para cada cliente una palabra adecuada, una sonrisa espléndida o sólo una mirada muda, llena de comprensión. Y vuelve con el joven bey, que empieza otra vez a estar inquieto y agresivo.

Y en el curso de la noche, durante el jolgorio con todas las fases tempestuosas, amorosas, llorosas o vulgares, que ella conoce bien, encontrará otro momento de tregua en el que podrá regresar a su cuarto y, a la luz lechosa de la lámpara de porcelana, prolongar su reposo o la correspondencia, mientras abajo no estalle otro escándalo y la llamen.

Por la mañana será otro día, habrá otro bey, o el mismo, borracho, derrochador y caprichoso, y para Lotika la misma preocupación, que tendrá que sobrellevar con la cara sonriente, y el mismo trabajo, que siempre da la impresión de ser un juego fácil y licencioso.

Parece incomprensible e inexplicable que Lotika se las haya arreglado para mantenerse en esa infinita variedad de tareas que llenan sus días y sus noches y que le exigen más astucia de la que tiene una mujer y más fuerza de la que puede desarrollar un hombre. Sin embargo, ella ha logrado hacerlo todo sin lamentarse nunca, sin explicarle nada a nadie, sin hablar, mientras resuelve un asunto, del que acaba de terminar o del que la espera. Y además, en la organización de su tiempo encuentra todos los días una hora

al menos para Alí Bey Pasic. Él es el único hombre que en la *kasaba* se considera que ha conseguido obtener el favor de Lotika al margen de cualquier cálculo. Pero también es el hombre más reservado y callado de la ciudad. Es el mayor de los cuatro hermanos Pasic y no se ha casado (en la *kasaba* se cree que es por causa de Lotika), ni hace negocios ni participa en la vida pública. No bebe ni sale a divertirse con sus coetáneos.

Siempre tiene el mismo estado de ánimo, igual de afable e igual de comedido con todos, sin distinción. Es callado y reservado, pero no rehuye la compañía ni la conversación y, sin embargo, nadie recuerda haber oído una opinión suya ni la gente repite ninguna de sus frases. Se basta a sí mismo y está completamente satisfecho con lo que es y con lo que significa a los ojos de otras personas. No tiene necesidad de ser ni de parecer nada diferente, y nadie lo espera ni lo pide. Es uno de esos hombres que llevan su señorío como un título pesado y noble que colma su vida por entero; un señorío innato, grande y digno que tiene su justificación sólo en sí mismo y que no se puede explicar, negar ni imitar.

Con los parroquianos de la sala grande, Lotika no tiene mucho trabajo. Éste corre a cargo de Malcika, la camarera, y de Gustav, el *zahlkellner*[*50]. Malcika, conocida en toda la ciudad, es una húngara enérgica que parece la mujer de un domador de fieras, y Gustav es un alemán de Bohemia, pelirrojo y pequeño, de carácter irascible, ojos sanguinolentos, patizambo y de pies planos. Conocen a todos los clientes y en general a todos los habitantes de la ciudad, saben quién es buen pagador, cómo actúa cada uno cuando está borracho, a quién hay que recibir fríamente, a quién esperar con cordialidad y a quién no dejar entrar en absoluto porque «no es para el hotel». Ellos se ocupan de que se beba mucho y se pague con regularidad, pero también de que todo acabe bien y sin problemas, porque la consigna de Lotika es *Nur kein Skandall*. Y si de vez en cuando, de manera extraordinaria, sucede que alguien inesperadamente se vuelve loco bebiendo, o que, después de haberse embriagado en otras tabernas de menor categoría, entra a la fuerza en el hotel, entonces se presenta Milán, el mozo, un joven de Lika, alto, ancho de espaldas y huesudo, con la fuerza de un gigante, un hombre que habla poco y hace todos los trabajos. Siempre está correctamente vestido como mozo de hotel (porque Lotika cuida mucho

esos detalles). Siempre sin chaqueta, con un chaleco marrón y camisa blanca, un largo delantal de tela verde atado a la cintura, remangado en invierno y en verano hasta el codo, para que se le vean los enormes antebrazos, morenos y velludos como dos grandes cepillos.

Tiene unos bigotes retorcidos y el cabello negro, tieso por la perfumada pomada militar que se aplica. Milán es el encargado de sofocar cualquier escándalo en el mismo instante en que estalla.

Existe una táctica, consolidada y consagrada, para esta operación desagradable y no deseada. Gustav entretiene al cliente rabioso y borracho hasta que Milán se le acerca por la espalda, entonces el *zahlkellner* se hace a un lado de repente, y el mozo de Lika engancha al beodo por detrás con una mano en el cinturón y la otra en el cuello de la chaqueta, de una manera tan hábil y rápida que nadie ha podido ver jamás cuál es la «maniobra de Milán». En esos instantes, incluso el más fuerte de los juerguistas visegradenses vuela como una muñeca de trapo y paja hacia las puertas que Malcika ha abierto en el momento justo y va a dar con sus huesos en la calle. Al mismo tiempo, Gustav le arroja la gorra, el bastón o lo que quede aún de sus cosas, y Milán se empina y con todo el peso de su cuerpo baja el ruidoso cierre metálico de la puerta. Todo esto se lleva a cabo en un abrir y cerrar de ojos, en perfecta coordinación, y antes de que los parroquianos hayan tenido tiempo de moverse, el cliente indeseable está en la calle y, aunque esté realmente furioso, no puede hacer otra cosa que arremeter, a veces con una navaja, otras con piedras, contra el cierre, lo que atestiguan las huellas en el metal, pero ya no es un escándalo en el hotel, sino en la calle, y eso es asunto de la policía, que siempre está cerca. A Milán, al contrario de lo que les ocurre a otros hosteleros, nunca le ha sucedido que el cliente que echa fuera arrastre y deje tiradas a su paso mesas y sillas, o que se aferre a la puerta con pies y manos con tanta fuerza que ni siquiera un par de bueyes pueda sacarlo. Milán jamás se muestra malhumorado en esta faena, ni pone demasiado celo, pasión combativa o vanidad personal; por eso lleva a cabo el trabajo con tanta celeridad y perfección. Un minuto después de la expulsión ya se halla en su puesto en el fogón o en la antecocina como si no hubiera pasado nada. Mientras tanto, Gustav cruza como por azar por la *Extra Zimmer* y, mirando a Lotika, que está sentada en

alguna mesa con huéspedes más distinguidos, cierra los dos ojos a la vez rápidamente, lo que significa que ha sucedido algo, pero que ya está todo resuelto. Entonces Lotika, sin interrumpir la conversación ni dejar de sonreír, parpadea también veloz e imperceptiblemente con los dos ojos; eso significa: de acuerdo, gracias, y preste atención hasta el final.

Sólo queda la cuestión de lo que haya bebido o roto el cliente expulsado; Lotika no le calcula esta suma a Gustav cuando hacen las cuentas del día, muy entrada la noche tras un biombo rojo.

XV

Si el cliente alborotador tan hábilmente arrojado del local no acaba desde allí mismo de inmediato en la cárcel, tiene varias maneras para recobrarse y recomponerse de la desagradable experiencia vivida. Puede caminar tambaleándose hasta la *kapija* y allí serenarse con la frescura de la brisa procedente del agua y de los montes circundantes. Puede trasladarse a la taberna de Zarije, que no está muy lejos, en el mercado municipal, y rechinar los dientes a placer con entera libertad, insultar y amenazar la mano invisible que lo ha expulsado del hotel tan alevosa e implacablemente.

Aquí, después del anochecer, cuando se van los lugareños y trabajadores que vienen sólo a tomar su «ración» y a charlar con sus iguales, no hay ni puede haber escándalos, porque cada uno bebe lo que quiere y lo que puede pagar, y cada uno hace y dice lo que le apetece, pues a los parroquianos no se les pide que gasten y se emborrachen comportándose como si estuvieran sobrios. Al fin y al cabo, si alguien sobrepasara toda medida, ahí está el corpulento y taciturno Zarije, que con su cara huraña y malhumorada desarma y desalienta a los borrachos y fanfarrones más furiosos. Los apacigua con un gesto de la pesada mano y con su voz grave:

—¡Vamos, ya está bien! ¡Déjate de tonterías!

No obstante, también aquí, en la taberna vetusta donde no hay salas reservadas ni camareros porque siempre hay algún muchacho del Sanjacado ataviado con el traje de campesino que sirve las mesas, se mezclan extrañamente las costumbres nuevas con las antiguas.

Retirados en los rincones más lejanos, callan los bebedores declarados y empedernidos de aguardiente. Les gusta la oscuridad y el silencio, se

sientan ante su copa como ante algo sagrado y detestan el bullicio y la agitación. El estómago abrasado, inflamado el hígado, los nervios alterados; sin afeitar y desaliñados, indiferentes con el mundo entero, insoportables para sí mismos, beben y pasan las horas, y bebiendo esperan que se encienda por fin en su conciencia esa luz mágica con la que la bebida ilumina a los que se le rinden sin condiciones, por la que merece la pena sufrir, caer y morir y que, por desgracia, con los años aparece cada vez con menos frecuencia y brilla con menos intensidad.

Los novatos son los más locuaces y los más ruidosos, sobre todo los hijos de los amos; jóvenes en edad peligrosa que dan los primeros pasos por el mal camino, pagando así el tributo que todos pagan a los vicios de la bebida y de la pereza, unos por un tiempo más largo, otros, más corto. La mayoría de ellos no se quedan mucho en esta senda, sino que la abandonan, fundan una familia y se dedican a trabajar y prosperar, a una vida burguesa de vicios sofocados y pasiones mediocres. Sólo una minoría insignificante de malditos y predestinados continúan por el mal camino para siempre y, al elegir en lugar de la vida el alcohol, la ilusión más fugaz y engañosa en esta fugaz y engañosa existencia, viven por él y en él se consumen, hasta que se vuelven torvos, obtusos y abotargados, como los que se sientan en la penumbra de los rincones.

Desde que empezaron los nuevos tiempos de una vida sin disciplina ni consideraciones, con un comercio más animado y mejores ganancias, además de Sumbo, el gitano que con su *zurla*[*52] está presente en todas las juergas de la *kasaba* desde hace ya una treintena de años, a la taberna acude también con frecuencia Franz Furlan con su acordeón. Se trata de un hombre delgado y pelirrojo, con un pendiente de oro en la oreja derecha, carpintero de profesión, pero amante en exceso de la música y el vino. A los soldados y a los trabajadores extranjeros les gusta escucharlo.

A menudo ocurre que aparece un guzlar, por lo general un montenegrino, delgado como un ermitaño, vestido con pobreza, pero de porte erguido y mirada luminosa, hambriento y tímido, orgulloso pero obligado a pedir limosna. Se sienta un rato en un rincón, ostensiblemente apartado, no pide nada, mira al frente y finge indiferencia y desinterés; sin embargo, se nota que tiene otros pensamientos e intenciones de lo que dice

su aspecto. En él se baten muchos sentimientos opuestos e irreconciliables, en particular la grandeza que lleva en su interior contra la miseria y debilidad que puede expresar y mostrar ante los demás. Por eso siempre está un poco confuso e inseguro ante la gente. Orgullosa y pacientemente, espera que alguien pida una canción y entonces, incómodo, saca la guzla de la bolsa, sopla en ella, comprueba que el arco no haya cogido humedad, afina la cuerda, y es evidente que desea atraer lo menos posible la atención sobre sus preparativos técnicos. Cuando pasa por primera vez el arco por la cuerda, el sonido es aún trémulo, desigual como un camino con baches. Pero con cada golpe de arco, con la boca cerrada, a través de la nariz, empieza a seguir quedamente el sonido de la guzla para completarlo y equilibrarlo con su voz. Y cuando las dos voces se funden en un sonido uniforme y triste, que teje una base oscura a la canción, entonces, como por ensalmo, ese mendigo cambia; desaparece la incomodidad tortuosa; todas las contradicciones íntimas se apaciguan y aplacan, todas las dificultades externas se olvidan. El guzlar alza la cabeza de golpe, como un hombre que arroja la máscara de la modestia cuando ya no necesita esconder más quién es, y con voz poderosa comienza inesperadamente a declamar los versos introductorios:

Se lamentaba la pequeña albahaca:
Silencioso rocío, ¿por qué no me empapas?

Y los clientes, que hasta entonces habían fingido no enterarse de nada y charlaban entre ellos, de pronto enmudecen. Con los primeros versos, los sacude a todos, musulmanes y cristianos, y en todos ellos, sin distinción, un estremecimiento de anhelo y sed del rocío que vive en la canción. Más cuando enseguida el guzlar continúa con voz queda:

No era la pequeña albahaca…

Y, apartando el velo de su comparación, empieza a desgranar los deseos y destinos reales de los turcos o cristianos que se esconden tras la metáfora del rocío y de la albahaca, entre los oyentes se dividen de inmediato los sentimientos y siguen caminos opuestos en función de lo que es cada uno y

de lo que desea, cree y lleva en su interior. No obstante, y según una ley no escrita, todos escuchan tranquilamente la canción hasta el final, pacientes y comedidos, sin hacer el más mínimo gesto que revele su estado de ánimo; se limitan a contemplar la copa que tienen delante, en la que, en la brillante superficie del aguardiente, vislumbran victorias anheladas, contemplan combates y héroes, la gloria y el brillo que no hay en ninguna otra parte del mundo.

La taberna se vuelve muy animada cuando se emborrachan los hijos de los amos y los patrones jóvenes de la villa. Entonces Sumbo, Franz Furlan, el Tuerto y la gitana Saha tienen trabajo.

Saha es una gitana bizca, una machorra insolente que bebe con cualquiera que pueda pagar, pero jamás se emborracha. Sin ella y sus bromas atrevidas no puede imaginarse ninguna juerga.

Los hombres que se divierten con ellos se alternan, pero el Tuerto, Sumbo y Saha siempre son los mismos. Viven de la música, las bromas y el aguardiente. Su trabajo está en la holganza ajena y sus ganancias en el despilfarro de otros, y su vida verdadera, de noche, justo a horas inusuales en que las personas sanas y felices duermen, cuando el aguardiente y los instintos reprimidos hasta entonces crean una atmósfera turbulenta y resplandeciente, y arrebatos inesperados, que siempre son los mismos y siempre parecen nuevos e insuperables. Son los testigos silenciosos y mercenarios ante los que cualquiera puede mostrarse tal como es, sin tapujos, sin tener que arrepentirse ni avergonzarse después; con ellos y delante de ellos está permitido todo lo que ante la gente sería infamante, y en su hogar, pecaminoso e imposible. En su compañía y a su costa, esos padres ricos e ilustres y los hijos de buena familia pueden ser por unos momentos tal como no osarían mostrarse delante de nadie y como son en su interior, al menos en ocasiones y en una parte de su ser. Los crueles pueden exponerlos a las burlas o golpearlos, los temerosos insultarlos, los generosos regalarles, los vanidosos comprar sus halagos, los tétricos y caprichosos, sus bromas y extravagancias, los libertinos, su desvergüenza o sus servicios. Los tres son una necesidad eterna e inconfesable de los habitantes de la *kasaba*, cuya vida espiritual está comprimida y alterada. Son algo así como artistas en un medio en el que el arte es desconocido.

Siempre hay en la ciudad hombres y mujeres similares: cantantes, bromistas, excéntricos y bufones. Cuando uno de ellos se consume y muere, lo sustituye otro, porque junto a los conocidos y famosos, se desarrollan y crecen nuevos que les harán pasar el rato y les alegrarán la vida a las nuevas generaciones. Pero pasarán muchos años antes de que aparezca uno igual que Sarko el Tuerto.

Cuando después de la ocupación austríaca llegó a la *kasaba* el primer circo, el Tuerto se prendó de la muchacha que caminaba sobre la cuerda floja, y por ella armó tales escándalos y cometió tantas tonterías que acabó en la cárcel, donde lo molieron a palos, mientras los patrones caprichosos que lo habían enloquecido e instigado tuvieron que pagar multas elevadas.

Desde entonces habían pasado varios años, la gente se había acostumbrado a muchas cosas y la llegada de músicos, acróbatas y prestidigitadores no suscitaba la agitación general y contagiosa del primer circo, pero el amor del Tuerto por la muchacha todavía se mencionaba.

Hace mucho que se consume sirviendo de día a todos y haciendo cualquier trabajo de noche para distraer a las sucesivas generaciones de patrones y beyes durante sus juergas y borracheras. Cuando unos se desfogan y se retiran, se casan y tranquilizan, llegan otros más jóvenes que tendrán que vivir sus propias experiencias. Ahora ya está agotado y ha envejecido prematuramente; pasa más horas en la taberna que en el trabajo y no vive tanto de lo que gana como de las limosnas y de la bebida y comida que le ofrecen los parroquianos.

En las noches lluviosas de otoño, el aburrimiento embarga a los hombres reunidos en la taberna de Zarije. En una mesa están unos cuantos patrones. El pensamiento es lento y ronda sin cesar asuntos tristes y desagradables; la palabra pesada suena vacía e irritante; las caras frías, ausentes y desconfiadas. El aguardiente no puede reanimarlas ni mejorar el estado de ánimo. En un banco, en una esquina de la taberna, dormita el Tuerto, lo aplastan el sueño, el calor húmedo y la primera copa; hoy se ha mojado hasta el tuétano llevando algunas cosas hasta Okolista.

Entonces, uno de los sombríos parroquianos de la mesa de los ricos menciona, como por azar, a una bailarina del circo y el antiguo amor

desdichado del Tuerto. Todos miran al rincón, pero está inmóvil y finge que sigue durmiendo.

Que digan lo que quieran; justo esa mañana, con una resaca atroz, él ha decidido firmemente que no va a responder a sus provocaciones ni a sus chanzas y que no permitirá que lo hagan objeto de más bromas desalmadas como las que le gastaron los patrones la noche anterior en esa misma taberna.

—Yo creo que mantienen correspondencia —dice uno.

—Mira tú el pequeño putero, tontea con una por carta mientras otra se le sienta aquí en las rodillas —añade otro.

El Tuerto se esfuerza por permanecer inmóvil, pero esa conversación lo afecta y altera, como si el sol le cosquilleara la cara, el único ojo quiere abrirse a la fuerza, y todos los músculos se distienden en una sonrisa feliz. No puede mantener más la inmovilidad y el silencio. Primero hace un gesto con la mano como de indolencia y desidia, y luego, no obstante, se pronuncia:

—Ya pasó, aquello ya pasó.

—Conque pasó, ¿eh? Ay, señores, qué pícaro extraño es este Tuerto. Una se marchita por su causa allá lejos, en el extranjero, y la otra enloquece por él aquí. Pasó aquello, y pasará esto, y vendrá una tercera. ¿Es que no tienes corazón? ¡Vas a acabar mal haciéndoles perder la cabeza una tras otra!

El Tuerto ya se ha puesto de pie y se acerca a la mesa. Se ha olvidado del sueño y del cansancio y de su decisión matutina de no dejarse enredar en la conversación. Con la mano en el corazón, intenta convencer a los amos de que él no tiene la culpa, de que no es tan gran amante ni seductor como ellos dicen. Su ropa está aún empapada, y la cara mojada y sucia porque su barato fez rojo destiñe, pero inundada con una sonrisa de emocionada beatitud. Se sienta al lado de la mesa de sus interlocutores:

—Ron para el Tuerto —grita Santo Papo, un judío rollizo y vivaz, hijo de Mentó y nieto de Mordo Papo, distinguidos comerciantes ferreteros.

Porque en los últimos tiempos, siempre que puede, el Tuerto bebe ron en vez de aguardiente. Esta nueva bebida parece creada para hombres como él; es más fuerte, actúa con más rapidez y su sabor es distinto al del

aguardiente, más agradable. Se vende en pequeñas botellas de dos decilitros, en la etiqueta aparece la imagen de una joven mulata de labios jugosos y ojos ardientes con un amplio sombrero de paja y grandes aros de oro en las orejas, y debajo está escrito Jamaica. (Este producto exótico, para bosniacos en fase de alcoholismo crónico, inmediatamente anterior al delirio, se fabrica en Slavonski Brod, en la empresa Eisler, Sirowatka & Comp.). Le basta ver la imagen de la mulata para sentir el ardor y el aroma de la nueva bebida y pensar de inmediato que si hubiera muerto un año antes se habría perdido ese tesoro. «¡Y cuántas maravillas así hay en el mundo!». Se enternece con esta idea, y por eso siempre se detiene unos instantes, pensativo, cuando abre una botella de ron. Pero después de la satisfacción que experimenta con estas reflexiones, llega el placer de la bebida en sí.

Ahora sostiene la estrecha botella delante de la cara como si le susurrara palabras dulces. El que empezó la conversación y logró atraerlo a ella le pregunta bruscamente:

—¿Y qué piensas hacer con la chica, granuja?, ¿te casas o juegas con ella como con las demás?

Se refiere a una tal Pasa, de Dusce. Es la muchacha más hermosa de la *kasaba*, huérfana de padre, bordadora como la madre.

En muchas de las meriendas campestres y juergas del verano pasado, los mozos hablaron sin cesar de Pasa y de su belleza inaccesible. De manera gradual e imperceptible, oyéndolos, el Tuerto se fue entusiasmando sin que él mismo pudiera decir cómo ni por qué. Así empezaron a tomarle el pelo. Un viernes lo llevaron con ellos a cortejar a las muchachas a un arrabal donde tras las puertas y celosías se podía oír la risa sofocada y el murmullo de jóvenes invisibles. Desde un patio en el que estaba Pasa con sus amigas arrojaron un ramo de flores de tanaceto a los pies del Tuerto. Él, perplejo, se paró para no pisarlas, sin atreverse a cogerlo. Los chicos que lo habían llevado empezaron a darle palmadas en la espalda y a felicitarlo porque entre todos ellos, y eran muchos, Pasa lo había elegido precisamente a él y le había mostrado, en apariencia, una atención que nadie había recibido antes de ella.

Esa noche se fueron a beber a Mezalin, a orillas del río, bajo los nogales, y estuvieron hasta el alba. El Tuerto estaba sentado junto al fuego, erguido y solemne, tan pronto exaltado y alegre como preocupado y pensativo. Esta vez no lo dejaron trabajar ni servir el café o la comida.

—Oye, granuja, ¿sabes lo que significa un ramo de tanacetos, arrojado por las manos de una muchacha? —le decía uno de ellos—. Pues significa que Pasa te manda decir: «Me marchito sin ti como esta hoja arrancada, y tú ni me pides en matrimonio ni dejas que lo hagan otros». Eso es lo que dice.

Y todos le hablan de Pasa, la hija única, blanca y casta, que se ondula como una parra madura por el muro del patio y aguarda la mano que recogerá su fruto, que no es otra que la del Tuerto, porque es a él a quien espera.

Los patrones aparentan enojarse y se lamentan en voz alta: ¿cómo es posible que haya puesto los ojos en él? Otros lo defienden. Y el Tuerto bebe. A veces se cree el milagro, otras lo rechaza como imposible. En la conversación se defiende de las bromas, señala que no es para él, que es pobre, viejo y tosco, pero en los momentos de silencio fantasea con Pasa, con su belleza y la felicidad que ella brinda, al margen de que pueda ser o no para él. Y en la inmensidad de esa noche estival a la que el aguardiente, la canción y el fuego atizado en la hierba trocaban en infinita, todo era posible; nada era real, pero tampoco había nada increíble ni del todo descartable. Los jóvenes ricos se burlan y bromean a su costa, él lo sabe; los señores no pueden vivir sin reírse, necesitan a alguien a quien chinchar y con quien divertirse en las fiestas. Siempre ha sido así y así seguirá siendo. Mas aunque aquello fuera una broma, no lo era su sueño de una mujer maravillosa y el amor inalcanzable sobre el que siempre había fantaseado y todavía fantaseaba, esas canciones en las que el amor es igual de real e irreal y la mujer igual de cercana e inaccesible que en su imaginación. Para los patrones todo era una broma, pero para él era una verdad sagrada que llevaba en su interior y que existía real e indudablemente, con independencia de las diversiones de los ricos, de la bebida y de la música, al margen de todo, incluso de la misma Pasa.

Él lo sabe bien, pero lo olvida con facilidad. Porque su alma se derrite y su razón se derrama como el agua.

He aquí como tres años después de su gran amor y el escándalo con la equilibrista alemana, cayó de nuevo presa de una poderosa magia amorosa y los ricos y ociosos encontraron otro juego, lo bastante cruel y estimulante para divertirlos durante meses y años.

Esto había sucedido a mediados del verano. Había transcurrido el otoño y llegado el invierno, y el juego con el amor del Tuerto por la hermosa Pasa llenaba las noches y acortaba los días de los hombres del bazar. Ya no llamaban al Tuerto de otro modo que no fuera el «joven prometido» o el «amante». De día, mientras resacoso y somnoliento lleva a cabo tareas grandes y pequeñas por los negocios, mientras atiende y transporta la carga, el Tuerto se sorprende y enfada porque lo llaman así, y sacude los hombros. Pero en cuanto cae la noche, las lámparas en la taberna de Zarije se encienden, alguien grita: «Ron para el Tuerto», y otro empieza a cantar en voz baja y como por casualidad:

Se acerca la cuarta oración, el sol se pone:
En tu cara ya no refulge.

Entonces todo cambia de repente. Ya no hay cargas ni sacudida de hombros, no hay *kasaba* ni taberna ni el Tuerto como es en realidad: transido de frío, sin afeitar, envuelto en harapos y en restos de trajes ajenos. No existe más que una alta galería iluminada por el sol de poniente, con una parra y una muchacha asomada que espera para arrojarle a alguien un ramo de flores de tanaceto. Existen, a decir verdad, las carcajadas a su alrededor y toda suerte de observaciones y burlas groseras, pero lejos, como en una bruma, aunque el hombre que canta está muy cerca de él, junto a su oído:

Si al solecito a tu lado
pudiera calentarme.

Él se calienta a ese sol que se ha puesto como nunca lo ha hecho al sol verdadero que amanece y se pone cada día sobre la *kasaba*.

Así pasaban las noches invernales. Al acabar la estación se celebró la boda de Pasa. La bordadora pobre de Dusce, con su belleza y a punto de cumplir diecinueve años, se casaba y pasaba a ser la segunda esposa de

Hayyi Omer, un hombre rico e ilustre que vivía detrás de la Fortaleza y que contaba cincuenta y cinco años.

Hayyi Omer llevaba casado más de treinta. Su mujer procedía de una gran familia, famosa por su habilidad e inteligencia. Sus posesiones detrás de la Fortaleza eran una aldea entera, próspera, en la que no faltaba de nada; sus negocios, construidos con piedra, en la ciudad garantizaban un ingreso seguro y considerable. Y todo eso no era tanto gracias al tranquilo e inerte *Hayyi* Omer, que se limitaba a cabalgar dos veces al día desde su aldea a la villa y a regresar, como a la activa, sensata y siempre sonriente *Hayyi* Omerovica. Para todas las mujeres turcas de la *kasaba* y alrededores su opinión era definitiva y su palabra la última en numerosas cuestiones.

Era una de las mejores y más ilustres familias, pero ambos eran ya mayores y no tenían hijos. Durante mucho tiempo albergaron esperanzas. *Hayyi* Omer había hecho la peregrinación a La Meca, su mujer repartía limosna entre los pobres y las *tekke*[*47], los años pasaron, sus propiedades prosperaban y crecían, pero en lo más importante no tenían la bendición del cielo. *Hayyi* Omer y su listísima esposa sobrellevaban su infortunio de manera sabia y digna, pero llegó un momento en que no pudieron seguir alimentando la esperanza de tener progenie. Ella tenía cuarenta y cinco años.

Estaba en cuestión la gran herencia que quedaría tras la desaparición de *Hayyi* Omer. No sólo se interesaban por este asunto los parientes de ambos, sino también toda la ciudad. Unos deseaban que el matrimonio siguiera sin hijos hasta el final, y otros consideraban que era una pena que un hombre semejante muriera sin herederos y que sus propiedades se dividieran y desperdigaran entre los familiares, y por eso lo animaban a que tomara una segunda mujer más joven mientras todavía podía y tuviera posibilidad de tener un vástago. En esta cuestión los turcos de la ciudad se dividieron en dos bandos. Pero lo resolvió sola la mujer estéril de *Hayyi* Omer. Abierta, decidida y sinceramente, como lo hacía todo, le dijo a su indeciso marido:

—Dios bendito nos lo ha dado todo, alabado sea, la concordia, la salud y la riqueza, pero no nos ha dado lo que tiene cualquier pobre, es decir, ver a nuestra descendencia y saber para quién será todo lo que dejemos detrás. Ése es mi nefasto destino. Pero si bien yo por voluntad divina tengo que

cargar con él, tú no tienes por qué hacerlo. Veo que el bazar se ha alzado para casarte y que se inmiscuye en nuestros asuntos. Pues antes de que te casen ellos, prefiero hacerlo yo, porque mejor amigo no tienes.

Y la mujer le expuso su plan: ya que no había posibilidad alguna de que juntos tuvieran hijos, era preciso que él llevara otra mujer a casa, con ella, una joven con la que aún pudiera engendrar. La ley se lo permitía. Y ella, por supuesto, seguiría en la casa como la «vieja mujer del hayyi» y cuidaría de que todo se hiciera como era debido.

Hayyi Omer se opuso y afirmó durante mucho tiempo que no había nadie mejor que ella, que no necesitaba una mujer más joven, pero *Hayyi* Omerovica no sólo persistió en su idea, sino que le comunicó quién era la mujer que había elegido para él. Si tenía que casarse para tener un hijo, lo mejor era que lo hiciera con una joven pobre, fuerte y bonita que le diera una descendencia robusta y que mientras estuviera viva agradeciera su feliz destino. Su elección recayó en la hermosa Pasa, la hija de la bordadora de Dusce.

Y así se hizo. Según la voluntad de la mujer y con su ayuda, *Hayyi* Omer se casó con la hermosa Pasa y once meses después ella dio a luz un varón sano. Con esto se resolvió el asunto del heredero de *Hayyi* Omer, las esperanzas de muchos parientes se vieron truncadas y el bazar tuvo que cerrar la boca. Pasa era feliz, la «vieja mujer del hayyi» estaba satisfecha, y vivían en la casa armoniosamente como madre e hija.

Ese feliz final de la cuestión relativa al heredero de *Hayyi* Omer fue el comienzo de los grandes sufrimientos del Tuerto. Aquel invierno, la principal diversión de los desocupados en la taberna de Zarije era la tristeza del Tuerto por la boda de Pasa. El infeliz enamorado bebía como nunca; los patrones lo invitaban y por poco dinero cualquiera podía reírse hasta que se le saltaban las lágrimas. Los caraduras le enviaban recados imaginarios de Pasa, le convencían de que ella lloraba día y noche, de que se consumía por él sin contarle a nadie el verdadero motivo de su dolor. Y el Tuerto enloquecía, cantaba, lloraba, respondía seria y extensamente a todas las preguntas, se lamentaba por su suerte, que lo había creado así de vulgar y pobre.

—Bueno, Tuerto, ¿cuántos años te saca *Hayyi* Omer? —así empezaba la conversación uno de los patrones.

—¡Yo qué sé! ¿Y de qué me sirve ser más joven? —contestaba con amargura el Tuerto.

—¡Ah! Si fuera por corazón y juventud, *Hayyi* Omer no tendría lo que tiene y nuestro Tuerto no estaría sentado aquí —se entrometía otro.

Y el Tuerto no necesita mucho para emocionarse y enternecerse. Le servían un ron tras otro y le persuadían de que él, además de ser más joven y guapo y estar más próximo al corazón de Pasa, no era tan pobre como creía y aparentaba. En las largas noches delante de la botella de aguardiente, estos gandules se habían inventado la historia de que su padre, un oficial turco desconocido, al que nunca había visto, había dejado como único heredero de una gran propiedad en Anatolia a su hijo ilegítimo de Visegrad, pero que unos parientes de allí obstaculizaban la ejecución del testamento; que lo único que haría falta era que el Tuerto se presentara en la lejana y próspera ciudad de Brusa y deshiciera el entuerto y desenmascarara a los falsos herederos y tomara lo que le pertenecía. Entonces sólo con vender el producto de la venta de la paja de su cosecha de grano le bastaría para comprar a *Hayyi* Omer con todos sus dichosos bienes.

El Tuerto los escucha, bebe y sólo suspira. Le hacen daño, pero también le resulta agradable sentirse y comportarse como un hombre al que han engañado y robado en la *kasaba* y allá lejos, en el bello país de donde era oriundo su desconocido padre. Entretanto, los que lo rodean fingen que preparan su viaje a Brusa. Las bromas son interminables, crueles y elaboradas hasta el último detalle. Una noche llevaron un pasaporte falso para su viaje, sacaron al Tuerto al centro de la taberna y le hicieron dar vueltas, lo examinaron, escribiendo en el pasaporte su descripción personal, con burlas groseras y risotadas. En otra ocasión calcularon cuánto dinero necesitaría para viajar a Brusa, cómo lo haría y dónde pernoctaría. Y así pasaban buena parte de la larga noche.

Mientras está sobrio, el Tuerto se defiende; cree y no cree lo que le dicen; más bien no cree. En realidad, mientras está sobrio no cree nada, pero en cuanto se emborracha se conduce como si creyera. Porque cuando el alcohol se apodera de él ya no se pregunta qué es verdad y qué es broma

y mentira. Es cierto que después de la segunda botellita de ron siente el viento fragante de la lejana e inalcanzable Brusa y ve, ve *nítidamente*, sus jardines verdes y edificios blancos. La realidad es que es un hombre engañado y desafortunado en todo desde su nacimiento, en la familia, en sus bienes, en el amor; que le han hecho daño, tanto daño, que Dios y los hombres tienen una deuda con él. Es cierto que él no es lo que parece ni como lo ve la gente. Y con cada copa lo atormenta cada vez más la necesidad de decírselo a los que lo rodean, aunque siente que es muy difícil demostrar una verdad que para él es clara y evidente, pero a la que se opone todo en su aspecto y en torno a él. Sin embargo, después del primer trago de ron, se lo explica a cualquiera durante toda la noche, con palabras entrecortadas, gestos grotescos, a través de las lágrimas de borracho. Y cuanto más y mejor lo explica, más se ríen y se mofan los que están con él. Se ríen tanto y con tantas ganas que se les hinchan los costados y les crujen las mandíbulas de tanta risa, una risa contagiosa, insaciable y más dulce que cualquier comida o bebida. Riéndose olvidan el hastío de las noches invernales y, al lado del Tuerto, ellos mismos beben sin medida.

—¡Mátate! —le dice Mehmed Agá Sarac, que con sus modales fríos y serios en apariencia es el que mejor sabe provocar e irritar al Tuerto—. Si no has sido capaz de arrebatarle a Pasa a ese lisiado de *Hayyi* Omer, no debes vivir. Mátate, Tuerto, he aquí mi consejo.

—¡Ah, sí!, «mátate, mátate» —se lamenta el Tuerto—. ¿Qué te crees? ¿Qué no lo he pensado ya? Cientos de veces he estado a punto de tirarme al Drina desde la *kapija* y cientos de veces algo me lo ha impedido.

—¿Qué te lo ha impedido? El miedo te lo ha impedido. ¡Qué te lo hacías en los pantalones! ¿No, Tuerto?

—¡No, no! No es el miedo, ¡vive Dios!, no es el miedo.

Entre el griterío y las risas generales, el Tuerto salta, se golpea el pecho, arranca un pedacito del pan que tiene delante y se lo pone en las narices al inmóvil y frío Mehmed Agá.

—¿Ves este trozo de pan? Pues te juro por este pan bendito que no ha sido por miedo, sino por…

De repente alguien entona en voz baja:

En tu cara ya no refulge.

Y todos cantan a coro y acallan a Mehmed Agá, que sigue gritando al Tuerto:

—¡Má-ta-te!

Y cantando se dejan llevar por el arrebato al que querían empujar al pobre Tuerto, hasta que al final todo acaba en un jolgorio desenfrenado.

Una noche de febrero estuvieron hasta el amanecer haciendo el loco, todos con su víctima, siendo ellos mismos víctimas de su insensatez. Era ya de día cuando salieron juntos de la taberna y, acalorados, desaforados y con las venas hinchadas por el alcohol, se fueron al puente, que estaba casi desierto y completamente helado.

Con el alboroto y las carcajadas, sin prestar atención a los escasos viandantes madrugadores, empezaron a apostar para ver quién era capaz de cruzar el puente por el estrecho pretil de piedra brillante por el hielo.

—El Tuerto, el Tuerto puede —gritaba uno de los borrachines.

—¡No, no! ¡Cómo se te ocurre el Tuerto!

—¿Quién no puede? ¿Yo? Yo puedo hacer lo que cualquier hombre, granuja —vociferaba el Tuerto, golpeándose el pecho ruidosamente.

—¡No puedes! ¡No te atreves!

—¡Claro que puedo, renegado!

—¡Sí puede, el Tuerto puede!

—¡No puede! ¡Miente!

Y así rivalizaban en sus gritos y fanfarroneaban los hombres borrachos, aunque incluso en un puente tan ancho a duras penas se sostenían sobre las piernas, porque todos se tambaleaban, resbalaban y se agarraban el uno al otro.

No se dieron cuenta de cuándo logró el Tuerto encaramarse al pretil de piedra. De pronto lo vieron flotar por encima de ellos y que, borracho y despechugado como estaba, trataba de mantenerse recto y caminar por las losas del muro.

El antepecho mide tres palmos de ancho como mucho. El Tuerto se tambalea ora a la izquierda, ora a la derecha. A la izquierda está el puente y en el puente, bajo sus pies, una multitud de borrachos que le pisan los

talones y le gritan palabras que apenas distingue más que como un ruido confuso. A la derecha, el vacío, y en ese vacío, abajo, muy hondo, el murmullo de un río invisible; el agua despide un vaho denso que como un humo blanco se eleva en la gélida mañana.

Los escasos transeúntes se detienen y, asustados, con los ojos abiertos de par en par, contemplan al hombre ebrio que en lugar de por el puente camina por el pretil estrecho y resbaladizo, inclinado sobre el abismo, agitando los brazos desesperadamente para mantener el equilibrio. También en la panda achispada algunos, un poco más sobrios y lúcidos, se pararon como si se acabaran de despertar y, pálidos de miedo, observaron el juego peligroso. Los demás, sin comprender el riesgo, andaban junto al pretil y con sus gritos seguían animando al Tuerto, que, balanceándose y vacilando, bailaba sobre las profundidades.

En su peligrosa posición, el Tuerto de súbito se había separado de los otros y los dominaba desde lo alto como un monstruo gigantesco. Los primeros pasos son cautelosos y lentos. Sus pesados zapatos resbalan a cada instante sobre las losas cubiertas de hielo. Le parece que los pies se le escapan, que el abismo los atrae irresistiblemente, que tiene que impulsarse y caer, que ya está cayendo. Pero la posición inusual y la proximidad de un riesgo tan grande le dan una fuerza nueva y un poder desconocido hasta entonces. Pugnando por mantener el equilibrio, saltaba cada vez más animado y cada vez doblaba más la cintura y las rodillas. En lugar de caminar, sin saber cómo, empezó a danzar con pequeños pasos y despreocupadamente, como si estuviera en un gran prado verde, y no en un borde estrecho y congelado. Y de pronto se tornó ligero y ágil como a veces lo es uno en sueños. Su cuerpo rechoncho y exhausto carecía de peso. El Tuerto borracho bailaba y flotaba sobre el abismo como si tuviera alas. Sentía que de su interior, además de la música a cuyo ritmo danzaba, fluía una energía alegre que le daba seguridad y equilibrio. La danza lo llevaba a donde caminando jamás hubiera llegado. Y sin pensar más en el peligro y en la posibilidad de caerse, saltaba cambiando de pierna y cantaba, con los brazos extendidos, como si se acompañara tocando una *sarkija*.

—Tiridam, tiridam tiridiridiridiridam, tiridam… Hey, hey, hey.

El Tuerto canta y él mismo se marca el ritmo al que, moviéndose con seguridad, avanza por ese camino peligroso. Dobla las piernas e inclina la cabeza a izquierda y derecha.

—Tiridam, tiridam… Hey, hey.

En esa peligrosa y extraordinaria posición, por encima de todo, él ya no es el bufón del bazar y la taberna; tampoco bajo sus pies está el pretil de piedra resbaladizo y estrecho del conocido puente en el que mil veces ha masticado su pan y, pensando en la muerte dulce entre las ondas, se ha dormido a la sombra de la *kapija*. No, ahora es el lejano e inalcanzable viaje sobre el que le hablan todas las noches en la taberna, con bromas groseras y socarronería, y que por fin ha emprendido. Es esa senda luminosa, deseada, de las grandes hazañas, y allí en el extremo distante se halla la ciudad imperial de Brusa con una riqueza real y su herencia legal, y también el sol que se ha puesto, y la hermosa Pasa con su hijo varón, su mujer y su hijo.

Así, jugando en pleno arrebato, recorrió la parte que sobresalía del pretil y rodeaba el sofá, y luego la otra mitad del puente. Cuando llegó al final, saltó al suelo y miró perplejo a su alrededor, asombrado de que todo se redujera de nuevo al duro y de sobra conocido camino de Visegrad. El grupo que lo había acompañado hasta entonces con gritos de aliento y bromas lo esperaba. También corrieron a su encuentro los que se habían detenido asustados. Se pusieron a abrazarlo y a darle palmadas en la espalda y en el fez desteñido. Todos chillaban a la vez:

—¡Bravo, Tuerto, polluelo de halcón!

—¡Bravo, vencedor!

—¡Un ron para el Tuerto! —vociferaba Santo Papo con voz ronca y acento español, pensando que estaba en la taberna y extendiendo los brazos como si lo estuvieran crucificando.

En este bullicio y griterío general, alguien sugirió que no se separaran para irse a sus casas, sino que continuaran bebiendo a la salud de la hazaña del Tuerto.

Los niños que entonces tenían ocho o nueve años y esa mañana corrían, a través del puente helado, hacia la lejana escuela se detuvieron a mirar la insólita escena. De las boquitas abiertas por el asombro les salía vaho blanco. Tan pequeños, abrigados, con las pizarritas y los libros bajo el

brazo, no podían entender ese juego de los adultos, pero, junto a la línea de su puente natal, conservarían para toda la vida en los ojos la imagen del Tuerto tan conocido que, transformado y ligero, bailaba intrépida y alegremente, como llevado por la magia, caminaba por donde estaba prohibido y por donde no iba nadie.

XVI

Habían pasado una veintena de años desde que los primeros carros militares austríacos, pintados de amarillo, habían cruzado el puente. Veinte años de ocupación representaban una larga sucesión de días y meses. Cada uno de esos días y meses, tomado de forma aislada, parece inseguro y provisional, pero todos juntos componen proporcionalmente el periodo más dilatado de paz y progreso material que la *kasaba* recordaba, la etapa principal de la vida de esa generación que en el momento de la ocupación cumplía la mayoría de edad.

Fueron años de bienestar aparente y ganancias seguras aunque modestas, en los que las madres, al hablar de sus hijos, decían: «¡Qué esté sano y salvo y que Dios le dé un trabajo bueno!»; en los que la mujer del alto Ferhat, el pobre eterno, que encendía los faroles municipales en las calles y ganaba por hacerlo veinte florines al mes, decía con orgullo: «Alabado sea Dios, porque mi Ferhat tiene un salario fijo».

Así transcurrieron los últimos años del siglo XIX, años sin agitaciones ni grandes acontecimientos, como transcurre un río ancho y tranquilo ante su desembocadura incierta. A juzgar por ellos, pareciera que hubieran desaparecido los momentos trágicos en la vida de los pueblos europeos, y también de la *kasaba* del puente. Y si los había de vez en cuando en algún lugar del mundo, o no llegaban hasta nosotros, o nos eran muy lejanos e incomprensibles.

Así, un día de verano, después de mucho tiempo, apareció de nuevo en la *kapija* una blanca proclama oficial. Era breve, esta vez bordeada por una ancha orla negra, anunciando que Su Majestad, la emperatriz Isabel, había fallecido en Ginebra víctima de un repugnante atentado, a manos de

Lucheni, un anarquista italiano. El comunicado seguía expresando la repulsión y profunda aflicción de todos los pueblos de la gran monarquía austrohúngara y los invitaba a que con fidelidad leal se reunieran con más firmeza alrededor del trono para ser así el mejor consuelo del soberano, al que el destino había golpeado tan duramente.

El escrito estaba pegado debajo de la placa blanca con la inscripción, como antaño la proclama de la ocupación del país dictada por el general Filipovic, y la gente la leyó con agitación, porque se trataba de la emperatriz, una mujer, pero sin entenderla realmente y sin sentirlo de manera convincente.

Durante varias noches no hubo canciones ni algazara en la *kapija*, porque las autoridades así lo habían ordenado.

Sólo había un hombre en la *kasaba* al que esta noticia afectó profundamente. Era Pietro Sola, el único italiano de la ciudad, contratista y albañil, tallista de piedra y pintor; en resumen, el único factótum de nuestra villa. El maestro Pero, como lo llamaban todos, había llegado con la ocupación, se había instalado allí y se había casado con una tal Stana, una muchacha pobre que no gozaba de la mejor de las reputaciones precisamente. Era pelirroja, corpulenta, dos veces más grande que él, y conocida por su lengua afilada y pesada mano, con la cual era mejor no reñir. El maestro Pero, por el contrario, era un hombre menudo, encorvado, bondadoso, de mansos ojos azules y bigotes caídos. Trabajaba bien y ganaba mucho. Con el tiempo se convirtió en un verdadero visegradense, aunque, igual que Lotika, nunca llegó a dominar el idioma ni la pronunciación. Debido a su mano hábil y su buen carácter, todos en la *kasaba* lo querían, mientras que su corpulenta y atlética mujer lo llevaba bien recto por la vida y lo trataba como a un niño.

Cuando al volver del trabajo, gris por el polvo de la piedra y manchado de pintura, el maestro Pero leyó la proclama en la *kapija*, se caló el sombrero y apretó crispado la delgada pipa que siempre tenía entre los dientes. A toda persona notable y seria que encontraba le contaba que él, aunque italiano, no tenía nada que ver con ese Lucheni y su repulsivo crimen. La gente lo escuchaba, lo tranquilizaba y le aseguraba que lo creía, que nadie había pensado jamás nada semejante de él, pero el italiano seguía

explicándoles a todos que se avergonzaba de estar vivo y que en su vida había matado ni siquiera a una mosca, y mucho menos a un hombre, bueno, a una mujer, a una personalidad tan elevada. A la postre, este temor suyo se transformó en una auténtica manía. Los visegradenses empezaron a burlarse de la preocupación y celo del maestro Pero y de sus aseveraciones superfluas de que no tenía nada que ver con asesinos ni anarquistas. Y los chiquillos enseguida hallaron un juego cruel. Ocultos tras una valla, gritaban al maestro Pero: «¡Lucheni!». El pobre hombre se defendía de estos aullidos como de unas avispas invisibles, se calaba aún más el sombrero y huía a su casa para lamentarse y llorar en el amplio regazo de su mujer.

—¡Qué vergüenza, que vergüenza! —gemía el hombrecillo—, no puedo mirar a nadie a los ojos.

—Vamos, so bobo, ¿de qué te da vergüenza? ¿De que un italiano haya matado a la emperatriz? ¡Qué se avergüence el rey de Italia! Pero ¿quién eres, qué eres tú para avergonzarte?

—Pues me avergüenzo de estar vivo —se quejaba el maestro Pero a su mujer, que lo sacudía y se esforzaba por infundirle fuerza y decisión, además de enseñarle cómo se cruzaba el bazar libremente, con la cabeza bien alta y sin retirar la mirada ante nadie.

Mientras tanto, en la *kapija* se sentaban los ancianos que, con el rostro inmóvil y los ojos bajos, escuchaban las noticias del periódico con los detalles del asesinato de la emperatriz austríaca. Las noticias no eran más que un motivo para una charla general sobre el destino de las cabezas coronadas y los grandes hombres. El maestro de la madraza de Visegrad, Husein Efendi, explicaba a un círculo de turcos notables, curiosos e ignorantes quiénes eran los anarquistas.

El maestro era igual de ceremonioso y rígido, limpio y aseado que veinte años atrás, cuando en esa misma *kapija* aguardaba a los primeros austríacos, junto con el mulá Ibrahim y el pope Nikola, los cuales hacía tiempo que reposaban cada uno en su cementerio. La barba ya canosa, pero igual de bien cuidada y recortada; la cara entera calma y lisa, porque la gente de inteligencia rígida y corazón duro envejece lentamente. El elevado concepto que siempre había tenido de sí mismo había aumentado aún más

en aquellos veinte años. Sea dicho de paso que el baúl de libros en el que descansaba buena parte de la fama del maestro de ser un hombre instruido seguía intacto y sin leer, y en ese tiempo su crónica de nuestra *kasaba* no había superado las cuatro páginas, porque cuanto más envejecía el maestro, más estima sentía por sí mismo y por su crónica, y menos por los acontecimientos a su alrededor.

Ahora habla con voz queda y despacio, como si leyera un manuscrito borroso, pero digna, solemne y severamente, tomando la suerte que ha corrido la emperatriz infiel sólo como motivo y sin mezclarla ni un ápice con el verdadero sentido de su explicación (que en realidad no es suya, pues la ha encontrado en los buenos y antiguos libros que heredó de su maestro, el famoso Arap Hodja), según la cual lo que ahora se denominan anarquistas siempre los ha habido y siempre los habrá. El destino de los hombres está fijado —y el mismo Dios, el Único, así lo ha querido— para que por cada *dram* de bondad haya dos *dram* de maldad; en esta tierra no puede haber bondad sin odio ni grandeza sin envidia, como no hay un solo objeto sin sombra. Y esta regla rige en particular para los hombres excelsos, devotos y célebres. Con cada uno de ellos, junto con su fama, crece también su verdugo, que acecha la ocasión, y unas veces llega antes y otras después.

—En fin, nuestro paisano Mehmed Bajá, que desde hace tiempo mora en el paraíso —dice el maestro, y señala la placa de mármol sobre la proclama—, que sirvió a tres sultanes y fue más sabio que Asaf[*4], que con su fuerza y su fe erigió estas piedras en las que nos sentamos, también murió apuñalado. A pesar de su poder y sabiduría, no pudo evitar ese instante. Aquéllos para cuyos planes el visir era un obstáculo, un partido fuerte y poderoso, encontraron la forma de armar e incitar a un derviche loco para que lo matara ni más ni menos que cuando iba a la mezquita a la oración del viernes. Con su raído manto de derviche a la espalda y el rosario en las manos, el hombre cortó el paso al séquito del visir pidiendo limosna con fingida humildad, y cuando el visir quiso buscar en el bolsillo para dársela, él lo apuñaló. Y así murió Mehmed Bajá, como un mártir de la fe.

Los hombres escuchan y, expulsando el humo, miran ora la placa de mármol con el *tarih*, ora el cartel blanco orlado de negro. Escuchan atentos, aunque no todos entienden las palabras del maestro. Pero siguiendo el humo

de sus cigarros, en la distancia, más allá del *tarih* y del cartel, presienten que en el mundo hay otra vida diferente, una vida de grandes ascensos y profundas caídas, en la que la grandeza se mezcla con la tragedia y que, de algún modo, supone el contrapeso de su tranquila y monótona existencia en la *kapija*.

No obstante, también pasaron esos días. El antiguo orden volvió a la *kapija* con las conversaciones corrientes y ruidosas, las bromas y las canciones. Cesaron las charlas sobre anarquistas. Y la esquela de la muerte de la emperatriz extranjera, poco conocida para aquella gente, fue cambiando por efecto del sol, la lluvia y el polvo, hasta que por fin el viento la fue arrancando trozo a trozo y la dispersó por el agua y la orilla.

Todavía durante cierto tiempo, los muchachos traviesos siguieron gritando «Lucheni» al maestro Pero, sin siquiera saber lo que significaba ni por qué lo hacían, llevados simplemente por la necesidad infantil de irritar y atormentar a las criaturas débiles y sensibles. Gritaron y gritaron y luego lo dejaron, porque encontraron otra diversión, a lo que contribuyó un poco Stana de Mejdan, después de haberles dado una buena somanta de palos a dos de los críos más vociferantes. Y al cabo de un mes o dos, nadie más mencionaba a los anarquistas ni la muerte de la emperatriz. Esa vida a finales de siglo, que parecía mansa y domada para siempre, ocultaba todo con su curso vasto y uniforme, y dejaba en la gente la impresión de que se abría un siglo de laboriosidad sosegada que duraría mucho mucho, hasta un futuro inabarcable.

Esa actividad incesante e imparable a la que la administración extranjera parecía estar condenada y a la que nuestra gente se había resignado con tanta dificultad, aunque precisamente a ella tenía que agradecerle su prosperidad y bienestar, había transformado a lo largo de veinte años muchas cosas en el aspecto externo de la *kasaba*, en la ropa y las costumbres de los ciudadanos. Era natural, por lo tanto, que tampoco se detuviera delante del viejo puente con su aspecto eternamente igual.

Empezaba el año 1900, el final de un siglo feliz y el principio de otro que según las concepciones y sentimientos de muchos debería ser más feliz aún, cuando de repente llegaron nuevos ingenieros que comenzaron a inspeccionar el puente. La gente se había acostumbrado a ellos; incluso los

niños sabían lo que significaba cuando esos hombres con chaqueta de cuero y el bolsillo exterior lleno de lápices multicolores se ponían a dar vueltas en torno a una colina o un edificio. Quería decir que había algo que demoler, construir, cavar o cambiar. Sin embargo, nadie podía recordar lo que había que hacer con el puente, que para todo ser vivo en la *kasaba* representaba una cosa imperecedera e inmutable, como la tierra que pisaban y el cielo sobre sus cabezas. De manera que los ingenieros supervisaron, midieron, anotaron y se fueron, y el asunto se olvidó. Pero a mediados del verano, cuando el agua alcanzaba sus niveles más bajos, de repente llegaron los contratistas y los obreros y empezaron a alzar en los aledaños del puente unos barracones provisionales para guardar las herramientas. Apenas había corrido la voz de que iban a restaurar el puente, y ya una red de andamios cubría los pilares, y en el puente mismo habían colocado unos elevadores con cuerdas de polea, con ayuda de las cuales los trabajadores en la pasarela móvil, como si fuera un estrecho balcón de madera, bajaban o subían por los pilares, y se paraban en los puntos donde había grietas o matas de hierba asomaban por las junturas.

Se taparon todos los agujeros, arrancaron los hierbajos y apartaron los nidos de pájaros. Cuando terminaron este trabajo, continuaron con la reparación de los cimientos erosionados del puente. Se canalizó y desvió el agua, y pudo verse la piedra renegrida y corroída y alguna viga de roble desgastada pero petrificada en el agua en la que la habían plantado trescientos treinta años atrás. Las grúas infatigables bajaban cemento y grava, cajón tras cajón, y los cimientos de los tres pilares centrales, los más expuestos a la fuerte corriente del río, y los más erosionados, se reforzaron como un diente cariado en la raíz.

Ese verano no hubo reuniones en la *kapija* ni la vida cotidiana en torno al puente. Los caballos y carros en los que se cargaba cemento y arena obstaculizaban el paso por doquier. Resonaban las voces de los obreros y las órdenes de los capataces. En la misma *kapija* habían levantado un almacén de tablas de madera.

Los visegradenses observan las obras en el gran puente, se asombran y se pasman, algunos bromean, otros hacen un gesto indolente con la mano y siguen su camino, y a todos les parece que los extranjeros han emprendido

esa tarea, como todas las demás, sólo porque tienen que estar siempre haciendo algo, porque lo necesitan y no pueden evitarlo. Nadie lo dice, pero todos lo piensan.

Los que estaban acostumbrados a pasar el rato en la *kapija* ahora se reúnen delante del hotel de Lotika, de la taberna de Zarije o en los mostradores que hacen las veces de bancos de las tiendas vecinas al puente. Beben café y conversan, a la espera de que la *kapija* quede libre y se termine la agresión contra el puente, igual que se espera el final del aguacero o de cualquier otra calamidad.

En la tienda de Alí Hodja, encajonada entre el *Han* de Piedra y la taberna de Zarije, de modo que desde allí se ve el puente en una perspectiva oblicua, desde por la mañana temprano están sentados dos turcos, dos gandules del bazar, y charlan de todo y de todos, en particular del puente.

Alí Hodja los escucha en silencio y malhumorado, contemplando pensativo el puente, en el que pululan los trabajadores como hormigas.

A lo largo de esos veinte años se ha casado tres veces. Ahora tiene una mujer mucho más joven que él y los comerciantes maliciosos del bazar rumorean que por eso siempre está mohíno hasta el mediodía. De sus tres esposas tiene catorce hijos vivos. La casa zumba y retumba todo el día con tanto niño, y en el bazar se burlan del *hodja* diciendo que no conoce a sus hijos ni siquiera por el nombre. Incluso habían inventado la historia de que uno de sus numerosos hijos lo había encontrado en la calle y, cuando se le acercó a besarle la mano, el *hodja*, acariciándole la cabeza, le dijo: «¡Salud y vida, pequeño! ¿Y tú de quién eres?».

A simple vista, no había cambiado mucho. Había engordado un poco y ya no tenía la cara tan colorada. No se movía con la agilidad de antaño y subía más despacio por la cuesta de Mejdan cuando iba a casa, porque hacía ya un tiempo que respiraba con dificultad incluso en sueños. Había acudido por ello al médico del distrito, el doctor Marovski, el único de los forasteros al que él reconocía y respetaba. El médico le había recetado unas gotas que no curaban la enfermedad, pero ayudaban al hombre a soportarla, y le había enseñado el nombre en latín de su dolencia: *angina pectoris*.

Alí Hodja era uno de los escasos musulmanes que no habían aceptado ninguna de las novedades y cambios que los extranjeros habían traído, ni en

el vestido, ni en las ideas, ni en el habla ni en la forma de comerciar o de hacer negocios. Con el mismo rigor y obstinación con los que antaño se había opuesto a una resistencia desatinada, se había enfrentado durante años contra todo lo austríaco y extranjero que se iba asentando con mayor fuerza a su alrededor. Por eso se había visto envuelto en conflictos y había tenido que pagar multas a la autoridad policial. Ahora estaba un poco cansado y desilusionado. En esencia, su carácter no había cambiado desde los tiempos en los que había mantenido las negociaciones con Karamanlija en la *kapija*; un hombre testarudo y con opinión propia en todo y acerca de todo. Pero esa manera proverbial de descollar se ha convertido en mordacidad y su combatividad en una amargura oscura que ni las palabras más atrevidas bastan para expresar y que se aplaca y apaga sólo en soledad y silencio.

Con el tiempo, el *hodja* se hunde cada vez más en un ensimismamiento reposado en el que no necesita a nadie y en el que, por el contrario, todas las personas le resultan pesadas y molestas, tanto los vagos del bazar como los clientes y su joven mujer con ese tropel de niños que hace retumbar la vivienda. Antes de que salga el sol, escapa de casa hacia la tienda y abre antes que el resto de los comerciantes. Allí reza la primera oración. También allí le traen el desayuno. Y cuando durante el día lo aburren las conversaciones, los paseantes y sus asuntos, echa el cierre a medias y se retira a un cuartito en la trastienda que llama «mi ataúd». Es una estancia oculta, estrecha, baja y oscura; el *hodja* la llena casi toda cuando se introduce en ella. Hay un pequeño banco de madera cubierto por un kilim en el que puede sentarse con las piernas cruzadas, unos cuantos anaqueles con cajas vacías, unas pesas y medidas viejas y toda suerte de fruslerías que no tienen cabida en la tienda. En ese espacio oscuro y angosto, a través de la delgada pared del local, el *hodja* escucha el ruido de la vida en el bazar, el trote de los caballos, los gritos de los vendedores. Todo llega hasta él como desde otro mundo. Oye a cada una de las personas que se detienen delante de su negocio medio cerrado gastando bromas y haciendo comentarios maliciosos a su costa. Pero las escucha tranquilamente, porque para él son personas ya muertas que todavía no se han calmado; las oye y las olvida al instante. Porque escondido entre esas cuatro tablas está completamente protegido por sus pensamientos de todo lo que puede traerle

esta vida que, en su opinión, se ha deteriorado hace mucho tiempo y ha abandonado el buen camino. Ahí el *hodja* se reencuentra consigo mismo y con su idea sobre el destino del mundo y el curso de los asuntos humanos, y a la par se olvida de todo lo demás: el bazar, las preocupaciones por las deudas, el malogrado comercio al fiado, su mujer demasiado joven, cuya juventud y belleza repentinamente abren paso a una belicosidad estúpida e infernal, y la caterva de chiquillos, que sería una carga incluso para el presupuesto de un sultán, en la que él sólo piensa con horror.

Cuando aquí reposa y se serena, el *hodja* levanta el cierre y abre la tienda como si hubiera vuelto de alguna parte.

He aquí cómo ahora escucha la conversación banal de sus dos vecinos.

—Mira tú lo que es el tiempo y los designios divinos; también desgastan la piedra, igual que hacen los zapatos con las medias. Pero el germano no va a tolerarlo, sino que enseguida remendará lo que se ha descosido —filosofa el primero, un famoso haragán del bazar, mientras sorbe el café de Alí Hodja.

—¡Vamos, anda! Mientras el Drina siga siendo el Drina, también el puente seguirá siendo el puente; aunque no lo tocaran, duraría tanto como esté escrito. La pena es tanto gasto y tanto jaleo —dice el otro parroquiano, que se dedica al mismo trabajo que el primero.

Su despreocupado debate se hubiera prolongado hasta lo indecible si Alí Hodja no lo hubiera interrumpido.

—Pues yo os digo que no es bueno que toquen el puente; y esta restauración no traerá nada bueno, vais a ver; igual que hoy lo restauran, mañana lo pueden demoler. El difunto mulá Ibrahim me dijo que en los libros había encontrado que era un gran pecado tocar el agua viva, desviarla y variar su curso, aunque sólo se haga por un día o por una hora. Pero es que el germano no sabe que está vivo si no es claveteando o excavando. ¡Hasta en el ojo escarbaría! ¡Y la Tierra pondría del revés si pudiera!

El primero de los dos haraganes señala que, al fin y al cabo, nada malo había en que los austríacos restauraran el puente. Si no le alargaban la existencia, tampoco le harían daño.

—¿Y cómo sabes tú que no le va a pasar nada? —lo interrumpió el *hodja*, enfadado—. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Acaso no sabes que una sola

palabra destruye ciudades?, imagínate semejante jaleo. Este mundo de Dios está fundado sobre palabras. Si fueras más leído e ilustrado, que no lo eres en absoluto, sabrías que el puente no es una construcción como otras, sino una de esas que se erige por el amor de Dios y por voluntad divina; una época y unos hombres la levantan y otros tiempos y otros hombres la derrumban. Sabes lo que contaban los viejos, cómo era el caravasar; no había otro igual en el imperio; ¿y quién lo ha destruido? Si fuera por los materiales y los artesanos que lo hicieron, mil años habría durado; sin embargo, se derritió como si fuera de cera, y ahora, en su lugar, gruñen las piaras y resuena la trompeta de los austríacos.

—Bueno, yo decía que…, pensaba que… —se defendía el hombre.

—Mal pensabas —lo cortó el *hodja*—. Si fuera por inteligencias como la tuya, no se construiría nada ni nada se demolería. No entra eso en tu cabeza. Pero yo os digo que la cosa no va por buen camino y no anuncia nada bueno, ni para el puente ni para la *kasaba*, y menos para nosotros, que lo vemos con nuestros ojos.

—Así es, así es. Nuestro *hodja* sabe muy bien lo que es el puente —intervino el otro parroquiano, aludiendo maliciosamente al castigo que había sufrido Alí Hodja antaño en la *kapija*.

—Pues claro que lo sé —dijo el *hodja* con tono seguro, y comenzó, ya muy sereno, a contar una de esas historias que suscitan las risas de sus vecinos aunque les guste oírlas repetidas veces.

—Hace tiempo, mi difunto padre oyó contar al jeque Dedija una historia que a su vez me contó cuando yo era niño: por qué hay puentes en el mundo y cómo surgió el primero. Cuando Alá, alabado sea su nombre, creó el universo, la tierra era plana y lisa como el más hermoso azafate labrado. Esto molestaba a Satanás, que envidiaba al hombre ese regalo divino. Y mientras la tierra seguía siendo como la mano de Dios la había hecho, húmeda y blanda como arcilla sin cocer, él se aproximó a hurtadillas y con las uñas le arañó el rostro tan hondamente como pudo. Así, según la historia, nacieron los ríos profundos y los precipicios que separan un extremo de otro, y separan a los hombres y les obstaculizan los viajes por la tierra que Dios les dio como un vergel para su alimento y manutención. Alá se entristeció al ver lo que el Maligno había hecho, pero como no podía

retomar la obra propia después de que Satanás la hubiera profanado con su mano, envió a sus ángeles para que ayudaran y aliviaran a los hombres. Cuando los ángeles vieron que los pobres humanos no podían atravesar aquellos abismos y simas ni terminar sus tareas, sino que se atormentaban y en vano miraban y gritaban de una orilla a otra, extendieron en esos puntos las alas y la gente empezó a cruzar sobre ellas. Así los hombres aprendieron de los ángeles de Dios cómo se construye un puente. Y por eso, después de las fuentes, que es la mejor de las obras beneficiosas, la siguiente son los puentes, y el mayor pecado es tocarlos, porque cada uno de ellos, desde la pasarela de un arroyo de montaña hasta esta construcción de Mehmed Bajá, tiene su propio ángel que lo cuida y mantiene mientras Dios así lo decida.

—¡Dios misericordioso! ¡Dios misericordioso! —se asombraron cortésmente los dos oyentes.

Así pasaban el rato, conversando, mientras el día transcurría y avanzaban las obras del puente, y desde allí les llegaba el chirrido de los carros y los golpeteos de la máquina que mezclaba el cemento con la arena.

Como siempre, el *hodja* tuvo la última palabra en este debate, porque nadie quería ni podía enzarzarse con él hasta el final, y menos aún esos dos gandules de cabeza hueca, que se bebían su café y sabían que al día siguiente también tendrían que pasar buena parte de la jornada en la tienda.

Y así hablaba Alí Hodja a cualquiera que por negocios o de pasada acudiera a su mostrador. Todos lo escuchaban con curiosidad burlona y fingida atención, pero nadie en la *kasaba* compartía sus ideas ni entendía su pesimismo ni sus malos presentimientos que ni siquiera él mismo era capaz de explicar o argumentar. Por lo demás, hacía tiempo que todos se habían acostumbrado a considerarlo un hombre petulante y excéntrico que ahora, por causa de la edad, las circunstancias difíciles y la juventud de su mujer, veía todas las cosas negras y les daba una importancia especial y nefasta.

Los vecinos de la *kasaba* se mostraban en su mayoría indiferentes ante las obras del puente, igual que ante todo lo demás que los extranjeros llevaban a cabo hacía años en la ciudad y sus alrededores. Mucha gente ganaba dinero acarreando arena, madera o víveres para los obreros. Sólo los niños sufrieron una desilusión cuando, a través de los andamios de madera, los trabajadores entraron por el agujero negro en el pilar central, en el

«cuarto» en el que según sus creencias infantiles vivía el Árabe. De este espacio sacaron y arrojaron al río una infinitud de cestas de excrementos de aves. Y eso fue todo. El Árabe no apareció. Y los críos en vano llegaban tarde a la escuela, esperando horas en la orilla a ver si el hombre negro surgía de la oscuridad y golpeaba en el pecho al primer peón que encontrara, con tanta fuerza que saliera volando, describiendo un gran arco desde la pasarela móvil hasta el río. Rabiosos porque no sucedía, algunos muchachos intentaron contar que sí había pasado, pero no resultaron convincentes. Los otros chicos se rieron de ellos. Tampoco los juramentos surtieron efecto alguno.

Apenas acabaron las obras de restauración del puente, empezaron las de la conducción de agua. La *kasaba* hasta entonces tenía caños de madera, de los que sólo dos, en Mejdan, daban agua potable de manantial; el resto, abajo en el llano, estaban conectados con el Drina o con el Rzav y el agua salía turbia en cuanto cualquiera de los dos ríos se enturbiaba, y se secaban en la época de los calores estivales, cuando los ríos perdían caudal. Los ingenieros descubrieron que el agua de la villa era insana y trajeron agua nueva de la montaña, más arriba de Kabernik, al otro lado del Drina, de manera que la tubería tenía que pasar por el puente para llegar a la ciudad.

Y otra vez la multitud y el martilleo se apoderaron del puente. Levantaron las losas y cavaron una zanja para las tuberías. Ardían hogueras en las que bullía el alquitrán y el plomo se fundía. Se devanaba el cáñamo. La gente volvía a contemplar las obras con desconfianza y curiosidad, como antaño. Alí Hodja fruncía el ceño debido al humo que llegaba a través del mercado hasta su tienda y hablaba con desdén de la nueva agua «inmunda» que corría por las tuberías de hierro, de manera que no servía para beber ni para las abluciones, y ni siquiera los caballos la beberían si todavía hubiera caballos de pura raza como antes. Se burlaba de Lotika, que había instalado el agua corriente en el hotel. Y a cualquiera que quisiera escucharlo le demostraba que la canalización no era más que una de las señales de un mal imprevisto que más pronto o más tarde se abatiría sobre la *kasaba*.

Sin embargo, el verano del año siguiente se terminaron los trabajos de la red hidráulica, igual que se habían terminado las obras anteriores. El agua, que dejó de depender de la sequía o de las inundaciones, manaba limpia y

abundante de los nuevos caños de hierro. Muchos instalaron el agua en el patio y algunos incluso en casa. Ese mismo otoño empezó la construcción de la vía férrea. Se trataba de un trabajo más largo e importante. Cierto era que a primera vista no tenía relación con el puente. Pero sólo en apariencia.

Se trataba de una vía estrecha que en los artículos de los periódicos y en la correspondencia oficial se denominaba «ferrocarril oriental». Debía unir Sarajevo con la frontera de Serbia en Vardiste, y con la turca del Sanjacado de Novi Pazar, en Uvac. Esta vía cruzaba la *kasaba*, que debía ser la estación más importante.

Mucho se escribía y comentaba en el mundo sobre el significado político y estratégico de la nueva vía, sobre la inminente anexión de Bosnia y Herzegovina, sobre los objetivos a largo plazo del imperio austrohúngaro a través del Sanjacado hacia Salónica, y sobre los complejos problemas que se planteaban en relación con todo ello. Pero en la *kasaba* aún aparecía con un aspecto inofensivo e incluso atractivo. Nuevos industriales, nuevas multitudes de trabajadores y nuevas fuentes de ingresos.

Esta vez todo fue a lo grande. Cuatro años duró la construcción de la vía de ciento sesenta y seis kilómetros en la que había alrededor de un centenar de puentes, viaductos y unos ciento treinta túneles, y que le costó al Estado setenta y cuatro millones de coronas. La gente pronunciaba ese enorme número de millones y al hacerlo miraba a un punto indefinido en la distancia, como si se esforzara en vano por contemplar allí esa montaña de dinero que se escapa a cualquier cálculo y examen. «Setenta y cuatro millones», decían muchos visegradenses con aire autosuficiente y entendido, como si lo hubieran contado en la palma de la mano. Porque, incluso en esa *kasaba* recóndita, donde la vida en dos terceras partes de sus manifestaciones era completamente oriental, los vecinos habían empezado a ser esclavos de los números y a creer en las estadísticas. «Setenta y cuatro millones». «Algo menos de medio millón, exactamente 445 782,12 coronas, por kilómetro». Así se llenaba la gente la boca con grandes cifras, pero nadie se volvía por ello más rico ni más inteligente.

Durante la construcción de la vía, los vecinos sintieron por primera vez que aquello no era esa prosperidad segura y despreocupada de la etapa inicial de la ocupación. Ya en los últimos años habían subido los precios de

las mercancías y de los artículos de primera necesidad. Subían y nunca bajaban, sino que después de un periodo de tiempo más o menos largo volvían a subir. Había, en efecto, beneficios y los salarios eran altos, pero siempre inferiores en al menos un veinte por ciento a las necesidades reales. Era un juego loco y pérfido que amargaba a una cantidad de gente cada vez mayor, pero contra el que no se podía hacer nada, porque venía de un lugar lejano, de las mismas fuentes inaccesibles y desconocidas de las que había venido el bienestar de los primeros años. Y muchos patrones que se habían enriquecido rápidamente al llegar la ocupación, unos quince o veinte años atrás, ahora se habían empobrecido y sus hijos trabajaban por cuenta ajena. Era cierto que otros hombres habían sacado provecho, pero también en sus manos el dinero se escurría como el mercurio, como un hechizo después del cual uno puede encontrarse con facilidad con las manos vacías y deshonrado. El tiempo demostraba que las ganancias y la consiguiente vida fácil tenían su reverso, que el dinero y el que lo poseía no eran más que una apuesta en un gran juego veleidoso del que nadie conocía todas las reglas y cuyo resultado era imposible prever. Y sin intuirlo, todos jugamos a este juego, unos con apuestas mayores que otros, pero todos con un riesgo permanente.

El verano del cuarto año, atravesó la *kasaba* el primer tren, adornado con flores y banderas. Se organizó una gran fiesta popular. Se sirvió el almuerzo a los obreros con barriles de cerveza. Los ingenieros se hacían fotos con la primera locomotora. Ese día el trayecto fue gratis. («Un día gratis y toda la eternidad pagándolo», se burlaba Alí Hodja de los que habían disfrutado ese primer viaje).

Sólo entonces, cuando la vía férrea se había terminado y había empezado a funcionar, se vio lo que significaba para el puente, su papel en la vida de la *kasaba* y todo su destino. La vía bordeaba el Drina, por la pendiente bajo Mejdan, tallada en la colina, rodeaba la ciudad y descendía a la llanura en el punto donde estaban las últimas casas, a orillas del Rzav. Ahí estaba la estación. Todo el tráfico de mercancías y de personas con Sarajevo y con el resto del mundo occidental quedó localizado en la orilla derecha del Drina. La margen izquierda y el puente fueron postergados por completo. Sólo los habitantes de la orilla izquierda cruzaban el Drina por el

puente; los campesinos con sus pequeñas monturas cargadas en exceso, las carretas de bueyes, o los tiros de caballos arrastrando madera para la estación desde bosques lejanos.

En la carretera que, a través de Lijeska, ascendía desde el puente hacia Semec y desde allí, cruzando Glasinac y Romanija, hacia Sarajevo, y en la que antaño resonaban el canto de los cocheros y los cascabeles de los caballos de los arrieros, empezó a crecer la hierba y ese musgo verde y menudo que acompaña al lento agonizar de ciertos senderos y edificios. Ya no se viajaba ni se cruzaba el puente acompañando a alguien, ya no había despedidas en la *kapija*, ni se montaba ni se bebía un aguardiente a lomos del caballo, así, «para el camino».

Los arrieros, los caballos, las calesas con capota y los pequeños simones pasados de moda en los que antaño se iba a Sarajevo se quedaron sin trabajo. El viaje no duraba dos días enteros, con una noche en Rogatica, como hasta entonces, sino cuatro horas. Por esos números la gente se devanaba los sesos, pero seguía hablando de ellos sin hacer gala de cerebro alguno, con emoción, calculando todos los beneficios y ahorros que traía la velocidad. Y se vivió como un milagro la primera vez que unos ciudadanos en el mismo día fueron a Sarajevo, resolvieron algunos asuntos y por la noche volvieron a casa.

Alí Hodja era la excepción, desconfiado, testarudo, contundente y al «margen del mundo», como de costumbre. A los que se jactaban de la rapidez con la que hacían ahora los negocios y calculaban cuánto tiempo, esfuerzo y dinero ahorraban, él les replicaba malhumorado que lo importante no era cuánto tiempo ganaba el hombre, sino lo que hacía con ese tiempo que había ahorrado; si lo usaba mal, entonces era mejor que no dispusiera de él. Señalaba que la cuestión más importante no era si el hombre iba deprisa, sino adónde y por qué, y que en ese sentido, la velocidad no significaba siempre una ventaja.

—Si vas a la gehena, mejor es ir despacio —le decía a un joven comerciante—; eres un idiota si piensas que el germano ha gastado el dinero y ha traído la máquina sólo para que tú puedas viajar más deprisa y terminar los negocios. Tú sólo te fijas en que viajas, y no preguntas qué puede llevar y traer la máquina además de a ti y a los que son como tú. Pero

eso no puede entrarte en la cabeza. Viaja, viaja, ¡qué Dios te guarde!, ve a donde quieras, pero me temo que con tanto viaje un día te vas a llevar un chasco. Vendrá un tiempo en el que los austríacos te llevarán a un lugar que no te guste y al que nunca se te ha ocurrido ir.

Y cuando oía el silbato de la locomotora, que atravesaba la cuesta por encima del caravasar, Alí Hodja fruncía la frente, un murmullo incomprensible bailaba en sus labios y, mirando desde su banco mostrador el puente de piedra en el mismo ángulo eterno, seguía hilando su antigua idea de que los edificios más grandes se asientan sobre una palabra, mientras que la paz y la supervivencia de ciudades enteras y de sus habitantes quizá dependan de un solo pitido. O al menos así veía las cosas un hombre impotente, que tenía mucha memoria y envejecía precipitadamente.

Pero, como en tantas otras cosas, en esto Alí Hodja estaba solo, como un hombre excéntrico y enrevesado. Es cierto que también los campesinos se habituaban con dificultad al ferrocarril. Les era de utilidad, pero no podían familiarizarse con él ni entender su carácter y sus costumbres. De madrugada bajaban de la montaña, llegaban a la *kasaba* cuando despuntaba el sol, y ya en las primeras tiendas preguntaban agitados a todo el que se encontraban:

—¿Se ha ido ya la máquina?

—¡Qué Dios te guarde, buen hombre!, se fue hace mucho —mentían los tenderos ociosos en los mostradores.

—¡No puede ser!

—Mañana habrá otra.

Y preguntaban todo esto sin detenerse, apresurándose y gritando a las mujeres y a los hijos, que se rezagaban.

Así llegaban a la carrera a la estación. Allí alguien del personal los calmaba y les decía que los habían engañado y que tenían que esperar aún tres horas hasta que saliera el tren. Entonces respiraban, se recostaban contra la pared del edificio de la estación, dejaban los bolsos en el suelo, desayunaban, hablaban o dormitaban, pero permanecían siempre al acecho y, en cuanto una locomotora de carga silbaba en algún lugar, saltaban y empezaban a recoger sus cosas esparcidas, chillando:

—¡Levantaos, vamos, que la máquina se va!

El funcionario en el andén los regañaba y empujaba fuera:

—Pero ¿no os he dicho que faltan más de tres horas para la salida del tren? ¿Adónde vais corriendo? ¿Os habéis vuelto locos o qué?

Entonces regresaban a sus sitios, volvían a sentarse, pero la duda y la incredulidad no los abandonaban. Y al primer pitido o ruido sospechoso saltaban de nuevo y se lanzaban al andén, de donde otra vez los echaban para que esperaran pacientemente y atentamente acecharan. Pues por mucho que se les dijera y se les demostrara, en el fondo de sus conciencias no podían entender esa «máquina» más que como una estratagema rápida, enigmática y pérfida de los austríacos, que se le escapaba al hombre descuidado cuando menos se lo esperaba, y cuyo único objetivo era engañar al campesino viajero y marcharse sin él.

Pero la torpeza de los labriegos y los mohines y refunfuños de Alí Hodja no eran más que menudencias. Los vecinos se reían de ellas al mismo tiempo que se acostumbraban deprisa al ferrocarril, igual que a todo lo que era más nuevo, más cómodo y más agradable. Seguían yendo al puente y sentándose en la *kapija*, como siempre habían hecho, lo atravesaban para llevar a cabo sus asuntos cotidianos, pero viajaban en la dirección y en la forma en que dictaban los nuevos tiempos. Y rápida y felizmente se habían acostumbrado a la idea de que el camino por el puente ya no llevaba al mundo, y de que ya no era lo que otrora había sido: el nexo de unión entre Oriente y Occidente. Mejor dicho, a la mayoría ni siquiera se le ocurría pensar en ello.

Mientras, el puente continuaba igual que siempre, con la eterna juventud de las grandes obras humanas concebidas a la perfección, que ignoran lo que es envejecer y cambiar y que, al menos lo parece, no comparten el destino de las cosas efímeras de este mundo.

XVII

Junto al puente, en la *kasaba* con la que el hado lo había unido, maduraban los frutos de los nuevos tiempos. Llegó el año 1908, que trajo una gran inquietud y una amenaza sorda que desde entonces no dejó de cernirse sobre la ciudad.

En realidad había empezado mucho antes; quizá con la construcción de la vía férrea y los primeros años del nuevo siglo. Junto con la subida de los precios y ese juego incomprensible pero perceptible de alzas y bajas de las acciones, de los dividendos y del dinero, se había comenzado a hablar cada vez más de política.

Hasta entonces los visegradenses se habían dedicado exclusivamente a lo que les era cercano y conocido: sus ganancias, diversiones, en general a asuntos de su familia y de su barrio, de la ciudad o de la comunidad religiosa, pero siempre indirecta y comedidamente, sin mirar demasiado ni hacia delante ni hacia atrás. Ahora, sin embargo, se planteaban en las conversaciones más cuestiones que radicaban en un lugar muy lejano, fuera de ese círculo. En Sarajevo se habían fundado partidos y organizaciones religiosas y nacionalistas serbias y musulmanas, e inmediatamente después se habían creado subcomités en la *kasaba*. Allí habían llegado nuevos periódicos que habían surgido en Sarajevo, y se habían constituido salas de lectura y sociedades corales. Primero serbios, luego musulmanes y después judíos. Los alumnos del liceo y los estudiantes de las universidades de Viena y de Praga volvían a sus casas para las vacaciones y traían libros y folletos nuevos y una nueva forma de expresarse. Con su ejemplo, les demostraron a los jóvenes visegradenses que no siempre había que morderse la lengua, y que la palabra no siempre debía estar lejos del

pensamiento, como habían creído y afirmado toda la vida los ancianos. Aparecían nombres de nuevas organizaciones religiosas y nacionalistas, con bases muy amplias y objetivos audaces y, por último, aparecieron las organizaciones de los trabajadores. Por primera vez se oyó en la *kasaba* la palabra «huelga». Los aprendices jóvenes se hicieron más serios. Por la noche en la *kapija* mantenían entre ellos conversaciones incomprensibles para otros e intercambiaban pequeños folletos sin tapas con títulos del estilo de *¿Qué es el socialismo?, Ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas de educación, Objetivos y vías del proletariado mundial*.

Se les hablaba a los campesinos de la cuestión agraria, de la situación de los siervos, de las tierras, de los beyes. Ellos escuchaban mirando como de soslayo, moviendo los bigotes de modo apenas perceptible y frunciendo la frente, como si se estuvieran esforzando por memorizarlo para reflexionar más tarde, en solitario o con los suyos.

Había bastantes ciudadanos que seguían callando prudentemente o evitando estas novedades, la osadía de estas ideas y del lenguaje. Pero había más aún, sobre todo entre la juventud, los pobres y los desempleados, que las recibían como una señal alegre que respondía a sus necesidades interiores acalladas y reprimidas hasta entonces e introducía en sus vidas algo grande y estimulante de lo que también hasta entonces habían carecido. Al leer los discursos y artículos, las protestas y memorandos religiosos o ideológicos, cada uno tenía la sensación de que una parte de su ser se desanudaba, de que se le ampliaba el horizonte, los pensamientos se liberaban y las fuerzas se ligaban con las de otras personas lejanas en las que hasta ahora no había pensado nunca. Empezaron a mirarse unos a otros como antes no se habían mirado. En resumidas cuentas, les parecía que la vida se tornaba más vasta, más rica, que las fronteras de lo prohibido e imposible se movían y que, incluso para quien jamás las había tenido, se abrían aspectos y oportunidades desconocidas.

En realidad, no tenían nada nuevo ni habían contemplado nada mejor, pero podían levantar la mirada más allá de su presente cotidiano en la *kasaba*, albergar una ilusión emocionante de amplitud y energía. Sus hábitos no habían cambiado, los usos y costumbres en el trato recíproco eran los mismos, salvo que en el sempiterno ritual de charla despreocupada

con café, tabaco y aguardiente, se intercalaban debates ideológicos, palabras audaces y una nueva forma de conversar. La gente empezaba a dividirse y reunirse, rechazarse y atraerse según nuevas medidas y en virtud de nuevos fundamentos, pero con la fuerza de las pasiones antiguas y los instintos atávicos.

Fue entonces cuando los acontecimientos del exterior comenzaron a tener resonancia en la *kasaba*. En 1903 se había producido un cambio en el trono de Serbia, y luego otro en el régimen de Turquía. La ciudad, situada en la misma frontera de Serbia y no lejos del confín turco, y profundamente vinculada con uno u otro de los dos países, experimentó estos cambios, los vivió y los interpretó, aunque no se había hablado ni opinado de ellos pública y abiertamente.

En Visegrad se hizo más patente el trabajo agitado y la presión de las autoridades, primero de las civiles y luego de las militares. Y se sintió de una forma completamente nueva. Antes se observaba lo que hacía cada cual y cómo se portaba, ahora se preguntaba lo que pensaba y cómo se expresaba. En los pueblos a lo largo de la frontera iba aumentando el número de gendarmes. Al puesto de mando llegó un oficial especial del servicio de espionaje, oriundo de Lika. La policía arrestaba y multaba a los jóvenes que hacían declaraciones incautas o cantaban canciones serbias. Los forasteros sospechosos fueron expulsados. Y entre los ciudadanos se produjeron riñas y peleas debidas a la diferencia de opiniones.

Con la introducción del ferrocarril no sólo se habían acortado los viajes y el transporte de mercancía era más fácil; también se había acelerado el curso de los acontecimientos. Los vecinos de la *kasaba* no lo advertían, porque la aceleración fue gradual y porque todos estaban inmersos en ella. La gente se estaba acostumbrando a las emociones; las noticias convulsas dejaron de ser una rareza y una excepción para convertirse en el pan de cada día y en una auténtica necesidad. La vida se había precipitado hacia alguna parte, acelerando bruscamente como acelera un torrente su curso justo antes de romper y abatirse sobre las rocas escarpadas convirtiéndose en cascada.

Habían transcurrido cuatro años desde el paso del primer tren a través de la *kasaba*, cuando una mañana de octubre, debajo de la placa con la

inscripción turca, apareció en la *kapija* un gran cartel blanco. Lo había pegado Drago, ordenanza de la administración del distrito. Primero se amontonaron los niños y los ociosos, y luego empezó a llegar el resto de la población. Los instruidos lo leyeron en voz alta, silabeando y atascándose en las expresiones extranjeras y de cuño insólito. Los demás escuchaban en silencio y con los ojos bajos, y después de oírlo y meditarlo unos instantes, se iban, sin levantar la vista del suelo, pasándose la mano por los bigotes y la barba, como si se limpiaran la palabra que por poco no habían proferido.

Después de la oración de mediodía llegó Alí Hodja, luego de haber colocado una tranca en la puerta del negocio en señal de que estaba cerrado. Esta vez la proclama no estaba escrita en turco y el *hodja* no era capaz de entenderla. Un muchacho se la leyó en voz alta, de manera totalmente mecánica, como en el colegio:

PROCLAMA

Al pueblo de Bosnia y Herzegovina:

Nos, Francisco José I, emperador de Austria, rey de Bohemia, etc., y rey apostólico de Hungría, a los habitantes de Bosnia y Herzegovina:

Cuando hace una ge-ge-generación Nuestro ejército cruzó las fronteras de vuestro país…

Alí Hodja sintió que le escocía la oreja derecha bajo el turbante blanco y, como si hubiera sido el día anterior, ante sus ojos se le representó la disputa con Karamanlija, la agresión que había sufrido, la cruz roja flotando en lágrimas mientras el soldado austríaco lo desclavaba cuidadosamente y el cartel blanco con la proclama de entonces.

El chico seguía leyendo:

… se os ga-ga-garantizó que no habían venido como enemigos, sino como amigos, con la fir-fi-r-me voluntad de eliminar el mal que durante años había pesado sobre vuestra patria.

Esa promesa, hecha en aquel momento crí-crí-tico…

Todos se quejaron rabiosos contra el lector inepto, que, confuso y sonrojado, se perdió entre el gentío, y en su lugar vino un desconocido con una chaqueta de cuero, que parecía estar esperando la ocasión, y empezó a leer veloz y fluidamente, como una oración aprendida de memoria hacía tiempo.

> *Esa promesa, hecha en aquel momento crítico, la hemos mantenido honrosamente. Nuestro gobierno siempre se ha esforzado por trabajar con seriedad y diligencia en la paz y en la legalidad y llevar a vuestra patria hacia un futuro más feliz.*
>
> *Y Nos, para Nuestra gran alegría, podemos decir libremente: la semilla que se ha esparcido en los surcos del suelo arado ha germinado y dado sus frutos. Y vosotros mismos debéis sentirlo como una bendición: que en lugar de la fuerza y la tiranía se haya instaurado el orden y la seguridad, que el trabajo y la vida estén en constante desarrollo, que la noble influencia de una educación generalizada demuestre que bajo la égida de una administración organizada cualquiera puede alegrarse con los frutos de su trabajo.*
>
> *Todos tenemos el deber de avanzar incansablemente por ese camino.*
>
> *Con esta meta ante los ojos, sostenemos que ha llegado el momento de ofrecer a los habitantes de ambos países una nueva prueba de Nuestra fe en su madurez política. Para que Bosnia y Herzegovina suban un nuevo escalón de la vida política, hemos decidido brindar a ambos países instituciones constitucionales —que responderán a las circunstancias e intereses comunes—, creando así una base legal para representar sus aspiraciones y necesidades.*
>
> *Que se escuche vuestra palabra a la hora de tomar decisiones sobre vuestra patria que, al igual que hasta ahora, tendrá su propia administración.*

Pero la primera condición indispensable para introducir esta territorialidad constitucional es la definición clara e indudable de la posición jurídica de ambos países. Por este motivo, y fieles a la memoria del vínculo que antiguamente existía entre Nuestros gloriosos antepasados en el trono húngaro y esta tierra, extendemos Nuestros derechos de soberanía sobre Bosnia y Herzegovina y deseamos que se aplique el orden de sucesión vigente para Nuestra dinastía.

Así, los habitantes de los dos países participarán en todos los beneficios que puede ofrecerles la duradera ratificación de las relaciones existentes hasta ahora. El orden nuevo será la garantía para que la cultura y la prosperidad hallen un hogar seguro en vuestra patria.

Ciudadanos de Bosnia y Herzegovina:

Entre las numerosas preocupaciones que penden de Nuestro trono, vuestro bienestar material y espiritual no será la última. La idea elevada de derechos iguales para todos ante la ley; la participación en la aprobación de leyes y en la administración del país; la misma protección para todas las confesiones, idiomas y particularidades nacionales, de todos estos bienes supremos gozaréis plenamente.

La libertad del individuo y el bien de la comunidad será la estrella que guiará Nuestro gobierno en ambos países…

Con la boca ligeramente abierta y la cabeza inclinada, Alí Hodja escuchaba estas palabras, en su mayoría inusuales o desconocidas, e incluso las que no le resultaban extrañas, en ese conjunto, le llegaban como raras e incomprensibles: «semilla… que se ha esparcido en los surcos del suelo arado», «condición indispensable para introducir esta territorialidad constitucional es la definición clara e indudable de la posición jurídica…», «la estrella que guiará Nuestro gobierno…». Sí, he aquí de nuevo «las palabras del emperador». Y con cada una de ellas, en la mirada interior del *hodja* tan pronto se abría un horizonte lejano, insólito y peligroso, como se corría una cortina negra y plúmbea sobre las pupilas. Así sucesivamente; o

no ve nada o ve algo que no entiende y que no presagia nada bueno. En esta vida no cabe excluir nada y cualquier milagro es posible. Un hombre puede escuchar atentamente sin entender frases aisladas de lo que escucha y, sin embargo, sí puede comprender y asimilar el conjunto a la perfección. Esta semilla, esta estrella, esta preocupación del trono, todo podría estar en un idioma extranjero, y el *hodja*, no obstante, entendería, al menos se lo parece, lo que se quiere decir y lo que se pretende conseguir con ello. Los soberanos, ea, hace ya treinta años que se gritan a través de los países y ciudades y por encima de las cabezas de sus pueblos. Más cada palabra en las proclamas de cada emperador pesa. Las tierras se desgarran, las cabezas vuelan. Se dice «semilla… estrella… preocupaciones del trono», para no tener que llamar a las cosas por su verdadero nombre y declarar la verdad: que los países y provincias, y con ellos las personas y poblaciones, van de mano en mano como calderilla, que un hombre íntegro y bienintencionado no encuentra paz en la tierra, ni tan siquiera ese ápice que necesita para su corta existencia, que su situación y hacienda varían independientemente de él y contra sus deseos y sus mejores intenciones.

Alí Hodja escucha y tiene la impresión de que son las mismas palabras de hace treinta años, el mismo peso plúmbeo en el pecho, el mismo mensaje de que su tiempo había pasado, de que la «llama turca se había consumido», y que se lo tenían que repetir porque no querían entenderlo ni admitirlo, sino que se engañaban a sí mismos y hacían como que no se enteraban de nada.

> *Por todo ello, vosotros, con toda seguridad, os mostraréis dignos de la confianza que se os otorga, para que la noble armonía entre el soberano y su pueblo, la prenda más valiosa de todo progreso de Estado, acompañe siempre Nuestro trabajo común.*
>
> *Hecho en nuestra capital real de Budapest.*
>
> *Francisco José, de mi puño y letra.*

Así terminó la lectura del hombre con la chaqueta de cuero, que de pronto, inesperadamente, gritó:

—¡Viva Su Majestad, nuestro emperador!

—¡Viva! —exclamó, como obedeciendo una orden, el alto Ferhat, el que encendía los faroles municipales.

El resto, en silencio, se dispersó en el acto.

Todavía no era noche cerrada cuando el gran cartel blanco fue arrancado y arrojado al Drina. Al día siguiente arrestaron a varios jóvenes serbios sospechosos de haberlo hecho, y en la *kapija* volvió a aparecer pegado el cartel y a su lado un guardia municipal.

En cuanto un gobierno siente la necesidad de prometer a sus ciudadanos la paz y el bienestar mediante un cartel, hay que ser cauto y esperar justo lo contrario. Ya a finales de octubre empezaron a llegar soldados, y no sólo en trenes, sino también por los antiguos caminos abandonados. Igual que treinta años atrás, bajaron por la escarpada carretera de Sarajevo y, a través del puente, entraron en la *kasaba* con la impedimenta y los pertrechos. Los había de todos los cuerpos y de todas las armas, salvo de caballería. Todos los cuarteles estaban llenos. Se acampaba en tiendas de campaña. Llegaban sin cesar nuevas unidades, se entretenían unos cuantos días en la ciudad y luego se desplegaban por los pueblos a lo largo de la frontera con Serbia. Los soldados eran en su mayoría reservistas de diversas nacionalidades con bastante dinero. Compraban las pequeñas cosas que necesitaban en las tiendas, y frutas y golosinas en los puestos de las esquinas. Los precios subieron. El heno y la avena desaparecieron por completo. En las colinas alrededor de la ciudad empezaron a construir fortificaciones, y en el mismo puente comenzó una obra extraña. En el centro, inmediatamente después de pasar la *kapija*, yendo desde el bazar a la orilla izquierda del Drina, unos obreros especialmente venidos para ello emprendieron la perforación de un pilar para hacer un agujero de un metro cuadrado de tamaño. El lugar en el que se trabajaba estaba tapado por una tienda de campaña verde bajo la cual se oía un martilleo incesante que descendía cada vez más. Tiraban enseguida al río a través del pretil la piedra excavada. Pero, por mucho que ocultaran la obra, en la *kasaba* se sabía que estaban minando el puente, es decir, que estaban haciendo un boquete a través de un pilar hasta el fondo, para depositar explosivos en los cimientos para el caso de que estallara la guerra y fuera necesario destruirlo. Introdujeron una escalerilla de hierro en

el agujero y, cuando todo estuvo listo, colocaron una tapadera también de hierro. Y al cabo de unos cuantos días, esta placa se igualó con la piedra y el polvo y por encima pasaban los carros, los caballos y los peatones que se apresuraban al trabajo sin pensar en minas ni explosivos. Sólo los chicos que iban al colegio se paraban en ese punto, golpeaban curiosos la tapa de hierro, conjeturaban acerca de qué se escondía debajo, fantaseaban sobre un nuevo Árabe oculto en el puente, discutían sobre los explosivos, cuál era su efecto, y si era posible destruir una construcción tan grande.

De los adultos, sólo Alí Hodja Mutevelic fue a examinar, ceñudo y receloso, la tienda verde mientras se trabajaba y la tapa de hierro que quedó después en el puente. Escuchaba todo lo que se decía y se murmuraba: que en el pilar se había excavado un agujero como un pozo y dentro habían colocado explosivos que estaban conectados por cable eléctrico con la orilla, de manera que a cualquier hora del día y de la noche el comandante podía destruir el puente en su parte central como si fuera de azúcar y no de piedra. Escuchaba el *hodja* y meneaba la cabeza, pensaba en ello sin cesar. Cuando se retiraba a su «ataúd», y por la noche, en la cama, cuando se iba a dormir, unas veces creía esa posibilidad, otras no, por demasiado alocada e impía, pero le preocupaba constantemente, y en sueños se le aparecían sus antepasados, los antiguos administradores de la fundación de Mehmed Bajá, y le interrogaban severos: ¿qué es esto?, ¿qué asunto es ese del puente? Sobrellevaba solo la pesadumbre que lo embargaba. No quería preguntarle a nadie, considerando que un hombre inteligente hacía ya tiempo que no tenía a quién confiarse ni con quién conversar afablemente en esta *kasaba*, porque todos los hombres habían perdido la vergüenza y la razón, o estaban tan confusos y amargados como él.

Sin embargo, un día se le ofreció la oportunidad de informarse al respecto. Uno de los beyes Brankovic de Crnca, Muhamed, había hecho el servicio militar en Viena, se había quedado allí como *Längediener*[*28] y había alcanzado el grado de *Feldwebel*[*11]. (Era un nieto de aquel Semsi Bey que, después de la ocupación, se había encerrado en Crnca y había fallecido de pena, y que hoy día se mencionaba aún entre los turcos ancianos como un ejemplo de grandeza y consecuencia moral inalcanzable). Muhamed Bey había venido ese año de permiso. Era un hombre pelirrojo,

alto y grueso, de uniforme azul oscuro impecable, con los cordones amarillos, las borlas rojas y las pequeñas estrellas de plata en el cuello, guantes de piel blanca como la nieve y un fez rojo en la cabeza. Elegante, sonriente, pulcro y atildado, paseaba intachable por el bazar. Su largo sable tintineaba discretamente en el pavimento y saludaba a todo el mundo amable y seguro, como un hombre que come el pan del emperador y no duda de sí mismo ni tiene nada que temer de otros.

Cuando Muhamed Bey llegó a la tienda, se interesó por su salud y se sentó a tomar un café, el *hodja* aprovechó la ocasión para pedirle, a él como hombre del emperador que vivía lejos de la *kasaba*, explicaciones por la preocupación que lo atormentaba. Le contó de qué se trataba, qué se había hecho en el puente y lo que se decía en la villa, y le preguntó si era posible que se preparara con un plan premeditado la destrucción de una obra pía de interés general como era el puente.

En cuanto oyó a Alí Hodja, el *Feldwebel* se puso serio repentinamente. Su amplia sonrisa se desvaneció y su cara roja y bien rasurada adoptó una expresión petrificada, como si estuviera en un desfile en el momento en el que se da la orden de firmes. Guardó silencio un rato, como en una situación incómoda, y luego, en voz baja, respondió:

—Algo hay de eso. Pero si quieres que te diga la verdad, mejor es no preguntar y no comentarlo, porque pertenece al campo de los preparativos para la guerra, secretos oficiales y etcétera, etcétera.

Alí Hodja detestaba las expresiones nuevas, y sobre todo ese «etcétera». No sólo porque le desgarraba los oídos, sino también porque sentía que, en el habla de los extranjeros, la palabra como tal se usaba para callar la verdad, como si todo lo que se hubiera dicho antes no significara nada.

—¡Vamos, no me vengas también tú con su «… etcétera, etcétera»! Anda, mejor cuéntame y explícame, si puedes, qué es lo que hacen en el puente. No puede ser un secreto. ¿Qué secreto es ése que hasta los niños de la escuela conocen? —replicó el *hodja*, enfadado—. Y, ¡válgame Dios!, ¿qué tiene que ver el puente con sus guerras?

—Mucho, Alí Hodja, mucho tiene que ver —dijo Brankovic, recuperando la sonrisa.

Y le explicó con amabilidad y tono indulgente, como el que se emplea con los niños, que en los reglamentos militares todo estaba previsto; que por eso había zapadores y pontoneros; que en el ejército imperial todo el mundo conocía su trabajo y no había nada de qué preocuparse ni debía mezclarse en el «ramo» de los demás.

El *hodja* lo escuchaba, lo escuchaba y lo miraba, pero apenas lo entendía, y no pudo aguantar mucho.

—Sí, sí, muy bonito, eres un buen hombre, pero ¿saben ellos que el puente es una fundación del visir, que lo hizo por la salvación de su alma y por amor, y que es pecado tocar una sola de sus piedras?

El *Feldwebel* extendió los brazos, se encogió de hombros, apretó los labios y cerró los ojos, de modo que su rostro adquirió una expresión astuta y cortés, inmóvil, ciega y sorda, como sólo pueden adoptar las personas que llevan muchos años trabajando en administraciones arcaicas y corruptas, en las que la discreción hace tiempo que se ha convertido en indiferencia y la obediencia en cobardía. Una hoja de papel en blanco podía ser más elocuente que la muda cautela de aquel rostro. E inmediatamente después, el hombre del emperador abrió los ojos, bajó los brazos y distendió las facciones para volver a mostrar su aspecto seguro de serenidad sonriente en el que el carácter bonachón vienés y la cortesía turca se unían y mezclaban como dos aguas. Y, cambiando de conversación y alabando con palabras escogidas la salud y la juvenil apariencia del *hodja*, se despidió con la misma amabilidad inagotable con la que había llegado. El *hodja*, por su parte, quedó vacilante y confuso, pero no menos preocupado que antes. Perdido en estos pensamientos alarmantes, contempló desde su banco mostrador la belleza radiante del primer día de marzo. Delante de él, en perspectiva oblicua estaba el puente eterno y eternamente igual; a través de sus arcos blancos asomaba la superficie verde, iluminada e inquieta del Drina, semejante a un raro collar de dos colores que titilara al sol.

XVIII

La tensión, que en el mundo se denominó «crisis de la anexión», y que aquí había arrojado su sombra de mal agüero sobre el puente y la *kasaba*, cedió repentinamente. En algún lugar, mediante correspondencia y negociaciones entre las capitales interesadas, se encontró una solución para ella.

La frontera, esa frontera dispuesta desde siempre a inflamarse, no ardió en llamas esta vez. El ejército, que en número tan alto había abarrotado la villa y los pueblos del confín, empezó a retirarse y a reducir los efectivos en los primeros días de primavera. Pero, como solía suceder, los cambios que la crisis había suscitado persistieron también después de ella. La guarnición permanente de la ciudad era mayor que antes. El puente seguía minado. Nadie pensaba en ello, salvo Alí Hodja Mutevelic. Las autoridades militares requisaron el terreno en la explanada izquierda junto al puente, sobre el muro antiguo, en el que se hallaba el vivero comunal. Talaron los frutales del centro del huerto y levantaron en ese lugar una bella casa de dos plantas. Era el nuevo casino de oficiales, porque el antiguo, un pequeño edificio de una sola planta, arriba en Bikavac, se les había quedado pequeño para tantos como habían llegado. Así, en la orilla derecha estaba el hotel de Lotika, y en la izquierda, el casino de oficiales, dos edificios blancos, casi iguales; entre ellos el mercado, rodeado de tiendas, y sobre el mercado, en una pequeña elevación, el gran cuartel al que la gente llamaba el *Han* de Piedra, en recuerdo del caravasar de Mehmed Bajá, que antaño había ocupado ese lugar y había desaparecido sin dejar rastro.

Los precios, que habían subido el otoño pasado como consecuencia de la presencia abundante de soldados, no variaron, y daba la impresión de que seguirían subiendo, más que volver a bajar. Ese año se abrieron dos bancos,

uno serbio y otro musulmán. La gente se servía de las letras de cambio como si fueran una medicina. Cualquiera podía endeudarse con facilidad. Pero cuanto más dinero circulaba, más falta hacía. Sólo a aquellos que gastaban sin medida, más de lo que ganaban, la vida les seguía pareciendo fácil y bella. Pero los comerciantes y los hombres de negocios estaban preocupados. Los plazos de los créditos para pagar la mercancía eran cada vez más cortos. Los clientes buenos y seguros, cada vez más raros. Aumentaba sin cesar el número de artículos cuyo precio era superior al poder adquisitivo de la mayoría de los ciudadanos. Se comerciaba al por menor y crecía la demanda de mercancías más baratas. Sólo compraban en abundancia los pagadores de poco fiar. El único trabajo bueno y seguro era el abastecimiento del ejército o de una institución estatal, pero no estaba al alcance de cualquiera. Los impuestos generales y las tasas municipales eran cada vez mayores y más numerosos; se intensificaba la rigurosidad en la recaudación. Aunque lejanas, se sentía la inestabilidad malsana de las bolsas. Los beneficios que generaban iban a parar a manos invisibles, mientras que las pérdidas se extendían hasta los lugares más recónditos de la monarquía y se repartían entre los negocios pequeños, llegando hasta el revendedor y el consumidor.

El estado de ánimo general en la *kasaba* no era más sereno ni más tranquilo. La disminución repentina de la tensión no había traído el sosiego auténtico ni entre los serbios ni entre los musulmanes; sólo había dejado una decepción oculta para unos, y posos de desconfianza y miedo al futuro para otros. Las expectativas de grandes acontecimientos empezaron de nuevo a crecer sin razones evidentes ni motivos directos. El pueblo esperaba algo y temía algo (en realidad, unos esperaban y otros temían), y todo se recibía y observaba desde ese punto de vista y en relación con él. En resumidas cuentas, los corazones estaban inquietos, también los de los hombres analfabetos y más simples, en particular los de los jóvenes, y a nadie le bastaba la uniforme existencia que había arrastrado hasta entonces. Todos anhelaban más, querían algo mejor o temían lo peor. Los más ancianos añoraban el «dulce silencio» que en los tiempos de los turcos se consideraba como el objetivo último y la forma más perfecta de la vida pública y privada, y que todavía había imperado en las primeras décadas de

la dominación austríaca. Pero eran pocos. El resto de las personas pedían una vida más ruidosa, trepidante e inquieta. Querían acontecimientos o ecos de acontecimientos ajenos, o al menos el colorido, la algazara y las emociones que ofrecían la ilusión de que pasaba algo. Y esto cambiaba no sólo el ánimo, sino también el aspecto externo de la ciudad. Incluso la vida ancestral y corriente en la *kapija*, la vida de las conversaciones quedas y las reflexiones sosegadas, las bromas límpidas y las canciones melancólicas entre el agua, el cielo y las montañas, empezaba a variar.

El vendedor de café había adquirido un gramófono, una enorme caja de madera con una gran bocina de latón en forma de flor azul oscuro. Su hijo cambiaba los discos y las agujas, y daba cuerda sin cesar al aparato ensordecedor que hacía temblar la *kapija* y resonaba en las dos orillas. Había tenido que adquirirlo para no quedarse rezagado del resto del mundo, porque el gramófono estaba presente no sólo en las sociedades y salas de lectura, sino también en los cafetines más modestos, en los que antaño se sentaba uno en la hierba bajo los tilos o en una galería luminosa y se hablaba en voz baja y con pocas palabras. Por todas partes chirriaban y gañían marchas turcas, canciones patrióticas serbias o arias de operetas vienesas, según los parroquianos para los que sonaran. Porque donde no había bullicio, brillo y movimiento, la gente no iba y no gastaba.

Se leían mucho los periódicos, con avidez pero superficialmente, de pasada; sólo se buscaban los que en primera página mostraban titulares sensacionalistas, escritos con letras grandes. Los artículos de letra menuda y comprimida, apenas los leía nadie. Todo sucedía acompañado del clamor y fulgor de las palabras grandilocuentes. Los jóvenes no consideraban haber vivido el día si por la noche, antes de ir a dormir, no resonaba en sus oídos ni brillaba en sus ojos lo que durante la jornada habían visto y oído.

Los agaes y efendis de la ciudad acudían a la *kapija*, serios y en apariencia indiferentes, para oír las noticias de los periódicos o de la guerra ítalo-turca en Trípoli. Escuchaban ansiosos lo que se escribía en los diarios sobre el joven y heroico mayor turco Enver Bey, que vapuleaba a los italianos y defendía las tierras del sultán como si fuera vástago de Sokolovic o de Cuprilic. Los irritaba la música alta del gramófono que los

molestaba en sus pensamientos, y de manera imperceptible, pero profunda y sincera, temían por la suerte de las lejanas provincias turcas en África.

Sucede que a esa hora, al regresar del trabajo, cruza el puente Petar el Italiano, el maestro Pero, con su traje de paño blanco por el polvo y manchado de pintura y trementina. Ha envejecido y está aún más encorvado, humilde y temeroso. Igual que con ocasión del atentado de Lucheni contra la emperatriz y según una lógica para él incomprensible, de nuevo era el culpable de las acciones de sus compatriotas italianos en el mundo, pese a que hacía años que no mantenía relación alguna con ellos. Cuando pasa, uno de los jóvenes turcos grita:

—¿Quieres Trípoli, hijo de perra? ¡Aquí lo tienes!

Y al gritar le hace un corte de mangas y otros gestos obscenos.

El maestro Pero, cansado y encogido, con las herramientas bajo el brazo, se cala más el sombrero, aprieta crispado la pipa entre los dientes y se apresura hacia su casa subiendo por Mejdan.

Allí lo espera su Stana. Ella también ha envejecido y perdido fuerzas, pero aún sigue siendo una mujer áspera y gritona. Él se le queja amargamente de la juventud turca, que dice lo que no debe, y le piden Trípoli, a él, que hace dos días ni sabía que existía. Y Stana, como Stana, no quiere comprenderlo y compadecerlo, sino que además afirma que el único culpable es Pero, y se ha merecido que le griten de todo.

—Si fueras un hombre, que no lo eres, le habrías dado en la cabeza con el escoplo o el martillo, y al mahometano éste no se le ocurriría más meterse contigo, sino que saldría pitando cuando cruzaras el puente.

—Ay, Stana, Stana —dice el maestro Pero bondadosamente y un poco triste—, ¿cómo va a atizarle un hombre a otro con un martillo en la cabeza?

Así transcurrieron los años, en medio de emociones pequeñas y grandes y con la necesidad permanente de experimentarlas. Y llegó el otoño de 1912, y luego 1913, con las guerras balcánicas y las victorias serbias. Y según una excepción extraordinaria, precisamente aquello que fue de tanta importancia para el destino del puente y de la *kasaba* y todos sus habitantes llegó en silencio, casi sin que nadie se diera cuenta.

Carmesíes al principio y al final, y dorados en el medio, los días de octubre pasaron por la *kasaba*, que aguardaba la cosecha del maíz y el

aguardiente nuevo.

Todavía hacía buen tiempo para sentarse en la *kapija* al sol del mediodía. Parecía que el tiempo hubiera dejado de respirar sobre la *kasaba*. Y entonces sucedió.

Antes de que los hombres instruidos pudieran entrever en las noticias contradictorias de los periódicos la guerra entre Turquía y cuatro países balcánicos, el conflicto ya había estallado y emprendido sus caminos ancestrales por los Balcanes. Y antes de que el mundo entendiera realmente el significado y el alcance de la contienda, ésta terminó con la victoria de las armas serbias y cristianas. Había ocurrido lejos de allí, sin hogueras en la frontera, sin el eco de los cañones ni cabezas cortadas en la *kapija*. Igual que acaecía con el dinero y el comercio, también en los asuntos de gran peso, los hechos se desarrollaban lejos y con una rapidez incomprensible. Allá, en el mundo, se tiraban los dados o se reñía una batalla, y allá se resolvía el destino de cada uno de nosotros.

Pero aunque el aspecto externo de la *kasaba* era tranquilo e invariable, en las mentes estos sucesos habían suscitado verdaderas tormentas del mayor entusiasmo y del más hondo abatimiento. Pues al igual que todo lo que acaecía en el mundo en los últimos años, en la ciudad fueron acogidos con sentimientos totalmente enfrentados por los serbios y por los musulmanes; sólo en la fuerza e intensidad sus sentimientos eran quizá idénticos. Los sucesos superaron todas las esperanzas de unos, mientras que todos los temores de otros parecieron justificados. Los anhelos que durante cientos de años habían volado ante el lento paso de la historia ya no podían seguirla ni alcanzarla en su fantástico vuelo hacia las conquistas más audaces.

Todo cuanto la *kasaba* pudo ver y sentir directamente de aquella funesta guerra, se desarrolló a la velocidad del rayo y de una forma inusualmente sencilla.

En Uvac, donde el confín entre Austria-Hungría y Turquía discurría por el riachuelo del mismo nombre y el puente de madera separaba el cuartel de la gendarmería austríaca del puesto fronterizo otomano, un oficial turco pasó con una pequeña guarnición al lado austriaco. Allí partió teatralmente su sable sobre la baranda del puente y se entregó a los gendarmes

austriacos. En ese momento, bajaba desde el monte la infantería serbia vestida de gris para sustituir al anticuado ejército regular turco desplegado en la frontera entre Bosnia y el Sanjacado. Desapareció la triple frontera entre Austria, Turquía y Serbia. El confín turco, que hasta el día anterior estaba a unos quince kilómetros de Visegrad, retrocedió de pronto a más de mil, incluso más allá de Adrianópolis.

Tantos cambios y tan grandes en un espacio de tiempo tan corto conmocionaron la *kasaba* hasta los cimientos.

Para el puente sobre el Drina, fueron definitivos. Como ya hemos visto, el enlace ferroviario con Sarajevo lo había privado de sus relaciones con Occidente, y ahora, de pronto, dejaba de ser el nexo de unión con Oriente. En realidad, ese Oriente que lo había creado y ayer mismo estaba aún ahí, aunque a decir verdad convulso y deteriorado, pero constante y real como el cielo y la tierra, ahora se había desvanecido como una aparición y el puente ya no unía más que dos partes de la *kasaba* y una veintena de pueblos a una y otra orilla del Drina.

El gran puente de piedra que por la idea y decisión piadosa del visir de Sokolovici debía unir como un eslabón las dos partes del imperio, y «por amor de Dios» facilitar el paso de Occidente a Oriente y viceversa, ahora estaba realmente separado del este y del oeste y dejado a su suerte como un barco encallado o un templo abandonado. Durante tres siglos enteros se había mantenido y sobrevivido a todo e, inmutable, había cumplido fielmente su misión, pero las necesidades humanas se habían transformado y habían cambiado las cosas en el mundo: su misión ahora lo había traicionado. Por su tamaño, solidez y belleza, los ejércitos podrían cruzarlo y las caravanas sucederse durante cientos y cientos de años, pero he aquí que, a causa del juego eterno e imprevisible de las relaciones humanas, la fundación del visir se encontraba de repente rechazada y, como por arte de magia, situada fuera de las grandes corrientes de la vida. El papel actual del puente no coincidía con su sempiterno aspecto juvenil y sus proporciones gigantescas pero armoniosas. Sin embargo, él seguía siendo el mismo que, con los ojos cerrados, había visto el gran visir en su interior y como lo había hecho el alarife: poderoso, bello y duradero por encima de todos los cambios.

Se necesitaba tiempo y esfuerzo para que la gente de la *kasaba* entendiera todo lo que aquí se ha dicho en unas cuantas líneas y lo que en realidad había sucedido en unos cuantos meses. Ni siquiera en sueños las fronteras se desplazan tan lejos y tan deprisa.

Todo lo que estaba adormecido en los hombres, ancestral como el puente y mudo e inmóvil como él, empezaba a revivir de súbito y a influir en la vida cotidiana, en el estado de ánimo general y en el destino personal de cada individuo.

Los primeros días de verano de 1913 fueron lluviosos y tibios. En la *kapija* pasan jornadas enteras los musulmanes abatidos. Una decena de ellos, ancianos de la villa, rodean a un joven que les lee el periódico, interpreta las expresiones extrañas y los nombres insólitos y les explica la geografía. Todos fuman con parsimonia y miran imperturbables al vacío, pero no pueden esconder por completo que están preocupados y afectados. Ocultando la conmoción, se inclinan sobre el mapa en el que está señalada la futura división de la península balcánica. Miran el papel y no ven nada en esas líneas sinuosas, pero saben y entienden todo, porque llevan su geografía en la sangre y sienten biológicamente la imagen del mundo.

—¿A quién pertenece ahora Skoplje? —pregunta un viejo, indiferente en apariencia, al joven que lee.

—A Serbia.

—¡Oh!

—¿Y de quién es Salónica?

—De Grecia.

—¡Oh, oh!

—¿Y Adrianópolis? —pregunta otro muy bajito.

—Búlgaro, supongo.

—¡Oh, oh, oh!

No son suspiros ruidosos ni afligidos como los de las mujeres y los de los pusilánimes, sino un resuello lúgubre y profundo, que se pierde junto con el humo del tabaco en el aire estival a través de los poblados bigotes. Muchos de estos ancianos habían sobrepasado los setenta años. En su infancia, el imperio turco se extendía desde Lika y Kordun hasta Estambul, y desde Estambul hasta los confines imprecisos del desierto arábigo lejano e

infranqueable. (Y el «imperio turco» era la gran comunidad de la fe de Mahoma, indivisible e indestructible; esa parte del globo terráqueo donde «se oye la llamada a la oración»). Ellos lo recordaban muy bien, pero también recordaban que después, en el curso de sus vidas, el imperio turco se había retirado de Serbia a Bosnia y de Bosnia al Sanjacado. Y ahora, ea, habían visto que este imperio, cual un fantástico reflujo de la marea, se retiraba hasta un lugar inalcanzable, y ellos seguían allí, como una planta acuática en tierra firme, engañados y amenazados, abandonados a sí mismos y a su mala suerte. Todo era obra de Dios y, sin duda alguna, era designio suyo, pero para el hombre era difícil comprenderlo; se le cortaba la respiración y se le nublaba la conciencia, e igualmente sentía que bajo sus pies alguien tiraba pérfidamente de la tierra como de un kilim, y que las fronteras, que deberían perdurar y ser firmes, se tornaban fluidas y mutables, se desplazaban, se alejaban y se perdían, como los caprichosos torrentes primaverales.

Con estos recuerdos y pensamientos se sentaban los ancianos en la *kapija* y, abstraídos, escuchaban de refilón las noticias del periódico. Lo hacían en silencio, aunque las palabras con las que se hablaba de emperadores y Estados les parecían arrogantes, alocadas e inoportunas, y la forma de escribir, en general, algo irreverente y contra las leyes eternas y la lógica de la vida, algo que «no va a acabar bien», y con lo que un hombre honrado y juicioso no podía reconciliarse. Sobre sus cabezas flotaba el humo del tabaco. Por el cielo, en lo alto, navegaban los jirones de las nubes blancas del verano lluvioso y por la tierra sus sombras rápidas y anchas.

Por la noche, hasta altas horas de la madrugada, se sentaban en la misma *kapija* los jóvenes de las casas serbias y cantaban ruidosa y rencorosamente una canción sobre un cañón serbio, sin que ninguno fuera multado o castigado. Entre ellos solía haber estudiantes y alumnos de la escuela secundaria. En su mayoría eran jóvenes pálidos y delgados, con el pelo largo y sombreros negros, de copa plana y ala ancha. Aquel otoño venían a menudo, aunque el curso escolar ya había empezado. Llegaban en tren desde Sarajevo, con recomendaciones y un santo y seña, la noche los sorprendía en la *kapija*, pero no amanecían en la *kasaba*, porque los mozos visegradenses los trasladaban a Serbia por canales preestablecidos.

Entretanto, en los meses estivales, cuando llegan las vacaciones escolares, la ciudad y la *kapija* reviven llenas de estudiantes oriundos del lugar que regresan a sus casas. En ese periodo, ellos influyen en la vida entera de la *kasaba*.

A finales de junio llegan en grupo los alumnos del liceo de Sarajevo, y en la primera mitad de julio, uno por uno, los abogados, los médicos, los filósofos de las universidades de Viena, Praga, Graz y Zagreb. Con su llegada se metamorfosea la apariencia de la villa. En el bazar y en la *kapija* pueden verse sus jóvenes figuras, transformadas y ajenas, destacando por el porte, el habla y el atuendo, de los usos ancestrales y de los trajes populares siempre iguales de la gente de la *kasaba*. Llevan ropa de colores apagados y de corte moderno. Es ese *Glockenfagon*[*13] que en toda Europa central se ha convertido en el último grito de la moda y el colmo del buen gusto. Los sombreros son de panamá flexible, con el ala bajada y una cinta de seis discretos colores diferentes. Calzan zapatos americanos anchos y de puntera muy levantada. La mayoría lleva un bastón de bambú de un grosor inusual. En el ojal de la chaqueta, la insignia metálica de la Asociación Sokol[*5] o de otra asociación estudiantil.

Además los estudiantes traen nuevas palabras y chascarrillos, nuevas canciones, nuevos bailes del invierno anterior, y sobre todo nuevos libros y folletos, serbios, checos y alemanes.

Antes, durante los primeros años de la ocupación austríaca, ocurría que los jóvenes se marchaban a estudiar fuera de la *kasaba*, pero no en número tan alto, ni estaban insuflados por este espíritu. Durante las dos primeras décadas, unos cuantos habían terminado la escuela normal de maestros de Sarajevo, dos o tres, derecho o filosofía en Viena, pero eran raras excepciones, jóvenes modestos que callada e imperceptiblemente habían aprobado los exámenes y al final de los estudios se habían perdido en el gris e inabarcable ejército de la burocracia estatal. Sin embargo, hacía ya un tiempo que el número de estudiantes de la *kasaba* había aumentado repentinamente. Con ayuda de las asociaciones culturales nacionalistas podían ir a las universidades los hijos de campesinos y de pequeños artesanos. Y el espíritu y el carácter de los estudiantes había cambiado aún más.

Ya no eran los de antaño, los de los primeros tiempos de la ocupación, sumisos e inofensivos, entregados a sus estudios en el sentido más estricto de la palabra. Tampoco eran los mozos caprichosos de siempre ni los futuros patrones o artesanos que en una época concreta de la vida consumían demasiadas fuerzas y juventud en la *kapija* y cuyas familias decían: «¡Casémoslo para que deje de cantar!». Eran nuevas personas que se escolarizaban y educaban en ciudades y países distintos y bajo diferentes influencias. De las grandes ciudades, de las universidades y liceos en los que estudian, esos jóvenes llegan ofuscados por el sentimiento de la audacia orgullosa, colmada por su primer e incompleto conocimiento, entusiasmados por las ideas del derecho del pueblo a la libertad, y del individuo al placer y a la dignidad. Con cada vacación estival traen una concepción liberal de las cuestiones sociales y religiosas y el fervor por el nacionalismo emergente que en los últimos tiempos, sobre todo después de las victorias serbias en las guerras balcánicas, ha aumentado hasta ser una creencia general que en muchos jóvenes se convierte en el deseo fanático de acción y de un sacrificio personal.

La *kapija* es el punto principal de sus reuniones. Ahí se concentran después de la cena. Y en la oscuridad, bajo las estrellas o al claro de luna, en la noche tranquila, sobre el río fragoroso, resuenan sus canciones, bromas, conversaciones ruidosas y debates interminables, nuevos, osados, ingenuos, sinceros y sin consideraciones.

Con los alumnos del liceo se reúnen a menudo los compañeros de la infancia, aquéllos con los que fueron a la escuela y que después se quedaron en la *kasaba* como aprendices, empleados de comercio, escribientes insignificantes en el ayuntamiento o en una empresa. Los hay de dos clases. Unos están satisfechos con su suerte y con la vida de la *kasaba*, en la que se quedarán por los siglos de los siglos. Contemplan con curiosidad y simpatía a sus camaradas estudiantes, los admiran sin compararse nunca con ellos, y sin la menor envidia participan en su desarrollo y ascenso. Los otros no se han resignado a la vida en la ciudad a la que debido a las circunstancias están condenados, deseosos de algo que consideran más elevado y mejor, que se les ha escabullido y que cada día parece más lejano e inalcanzable. Aunque siguen tratándose con sus compañeros estudiantes, estos jóvenes

suelen apartarse de ellos, bien con una ironía brusca, bien con un silencio desagradable. No pueden participar en todas las conversaciones como iguales. Por eso, constantemente atormentados por el sentimiento de inferioridad, tan pronto acentúan de manera exagerada y falsa su simpleza y chabacanería en el habla frente a sus compañeros más afortunados, como se burlan de todo socarrona y acremente desde la superioridad de su ignorancia. En ambos casos la envidia rezuma en los muchachos casi como una energía evidente y palpable. Pero la juventud aún puede tolerar con facilidad la presencia de los peores instintos y vive y se mueve libre y despreocupadamente entre ellos.

Siempre ha habido y habrá noches estrelladas sobre la *kasaba*, constelaciones fastuosas y claros de luna, pero no ha habido, y a saber si volverá a haber, jóvenes así, que pasen las horas despiertos en la *kapija* en conversaciones semejantes, con aquellas ideas y sentimientos. Era una generación de ángeles rebeldes en aquel corto periodo en el que todavía tenían todo el poder y todos los derechos de los ángeles y la fiereza ardiente de los rebeldes. Esos hijos de campesinos, comerciantes o artesanos, oriundos de una remota *kasaba* bosniaca, habían recibido del destino, sin un esfuerzo especial propio, una salida abierta al mundo y a la gran ilusión de la libertad. Con sus características innatas propias de la ciudad, partían a ese mundo, elegían más o menos solos, según sus inclinaciones, sus estados de ánimo o los caprichos del azar, los estudios que seguirían, el tipo de entretenimiento y el círculo de conocidos y amigos. En su mayoría no eran capaces ni podían abarcar ni asir muchas cosas de las que veían, pero no había ninguno que no tuviera la sensación de poder coger de aquí y de allá lo que quisiera y de que todo lo que aferrara era suyo. La vida (esa palabra aparecía a menudo en sus charlas, como en la literatura y la política de la época, en las que se escribía con mayúscula), la vida se abría ante ellos como un objeto, un campo de batalla, para sus sentidos liberados, para su curiosidad intelectual y empresas apasionadas que no conocían fronteras. Tenían por delante todos los caminos abiertos, abiertos hasta el infinito; en la mayoría de ellos nunca pondrían los pies, sin embargo, el placer embriagador de la vida residía en que (al menos en teoría) podían elegir libremente el que quisieran y pasar de uno a otro dando traspiés. Todo lo

que otros hombres, otras razas en países y tiempos diferentes, habían logrado y alcanzado a lo largo de generaciones, a través de esfuerzos seculares, a costa de la vida o de renuncias y sacrificios mayores y más costosos que la propia vida, todo esto estaba ante ellos como herencia casual y regalo peligroso del destino. Parecía fantástico e increíble y, sin embargo, era cierto: ellos podían hacer lo que quisieran con su juventud, en un mundo donde las leyes de la moral social e individual hasta los lejanos límites del crimen, precisamente en esos años de plena crisis, se interpretaban con toda libertad, aceptadas o rechazadas por cada grupo de personas y cada individuo; ellos podían pensar lo que quisieran, opinar sobre todo, con independencia y sin limitaciones; podían decir lo que querían y para muchos las palabras equivalían a obras, satisfacían sus necesidades atávicas de heroísmo y fama, violencia y destrucción, y no incluían la obligación de actuar ni una responsabilidad evidente por lo expresado. Los más dotados despreciaban lo que debían estudiar y subestimaban lo que podían hacer, se enorgullecían de lo que ignoraban y se entusiasmaban con lo que estaba fuera de su alcance. Es difícil imaginar una manera más peligrosa de adentrarse en la vida y un camino más seguro hacia empresas extraordinarias o hacia el fracaso total. Sólo los mejores y los más fuertes se lanzaban en serio, con un fanatismo de faquir, a la acción, y ardían como insectos, para ser enseguida celebrados como mártires y santos por sus coetáneos (porque no hay generación que no tenga sus santos) y elevados al pedestal de los modelos inalcanzables.

Cada generación tiene sus ilusiones relacionadas con la civilización; unos creen que han participado para avivarla, y otros que han sido testigos de su extinción. En realidad, la civilización es siempre un fuego que arde, o que mantiene los rescoldos, o que se extingue, según el lugar y el punto de vista desde el que se observa. Esta generación, que discutía cuestiones filosóficas, sociales y políticas en la *kapija*, bajo las estrellas, sobre el agua, sólo era más rica en ilusiones; por lo demás, se parecía en todo a las otras. También tenía la sensación de encender la primera llama de una nueva civilización y de apagar las últimas de la generación anterior que se extinguía. Lo que podría decirse en particular de ellos era que hacía mucho que no había habido una generación que soñara más y con más audacia

hablara de la vida, del disfrute y de la libertad, y que menos obtuviera de esa vida, sufriera más, peor esclavitud soportara y más cayera en la guerra que ésta. No obstante, en esos días veraniegos de 1913, todo esto no eran más que presagios osados pero imprecisos. Todo parecía un juego nuevo y emocionante en ese puente ancestral que al claro de luna de las noches de julio resplandecía limpio, joven e inmutable, de belleza y solidez perfectas, más firme que todo lo que el tiempo puede traer y los hombres pensar y llevar a cabo.

XIX

Igual que una cálida noche de agosto se asemeja a otra, así son siempre iguales o parecidas las conversaciones de los alumnos y estudiantes de la *kasaba*.

Inmediatamente después de la cena devorada con apetito (porque el día transcurría al sol y entre baños), llegan uno por uno a la *kapija*. Janko Stikovic, hijo de un sastre de Mejdan que hace ya cuatro semestres que estudia ciencias en Graz. Es un joven delgado de perfil afilado y liso cabello negro, vanidoso, sensible, insatisfecho consigo mismo y más aún con todo lo que lo rodea. Lee mucho y escribe artículos, con un seudónimo ya conocido, en los periódicos revolucionarios juveniles que se editan en Praga y en Zagreb. Pero también escribe poemas y los publica con otro seudónimo. Tiene ya preparada una antología que debería editar Zora («editorial dedicada a publicaciones nacionalistas»). Además es un buen orador y discutidor fogoso en las reuniones de estudiantes. Velimir Stevanovic, un joven sano y fuerte, hijo adoptivo de origen desconocido; irónico, realista, ahorrador y diligente; está terminando medicina en Praga. Jakov Herak, hijo del bondadoso y popular cartero de Visegrad, moreno, menudo, estudiante de derecho de mirada acerada y lengua rápida, socialista, espíritu polémico que se avergüenza de su buen corazón y oculta cualquier sentimiento. Ranko Mihailovic, un muchacho callado y bonachón que estudia derecho en Zagreb y ya piensa en la carrera de funcionario público, por lo que participa poco y con tibieza en los debates y las conversaciones acerca del amor, la política, la vida y el orden social. Por parte de madre es bisnieto del mismo pope Mihailo cuya cabeza, clavada en

una estaca y con un cigarrillo en la boca, estuvo expuesta en esta misma *kapija*.

También acuden varios alumnos del liceo de Sarajevo que ávidamente escuchan a sus camaradas mayores y sus charlas sobre la vida en grandes ciudades y, con la fantasía que estimula la vanidad adolescente y los deseos ocultos, se lo imaginan todo mucho más grande y bello de lo que es y puede ser. También está Nikola Glasincanin, un joven pálido y envarado que, debido a la pobreza, la frágil salud y el poco talento para los estudios, ha tenido que dejar el liceo después del cuarto curso y regresar a la *kasaba*, donde ha aceptado el puesto de escribiente en una firma alemana que exporta madera. Pertenece a una familia de patrones arruinados de Okolista. Su abuelo, Milán Glasincanin, murió en los primeros tiempos de la ocupación en un manicomio de Sarajevo, después de haberse jugado a las cartas en su juventud la mayor parte de su patrimonio. Su padre, el patrón Petar, también hacía mucho que había fallecido, era un hombre enfermizo, sin voluntad ni fuerza ni prestigio. Y Nikola pasa todo el día en la orilla del Drina, con los trabajadores que hacen rodar hasta el río los pesados troncos de pino para que viajen flotando en balsas aguas abajo, anota los metros cúbicos de madera y luego en la oficina los suma y apunta en los registros. Siente esta vida rutinaria, entre personas insignificantes, sin estímulo ni horizontes más amplios, como un suplicio y una humillación, y la ausencia de cualquier expectativa de o bien cambiar su posición social o bien de mejorarla ha convertido al joven sensible, que ha madurado prematuramente, en un hombre irascible y taciturno. En sus ratos libres lee mucho, pero este alimento no lo anima ni eleva su moral, porque todo se agria en él. Su mala suerte, su soledad y su sufrimiento le han abierto los ojos y lo han hecho más perspicaz en muchos aspectos, pero incluso las ideas más bellas y los conocimientos más valiosos no pueden sino desalentarlo aún más y amargarlo, porque alumbran con más fuerza todavía su fracaso y su vida sin expectativas en la *kasaba*.

Finalmente también está allí Vlado Maric, cerrajero de profesión, alegre y bonachón, al que sus compañeros de las escuelas superiores quieren y buscan tanto por su bella y sonora voz de barítono como por su candidez y buen corazón. Este joven vigoroso con su gorra de cerrajero en la cabeza

pertenece al grupo de personas modestas que se bastan a sí mismas, no se miden ni se comparan con nadie, aceptan lo que la vida les ofrece con gratitud y serenidad, y dan con sencillez lo que tienen y pueden.

Allí están también las dos maestras de Visegrad, Zorka y Zagorka, ambas nacidas en la *kasaba*. Todos los muchachos rivalizan por sus favores y ante ellas y a su alrededor juegan al juego del amor, ingenuo, enmarañado, fulgurante, tortuoso. Delante de ellas se mantienen discusiones, como los torneos ante las damas de tiempos pasados; por ellas, después, se sientan en la *kapija* y fuman en la oscuridad y en soledad, o cantan en compañía de los que han estado bebiendo en algún local; por ellas los amigos se odian en secreto, los celos se disimulan con torpeza, y estallan abiertamente los conflictos. Hacia las diez las chicas se van. Los mozos se quedan aún un buen rato, pero los ánimos en la *kapija* se vienen abajo y cede la elocuencia combativa.

Stikovic, que suele llevar la voz cantante, esa noche calla y fuma. Está agitado y descontento, pero lo esconde como esconde siempre sus verdaderos sentimientos, aunque nunca logra ocultarlos del todo. Por la tarde había tenido su primera cita con la maestra Zorka, una chica interesante de formas turgentes, pálida piel y ojos ardientes. Ante la insistencia de Stikovic, habían conseguido hacer lo más difícil en la *kasaba*: que un joven y una muchacha se citen en un lugar secreto sin que nadie los vea ni nadie se entere. Se habían visto en la escuela, que en vacaciones está desierta. Él había entrado por una calle a través del patio, y ella por otra, por la puerta principal. Se habían encontrado en una estancia polvorienta en penumbra en la que se apilaban hasta el techo los pupitres escolares. La pasión amorosa a menudo se ve obligada a buscar lugares recónditos y feos. No podían sentarse, ni tumbarse. Ambos estaban confusos y eran inexpertos. Demasiado ansiosos a la par que tímidos, se habían abrazado y enroscado sobre uno de los bancos desgastados que ella tan bien conocía, sin ver ni notar nada a su alrededor. El primero en recobrarse fue él, y brusco, sin transición, como suelen hacer los jóvenes, se puso a arreglarse el traje y a despedirse. Ella se echó a llorar. La decepción era mutua. Cuando calmó más o menos a la chica, salió, casi huyó, por la entrada lateral.

En casa se tropezó con el cartero, que le traía la revista juvenil con su artículo *Los Balcanes, Serbia y Bosnia y Herzegovina*. La nueva lectura del propio artículo distrajo sus pensamientos de lo ocurrido hacía un rato. Pero también en ello encontró motivos de insatisfacción. En el artículo había errores de imprenta, algunas frases le parecían ridículas; ahora que ya nada podía cambiarse, le parecía que había muchas cosas que se podrían haber dicho mejor, clara pero concisamente.

Y por la noche, ahí en la *kapija* no habían dejado de hablar, delante de la misma Zorka, de su artículo. Su principal adversario era el locuaz y belicoso Herak, que todo lo observa y critica desde el punto de vista del socialismo ortodoxo. El resto participa en el debate de vez en cuando. Y las dos maestras callan y preparan una guirnalda invisible para el vencedor. Stikovic apenas se defiende; primero, porque de pronto él mismo ve muchos puntos débiles y faltos de lógica en su escrito, aunque de ningún modo lo reconocería delante de los otros; segundo, porque lo atormenta el recuerdo de la tarde en la habitación polvorienta y sofocante de la escuela, escenas que le pasan por la cabeza, ridículas y feas, y que durante mucho tiempo han sido objeto de sus deseos más ardientes y pulsiones más impetuosas sobre la bella maestra. (Ella está sentada ahí en la oscuridad estival y lo observa con sus ojos brillantes). Se siente deudor y culpable, y lo daría todo por no haber estado en la escuela esa tarde y por que ella no estuviera ahí ahora. Con semejante estado de ánimo, Herak le resulta una avispa agresiva de la que es difícil defenderse. Le parece que tiene que responder no sólo por su artículo, sino también por lo que ha sucedido por la tarde. Y lo que más le gustaría es estar muy lejos de allí, solo, y pensar tranquilamente en algo que no fuera el artículo ni la chica. Pero el amor propio lo lleva a defenderse. Stikovic citó a Cvijic y a Strossmayer, y Herak, a Kautsky y a Bebel.

—Usted empieza la casa por el tejado —gritaba Herak, analizando el artículo de Stikovic—. Es absolutamente imposible fundar un Estado bueno y duradero con el campesino balcánico, que ha estado hundido en la miseria y en todo tipo de penurias. Sólo si existe una previa liberación económica de las clases explotadas, campesinos y trabajadores, es decir, de la gran mayoría del pueblo, se pueden crear las condiciones reales para formar

Estados independientes. Ése es el proceso natural y la vía por la que se debe ir, y de ningún modo al revés. Por eso, la liberación nacional y la unificación deben llevarse a cabo en el espíritu de la liberación y el renacimiento social. De lo contrario, sucederá que un campesino, un obrero y un pequeñoburgués introducirán en los nuevos Estados, cual epidemia mortal, su pauperismo y su naturaleza servil, y los explotadores menos numerosos, su mentalidad parásita y reaccionaria y todos sus instintos antisociales. Y eso no podría ser un Estado sólido ni una sociedad duradera.

—Todo eso no es más que erudición extranjera, libresca, querido mío —respondió Stikovic—, que se esfuma ante el primer impulso de las fuerzas nacionales que se han despertado, primero las de los serbios, luego las de los croatas y eslovenos, todas con un fin. Las cosas no se desarrollan según las previsiones de los teóricos alemanes, pero sí marchan de acuerdo con el sentido profundo de nuestra historia y de la vocación de nuestra raza. Desde el llamamiento de Karadorde: «¡Qué cada uno de nosotros mate a su *subasa*!»[*45], las cuestiones sociales en los Balcanes se resuelven por medio de los movimientos y de las guerras de liberación nacional. Y todo sigue una lógica perfecta: de menor a mayor, de la región y la tribu hacia la nación y el Estado. ¿Acaso nuestras victorias en Kumanovo y en Bregalnica no son a la vez las victorias del pensamiento progresista y la justicia social?

—Eso está por ver —replicó Herak.

—Quien no ve ahora, no verá nunca. Nosotros creemos…

—Ustedes creen, pero nosotros no creemos nada, sino que deseamos convencernos con hechos y pruebas reales —respondió Herak.

—¿Es que la desaparición de los turcos y el debilitamiento de Austria-Hungría, como primer paso hacia su destrucción, no son, en realidad, victorias de los pueblos democráticos pequeños y de las clases explotadas en su aspiración por ocupar su lugar bajo el sol? —continuó Stikovic.

—Si la consecución de las aspiraciones nacionalistas supusiera también la consecución de la justicia social, entonces en los países de Europa occidental, que en su mayoría han logrado ya sus ideales nacionales y en ese aspecto están satisfechos, no debería haber más grandes problemas sociales ni movimientos ni conflictos. Y nosotros vemos que no es así. Al contrario.

—Repito que —dice un poco cansado Stikovic— sin la creación de Estados independientes sobre los cimientos de una unidad nacional y las concepciones modernas de la libertad individual y de la sociedad, no puede hablarse de ningún modo de la «liberación social». Porque, como dijo aquel francés, la política tiene prioridad…

—El que tiene prioridad es mi estómago —interrumpe Herak.

En este punto intervinieron los demás. La ingenua discusión estudiantil se convierte en una disputa entre muchachos en la que todos hablan y se interrumpen unos a otros y que a la primera sandez deriva y se pierde en risas y exclamaciones.

Stikovic agradeció la interrupción del debate para callarse sin que pareciera una derrota o una retirada.

Después de Zorka y Zagorka, que se fueron a casa alrededor de las diez acompañadas por Velimir y Ranko, los chicos también empezaron a dispersarse. Al final quedaron sólo Stikovic y Nikola Glasincanin.

Eran de la misma edad. Habían empezado a ir juntos al liceo y habían compartido vivienda en Sarajevo. Se conocían a fondo, y precisamente por eso no podían estimarse ni quererse de verdad. Con los años, la brecha entre ellos se iba haciendo cada vez y de manera natural más grande y más penosa. En las vacaciones, cuando se encontraban en la *kasaba*, se medían y observaban el uno al otro como amigos-enemigos inseparables. Por si fuera poco, ahora se había interpuesto entre ellos la bella e inquieta maestra Zorka. Porque, durante los largos meses del último invierno, ella había frecuentado a Glasincanin, que no ocultaba, ni hubiera podido hacerlo de haber querido, lo enamorado que estaba de la chica. Él se había aferrado a ese amor con todo el ardor que son capaces de poner en estos asuntos las personas amargadas e insatisfechas. Pero en cuanto llegaron los meses estivales y se presentaron los estudiantes, al sensible Glasincanin no se le escapó la atención que prestaba la maestra a Stikovic. Por eso había aumentado en los últimos tiempos la tensión antigua, y siempre disimulada ante la gente, que existía entre ellos. Ese verano todavía no se habían quedado a solas ni una vez.

Ahora, cuando por casualidad había sucedido, el primer pensamiento de ambos fue separarse cuanto antes, sin entablar una conversación que no

podía ser más que desagradable. Pero una circunspección absurda que sólo los jóvenes conocen les impidió hacer lo que deseaban. De esta situación incómoda los salvó el azar y, al menos por unos instantes, alivió el pesado silencio que los aplastaba.

En la oscuridad se oyeron las voces de dos paseantes que caminaban despacio y fueron a detenerse junto a la *kapija*, tras el ángulo que formaba el pretil, de manera que Stikovic y Glasincanin no podían verlos desde sus asientos en el sofá, ni tampoco los paseantes a ellos. Pero oían cada palabra y las voces les resultaban sobradamente conocidas. Eran de sus camaradas, un poco más jóvenes, Toma Galus y Fehim Bahtijarevic. Ambos se mantenían un poco aparte del grupo que formaban la gran mayoría de los alumnos y estudiantes que se reunía todas las noches en la *kapija* en torno a Stikovic y Herak, porque aunque menor, Galus, como poeta y como orador nacionalista, era rival de Stikovic, al que no apreciaba ni quería, mientras Bahtijarevic era inusualmente taciturno, orgulloso y reservado, como correspondía a un auténtico nieto de beyes.

Toma Galus era un muchacho alto, de mejillas sonrosadas y ojos azules. Su padre, Alban Galus (Alban von Gallus), último vástago de una antigua familia de Burgenland, había llegado a Visegrad como funcionario inmediatamente después de la ocupación. Durante veinte años había sido «administrador forestal» y ahora, ya jubilado, vivía en la *kasaba*. Nada más llegar se casó con la hija de uno de los patrones más importantes, *Hayyi* Toma Stankovic, una moza de cierta edad, fuerte, de piel oscura y mucho carácter. Con ella tuvo dos hijas y un hijo, a los que bautizaron en la iglesia serbia y que crecieron como auténticos retoños de la *kasaba* y nietos de *Hayyi* Toma. El viejo Galus, un hombre alto y otrora apuesto, de sonrisa beatífica y exuberante cabello completamente blanco, hacía tiempo que se había convertido en un verdadero visegradense, el «señor Albo», que las jóvenes generaciones ni se imaginaban que pudiera ser extranjero. Tenía dos pasiones que no molestaban a nadie: la caza y la pipa. Contaba con viejos y buenos amigos en toda la región, tanto entre los campesinos serbios como entre los musulmanes, a los que le unía la afición de la caza. Como si hubiera nacido y crecido con ellos, había adoptado muchas de sus características, en particular esa forma de callar alegremente y hablar

pausado tan típica de los hombres que son fumadores empedernidos y a los que les gusta la caza, el bosque y la vida al aire libre.

El joven Galus ha terminado ese año el liceo y la reválida en Sarajevo y en otoño debe ir a Viena a estudiar. En lo que a sus estudios respecta, hay en la familia opiniones distintas. El padre querría que su hijo hiciera una carrera técnica o silvicultura, pero el hijo preferiría matricularse en filosofía. Porque Toma Galus sólo se parece a su padre en el aspecto externo mientras que sus aspiraciones innatas siguen una dirección totalmente opuesta. Es uno de esos alumnos buenos, modestos y ejemplares en todo que, con gran facilidad y como de paso, aprueban todas las asignaturas, pero que sólo ponen interés verdadero en sus inclinaciones intelectuales un poco caprichosas y desordenadas, al margen de la escuela y del programa oficial. Son alumnos de corazón sencillo y límpido, pero de espíritu inquieto y curioso. Desconocen casi por completo esas crisis graves y peligrosas de la vida sensual y sentimental que afectan a tantos jóvenes de su edad, pero en cambio difícilmente hallan la paz para sus inquietudes intelectuales y a menudo no llegan a más en la vida que a ser unas lumbreras, unos excéntricos interesantes, sin trabajo estable ni camino definido. Igual que cualquier muchacho, Galus no sólo tenía que colmar las exigencias eternas y naturales de la juventud y del proceso de maduración, sino también pagar el tributo a las corrientes de pensamiento contemporáneas, a la moda y a las costumbres de su época; escribía versos y era un activo miembro de las organizaciones nacionalistas revolucionarias estudiantiles. Además había estudiado durante cinco años francés como asignatura optativa, se dedicaba a la literatura y en particular a la filosofía. Era un lector apasionado e infatigable. La principal lectura extranjera de los jóvenes de entonces en el liceo de Sarajevo eran la obras de la conocida y grande editorial alemana Reclams's Universal-Bibliothek. Esos tomitos baratos de tapas amarillas y letra extraordinariamente diminuta eran el alimento intelectual más importante al alcance de los estudiantes de la época; gracias a ellos podían conocer no sólo la literatura alemana, sino también las obras cruciales de la literatura universal en las traducciones al alemán. Así había adquirido Galus sus conocimientos de los filósofos modernos alemanes, sobre todo de Nietzsche y de Stirner, y, en los paseos a

orillas del río Miljacka en Sarajevo, podía mantener discusiones interminables con una pasión fría y alegre, sin relacionar lo más mínimo sus conocimientos con su vida personal, al contrario de lo que suelen hacer los jóvenes. Estudiantes así, de una madurez precoz y sobrecargados de los más variados conocimientos sin sistematizar, no eran raros entre los bachilleres del momento. Joven casto y estudioso, Galus conocía la libertad y el desenfreno de la juventud sólo en la audacia de sus pensamientos y en los excesos de la lectura.

Fehim Bahtijarevic sólo era visegradense por parte de madre. Su padre era de Rogatica, donde era cadí, pero su madre era de una gran familia de la *kasaba*, los Osmanagic. Desde su más tierna infancia pasaba parte de las vacaciones veraniegas con su madre y la familia en la villa. Era un joven esbelto de formas gráciles y alargadas y articulaciones finas pero fuertes. Todo en él era mesurado, atenuado y contenido. El óvalo delicado del rostro como esculpido en arcilla, la piel de un color moreno mate, surcada por unas ligeras vetas azul oscuro, los movimientos parcos y limitados, los ojos negros con la pupila sombreada de azul; la mirada ardiente, pero sin brillo; cejijunto, con una pelusilla negra sobre los labios curvados. Estas caras masculinas se ven en las miniaturas persas.

Él también había aprobado la reválida ese verano y estaba a la espera de que el Estado le concediese una beca para estudiar lenguas orientales en Viena.

Ambos mantenían una conversación empezada con anterioridad. Se trataba de la elección de los estudios de Bahtijarevic. Galus le demostraba que cometería un error si estudiaba orientalística. En general, Galus hablaba más y con más animación, porque estaba acostumbrado a que lo escucharan y le gustaba perorar, mientras que lo que Bahtijarevic decía era breve y conciso, como habla un hombre que tiene sus propias convicciones y no necesita persuadir a nadie. Galus hablaba como la mayoría de los jóvenes instruidos, con esa satisfacción ingenua por la palabra, por las expresiones gráficas y comparaciones, y con propensión a generalizar, mientras que Bahtijarevic lo hacía de manera seca, parca y casi indolente.

Ocultos en la sombra y recostados en los asientos de piedra, Stikovic y Glasincanin callaban, como si, sin necesidad de palabras, se hubieran

puesto de acuerdo para escuchar sin ser vistos la conversación de sus dos camaradas en el puente.

Antes de que la discusión sobre los estudios llegara al final, Galus se acaloró:

—En este punto, vosotros, los musulmanes, hijos de beyes, os soléis engañar. Confusos por los nuevos tiempos, ya no conseguís sentir con justeza vuestro lugar en el mundo. Vuestro amor por todo lo oriental no es más que una expresión moderna de vuestra «voluntad de poder»; para vosotros, el modo oriental de vivir y de pensar está ligado estrechamente con un orden social y jurídico que era la base de vuestro dominio secular. Y es comprensible. Pero no significa que tengáis sentido para el orientalismo como ciencia. Sois orientales, sin embargo os engañáis al pensar que por eso estáis llamados a ser orientalistas. En realidad, no tenéis ni conocimientos ni una verdadera inclinación por la ciencia.

—¡No me digas!

—No, no los tenéis. Y cuando lo afirmo, no digo nada ofensivo e inconveniente. Al contrario. Sois los únicos señores en esta tierra, o al menos lo habéis sido; en el curso de los siglos habéis ampliado, consolidado o defendido esta supremacía mediante la espada y el libro, jurídica, religiosa y militarmente; esto os ha convertido en guerreros, administradores y terratenientes, y esta clase en ninguna parte del mundo cultiva las ciencias abstractas, sino que las deja en manos de otros que no tienen ni pueden hacer otra cosa. Para vosotros son los estudios de derecho y economía, porque no sois personas de saberes concretos. Así son siempre los hombres de las clases dominantes.

—Es decir, que tenemos que ser unos iletrados.

—No, no es eso, sino que tenéis que seguir siendo lo que sois o, si lo prefieres, lo que erais; no os queda más remedio, porque nadie puede ser lo que es a la vez que lo contrario.

—Pero nosotros hoy no somos la clase dominante. Hoy día somos todos iguales —replicó Bahtijarevic, con una leve ironía en la que había amargura a la par que orgullo.

—No lo sois, está claro que no. Las circunstancias que antaño os hicieron lo que sois, han cambiado hace tiempo, pero no significa que

vosotros podáis cambiar con la misma rapidez. No es el primero ni el último caso por el que una clase social pierde su base y continúa siendo la misma. Las condiciones de vida se modifican, pero una clase social sigue siendo lo que es, porque sólo así puede existir y sólo así se hunde.

La conversación de los dos jóvenes invisibles se interrumpió por un instante, sofocada por el silencio de Bahtijarevic.

En el cielo despejado, sobre las montañas negras al fondo del horizonte, apareció una luna mutilada, zozobrante. La placa blanca con la inscripción en el muro elevado refulgió de repente, como una ventana débilmente iluminada en la oscuridad azul.

Bahtijarevic empezó a decir algo, pero con una voz tan queda que sólo palabras inconexas e incomprensibles llegaban hasta Stikovic y Glasincanin. La conversación, como suele suceder siempre en las charlas juveniles en las que las asociaciones son audaces y rápidas, había pasado ya a otro tema. De los estudios de lenguas orientales había derivado en el contenido de la inscripción en la placa blanca delante de ellos, y hablaban del puente y de quien lo había construido.

La voz de Galus era más fuerte y expresiva. Aprovechaba los elogios que Bahtijarevic había hecho a Mehmed Bajá Sokolovic y a la administración turca de entonces, capaz de llevar a cabo semejante obra, para desarrollar sus tesis nacionalistas respecto del pasado y del futuro de los pueblos y sus culturas y civilizaciones. (Porque en estas charlas de muchachos, cada uno sigue el hilo de sus propios pensamientos).

—Tienes razón —decía Galus—, tuvo que ser un hombre genial. No es el primero ni el último de nuestra sangre que se ha destacado sirviendo a un imperio extranjero. Nosotros hemos dado centenares de hombres semejantes, estadistas, caudillos y artistas. A Constantinopla, a Roma y a Viena. La idea de la unificación de nuestro pueblo en un Estado nacional moderno, grande y poderoso conduce a que nuestra fuerza se quede en el país y se desarrolle aquí, contribuyendo así en nuestro nombre a la cultura general, y no desde centros extranjeros.

—¿Tú crees que esos «centros» surgieron por casualidad y que se pueden crear otros nuevos, a voluntad, cuando a alguien se le antoja y donde se le antoje?

—Por casualidad o no, ahora no es ésa la cuestión; no importa cómo surgieron, sino que están desapareciendo, que se han marchitado y han degenerado, y que tienen que ceder el puesto a otros centros nuevos, a través de los cuales podrán expresarse directamente los pueblos jóvenes y libres que suben al escenario de la historia.

—¿Tú crees que Mehmed Bajá Sokolovic, si se hubiera quedado como el hijo de un campesino allá arriba en Sokolovici, hubiera llegado a ser lo que fue y, entre otras cosas, hubiera construido este puente en el que estamos hablando?

—En aquella época, por supuesto que no. Pero al fin y al cabo, para Constantinopla no era difícil erigir semejantes construcciones arrebatándonos a nosotros, y a tantos pueblos sometidos, no sólo las propiedades y beneficios, sino también la mejor fuerza y la sangre más pura. Si piensas en todo aquello de lo que se ha apropiado aquí en el curso de los siglos, estas obras no son más que migajas. Pero cuando nosotros logremos nuestra libertad nacional y un Estado independiente, nuestro dinero y nuestra sangre serán sólo para nosotros y para nosotros se quedarán. Todo será para la expansión de la cultura nacional, que llevará nuestro sello y nuestro nombre, y que tendrá en cuenta el bienestar y la felicidad de los estratos más amplios de nuestro pueblo.

Bahtijarevic calló, y, como si fuera la oposición más viva y animada, su silencio aguijoneó a Galus y lo impulsó a elevar y a endurecer el tono. Con la vivacidad que le era innata y el vocabulario que entonces imperaba en la literatura nacionalista juvenil, enumeró los planes y misiones de la juventud revolucionaria. Se despertará a todas las fuerzas vivas de todas las razas y entrarán en acción. Su golpe hará caer la monarquía austrohúngara, esa cárcel del pueblo, igual que se está disolviendo la Turquía europea. Todas las potencias antinacionales y reaccionarias que hoy obstaculizan, dividen y sofocan nuestras fuerzas nacionales acabarán derrotadas y rechazadas. Todo esto podrá ejecutarse porque el espíritu de los tiempos en que vivimos es nuestro mejor aliado, pues los esfuerzos del resto de los pueblos pequeños y oprimidos están con nosotros. El nacionalismo contemporáneo triunfará sobre las diferencias confesionales y los viejos prejuicios, liberará al pueblo

de influencias extranjeras antinacionales y de la explotación ajena. Y entonces nacerá un Estado nacional.

Acto seguido, Galus describió las prerrogativas y atractivos de ese nuevo Estado nacional que en torno a Serbia, como Italia en torno al Piamonte, reuniría a todos los eslavos del sur sobre la base de una absoluta paridad de derechos de las distintas tribus, la tolerancia religiosa y la igualdad civil. En su discurso se mezclaban palabras audaces de significado indefinido con expresiones que indicaban con exactitud las necesidades de la vida moderna; los deseos más profundos de una raza, que a menudo están condenados a no ser más que deseos, con las exigencias justificadas y alcanzables de la realidad cotidiana; las grandes verdades, que maduran a través de las generaciones, pero que sólo la juventud puede sentir y expresar anticipadamente, con las ilusiones eternas que jamás se apagan pero que tampoco llegan a cumplirse, porque una generación de jóvenes se las entrega a otra cual antorcha mitológica. El discurso del muchacho contenía, por supuesto, muchas afirmaciones que no podrían sostener la crítica de la realidad y muchas premisas que quizá no podrían soportar la prueba de la experiencia, pero estaba henchido de aliento fresco, la savia valiosa con la que se nutre y rejuvenece el tronco de la humanidad.

Bahtijarevic callaba.

—Ya verás, Fehim —aseveraba el entusiasmado Galus a su camarada, como si fuera cosa de un par de horas esa misma noche o al día siguiente—, ya verás, crearemos un Estado que será la aportación más valiosa para el progreso de la humanidad, en el que cualquier esfuerzo será bendito, todas las víctimas estarán consideradas como santas, todas las ideas inéditas estarán afianzadas en nuestra palabra y cualquier obra llevará el sello de nuestro nombre. Esas obras que crearemos serán el producto de nuestro trabajo libre y la expresión del genio de nuestra raza, obras frente a las que todo lo que se ha hecho en los siglos de administración foránea parecerá como un juguete indigno. Atravesaremos ríos más o menos caudalosos y abismos más profundos. Construiremos puentes nuevos, más grandes y mejores, y no para que acerquen los centros de poder extranjeros a las provincias sometidas, sino para que unan nuestras regiones y nuestro Estado con el resto del mundo. Porque, no cabe duda, estamos destinados a crear lo

que han anhelado las generaciones anteriores a nosotros: un Estado, nacido en libertad y fundado sobre la justicia, como una parte del pensamiento de Dios hecho realidad en la tierra.

Bahtijarevic guardaba silencio. El tono de Galus comenzaba a bajar. Según se elevaba el discurso con la expresión de sus ideas, más bajaba y enronquecía su voz hasta convertirse en susurro fuerte y apasionado, para por fin perderse en el gran silencio de la noche. Ambos jóvenes callaron. Sin embargo, el mutismo de Bahtijarevic se asentaba en la oscuridad separado, pesado y pertinaz, se levantaba ostensible y real, como un muro infranqueable en las tinieblas, y el propio peso de su existencia rechazaba con determinación todo lo que el otro decía, mientras propagaba su idea muda, clara e invariable:

«Los cimientos del mundo y los fundamentos de la vida y de las relaciones humanas están fijados por los siglos de los siglos. Esto no significa que no puedan cambiar, pero si se miden en función de la duración de la vida humana parecen eternos. La relación entre su permanencia y la longitud de la existencia de los hombres es igual que la relación entre la superficie inquieta, móvil y rápida de un río y su fondo estable y firme, cuyos cambios son lentos e imperceptibles. El solo pensamiento del cambio de esos "centros" es malsano e impracticable. Es lo mismo que si alguien deseara modificar y desplazar las montañas y las fuentes de los grandes ríos. El deseo de cambios precipitados y la idea de ejecutarlos violentamente aparecen con frecuencia entre los hombres como una enfermedad y cobran impulso en particular en la cabeza de los jóvenes. Pero estas cabezas no piensan como es debido, al final no consiguen nada y no suelen mantenerse mucho sobre los hombros. Porque no es el deseo humano el que dispone y rige los asuntos del mundo. El deseo es como el viento: arrastra el polvo de un lugar a otro, de vez en cuando empaña con este polvo todo el horizonte, pero al final se apacigua y cae y vuelve a dejar tras de sí la imagen antigua y eterna. Las obras perdurables en la tierra se crean por la voluntad divina, mientras que el hombre no es más que su instrumento ciego y sumiso. La obra que nace del deseo, del deseo humano, o no alcanza la consecución, o no dura para siempre; en cualquier caso, no es buena. Todos esos deseos exuberantes y palabras temerarias bajo el cielo

nocturno, en la *kapija*, no cambiarán nada en esencia; pasarán por encima de las realidades grandes y estables de este mundo y se perderán allí donde se aplacan los deseos y los vientos. Y en verdad, igual que las grandes construcciones, los grandes hombres nacen y nacerán en el lugar designado por la providencia divina al margen de los efímeros deseos vacíos y de las vanidades humanas».

Pero Bahtijarevic no pronunció ninguna de esas palabras. Los que llevan su filosofía en la sangre, como este joven musulmán, nieto de beyes, viven y mueren por ella, pero no son capaces de expresarla con palabras ni sienten la necesidad de hacerlo. Al cabo de un largo silencio, Stikovic y Glasincanin vieron sólo que uno de los dos camaradas invisibles tras el muro tiraba una colilla que, cual luciérnaga, cayó al Drina describiendo un gran arco desde el puente. Al mismo tiempo se oyó que, despacio y sin hablar, continuaban camino hacia el mercado. Tras ellos se perdió también rápidamente el eco de sus pasos.

De nuevo a solas, Stikovic y Glasincanin se removieron, sobresaltados, y se miraron como si acabaran de encontrarse.

Sus caras a la débil luz de la luna mostraban superficies de luces y sombras que se quebraban y cortaban bruscamente, y parecían más viejas de lo que eran. La brasa de sus cigarrillos tenía un brillo fosforescente. Los dos estaban abatidos. Los motivos eran muy distintos, pero el abatimiento era idéntico. Albergaban el mismo deseo: levantarse y marcharse a casa. Pero ambos parecían estar clavados a los asientos de piedra, aún tibios por el sol de la jornada. La charla de sus jóvenes amigos, que habían escuchado por casualidad y presenciado sin ser advertidos, les había venido bien, como un aplazamiento de la conversación y las explicaciones que se debían. Pero ahora no se podían evitar.

—¿Has visto Herak y sus argumentos? —empezó Stikovic primero, retomando la discusión de la tarde, y al decirlo sintió en el acto que se había puesto en una situación de debilidad.

Glasincanin, que experimentó la superioridad momentánea de su posición de árbitro, no respondió enseguida.

—Por favor —prosiguió impaciente Stikovic—, hablar hoy de la lucha de clases y proponer un trabajo en pequeñas dosis, cuando hasta el último

de nosotros sabe que la unificación nacional y la liberación obtenidas con medios revolucionarios es la tarea más urgente de la comunidad, ¡es verdaderamente ridículo!

En la voz de Stikovic había una interrogación y una invitación al diálogo. Pero Glasincanin tampoco respondió. En el silencio de ese mutismo vengativo y malicioso llegó hasta ellos la música del casino de oficiales en la orilla del río. Las ventanas de la planta baja estaban iluminadas y abiertas de par en par. Sonaba un violín acompañado de un piano. Lo tocaba el médico militar, el *Regimentsarzt*[*37] doctor Balasz, acompañado por la mujer del comandante de la guarnición, el coronel Bauer. (Ensayaban el segundo movimiento de una sonatina de Schubert para piano y violín. Empezaban bien y acompasados, pero, antes de llegar a la mitad, el piano se adelantaba. El violín se interrumpía y, después de un breve silencio en el que probablemente discutían sobre este controvertido pasaje, lo recomenzaban). Ensayaban casi todas las tardes hasta bien avanzada la noche mientras, en otra estancia, el coronel jugaba sus interminables partidas de *préférence*[*36] o simplemente dormitaba ante una copa de vino de Mostar y un cigarro alemán, y los oficiales jóvenes bromeaban a costa de los músicos enamorados.

Entre la señora Bauer y el joven médico, en efecto, hacía ya meses que se urdía una historia difícil y compleja. Ni el más perspicaz de los oficiales era capaz de determinar la verdadera naturaleza de sus relaciones. Unos afirmaban que era una relación puramente platónica (y por supuesto se reían de ella), y otros que el cuerpo también tenía parte en el asunto. Sea como fuere, ambos eran inseparables, con el absoluto beneplácito paternal del coronel, que era un buenazo de hombre, bastante entontecido ya por los años de servicio, el vino y el tabaco.

Toda la *kasaba* los veía como una pareja. Por lo demás, los oficiales llevaban una vida aparte, sin relacionarse con la población y la ciudadanía local, y tampoco con los funcionarios extranjeros. A la entrada de sus parques llenos de arriates redondos y en forma de estrella con flores insólitas, realmente decía un cartel que estaba prohibido dejar sueltos a los perros y que no estaba permitido el paso a los civiles. Sus fiestas y bailes eran inaccesibles para cualquiera que no vistiera uniforme. Toda su vida era

la de una gran casta encerrada en sí misma, que cultivaba su exclusividad como la parte más importante de su fuerza, y que bajo un aspecto exterior refulgente y agarrotado ocultaba todo lo que de grandeza y de miseria, de dulzura y de amargura, ofrece en general la vida al resto de las personas.

Pero hay cosas que por su naturaleza no pueden permanecer ocultas y que atraviesan incluso las barreras más sólidas y las fronteras más vigiladas. («Hay tres cosas —decían los osmanlíes— que no se pueden esconder: el amor, la tos y la pobreza»). Ése era el caso de esta pareja de enamorados. No había en la *kasaba* anciano o niño, mujer u hombre, que no se los encontrara en alguno de sus paseos en los que, absortos en la conversación, totalmente ciegos y sordos para todo lo que los rodeaba, recorrían caminos solitarios por los alrededores de la ciudad. Los pastores se habían acostumbrado a ellos como a esas parejas de mariquitas que en mayo se ven en la hojarasca de los senderos; siempre de dos en dos y pegadas la una a la otra. Los veían por doquier: en los aledaños del Drina y del Rzav, bajo las ruinas de la Fortaleza, en la carretera que salía de la ciudad, por Straziste. A cualquier hora del día. Porque para los amantes el tiempo es siempre corto y ninguna senda les resulta lo bastante larga. Montaban a caballo, paseaban en calesa, pero sobre todo caminaban, y lo hacían como andan dos personas que sólo existen la una para la otra y con ese paso característico que indica por sí mismo que todo en el mundo les es indiferente salvo lo que se dicen el uno al otro.

Él es un eslovaco magiarizado, hijo de un funcionario, pobre, educado a costa del Estado, joven, dotado para la música, ambicioso, demasiado sensible, en particular por su origen, que le impide considerarse igual que los oficiales alemanes o húngaros pertenecientes a familias distinguidas o ricas. Ella ya ha cumplido los cuarenta, es ocho años mayor que él. Alta y rubia, ya un poco marchita, aunque su tez es sonrosada y de una blancura sin igual, los ojos azules, grandes y brillantes, se parece por el aspecto y el porte a esos retratos de reinas que fascinan a las jóvenes.

Cada uno de ellos tiene sus razones, reales o imaginarias, pero profundas, para estar descontentos de la vida. Y, además, una gran razón común: ambos se sienten infelices y como exiliados en esa *kasaba* y en la compañía de los oficiales, en su mayoría hombres fútiles y cabezas huecas.

Por eso se aferran el uno al otro convulsamente como dos náufragos. Se abisman, se pierden y olvidan en largas conversaciones o, como ahora, en la música.

Ésa era la pareja invisible cuya sonatina llenaba el sinuoso silencio entre los dos muchachos.

En un momento, la melodía que se derramaba en la noche serena se enredó de nuevo y se interrumpió por un instante. En el silencio que surgió, Glasincanin habló con voz insípida, retomando la última palabra de Stikovic.

—¿Ridículo? Si quieres que te diga la verdad, hay muchas cosas ridículas en esta discusión.

Stikovic se sacó precipitadamente el cigarrillo de la boca, mientras Glasincanin, con lentitud pero con decisión, continuaba exponiendo sus ideas que, a todas luces, no eran cosa de esa noche, sino algo que lo había atormentado durante mucho tiempo.

—Yo escucho con atención estos debates, a vosotros dos y a otras personas instruidas de la *kasaba*; leo periódicos y revistas. Y cuanto más os escucho, más me convenzo de que la mayoría de estas discusiones orales y escritas carecen de relación con la vida y sus exigencias y problemas reales. Porque la vida, la verdadera vida, la observo de cerca, desde muy cerca, la veo en otros y la siento en mí. Quizá me engaño, y tampoco soy capaz de expresarme muy bien, pero a menudo me asalta el pensamiento de que los avances técnicos y la paz relativa en el mundo han creado una suerte de tregua, una atmósfera singular, artificial e irreal, en la que una clase de hombres, los llamados inteligentes, puede entregarse con toda libertad al interesante juego ocioso de las ideas y «puntos de vista sobre la vida y el mundo». Una especie de invernaderos del espíritu, con un clima artificial y una flora exótica, y sin ninguna relación con la tierra, con el suelo real y verdadero que pisan las masas de personas vivas. Creéis que discutís acerca del destino de estas masas y de su utilización en la lucha por alcanzar los objetivos supremos que vosotros les dictáis, pero en realidad, las ruedas que giran en vuestras cabezas no tienen relación alguna con la vida de las masas, ni con la vida a secas. En este punto vuestro juego se vuelve

peligroso, o al menos puede llegar a ser peligroso para otros y para vosotros mismos.

Glasincanin se detuvo. Stikovic estaba tan sorprendido por esta exposición larga y meditada que ni siquiera había pensado en interrumpirlo y responderle. Sólo cuando oyó la palabra «peligroso» hizo un ademán irónico con la mano. Esto irritó a Glasincanin, que continuó más acalorado aún:

—Sí, claro, cuando alguien os escucha podría pensar que todas las cuestiones se han resuelto felizmente, que se han eliminado para siempre todos los peligros, que se han allanado y abierto todos los caminos y sólo hay que empezar a andar por ellos. Sin embargo, nada en la vida está resuelto ni se resuelve con facilidad, ni hay posibilidades de una solución final, sino que todo es difícil y embrollado, costoso y vinculado a un riesgo grande y desproporcionado; en ninguna parte hay rastro de las audaces esperanzas de Herak ni de tus vastos horizontes. El hombre sufre por los siglos de los siglos y jamás posee lo que necesita, y mucho menos lo que desea. Las teorías como las vuestras sólo satisfacen la sempiterna necesidad humana de halagar la propia vanidad con el juego de engañarse uno a sí mismo y engañar a los demás. Ésa es la verdad, tal como yo la veo, desde luego.

—No es cierto. Basta con que compares las diversas épocas históricas para ver el así llamado progreso y el sentido de la lucha del hombre y, por lo tanto, las «teorías» que marcan la dirección de esta lucha.

Glasincanin pensó de inmediato que esto era una alusión a su educación interrumpida y, como siempre en estos casos, se estremeció en su interior.

—Yo no estudio historia… —empezó.

—Ahí está, si estudiaras, verías que…

—Pero tampoco la estudias tú.

—¿Cómo? Esto… Pues claro que la estudio, faltaría más.

—¿Además de ciencias?

La voz le temblaba maliciosa. Stikovic se quedó perplejo unos instantes y luego dijo en un tono helado:

—Bueno, para que te enteres ya que quieres saberlo, así es. Además de a las ciencias, me dedico también a las cuestiones políticas, históricas y

sociales.

—¡Qué suerte que te dé tiempo a hacer todo! Porque, por lo que sé, también eres orador, agitador, poeta y amante.

Stikovic sonrió forzadamente. Y como algo lejano pero penoso atravesó su recuerdo la tarde pasada en el cuarto astroso de la escuela y cayó en la cuenta de que a Glasincanin y Zorka se les había visto juntos antes de que él llegara a la *kasaba*. El hombre que no ama no es capaz de sentir la grandeza del amor ajeno, ni la fuerza de los celos ni el peligro que en ellos se oculta.

Así, la conversación de los muchachos se convirtió sin transición en la áspera riña personal que desde el principio se cernía en el aire. Por lo demás, la gente joven no huye de las disputas, como tampoco los cachorros evitan juegos furiosos y brutales.

—Lo que soy y a lo que me dedico, al fin y al cabo no es de la incumbencia de nadie. Yo no te pregunto a ti por tus metros cúbicos y tus troncos.

El espasmo que siempre sufría Glasincanin cuando se mencionaba su trabajo le resultó particularmente doloroso.

—Deja en paz mis metros cúbicos. Yo vivo de ellos, pero no me comporto como un rastacueros, ni engaño a nadie ni seduzco…

—¿A quién seduzco yo? —se delató Stikovic.

—A todos y a *todas* las que se dejan seducir.

—¡Eso no es verdad!

—Es verdad, y lo sabes. Y ya que me tiras de la lengua, una cosa te voy a decir.

—No tengo la menor curiosidad.

—Pero te la voy a decir quieras o no, porque saltando por los troncos todo el día uno ve y aprende, discurre y siente. Voy a decirte lo que pienso de tus numerosas ocupaciones y capacidades, de tus teorías temerarias, de tus versos y de tus amores.

Stikovic hizo ademán de levantarse, pero no se movió. El piano y el violín del casino hacía ya un rato que volvían a tocar (el tercer movimiento de la sonatina, más alegre y vivaz) y la música se perdía en la noche, en el rumor del río.

—Gracias, ya me lo han dicho personas más inteligentes que tú.

—No, no. Los otros no te conocen, o te mienten, o piensan lo mismo que yo pero se lo callan. Todas tus teorías, tus numerosas ocupaciones intelectuales, así como tus amores y tus amistades, todo surge de tu ambición, pero tu ambición es falaz y malsana, porque procede de tu vanidad, únicamente de tu vanidad.

—¡Ja, ja!

—Pues sí. Esa idea nacionalista que ahora predicas tan fogosamente no es más que una forma especial de tu vanidad. Porque tú no eres capaz de querer ni siquiera a tu madre, a tus hermanas ni a tu hermano, así que mucho menos a una idea. Sólo por vanidad podrías ser bueno, generoso, capaz de sacrificarte. Porque tu vanidad es el motor principal que te mueve, la única cosa sagrada para ti, la única a la que quieres más que a ti mismo. El que no te conoce podría engañarse fácilmente viendo tu diligencia y combatividad, tu entrega al ideal nacionalista, a la ciencia, a la poesía, o a cualquier fin supremo que está por encima de lo personal. Pero no puedes servir a otra cosa ni permanecer al lado de alguien para siempre, porque tu vanidad te lo impide. Y en el momento en que no esté en cuestión tu vanidad, todo se trocará en cosas ajenas y lejanas por las que no querrás ni podrás mover un dedo. También te traicionarás a ti mismo por ella, porque no eres más que su esclavo. Tú mismo no sabes cuán vanidoso eres. Te conozco por dentro, y sólo yo sé qué suerte de monstruo de vanidad eres.

Stikovic no contestó. En un primer momento estaba sorprendido por el discurso meditado y enardecido de su colega, que, de pronto, aparecía ante él en un papel inesperado y a una nueva luz. Esta exposición mordaz y monocorde que al principio lo había ofendido y provocado empezaba a ser interesante, casi agradable. Ciertas palabras, en efecto, lo habían herido en el corazón y le dolían, pero en conjunto —esa penetración aguda y profunda en su carácter— lo halagaba y le gustaba de una manera singular. Porque decirle a un hombre joven como él que es un monstruo no es más que un estímulo para su testarudez y amor propio. Y, en efecto, deseaba que Glasincanin prosiguiera con esa cruel excavación de su interior, esa intensa proyección de su personalidad oculta, porque en ello encontraba una prueba más de su excelencia y superioridad. Su mirada envarada descansaba en la placa blanca de la pared de enfrente que, a la luz de la luna, se destacaba de

la piedra roja. Sin parpadear, contemplaba la inscripción turca incomprensible como si estuviera leyendo y descifrando en toda su profundidad el verdadero sentido de las palabras ásperas y meditadas que le lanzaba ese camarada malvado.

—A ti, en realidad, no te interesa nada, ni amas ni odias porque para ambas cosas se necesita salir del propio yo al menos por un momento, exponerse, olvidar, superarse a sí mismo y dejar a un lado la vanidad. Y tú no puedes; incluso aunque pudieras, no hay nada que te impulse a hacerlo. La desgracia ajena ni siquiera te roza y mucho menos te duele; tampoco la tuya te afecta, a no ser que halague tu vanidad. No deseas nada y nada te alegra. Ni siquiera eres envidioso, pero no por bondad, sino por un egoísmo ilimitado, porque no percibes la felicidad ajena, igual que no adviertes la desdicha de los otros. Nada te puede conmover ni entusiasmar. No te detienes ante nada, no porque seas valiente, sino porque tienes atrofiados todos los instintos sanos; porque para ti, al margen de tu vanidad, no existen los lazos de sangre ni los escrúpulos innatos, ni Dios ni mundo, ni parientes ni amigos. Ni siquiera valoras tus propias capacidades. En lugar de la conciencia, a ti sólo te puede reconcomer la vanidad herida, porque en ti siempre está presente en todo, habla por ti y dicta tu comportamiento.

—¿Es por causa de Zorka? —preguntó Stikovic de repente.

—Pues, ya que lo preguntas, hablemos de ello también. Sí, también por Zorka. Tampoco te importa, ni una pizca. No es más que tu incapacidad para detenerte y contenerte ante lo que casual y momentáneamente se te ofrece y complace tu vanidad. Sí, conquistas a las maestras pobres, confusas e inexperimentadas, igual que escribes artículos y poemas, pronuncias discursos y dictas conferencias. Y no has llegado a seducirlas aún y ya te han aburrido, porque ya tu vanidad bosteza y ávidamente mira hacia delante. Pero ésa es también tu maldición: no poder pararte, ni saciarte, ni contentarte jamás. Todo lo sometes a tu vanidad, pero tú eres su primer esclavo y su principal mártir. Quizá logres gloria y muchos éxitos, éxitos mayores que la debilidad de mujeres alocadas, pero ninguno te satisfará, porque la vanidad te fustigará para que sigas adelante, porque ella se lo traga todo, incluso los mayores triunfos, y los olvida enseguida, pero recuerda siempre cada uno de los fracasos, por muy pequeño que sea, y de

las ofensas. Y cuando carcoma, desgarre, mancille, envilezca, disperse o destruya todo a tu alrededor, te quedarás solo en ese desierto, cara a cara con tu vanidad, y no tendrás nada que ofrecerle, y entonces te devorarás a ti mismo, pero eso tampoco te ayudará, porque tu vanidad, acostumbrada a mejores bocados, te despreciará como alimento y te rechazará. Así eres tú, aunque parezcas diferente a los ojos de la mayoría de la gente, y aunque te creas distinto. Pero yo te conozco.

En este punto Glasincanin se calló de golpe.

En la *kapija* ya se sentía el frescor de la noche y se extendía el silencio acompañado del rumor sempiterno del agua. No habían advertido cuándo había cesado la música de la orilla. Ambos jóvenes habían olvidado completamente dónde estaban y qué hacían, llevado cada uno por sus pensamientos como sólo la juventud puede dejarse llevar. El celoso y desdichado «anotador de metros cúbicos» había dicho lo que tantas veces había pensado de modo apasionado, acalorado y profundo, sin encontrar nunca las palabras y expresiones adecuadas; ahora había hablado con facilidad y elocuencia, con amargura y ardor. Mientras, Stikovic escuchaba inmóvil y ensimismado en la placa blanca de la inscripción, como si fuera una pantalla de cine. Cada palabra lo había afectado, había sentido cada puñalada, pero en lo que le decía el camarada invisible a su lado ya no hallaba ofensa ni veía peligro. Al contrario, le parecía que con cada palabra de Glasincanin crecía y volaba en alas invisibles, silencioso pero veloz, audaz y exaltado; que volaba muy alto sobre las demás personas de la tierra y sobre sus lazos, leyes y sentimientos, solo, orgulloso, grande y feliz o sintiendo algo parecido a la felicidad. Volaba por encima de todas las cosas, y su voz y las palabras adversas eran el rumor de las aguas y el murmullo del mundo invisible que yacía muy por debajo de él y del que nada le importaba cómo era, lo que pensaba y decía, porque él lo sobrevolaba como un pájaro sobrevuela un paisaje.

El momentáneo silencio de Glasincanin pareció serenar a los dos muchachos. No eran capaces de mirarse. A saber en qué dirección hubiera continuado la disputa si en el puente, procedentes del mercado, no hubieran aparecido unos hombres borrachos cantando a trompicones y vociferando.

Sobre todos ellos dominaba un tenor que, interrumpiéndose y en tono demasiado alto, cantaba una antigua canción:

Qué lista y bella eres,
oh, hermosa Fata de Avdan Agá.

Por las voces reconocieron a unos cuantos jóvenes comerciantes e hijos de patrones. Unos caminaban rectos y despacio, otros se tambaleaban dando traspiés. Por las bromas ruidosas, estaba claro que venían del *Ispod Topola*.

En el curso del relato anterior hemos olvidado referir otra novedad en la *kasaba*. (Seguramente también han notado que el hombre olvida con facilidad las cosas de las que no quiere hablar).

Hacía ya más de quince años, mucho antes de que empezara la construcción de la vía férrea, se había instalado en la *kasaba* un húngaro con su mujer. Se apellidaba Terdik, y su mujer se llamaba Julka y hablaba serbio porque era oriunda de Novi Sad. Enseguida se supo que habían llegado con la intención de abrir en la ciudad un negocio para el que el pueblo no tenía nombre. Y lo abrieron en las afueras, bajo los altos álamos que crecían en la falda del Straziste, en una antigua casa de beyes que habían reconstruido por completo.

Era un lugar ignominioso en la *kasaba*. En esa casa, las cortinas estaban echadas todo el día. Al oscurecer, se encendía sobre la entrada una lámpara de acetileno que ardía la noche entera. En la planta baja resonaban las canciones y una pianola. Entre los jóvenes y los hombres disolutos se pronunciaban los nombres de las chicas que Terdik había llevado y mantenía en su negocio. Al principio eran cuatro: Irma, Ilona, Frida y Aranka.

Todos los viernes podía verse a las «chicas de Julka» que en dos simones acudían al hospital para hacerse el reconocimiento semanal. Iban empolvadas y maquilladas, con flores en el sombrero y largas sombrillas en las que revoloteaban volantes de encaje. Ante estos simones, las mujeres de la *kasaba* apartaban a sus hijas y volvían la cabeza con un sentimiento de asco mezclado con vergüenza y compasión.

Cuando empezaron las obras de la vía férrea y con ellas el flujo de dinero y trabajadores, el número de chicas aumentó. Junto a la antigua casa turca, Terdik construyó un nuevo edificio, «según un proyecto», con un techo de tejas rojas que se veía a lo lejos. El edificio tenía tres secciones: la sala general, la *Extra Zimmer* y el *Offizierssalon*. En cada una de ellas, el precio y los clientes eran distintos. Ahí, en el *Ispod Topola*, según se decía en la *kasaba*, podían dejarse el dinero heredado o conseguido por sus propios medios los hijos y los nietos de los que antaño bebían en la taberna de Zarije o, más tarde, en el hotel de Lotika. Era el escenario de dramas sentimentales, de borracheras desenfrenadas, de las bromas más pesadas y de las peleas más famosas. En ese lugar tenían sus raíces muchas desgracias personales y familiares de la *kasaba*.

El centro de atención de aquella panda de borrachos, que había pasado la noche en el *Ispod Topola* y ahora llegaba a la *kapija* para refrescarse, era un tal Nikola Pecikoza, un mozo tontaina pero bonachón, al que los hijos de los amos emborrachaban para reírse de él.

Antes de alcanzar la *kapija*, los juerguistas se pararon junto al pretil. Espoleados por el alcohol, mantenían una discusión estridente. Nikola Pecikoza se había apostado dos litros de vino a que era capaz de llegar al final del puente caminando por el pretil. Cerraron la apuesta y el joven se encaramó al antepecho y, con los brazos extendidos, empezó a avanzar cautelosamente un pie tras otro, como un sonámbulo. Cuando llegó a la *kapija*, descubrió a los dos contertulios tardíos, pero no les habló y, columpiándose, prosiguió, borracho como estaba, su peligroso camino, mientras la alegre compañía iba tras él. A la débil luz de la luna, su sombra enorme danzaba por el puente y se quebraba en el pretil del lado opuesto.

Pasaron los borrachines con sus gritos desenfrenados y observaciones absurdas. Los dos jóvenes se levantaron y, sin despedirse, se encaminaron cada uno hacia su casa.

Glasincanin se desvaneció en la oscuridad, en dirección a la orilla izquierda del Drina, de donde partía la senda hacia su casa, arriba en Okolista. Con paso lento, Stikovic se fue en sentido opuesto, hacia el mercado. Andaba despacio e inseguro. No le apetecía dejar aquel lugar, que era más fresco y estaba más iluminado que la ciudad. Se detuvo junto al

pretil. Sentía la necesidad de aferrarse a algo, de apoyarse en cualquier cosa.

La luna se había ocultado detrás del Vidova Gora. Apoyado en el pretil de piedra en el extremo del puente, el joven observó durante un buen rato las grandes sombras y escasas luces de su villa natal, como si las viera por primera vez. En el casino sólo estaban iluminadas dos ventanas. La música había cesado. Probablemente la desdichada pareja del médico y la coronela charlaban de música y amor, o de su propio destino, que les impedía pasar la vida juntos y no les dejaba alcanzar la paz por separado.

Desde el punto en el que estaba Stikovic también se divisaba una ventana iluminada en el hotel de Lotika. El muchacho observaba las luces a cada lado del puente, como si esperase algo de ellas. Estaba triste y cansado. El paseo temerario del insensato Pecikoza le había traído de repente recuerdos de su infancia, cuando un día, yendo al colegio, entrevió en la niebla de una mañana invernal al Tuerto rechoncho bailoteando por el mismo pretil. Y a Stikovic todos sus recuerdos de infancia le suscitaban tristeza e incomodidad. Se había perdido la sensación, de grandeza fatal pero arrebatadora, de volar por el espacio, por encima de todo y de todos, que le habían producido las palabras fogosas y duras de Glasincanin. Le parecía que había descendido precipitadamente y que reptaba con esfuerzo por la tierra oscura como los demás. Lo torturaba el recuerdo de lo sucedido con la maestra y que no debía haber ocurrido jamás (¡cómo si lo hubiera hecho otra persona en su nombre!), el artículo de la revista, que le resultaba flojo y lleno de carencias (¡cómo si lo hubiera escrito otro contra su propia voluntad y lo hubiera publicado con su nombre!), la larga perorata de Glasincanin, que ahora de repente se le mostraba repleta de maldad y odio, de ofensas sangrantes y peligros reales.

Se estremeció a causa de un escalofrío interno y del relente que subía del río. Sólo entonces, como si se hubiera recobrado, advirtió que las dos ventanas del casino estaban apagadas. Del edificio salían los últimos clientes, cuyos sables largos tintineaban mientras cruzaban el mercado a oscuras a la par que retumbaba una conversación ruidosa y artificial. Entonces, apartándose con esfuerzo del pretil y mirando una vez más la ventana iluminada en el hotel como la última luz de la *kasaba* aletargada, el

joven emprendió con paso lento el camino hacia su pobre casa arriba en Mejdan.

XX

La única luz que quedaba en el hotel como el último signo de vida esa noche en la *kasaba* era la ventana pequeña de la primera planta donde estaba la habitación de Lotika. Allí estaba ella, sentada tras su abarrotada mesita. Igual que antaño, veintitantos años atrás, cuando subía a ese cuarto para descansar al menos un instante del bullicio y de la concurrencia del hotel. La única diferencia es que, ahora, abajo todo estaba tranquilo y oscuro.

Ya hacia las diez, Lotika se ha retirado a su habitación y se ha preparado para acostarse. Antes de hacerlo se ha asomado a la ventana para respirar una vez más el frescor del agua y, a la débil luz de la luna, echar un vistazo al último arco del puente, que es el único y constante panorama que se divisa desde su ventana. Entonces se ha acordado de una factura antigua y se ha sentado para buscarla. Pero una vez que ha empezado a revisar facturas, ha perdido la noción del tiempo, se ha olvidado de su necesidad de dormir y se ha quedado allí más de dos horas.

Hace un buen rato que ha pasado la medianoche, pero Lotika, desvelada y absorta, alinea columnas de números y pasa hoja tras hoja.

Está cansada. Durante el día, mientras charla y trabaja, sigue siendo igual de viva, activa y locuaz, pero por la noche, cuando se queda sola, siente todo el peso de los años y de su cansancio. Lotika ha envejecido. Sólo quedan rastros de su antigua belleza. Está delgada, la cara biliosa; el cabello, sin lustre y ralo en la coronilla; y los dientes, sus dientes, otrora brillantes y duros como el granizo, se le van cayendo, y los que quedan se han vuelto amarillentos. La mirada de los ojos negros, aún centelleantes, es dura y a veces triste.

Lotika está cansada, pero no con ese cansancio bendito y dulce debido al mucho trabajo y las buenas ganancias que en otros tiempos la impulsaba a buscar reposo y un respiro en ese mismo cuarto. La vejez ha llegado, y con ella una época difícil.

No podría expresarlo con palabras, ni siquiera a sí misma es capaz de explicárselo, pero con cada paso siente que no corren buenos tiempos, al menos no para aquél que se debe ocupar de ganarse el sustento propio y el de su familia. Cuando llegó a Bosnia, treinta años atrás, y empezó a trabajar, la vida le parecía como de una sola pieza. Todos iban en la misma dirección que ella: en el trabajo y con la familia. Todos estaban en su lugar y había lugar para todos. Y por encima de todos, estaban la ley y el orden; una ley estricta y un orden férreo. Así le parecía a Lotika entonces el mundo. Pero ahora todo se había desplazado y desordenado. Los hombres se dividían y separaban y, en su opinión, lo hacían a lo loco. La ley de beneficios y pérdidas, una ley maravillosa que siempre había regido los procedimientos humanos, parecía no servir ya, porque había mucha gente que hacía, declaraba y escribía cosas cuyo fin y sentido ella no vislumbraba y sólo podían traer incomodidades y perjuicios. La vida se fragmenta, se desmenuza y derrama. En general, se tiene la impresión de que a la actual generación le importan más las propias concepciones sobre la vida que la vida misma. Todo parece una locura y para ella es completamente incomprensible, pero es así. Y por eso la vida pierde valor y se consume en palabras. Lotika lo ve con claridad y lo nota a cada paso.

Los negocios, que antes danzaban ante sus ojos como un rebaño de alegres corderitos, ahora yacen muertos y pesados como las grandes losas sepulcrales del cementerio judío. Hace ya diez años que el hotel no marcha bien. Han talado el bosque alrededor de la *kasaba*, y la tala se desplaza cada vez más lejos, y con ella la mejor clientela del hotel y las ganancias. Ese arrogante y desvergonzado Terdik ha abierto su «casa» bajo los álamos y se ha llevado a muchos de los clientes de Lotika ofreciéndoles fácil y directamente lo que en su hotel, ni por todo el oro del mundo, habrían podido obtener jamás. Lotika ha luchado mucho contra esta competencia desleal y vergonzosa, afirmando que habían llegado tiempos en los que ya no había ni ley ni orden, ni posibilidad de hacer negocios honradamente. En

su amargura, todavía al principio, llamó a Terdik «proxeneta». Él la denunció y Lotika resultó condenada y tuvo que pagar una multa por injurias. Pero ella lo sigue llamando así, aunque cuida delante de quién lo hace. El nuevo casino de oficiales tiene restaurante, bodega con buenos licores y habitaciones donde pernoctan los forasteros distinguidos. Gustav, el huraño y frustrado, pero hábil y honrado Gustav, después de tantos años, había abandonado el hotel para abrir un café en el bazar, en el lugar más frecuentado, pasando de colaborador a competidor desconsiderado. Las sociedades corales y las diversas salas de lectura que, como hemos visto, habían surgido en la *kasaba* en los últimos años tenían sus cafés propios y atraían a mucha gente.

Ya no hay esa vida de antaño en la sala grande, y mucho menos en la *Extra Zimmer*. Ahora suelen almorzar allí algunos funcionarios solteros, leen los periódicos o toman un café. Todas las tardes viene Alí Bey Pasic, el compañero taciturno pero fiel de la juventud de Lotika. Sigue siendo comedido y discreto en el hablar y en los gestos, siempre pulcro y cuidadosamente vestido, aunque ha ganado peso y su cabello ha encanecido. Debido a la grave diabetes que padece desde hace años, le sirven un café con sacarina. Fuma tranquilo y escucha a Lotika en silencio, según su costumbre. Y cuando llega la hora, se levanta, con la misma tranquilidad y siempre en silencio, y se va a su casa en Crnca. También acude al hotel todos los días el vecino de Lotika, el patrón Pavle Rankovic. Hace tiempo que no lleva el traje regional, y viste el traje «estrecho» de un burgués, sólo ha conservado el rojo fez bajo. Usa camisas con la pechera almidonada, el cuello duro y los puños redondos, en los que anota números y cuentas provisionales. Hace mucho que ha logrado ocupar el primer puesto en el bazar de Visegrad. Goza de una posición firme y consolidada, pero no carece de preocupaciones y dificultades. Como a todas las personas mayores y acaudaladas, los nuevos tiempos, la afluencia bulliciosa de nuevas ideas y el nuevo modo de vida, de pensar y de expresarse, lo desconciertan. Para él todo esto está comprendido dentro de una palabra: «política». Y es la «política» lo que lo confunde e irrita y le amarga estos años, que deberían ser de tranquilidad y plena satisfacción, después de tanto trabajo, ahorro y sacrificios. Porque no le gustaría separarse o alejarse de la

mayoría de sus compatriotas, pero tampoco querría enfrentarse con las autoridades, con las que siempre le gusta estar a bien y, al menos formalmente, de acuerdo. Y esto es difícil de conseguir, casi imposible. No logra entenderse ni con sus hijos. Le resultan incomprensibles, igual que el resto de la juventud, y veleidosos. (Sin embargo, esta misma juventud arrastra a muchos viejos que la siguen por necesidad o por debilidad). Por su porte y conducta y por su forma de actuar, al patrón Pavle le parece que los jóvenes han escogido la revuelta y no piensan que van a tener que vivir y morir en este orden de cosas, sino que prefieren echarse al monte y subsistir como bandoleros. Los jóvenes no tienen cuidado con lo que dicen ni con lo que hacen, ni con lo que gastan, y a lo que menos se dedican es a sus propios asuntos, comen el pan sin pensar de dónde viene, y hablan, hablan, hablan, y «ladran a las estrellas», según les decía a sus hijos cuando discutían.

Esa forma de pensar sin límites, ese hablar sin medida y la vida sin cálculos y contra los cálculos, a él, que toda su existencia ha trabajado con el cálculo y según los cálculos, lo enfurece y desespera. Cuando los mira y los escucha, lo embarga el pánico, le parece que sin prudencia y sin reflexionar están tocando los cimientos mismos de la vida, aquello que para él es lo más dulce y lo más sagrado. Y cuando les pide explicaciones que puedan convencerlo y tranquilizarlo, ellos le responden con desdén y con palabras altisonantes y turbias: libertad, futuro, historia, ciencia, gloria, grandeza. Y a él se le pone la carne de gallina con esas palabras abstractas. Por eso le gusta sentarse y tomar un café con Lotika, con la que puede hablar de negocios y acontecimientos, apoyándose en un cálculo consolidado y reconocido, lejos de la «política» y de las palabras grandilocuentes y peligrosas que lo ponen todo en cuestión y no explican ni confirman nada. Mientras charlan, a menudo saca su pequeño lapicero, que no es el mismo de veinticinco años atrás, aunque sí está igual de gastado y casi no se ve, y somete lo que hablan a la prueba irrebatible e inexorable de las cifras. Llegan todavía a rememorar un suceso del pasado o alguna broma cuyos protagonistas en su mayoría ya han fallecido, y luego el patrón Pavle, encorvado y pensativo, se marcha a su negocio en el bazar. Mientras, Lotika se queda sola con sus preocupaciones y sus facturas.

Las especulaciones de Lotika no van mucho mejor que los asuntos del hotel. Durante los primeros años de la ocupación, bastaba comprar acciones de cualquier empresa, y uno estaba seguro de haber invertido bien el dinero; la única incertidumbre era la cantidad que se ganaba. Pero en aquella época el hotel empezaba a funcionar y Lotika no disponía de bastante dinero en efectivo, ni tenía el crédito que alcanzó más tarde. Y cuando consiguió dinero y crédito, la situación de los mercados ya había cambiado. A finales del siglo XIX y principios del XX, la monarquía austrohúngara sufrió una de las mayores crisis cíclicas. Las acciones de Lotika empezaron a subir y bajar como el polvo arrastrado por el viento. Ella lloraba de rabia leyendo todos los domingos el *Merkur* vienés con las últimas cotizaciones. Todos los ingresos del hotel, que en aquella época todavía marchaba bien, eran absolutamente insuficientes para llenar los vacíos surgidos a consecuencia de la caída general de la bolsa. Entonces ella sufrió una grave crisis nerviosa que duró dos años completos. Estaba como loca por el dolor. Hablaba con la gente y no escuchaba lo que le decían, ni pensaba en lo que ella misma decía. Miraba a la cara de sus interlocutores pero no los veía, sólo veía las diminutas columnas del *Merkur*, que debían traerle la felicidad o la desgracia. Fue en esa época cuando empezó a comprar billetes de lotería. Si las cosas sólo eran resultado de la suerte y el azar, que lo fueran hasta el final. Tenía lotería de todos los países. Incluso logró adquirir la cuarta parte de un billete de la gran lotería de Navidad española, cuyo premio gordo eran quince millones de pesetas. Temblaba ante cada extracción, lloraba sobre las listas de los números premiados. Le pedía a Dios que hiciera un milagro, que el suyo obtuviera el primer premio. Pero jamás lo ganó.

Hacía siete años que el cuñado de Lotika, Zaler, se había asociado con dos jubilados ricos y habían fundado la Moderna Cooperativa Lechera. Lotika había aportado tres quintas partes del capital inicial. Habían hecho las cosas a lo grande. Habían calculado que los primeros éxitos, que no podían retrasarse, atraerían la atención de capitalistas de fuera de la *kasaba* e incluso de fuera de Bosnia. Sin embargo, justo cuando la empresa se hallaba en esa fase crítica transitoria, se produjo la crisis de la anexión, que destruyó cualquier esperanza de atraer capital nuevo. Las regiones

fronterizas se habían convertido en lugares tan inseguros que los capitales invertidos empezaban a huir. Al cabo de dos años, se liquidó la cooperativa, con la pérdida absoluta de todo el capital invertido. Para cubrir las pérdidas, Lotika tuvo que vender sus mejores acciones y las más seguras, que eran las de la cervecera de Sarajevo y las de la fábrica de soda Solvaj de Tuzla.

Paralelamente a estos desastres financieros, como si estuvieran vinculadas a ellos, llegaron las preocupaciones y decepciones familiares. Era cierto que una de las hijas de Zaler, Irena, había hecho una boda inesperadamente buena. (Lotika había aportado la dote). Pero la hija mayor, Mina, seguía en casa. Exasperada por el matrimonio de su hermana menor, sin suerte con sus pretendientes se había convertido prematuramente en una solterona áspera y amargada que hacía la vida en la casa y el trabajo en el hotel más difícil e insoportable de lo que era por sí mismo. Zaler, que jamás había sido vivaz y activo, era más pesado e indeciso aún, y vivía en la casa como un huésped mudo y bonachón sin oficio ni beneficio. Debora, la mujer de Zaler, si bien enfermiza y en edad avanzada, había dado a luz a un varón, retrasado y tullido. El niño ya tenía diez años y seguía sin poder hablar con claridad ni tenerse en pie, sino que se expresaba con sonidos indefinidos y andaba a cuatro patas por la casa. Pero esa criatura infeliz era tan buena y cariñosa y estaba tan apegada a su tía Lotika, a la que quería más que a su propia madre, que ella, al margen de todas sus preocupaciones y trabajos, se ocupaba de él, lo alimentaba, vestía y arropaba para dormir. Contemplando cada día a ese monstruo de niño, le dolía el alma porque los negocios no marchaban mejor, y porque no tenía más dinero para enviarlo a Viena, a que lo viera un médico ilustre, o a una institución, o porque no sucedía un milagro y la voluntad divina curaba a seres como este gracias a las oraciones y a las buenas obras humanas.

También sus protegidos de Galitzia, a los que había dado educación y había casado en el curso de los años prósperos, le ocasionaban bastantes preocupaciones y desengaños. Los había que habían fundado sus propias familias, prosperado en el trabajo y acumulado un patrimonio. Escribían a menudo a Lotika felicitaciones, cartas llenas de respeto y gratitud, e informes regulares sobre la situación de la familia. Pero esos Apfelmeier, a los que había guiado, pagado los estudios o posibilitado buenos

matrimonios, no ayudaban ni aceptaban a los nuevos parientes pobres que nacían y crecían en Galitzia, sino que, asentados en otras ciudades, se ocupaban sólo de sí mismos y de sus hijos. Parecía que para ellos la parte principal de su éxito consistiera en olvidar cuanto antes y para siempre Tarnow y el medio estrecho y miserable del que habían salido y del que por suerte se habían librado.

Lotika, por su parte, ya no podía apartar dinero como antaño para sacar adelante a los pobres de Tarnow. Nunca se acostaba ni se levantaba sin que la atravesara el dolor al pensar que en Tarnow alguno de los suyos se hundía sin esperanza y para siempre en la ignorancia, en la suciedad y en la miseria vergonzosa que ella conocía bien y contra la que había luchado toda su vida.

También algunos de los que habían tenido éxito gracias a ella le daban muchos motivos de tristeza e insatisfacción. Precisamente los mejores se habían torcido o tropezado después de los primeros éxitos y bellas esperanzas. Una de sus primas, una pianista con mucho talento que con la ayuda y el esfuerzo de Lotika había terminado los estudios en el conservatorio en Viena, se había envenenado hacía varios años, en la época de sus primeros triunfos; nadie sabía la razón.

Uno de sus sobrinos, Albert, esperanza de la familia y orgullo de Lotika, había terminado el liceo y los estudios universitarios con sobresaliente, y sólo por el hecho de ser judío no había sido propuesto para la *Promotio sub auspiciis regis* ni había recibido el anillo imperial, como ansiaba ella en secreto. No obstante, si por ser judío no podía ser funcionario —lo que más hubiera convenido a las aspiraciones de Lotika—, ella lo imaginaba como un abogado ilustre en Viena o en Lemberg, y lo habría considerado una recompensa por sus sacrificios para darle una educación. Pero también vivió una dolorosa desilusión. El joven doctor en leyes se hizo periodista y se afilió al partido socialista, a la corriente más extrema, por si fuera poco, la misma que se había destacado durante la huelga general de Viena en 1906. Así, Lotika tuvo que leer con sus propios ojos en los periódicos vieneses que «con ocasión de la purga de elementos subversivos extranjeros, habían expulsado de Viena al Dr. Albert Apfelmeier, conocido agitador judío, después de que hubiera cumplido una condena de veinte días

de cárcel». En la lengua de la *kasaba*, esto era lo mismo que echarse al monte. Al cabo de unos cuantos meses, Lotika recibió una carta de su querido Albert, que le escribía como emigrante desde Buenos Aires.

En aquellos días no hallaba paz ni siquiera en su cuartito. Con la carta en la mano, se acercaba a su hermana y a su cuñado, y desesperada, enloquecida, se la ponía en las narices a Debora, que no hacía más que llorar, y le gritaba iracunda:

—¿Qué será de nosotros? Te pregunto qué va a ser de nosotros, si nadie es capaz de levantarse ni de dar un paso solo. En cuanto no los tienes bajo el ala, se caen. ¿Qué va a ser de nosotros? Estamos malditos, eso es lo que pasa.

—*Gott, Gott, Gott* —se lamentaba la pobre Debora, derramando gruesas lágrimas y, por supuesto, sin responder nada a la pregunta de Lotika, la cual, sin ser tampoco capaz de responderse, juntaba las manos y elevaba los ojos al cielo, pero no asustada y llorosa, como Debora, sino furiosa y desesperada.

—¡Socialista! ¡Se ha hecho so-cia-lis-ta! Como si no fuera bastante ser judíos, ¡ahora encima esto! ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿Qué he hecho para que me castigues de esta forma? ¡Socialista!

Lloró a Albert como si hubiera muerto y nunca más lo mencionó.

Tres años más tarde, una de sus sobrinas, hermana de este mismo Albert, hizo un matrimonio excelente en Pest. Lotika se encargó de la dote de la chica y su palabra fue definitiva en la crisis moral que esta boda suscitó en la gran familia de los Apfelmeier de Tarnow, ricos sólo en hijos y en una inmaculada tradición religiosa. El hombre con el que la sobrina debía casarse era un financiero rico, pero cristiano, calvinista, y había puesto la condición de que la muchacha se convirtiera a su fe. Los padres se habían opuesto, pero Lotika, teniendo en cuenta únicamente el interés de toda la familia, afirmó que era difícil navegar sin dar bandazos con tanta gente en el barco, y que para salvarse a veces había que soltar lastre. Apoyó a la muchacha y su palabra fue decisiva. La joven se bautizó y se casó. Lotika esperaba que con ayuda del marido pudiera atraer al mundo de los negocios de Pest al menos a algún primo y sobrino que estaban llegando a la edad de trabajar. Pero la mala suerte quiso que el rico financiero muriera

en el primer año de matrimonio. La mujer se volvió loca de tristeza. Pasaron los meses y su gran aflicción no cedía. De hecho, hacía ya cuatro años que la joven viuda vivía en Pest, entregada a una tristeza antinatural semejante a una locura tranquila. Había cubierto de paño negro el gran piso suntuosamente decorado. Y todos los días iba al cementerio, se sentaba junto a la tumba del marido y le leía en voz baja y con dedicación la lista de las cotizaciones de bolsa de la jornada, de principio a fin. Ante todos los esfuerzos por convencerla de que dejara aquello y saliera del letargo en el que se había sumido, ella contestaba con dulzura que eso era lo que más le gustaba al difunto, le gustaba por encima de todas las cosas y era la única música celestial que conocía.

De este modo, en esa pequeña habitación se acumulaban muchos destinos diversos. Muchas cuentas, muchos créditos de cobranza dudosa, muchos asientos tachados y borrados en el grande y ramificado libro de contabilidad de Lotika. Pero el principio del trabajo continúa siendo el mismo. Está cansada, pero no desalentada. Después de cada pérdida y cada fracaso, se recobra, aprieta los dientes y sigue adelante para protegerse. Porque todo su trabajo de los últimos años se reduce a la protección, pero ella se protege con el mismo objetivo ante los ojos y con la misma obstinación con la que antaño ganaba y prosperaba. En ese hotel, Lotika es el «hombre de la casa» y para la *kasaba* entera es la «tía Lotika». Todavía hay mucha gente ahí cerca y por el mundo que espera su ayuda, su consejo o al menos una palabra amable, y no preguntan ni piensan si está cansada. Pero ella realmente está agotada; más de lo que nadie pueda intuir y más de lo que ella misma es consciente.

El pequeño reloj de pared da la una. Lotika se levanta con dificultad, apoyando las manos en los riñones. Apaga cuidadosamente la gran lámpara verde sobre el velador de madera, y con el paso menudo de los viejos, con el que anda sólo cuando está en su cuarto y sólo antes de dormir, va a acostarse.

Sobre la *kasaba* dormida se extiende uniforme la oscuridad.

XXI

Por fin llegó el año 1914, el último de la crónica del puente sobre el Drina. Llegó, como los anteriores, con el paso tranquilo del tiempo terrenal, pero con el bramido sordo de los acontecimientos nuevos y cada vez más insólitos que, como olas, se encabalgaban unos sobre otros.

Muchos, muchísimos años han pasado por la *kasaba* junto al puente, y pasarán muchos más. Los ha habido y los habrá de todo tipo, pero el de 1914 siempre será diferente del resto. Al menos así se lo parece a los que lo han sobrevivido. Estas personas creen que, por mucho que se hable y se escriba al respecto, jamás será posible contar todo lo que entonces se contempló en las profundidades de los destinos humanos, oculto tras el tiempo y por debajo de los hechos. ¿Quién sería capaz de expresar y transmitir (¡así lo creen ellos!), el estremecimiento colectivo que de pronto sacudió a las masas y que de los seres vivos se traspasó a las cosas muertas, a los paisajes y edificios? ¿Cómo describir el vaivén en los sentimientos de las personas que iba desde el mudo pánico animal hasta el entusiasmo suicida, desde los instintos sanguinarios más bajos y la rapiña más pérfida hasta la hazaña más sublime del sacrificio sagrado en el que el hombre se trasciende a sí mismo y roza por un instante las esferas de mundos más elevados con otras leyes? Nunca se podrá contar, porque el que lo contempla y sobrevive, enmudece, y los muertos ya no pueden hablar. Son cosas que no se cuentan, sino que se olvidan. Porque si no se olvidaran, ¿cómo se podrían repetir?

Ese verano de 1914, cuando los señores de los destinos humanos llevaron a los pueblos europeos desde el escenario del sufragio universal al circo, previamente preparado, del servicio militar obligatorio, la *kasaba* era

un ejemplo pequeño pero elocuente de los primeros síntomas de una dolencia que con el tiempo se convertiría en europea, luego mundial y universal. Era un tiempo a caballo entre dos épocas de la historia de la humanidad, y resultaba más fácil y claro ver el final de la que terminaba que vislumbrar el principio de la que empezaba. Todavía se buscaba justificación para la violencia y para la barbarie se encontraba un nombre, tomado prestado del tesoro espiritual del siglo anterior. Todo lo que sucedía tenía aún una apariencia provisional de dignidad y el encanto de la primicia, ese encanto terrible, efímero e inexpresable que más adelante concluyó de tal modo que ni los que entonces lo habían sentido intensamente podían evocarlo en su memoria.

Pero todo esto son cosas que sólo mencionamos de paso y que los poetas y científicos de los tiempos venideros examinarán, interpretarán y resucitarán con medios y formas que no podemos ni imaginar, y con una serenidad, una libertad y una audacia de espíritu que estarán muy por encima de las nuestras. Seguramente no tendrán problemas a la hora de encontrar una explicación para este año singular y ubicarlo en su verdadero lugar en la historia del mundo y del desarrollo de la humanidad. Aquí, para nosotros, solamente y ante todo es el año que resultó funesto para el puente sobre el Drina.

El verano de 1914 quedará en la memoria de los que lo vivieron como el más luminoso y bello que recordaban, porque en sus conciencias brillaba y resplandecía sobre un horizonte, oscuro y gigantesco, de sufrimientos y calamidades que se extendía hasta perderse de vista.

Y lo cierto es que el verano había empezado bien, mejor que tantos otros anteriores. Los ciruelos habían dado frutos como hacía mucho no daban, y el trigo medraba. Después de diez años de cambios radicales y convulsiones, la gente esperaba una tregua y un buen año que, desde todos los puntos de vista, reparara el daño y los disgustos de los anteriores. (La debilidad más penosa y trágica de todas las debilidades humanas es sin duda la absoluta incapacidad de prever, la cual está en contradicción con tantos talentos, habilidades y conocimientos que el hombre posee).

Llega un año tan excepcional en el que se aúnan para actuar conjuntamente el calor especialmente propicio y feliz del sol con la

humedad de la tierra, y el amplio valle de Visegrad se estremece por la abundancia de energía y la necesidad general de fructificar. La tierra bulle y todo lo que en ella está vivo germina, brota, da hojas, florece y se centuplica. Bien se ve este aliento de fecundidad; cómo tiembla cual cálida bruma azulada sobre cada surco y cada manojo de hierba. Las vacas y las cabras caminan despatarradas y con dificultad debido a las ubres repletas e infladas. Las brecas, que todos los años al principio del verano llegan en bancos por el curso del Rzav para desovar en la desembocadura, acuden en tal cantidad que los niños los recogen en baldes de las charcas y los tiran en la orilla. Incluso la piedra porosa del puente se impregna de humedad y se hincha como si estuviera viva, contagiada por esa fuerza y abundancia que surge de la tierra y flota sobre toda la *kasaba* como un calor alegre en el que todo respira con más animación y crece con más exuberancia.

No son frecuentes estos veranos en el valle de Visegrad, pero cuando se presenta uno de ellos, los hombres olvidan todo lo malo que ha sucedido y no piensan en lo que puede venir, viven la vida triplicada del valle en el que se ha posado una fertilidad bienhechora y forman parte del juego de la humedad, la tibieza y la savia desbordante.

Incluso el campesino, que siempre encuentra motivos para quejarse de algo, tiene que admitir que el año promete, pese a que tras cada palabra de alabanza añade: «si es que aguanta…». Los hombres del bazar se precipitan y sumergen con pasión en los negocios como abejas y abejorros en las corolas de las flores. Se dispersan por los pueblos de los alrededores de la *kasaba* dando arras por el trigo todavía en la espiga y las ciruelas en las ramas. El campesino, confuso por la irrupción de clientes astutos y por la abundancia insólita de la cosecha, se planta al lado del árbol, que se dobla bajo el peso de la fruta, o junto al campo ondulante, tratando de mostrarse cauto y reservado ante el comerciante que se ha molestado en llegar hasta allí. Y tanta cautela y reserva confieren a su rostro un aire tenso y preocupado que se parece como una gota de agua a otra a la máscara de dolor que muestran los campesinos los años de mala cosecha.

Por el contrario, son los labriegos los que se personan ante los patrones más ricos y poderosos. El negocio del patrón Pavle Rankovic, los días de mercado, está lleno de aldeanos que necesitan dinero. Y lo mismo sucede

con la tienda del patrón Santo Papo, que desde hace mucho es el judío más importante de Visegrad. (Porque a pesar de que hace tiempo que existen los bancos y las posibilidades de créditos hipotecarios, a los campesinos, sobre todo a los más viejos, les gusta endeudarse a la antigua usanza, con los patrones de villa a los que les compran la mercancía y con los que ya sus padres se endeudaban).

El almacén del patrón Santo se halla en uno de los edificios más altos y firmes del bazar de Visegrad. Está construido con piedra dura, gruesos muros y el suelo es de losas también de piedra. La pesada puerta y los postigos de las ventanas son de hierro forjado, y las ventanas altas y estrechas están protegidas por rejas gruesas y tupidas.

La parte delantera del almacén sirve de tienda. Las paredes estaban cubiertas de anaqueles de madera de mucho fondo llenos de vajilla esmaltada. Del techo, que era inusualmente alto, tanto que se perdía en la oscuridad, colgaba mercancía ligera: faroles de todos los tamaños, jarras de café, jaulas, ratoneras y otros objetos de alambre. Todo esto cuelga atado en grandes racimos. Alrededor del largo mostrador se amontonan cajas con clavos, sacos de cemento, de yeso y de diversas pinturas; azadas, palas y picos sin mango, ensartados en alambres, formando pesados collares. En las esquinas grandes, recipientes de latón con petróleo, laca, trementina y barniz. Aquí, en pleno verano siempre hace fresco y en pleno día reina la oscuridad.

Sin embargo, la mayor parte de la mercancía se halla en la trastienda a la que se llega a través de una estrecha abertura con puerta de hierro. Allí se guarda el género más pesado: estufas, raíles, traviesas, rejas, palancas y otras herramientas grandes. Todo colocado en altos montones a guisa de paredes, de modo que entre los artículos se pasa sólo por corredores angostos. Aquí siempre reina la oscuridad y no se entra sin un quinqué.

De los muros gruesos, del suelo de piedra y de la quincalla acumulada se desprende un aire frío y acre de piedra y metal, que nada puede ventilar ni calentar. En unos cuantos años, ese aire transforma a los aprendices vivaces y sonrosados en mancebos taciturnos, pálidos y abotargados, pero hábiles, ahorradores y longevos. Para las generaciones de propietarios es,

sin duda, pesado y dañino, y, no obstante, les resulta dulce y querido, pues les transmite sensación de propiedad, idea de lucro y fuente de riquezas.

El hombre que ahora se sienta en la parte delantera de este almacén fresco y umbrío tras la pequeña mesa junto a la gran caja fuerte de acero, de marca Wertheim, no se parece en nada al pletórico y vivaz Santo que, treinta años atrás, era capaz de gritar a voz en cuello «¡ron para el Tuerto!». Los años y el trabajo en el almacén lo habían transformado. Está más gordo y pesado, y tiene la cara amarilla; círculos oscuros alrededor de los ojos que llegan hasta la mitad de las mejillas; ha perdido vista; sus ojos negros y saltones, que miran tras las lentes de gruesos cristales y montura metálica, tienen una expresión severa y asustada. Todavía lleva el fez de color guinda, como el único resto del antiguo traje turco. Su padre, el patrón Mentó Papo, un vejete menudo y blanco de ochenta años, todavía se conserva bastante bien, aunque la vista le falla. Suele pasarse por el local en los días soleados. Con sus ojos lacrimosos, que, tras las gafas gruesas, parecen estar a punto de diluirse, contempla a su hijo en la caja y a su nieto tras el mostrador, respira el aire del almacén y regresa de nuevo a casa con paso lento, apoyándose con la mano derecha en el hombro de su bisnieto de diez años.

Santo tiene seis hijas y cinco hijos, casi todos casados. El mayor, Rafo, ya tiene hijos crecidos y ayuda a su padre en el negocio. Uno de los hijos de Rafo, que lleva el nombre del abuelo, va al liceo en Sarajevo. Es un muchacho pálido, miope y esbelto que ya a los ocho años declamaba los poemas de Zmaj-Joval[*51] en las fiestas escolares; por lo demás, no le gusta estudiar, ni ir a la sinagoga, ni ayudar en las vacaciones de verano en el almacén del abuelo, y dice que quiere ser actor o algo semejante que sea insólito y lo haga famoso.

El patrón Santo se sienta, inclinado sobre el libro de contabilidad ya bastante ajado y grasiento, con un registro alfabético, y a su lado, en una caja de clavos vacía, se acurruca Ibro Cemalovic, un campesino de Uzavnica. El patrón Santo suma cuánto le debe Ibro y cuánto, en virtud de estos números y según qué condiciones, puede fiarle ahora hasta la siguiente cosecha.

—*Cincuenta, cincuenta y ocho… cincuenta y ocho, sesenta y tres* —susurra el patrón Santo sumando en su español ladino.

Entretanto, esperando, el campesino lo mira preocupado, como si se tratara de un encantamiento, y no de las cuentas que él conoce al dedillo e incluso en sueños tiene en la cabeza. Cuando Santo suma y le dice el importe de la deuda con intereses, el campesino masculla lentamente: «¿Estás seguro?», sólo para ganar tiempo y comparar los números de Santo con los suyos.

—Sí, Ibro Agá, y no puede ser de otro modo —responde Santo, usando la fórmula habitual en semejantes casos.

Una vez que se han puesto de acuerdo sobre la deuda actual, el campesino debe solicitar un nuevo préstamo y Santo exponer sus posibilidades y condiciones. Pero esto no ocurre ni rápida ni fácilmente. Entre ellos se desarrolla un diálogo que hasta en los más mínimos detalles se parece a las conversaciones que hace cincuenta años, antes de la cosecha, mantenían en ese lugar el padre de este mismo Ibro de Uzavnica con Mentó, el padre de Santo. El verdadero y principal objeto de la conversación debe tratarse entre el torrente de palabras que por sí mismas no significan nada y que resultan superfluas y casi absurdas. Un profano que los viera y escuchara a hurtadillas no podría imaginarse que estén hablando de préstamos y de dinero. Al menos así lo parece a veces.

—La cosecha de ciruelas ha sido buena, mejor aquí que en cualquier otro distrito —dice Santo—, tendremos un año como hace tiempo no hemos visto.

—Es cierto, gracias al cielo, bastante abundante; y si Alá quiere y la cosa sigue así, habrá fruta y pan; claro que va a haber, pero a saber a qué precio —dice preocupado el campesino, frotando el pulgar en la costura de los pantalones de basto paño verde y mirando a Santo por el rabillo del ojo.

—Ahora todavía no, pero cuando la traigas a Visegrad, se sabrá. Ya conoces el dicho: el precio en las manos del dueño.

—Sí, claro. Si Dios quiere y madura —de nuevo el campesino pone la condición.

—Así es, sin la voluntad de Dios no hay cosecha ni siembra, y da igual cuánto vigile el hombre su sembrado, porque de nada le servirá si no cuenta con la bendición de Dios —interviene Santo Papo, señalando con la mano a las alturas de las que debe llegar esa bendición, por encima del elevado y

negro techo de la tienda, del que cuelgan quinqués rústicos de latón y otra mercancía sin valor atada en haces.

—Ah, sí, razón tienes, de nada sirve —suspira Ibro—. Ya puede uno hartarse a plantar y a sembrar, que, si no está de la mano de Dios, el Único y Grande, como si lo tiraras a la corriente; cavas, escardas, podas y trillas, pero ¡quiá! Si no está escrito, no hay nada que hacer, no verás ningún fruto. Pero si está de Dios que la cosecha sea pingüe, ¡albricias!, todos estaremos contentos; uno podrá desadeudarse y volverse a endeudar. Sólo salud nos hace falta, Señor, sólo salud.

—¡Claaaro, la salud es lo primero! Nada hay comparable a la salud. Así son las criaturas humanas, dales todo pero quítales la salud, y como si nada les hubieras dado —asegura Santo, dirigiendo la conversación en ese sentido.

Entonces el campesino expone también sus opiniones sobre la salud, que son tan generales y manidas como las de Santo. Y por un instante parece que la conversación se va a perder por derroteros convencionales y lugares comunes. Pero en el momento adecuado, como si siguiera un ceremonial antiguo, vuelve al punto de partida. Entonces empieza el regateo por un nuevo préstamo, por la cantidad final, el interés, el plazo y la forma de pago. Discuten largamente, unas veces acalorados, otras en voz baja y preocupados, pero a la postre llegan a un acuerdo y a un pacto. Entonces Santo se levanta, saca del bolsillo unas llaves y, sin separarlas de la cadena de la que cuelgan, introduce una en la caja fuerte, que primero se abre con un chasquido y luego lenta y solemnemente; y que, como todas las cajas de caudales, se cierra con un leve ruido metálico, como un suspiro. Cuenta el dinero para el campesino, hasta la última moneda de cobre, y todo lo hace con el mismo aire cuidadoso y concentrado, un tanto triste y ceremonioso. Luego grita, más animado y con otra voz:

—¿Qué? ¿Está bien así? ¿Estás satisfecho, Ibro Agá?

—Lo estoy, gracias —dice, bajito y pensativo, el campesino.

—¡Qué lo disfrutes con provecho y salud! ¡Y quiera Dios que volvamos a vernos como amigos! —dice Santo, alegre y vivaracho, enviando al nieto al cafetín de enfrente en busca de dos cafés, «uno amargo y otro dulce».

Y el siguiente campesino ya aguarda delante de la tienda a que le toque el turno para el mismo asunto y cálculos similares.

Con estos campesinos y sus cuentas acerca de la próxima cosecha y vendimia, llega hasta el fondo oscuro del almacén de Santo el hálito cálido y pesado del año extraordinariamente fértil. Incluso la caja fuerte verde de acero transpira por el calor y, con el índice, Santo se abre la camisa alrededor del cuello grueso, amarillo y blando, y seca con un pañuelo los cristales empañados de las gafas.

Así se presentaba el verano.

Sin embargo, una leve sombra había teñido de miedo y tristeza el principio de esa estación benévola. Con la primavera temprana, se había declarado en Uvac, una pequeña población en la antigua frontera turco-austriaca y ahora serbio-austriaca, una epidemia de tifus. Como el lugar se hallaba en el confín y dos de los casos estaban en el cuartel de la gendarmería, allí se encaminó el médico militar de Visegrad, el doctor Balasz, con un enfermero y las medicinas necesarias. El médico, hábil y resolutivo, tomó las medidas precisas para aislar a los enfermos y él mismo supervisó los cuidados que se les debían prestar. Gracias a ello, de las quince personas que habían enfermado, sólo fallecieron dos, y la epidemia se limitó al pueblo de Uvac y fue sofocada nada más empezar. La última persona que enfermó fue el doctor Balasz. La forma inexplicable en la que se contagió, la rapidez de la evolución, las complicaciones inesperadas y la muerte repentina, todo llevaba en sí el sello de una tragedia excepcional.

Debido al peligro de contagio, tuvieron que enterrar al joven médico en Uvac. La señora Bauer, con su marido, y unos cuantos oficiales presenciaron el funeral. Ella ordenó que en la tumba del doctor se erigiera una lápida de piedra toscamente tallada. Acto seguido abandonó la *kasaba* y al marido. En la ciudad se decía que había ido a un sanatorio en las inmediaciones de Viena. En realidad eran rumores que corrían entre las muchachas visegradenses, porque la gente mayor, en cuanto el peligro se desvaneció y se anularon las medidas preventivas contra la epidemia, lo olvidaron todo, al médico y a la coronela. Nuestras jóvenes sin experiencia y sin educación no sabían con exactitud qué significaba la palabra sanatorio, pero sabían bien lo que significaba que dos personas recorrieran

las sendas y cerros tal como lo habían hecho hasta entonces el médico y la mujer del coronel. Por eso, al pronunciar esta palabra extranjera en las conversaciones íntimas entre amigas, cuando hablaban de la pareja forastera, les gustaba imaginar eso que llamaban sanatorio como un lugar misterioso, lejano y triste, en el que las bellas mujeres pecadoras expiaban su amor prohibido.

Pero en ese verano excepcionalmente rico y deslumbrante, todo crecía y maduraba en los campos y colinas alrededor de la *kasaba*. Por la noche, las ventanas del casino de oficiales sobre el río, al lado del puente, estaban iluminadas y abiertas de par en par igual que el verano anterior, pero no salía por ellas la música del violín y el piano. A su mesa, sentado entre varios oficiales ya entrados en años, estaba el coronel Bauer, con su aire bondadoso y sonriente, sudoroso por el bochorno estival y el vino tinto.

En la noche cálida, en la *kapija*, están sentados, cantando, los jóvenes de la villa. Se acerca el final de junio, y esperan a los estudiantes, como todos los veranos. En esas noches, el tiempo parece haberse detenido en la *kapija*, y la vida fluye exuberante, sin fin, opulenta y ligera, sin que se pueda vislumbrar hasta cuándo continuará así.

A esas horas de la noche, las calles principales están iluminadas, porque desde la pasada primavera, la *kasaba* tiene alumbrado eléctrico. Hace un año que, a dos kilómetros de la ciudad, se ha construido a orillas del río una serrería eléctrica y a su lado una fábrica que elabora las virutas de madera de abeto rojo para extraer trementina y producir al mismo tiempo colofonia. La fábrica había firmado un contrato con el ayuntamiento para alumbrar desde su central las calles de la ciudad. Así desaparecieron los faroles verdes de petróleo y con ellos el alto Ferhat, que los limpiaba y encendía. La calle principal que recorre toda la villa, desde el puente hasta el nuevo arrabal, está ahora iluminada por grandes farolas de vidrio blanco opaco, mientras que las calles laterales, que se ramifican a derecha e izquierda de la principal y serpentean alrededor de Bikavac o ascienden a Mejdan y Okolista, están alumbradas por bombillas pequeñas y corrientes. Entre estas hileras de luces uniformes se extienden oscuras superficies irregulares. Son los patios o los vastos jardines en las colinas.

En uno de esos jardines oscuros está sentada Zorka, la maestra, con Nikola Glasincanin.

El desencuentro que se había producido el año anterior entre ellos, cuando durante las vacaciones de verano apareció Stikovic, había durado mucho, hasta principios del nuevo año. En esos días, como todos los inviernos, habían empezado en la Casa de Serbia los preparativos para el concierto y la función teatral que se celebraban con ocasión de la festividad de San Sava. En esos preparativos participaban Zorka y Glasincanin y, al regresar a casa después de los ensayos, empezaron a hablar por primera vez desde el verano anterior. Al principio eran conversaciones breves, contenidas y quisquillosas. Pero no dejaron de verse ni de hablarse, porque los jóvenes prefieren la riñas amorosas, incluso las más amargas y desesperadas, antes que la soledad y el aburrimiento sin los juegos ni los pensamientos que acompañan al amor. En el curso de esas disputas interminables, hicieron las paces sin darse cuenta de cómo ni cuándo. Ahora, en esas cálidas noches estivales, se ven con frecuencia. Todavía de vez en cuando surge entre ellos la figura del ausente Stikovic y estalla el conflicto irresoluble, pero no los aleja ni los separa, mientras que cualquier reconciliación los acerca aún más.

Están sentados en una oscuridad cálida, sobre un viejo tronco de nogal abatido y, sumido cada uno en sus pensamientos, contemplan las luces grandes y pequeñas abajo, en la ciudad, a orillas del río que susurra monótono. Glasincanin, que ha hablado largamente, ha callado por un instante. Zorka, que no ha abierto la boca en toda la noche, calla como sólo las mujeres son capaces de callar cuando devanan en su fuero interno sus preocupaciones amorosas, que para ellas son más importantes y urgentes que cualquier otra cosa en la vida.

El año anterior en esa época, cuando se presentó Stikovic, Zorka creía que ante ella se abría un paraíso inabarcable de felicidad amorosa, en el que una total afinidad de sentimientos y una coincidencia de deseos e ideas tendrían la dulzura de un beso y la duración de una vida humana. Pero esa ilusión no persistió mucho tiempo. Por muy inexperta que fuera y por muy enamorada que estuviera, no podía dejar de advertir que ese hombre se encendía repentinamente pero también se apagaba de golpe, y, además, lo

hacía siguiendo sus propias leyes, sin ningún respeto y sin relación con lo que ella consideraba más grande y más importante que ella misma y que él. Así, se había ido casi sin despedirse. Zorka se había quedado presa de una desagradable incertidumbre que la hacía sufrir como una herida oculta. La carta que él le escribió estaba perfectamente redactada, un pequeño ejemplo de habilidad literaria, comedida como el pensamiento de un abogado y clara y transparente como un recipiente de cristal vacío. Hablaba de su amor, pero como si hiciera ya cien años que cada uno reposaba en su tumba, como difuntos gloriosos. A la respuesta vital y cálida que ella le envió, él contestó con una misiva: «En medio de los asuntos y preocupaciones que me abruman y desgarran, pienso en ti como en una tranquila noche visegradense, colmada del rumor del río y de la fragancia de plantas invisibles». Y eso fue todo. En vano trataba de acordarse ella de cuándo había oído ese rumor del río y sentido el aroma de las plantas invisibles. Eso existía sólo en su misiva. Desde luego, no lo guardaba en la memoria igual que él, que, a todas luces, no recordaba lo que había habido entre los dos. Se le nublaba la conciencia al pensar que se había engañado y que la había engañado, pero de nuevo se consolaba con algo que ni ella misma sabía qué era, algo menos probable que un milagro. «Es incomprensible», se decía, «distante y frío, egoísta, caprichoso y calculador, pero quizá todos los hombres excepcionales son así». En cualquier caso, aquello se parecía más al sufrimiento que al amor. Por cómo se retorcía en su interior y se rompía en lo más hondo de su ser, sentía toda la carga del amor que Stikovic le había despertado, mientras él se perdía en una bruma y en una distancia que ella no era capaz de llamar por su verdadero nombre. Porque una mujer enamorada, incluso cuando está completamente decepcionada, quiere a su amor como a un hijo que el destino le ha negado. Reprimió los dictados de su corazón y no respondió a la carta. Pero después de un largo silencio de dos meses llegó otra. Escribía desde unas montañas altísimas en los Alpes. «A una altura de dos mil metros, rodeado de gente con distintas lenguas y nacionalidades, contemplo un horizonte infinito y pienso en ti y en el verano pasado». Para sus años y su corta experiencia, aquello fue suficiente. Si hubiera escrito «no te he querido ni te quiero ni nunca te podré querer», no habría estado más claro ni habría sido más doloroso para

ella. Porque, al fin y al cabo, se trataba de eso, de amor, y no de lejanos recuerdos, ni de la altura sobre el nivel del mar a la que escribía un hombre, ni del tipo de gente que se movía a su alrededor, ni de las lenguas que hablaban. ¡Y amor no había!

Huérfana de padre y madre, Zorka había crecido allí, en casa de unos parientes. Y después de terminar en Sarajevo la escuela normal de magisterio, obtuvo una plaza en Visegrad y volvió a la misma casa de sus familiares ricos pero simples con los que no tenía nada en común.

Zorka había palidecido y adelgazado, se había replegado en sí misma, pero no se había confiado a nadie ni había contestado a la felicitación navideña que él le había enviado, igual de fría y con el mismo estilo irreprochable. Quería analizar consigo misma su culpa y su vergüenza, sin ayuda ni consuelo de nadie, pero débil y abatida, joven e inexperta, se había enredado más y más en una red enmarañada de sucesos reales y grandes deseos, de sus propias reflexiones y de la conducta incomprensible e inhumana de él. Si hubiera podido preguntar a alguien y asesorarse, le habría resultado sin duda más fácil, pero la vergüenza se lo impedía. De todas formas, con frecuencia le parecía que toda la ciudad conocía su decepción y que se quemaba en las miradas maliciosas y burlonas mientras pasaba por el bazar. No encontraba explicaciones, ni en la gente, ni en los libros. Y sola no era capaz de explicarse nada. Si de veras no la quería, ¿para qué, entonces, la comedia de palabras apasionadas y juramentos en las vacaciones del verano anterior? ¿Para qué, entonces, la escena en los pupitres, que sólo podía justificarse y defenderse por amor, y sin él caía en el fango de la humillación más intolerable? ¿Cómo era posible que hubiera gente que se respetaba tan poco a sí misma y a los demás y se aventuraba con tanta facilidad en semejante juego? ¿Qué la impulsaba, si no era el amor? ¿Qué habían sido sus miradas fogosas, su aliento ardiente entrecortado y sus besos tormentosos? ¿Qué era todo aquello, si no era amor? ¡Y no era amor! Eso lo veía mejor y con más claridad de lo que le habría gustado. Pero no podía aceptarlo total y sinceramente. (¿Quién ha podido aceptarlo alguna vez?). La conclusión natural de estos padecimientos internos era la idea de la muerte, que acecha siempre en las últimas estribaciones de cada uno de nuestros sueños de felicidad. Morir,

pensaba Zorka, caer desde la *kapija* al río, como por casualidad, sin carta ni despedida, sin reconocimiento ni humillación. «¡Morir!», pensaba el último segundo antes de dormirse y con el primer atisbo del despertar, en medio de las conversaciones más animadas y tras la máscara de una sonrisa. Todo en ella decía y repetía lo mismo —¡morir!, ¡morir!—, pero no se muere, sino que se vive con ese pensamiento insoportable en la conciencia.

El alivio llegó del lado que menos podía esperarse. Alrededor de las vacaciones de Navidad, su pena emboscada llegó al pleno apogeo. Esos pensamientos y preguntas sin respuesta envenenan al hombre y lo arruinan más que una enfermedad. Todos advirtieron los cambios perjudiciales que se operaban en ella, y se preocuparon y le aconsejaron que se curara, tanto la familia como sus compañeras y el director de la escuela, un hombre lúcido con muchos hijos.

Una feliz casualidad quiso que empezaran los ensayos para la fiesta y que, por primera vez en muchos meses, retomara la conversación con Glasincanin. Hasta entonces, él había evitado cualquier encuentro y charla. Pero esa cordialidad que suele dominar en estas inocentes pero sinceras representaciones teatrales y musicales en pequeñas poblaciones, luego las noches frías y claras al volver a casa, todo esto hizo posible que esos dos jóvenes enfadados el uno con el otro se aproximaran. A ella la impulsó la necesidad de aliviar su pena, y a él, el amor que, cuando es tan sincero y profundo, perdona y olvida fácilmente.

Las primeras palabras, por supuesto, fueron frías, rencorosas y ambiguas, y las primeras conversaciones eran largas aclaraciones inútiles. No obstante, supusieron un consuelo para la chica. Por primera vez podía hablar con una persona de su vergüenza y sufrimiento íntimo, sin necesidad de confesar los detalles más bochornosos y dolorosos. Glasincanin le hablaba del asunto largamente y con vehemencia, pero con cautela y afecto, respetando su orgullo. Tampoco al hablar de Stikovic lo hacía con más dureza de lo que era indispensable. Su opinión era la misma que ya oímos aquella noche en la *kapija*. Concisa, segura y despiadada. Stikovic era un egoísta innato y un monstruo, un hombre que no podía amar a nadie y que mientras estuviera vivo, atormentado e insatisfecho él mismo, atormentaría a los demás que, engañados, se acercaran a él. Glasincanin no hablaba

mucho de su amor, pero brotaba en cada palabra, en cada mirada y en cada gesto. Ella lo escuchaba sobre todo en silencio. Todo le complacía en esas charlas. Cuando terminaban sentía que su interior estaba despejado y tranquilo. Por primera vez después de tantos meses, vivía momentos de calma en medio de su tempestad interna y por primera vez conseguía no verse como una criatura indigna. Porque las palabras del joven, llenas de amor y respeto, le demostraban que no estaba perdida del todo y que su amargura no era más que una ilusión, igual que lo había sido su sueño amoroso de verano. Las palabras la arrancaban del mundo sombrío en el que había empezado a perderse y la devolvían a la realidad viva de los hombres, en la que todo o casi todo tiene remedio y solución.

Las conversaciones se prolongaron después de la festividad de San Sava. Pasó el invierno y luego la primavera. Se veían todos los días. Con el tiempo, la muchacha se recobró, recuperó las fuerzas y la salud y se transformó deprisa y de manera natural como sólo la juventud puede hacerlo. Así llegó este verano fértil y agitado. La gente se iba acostumbrando a ver a Zorka y a Glasincanin como dos jóvenes que «coqueteaban».

A decir verdad, las largas historias de Glasincanin, que antes Zorka escuchaba atentamente y absorbía como si fueran una medicina, ahora le parecían menos interesantes. En algunos momentos sentía como un fardo esa necesidad de confidencias y confesiones recíprocas. Con miedo y asombro sincero, se preguntaba cómo había empezado esa proximidad entre ellos, pero entonces se acordaba de que en invierno él «le había salvado el alma» y, dominando el aburrimiento, lo escuchaba, como buena deudora, lo más atentamente posible.

En esa noche estival, el muchacho tenía cogida la mano de Zorka. (Eso era lo máximo que le permitía su casta audacia). A través de ese contacto, la cálida opulencia nocturna penetraba en él. En tales momentos veía con absoluta claridad el gran tesoro que se ocultaba en esa mujer, y al mismo tiempo sentía que la amargura e insatisfacción de su vida se trocaban en energía fecunda, suficiente para llevar a dos personas hasta la meta más lejana si el amor los unía y sostenía.

Colmado por estos sentimientos, en la oscuridad, él no es el Glasincanin de todos los días, el pequeño empleado de una gran empresa en Visegrad, sino otro hombre, seguro y fuerte, que dirige su vida con libertad y previsión, porque al hombre henchido de un amor auténtico, grande y altruista, aunque no sea correspondido, se le abre el horizonte y se le muestran posibilidades y caminos que a tantos otros, hábiles, ambiciosos y egoístas, les resultan desconocidos y siempre les están vedados.

Ahora le dice a la mujer que está a su lado:

—Creo que no me engaño. Si no por otra cosa, al menos porque a ti no sería capaz de engañarte. Mientras unos hablan y deliran, y otros comercian y ganan dinero, yo lo observo todo y me doy cuenta de que aquí no hay vida. Tardará mucho tiempo en haber paz, orden y trabajo provechoso. Ni Stikovic ni Herak los conseguirán. Al contrario, cada vez será peor. Hay que huir de aquí, como de una casa que se derrumba. Esos numerosos y confusos salvadores que aparecen a cada paso son la señal más evidente de que vamos al encuentro de la catástrofe. Cuando no se puede poner remedio, hay que salvarse.

La chica callaba.

—Nunca te lo había dicho, pero lo he pensado a menudo, y he hecho algo al respecto. Sabes que Bogdan Durovic, mi amigo de Okolista, hace ya tres años que está en América, y uno que nos escribimos. Te he enseñado la fotografía que me envió. Me dice que vaya y me promete un trabajo seguro con un buen salario. Sé que no es fácil ni sencillo llevarlo a cabo, pero no creo que sea imposible. Lo he pensado y calculado bien. Vendería lo que tengo en Okolista. Si tú aceptaras, tendríamos que casarnos cuanto antes y no decirle a nadie que nos vamos a Zagreb. Hay allí una compañía que se encarga de la emigración a América. Esperaríamos un mes o dos a que llegue el *affidavit*[*2]. Entretanto estudiaremos inglés. Si no lo logramos por mi servicio militar, iríamos a Serbia y saldríamos desde allí. Lo haría de manera que resultara lo más fácil posible para ti. En América trabajaríamos los dos. Hay escuelas serbias que necesitan maestras. Y yo encontraría trabajo, porque allí todos los trabajos están abiertos y son accesibles. Seríamos libres y felices. Todo lo llevaría yo adelante sólo si tú quieres…, si aceptas.

En este punto se detuvo. En lugar de responder, ella puso ambas manos en las del joven. Él sintió en este gesto la expresión de una enorme gratitud. Pero la respuesta de Zorka no fue ni sí ni no. Le agradeció tanta preocupación y delicadeza, su bondad infinita y, apelando a esta bondad, le pidió un mes de plazo para darle la respuesta definitiva: hasta el final del curso escolar.

—Gracias, Nikola, gracias. Eres muy bueno —susurró, estrechándole las manos.

Desde la *kapija* les llegaban las canciones de los jóvenes. Eran los mozos de Visegrad, quizá también ya se habían unido a ellos los alumnos de Sarajevo. Dentro de quince días llegarían los estudiantes universitarios. Hasta entonces, ella no podría tomar ninguna decisión. Le duele todo y, en particular, la bondad de ese hombre, pero en estos momentos no podría decir que sí, aunque la cortaran en pedazos. No espera nada, pero desea ver una vez más al «hombre que no puede amar a nadie». Una vez más, y luego que sea lo que Dios quiera. Nikola esperará, lo sabe.

Se levantaron y, de la mano, se encaminaron despacio por la cuesta que desciende hacia el puente desde el que llegaba la canción.

XXII

El día de San Vito, las asociaciones serbias, como todos los años, organizaron una verbena en Mezalin. En la conjunción de dos ríos, el Drina y el Rzav, en la orilla verde y elevada, bajo frondosos nogales, habían montado unas tiendas en las que se vendían bebidas y delante de las cuales se asaban corderos en espetones sobre brasas. A la sombra, se habían sentado las familias que se habían llevado sus vituallas a Mezalin. Bajo las pérgolas de ramaje sonaba ya una música atronadora. En un claro de hierba pisoteada bailaban el *kolo* ya desde por la mañana. Bailaban sólo los jóvenes y los desocupados, los que se habían encaminado a Mezalin inmediatamente después de salir del servicio religioso en la iglesia. La verdadera verbena para todos empezaría después del mediodía. Pero el *kolo* ya era muy animado y vivaz, más animado y divertido que después, cuando la multitud empezara a cogerse de las manos, mujeres casadas, viudos inquietos y niños pequeños, y todo se convirtiera en una trenza larga y alegre, pero inconexa y caótica. Ese *kolo* reducido, en el que había más chicos que chicas, estaba lleno de euforia y revoloteaba como una cinta al viento. Todo en torno a los bailarines estaba en movimiento y fluctuaba: el aire al ritmo de la música, las impenetrables copas de los árboles, las blancas nubes estivales, el agua límpida de los dos ríos. La tierra se movía bajo sus pies y alrededor, y ellos sólo se ocupaban de adaptar el movimiento de sus cuerpos al movimiento general. Los jóvenes que venían por el camino echaban a correr para unirse al *kolo*, mientras que las chicas se dominaban y permanecían un rato mirando el baile, como si marcaran el compás y esperaran un impulso secreto; entonces, de repente, saltaban al *kolo*, con las rodillas un poco dobladas y la cabeza gacha, como si se

arrojaran ávidas al agua fría. Una corriente poderosa se traspasaba de la tierra cálida a los pies danzantes y se extendía a través de la cadena de manos ardientes; en esa cadena, el *kolo* trepidaba como un solo ser, caldeado por la misma sangre, empujado por el mismo ritmo. Los jóvenes danzaban con la cabeza hacia atrás, pálidos, con las aletas de la nariz temblorosas, y las chicas con las mejillas arreboladas, los ojos tímidamente bajos, por el temor a revelar con la mirada la voluptuosidad que les producía el baile.

Justo cuando la verbena acababa de empezar, aparecieron en las lindes de la llanura de Mezalin los gendarmes, con los uniformes negros y las armas resplandecientes a la luz del mediodía. Había más de los que solían formar la patrulla que hacía la ronda por las ferias y verbenas. Iban en dirección a la pérgola de los músicos. Uno tras otro y desordenadamente, los instrumentos enmudecieron. El *kolo* titubeó y se detuvo. Se oyeron algunas voces de disgusto entre los jóvenes. Todos se tenían aún de la mano. Algunos estaban tan absortos y contagiados por el ritmo que seguían danzando en el sitio, a la espera de que la orquesta volviera a tocar. Pero los músicos se levantaron repentinamente y envolvieron las trompetas y violines en tela encerada. Los gendarmes siguieron adelante, hacia las tiendas y las familias dispersas en la hierba. Por todas partes el sargento decía unas palabras en voz baja y contundente y, como si fuera una fórmula mágica, se apagaba de inmediato la alegría, el baile se paraba y la cháchara se interrumpía. Y, según se aproximaba a alguien, todos abandonaban la posición en la que estuvieran hasta el momento, dejaban lo que estuvieran haciendo, recogían sus pertenencias y salían corriendo. Lo último en dispersarse fue el *kolo* de jóvenes. No les apetecía terminar la danza en el prado, y no acababan de entender que realmente era el fin de la diversión y del solaz. Pero ante el semblante pálido y los ojos inyectados en sangre del sargento de la gendarmería, retrocedían incluso los más pertinaces.

La gente, decepcionada y aún dubitativa, regresaba de Mezalin por el camino ancho y blanco y, según se iba adentrando en la ciudad, se topaba con el rumor impreciso y asustado acerca del atentado que por la mañana había ocurrido en Sarajevo, el asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa, de la persecución contra los serbios que se esperaba por

doquier. Delante del *Konak* se encontraron a las primeras personas arrestadas y maniatadas, entre ellas el joven pope Milán; los gendarmes lo llevaban a la prisión.

He aquí como la segunda parte de ese día estival que debería haber sido festivo y alegre se convirtió en una jornada de confusión, de amargura o de espera temerosa.

En la *kapija*, en lugar del estado de ánimo jubiloso y festivo de la gente ociosa, reinaba un silencio de muerte. Ya habían colocado allí un centinela. Un soldado con su uniforme nuevo paseaba lentamente del sofá al punto en el que la tapadera de hierro indicaba la entrada al pilar minado, y repetía infatigable esos cinco o seis pasos, y cada vez que se daba la vuelta su bayoneta centelleaba al sol, como una señal. Al día siguiente, bajo la placa con la inscripción turca, amaneció en el muro una proclama oficial, blanca y bordeada por una ancha orla negra, impresa en letras grandes. Comunicaba al pueblo la noticia del atentado sufrido en Sarajevo por el heredero al trono y expresaba disgusto por este acto perverso. Pero ninguno de los viandantes se detenía a leerla, sino que pasaban por delante de la proclama y del guardia cabizbajos y tan raudos como podían.

A partir de ese día hubo centinelas en el puente. Toda la vida de la *kasaba* se interrumpió y paralizó de golpe, como se había suspendido el *kolo* en Mezalin y todo lo demás aquel día de junio que debería haber sido de fiesta y júbilo.

Ahora se sucedían unos días extraños, con la lectura muda y tensa de los periódicos, susurros, suspicacias y temores, el arresto de serbios y de viajeros sospechosos y el refuerzo rápido de las medidas de seguridad en la frontera. Transcurrían las noches de verano, pero sin canciones, sin las reuniones de los jóvenes en la *kapija*, sin el murmullo de las parejas en la oscuridad. En la ciudad lo que más abundaba eran los soldados. Y cuando, a las nueve de la noche, los trompetas de los barracones en Bikavac y en el gran cuartel del puente acometían la triste melodía austríaca del toque de retreta, las calles se quedaban completamente desiertas. Corrían malos tiempos para los que se querían y deseaban verse y conversar sin que los vieran. Todos los atardeceres, Glasincanin pasaba por delante de la casa de Zorka. Ella se asomaba a una ventana que abría en el entresuelo. Allí

hablaban, pero no mucho, porque él se apresuraba para cruzar el puente y regresar a Okolista antes de que se hiciera noche cerrada.

Esta noche también ha venido. Pálido y con el sombrero en la mano, le ha rogado a la chica que salga al portón, porque tiene algo muy confidencial que decirle. Titubeando, Zorka ha bajado. De pie en el umbral del patio, tiene la misma estatura que el muchacho, que le habla alterado en susurros apenas audibles.

—Hemos decidido huir. Esta noche. Vlado Maric y otros dos. Creo que todo está ya preparado y que conseguiremos cruzar. Pero si no…, si no fuera así… ¡Zorka!

El susurro del joven se interrumpe. En los ojos dilatados de ella ha visto miedo e incomodidad. Se siente confuso, como si se arrepintiera de habérselo dicho y de haber ido a despedirse.

—Creía que era mejor decírtelo.

—Gracias. Nada de nuestra… Nada de América.

—No, no puedes decir «nada». Si hubieras aceptado, hace un mes, cuando te propuse que lo hiciéramos enseguida, quizá ahora estaríamos lejos de aquí. Pero tal vez sea mejor así. Ya ves lo que hay. Debo partir con los compañeros. La guerra está aquí, y el lugar de todos nosotros está en Serbia. Es lo justo, Zorka, lo es porque es un deber. Y si salgo de ésta y si nos liberamos, quizá no sea necesario ir a esa América allende los mares, porque tendremos aquí nuestra América, una tierra en la que se trabaja mucho y honradamente y se vive bien y en libertad. En ella habrá vida para nosotros dos, si tú quieres. Dependerá de ti. Yo… pensaré en ti, y tú… de vez en cuando…

Aquí, el joven, al que le faltan palabras, levanta de pronto la mano y la pasa veloz por la abundante melena castaña de la muchacha. Siempre ha sido su mayor deseo, y ahora, como a un condenado, le ha sido concedido. Ella retrocede asustada, y él se queda con la mano en el aire. El portón se cierra sin ruido y, al segundo siguiente, aparece Zorka en la ventana, pálida, con los ojos abiertos de par en par, los dedos entrecruzados crispadamente. Él pasa bajo la ventana, echa la cabeza hacia atrás y muestra un rostro sonriente, despreocupado, casi hermoso. Como si temiera lo que pudiera

ocurrir a continuación, la muchacha se retira a la habitación en penumbra. Ahí se sienta en un almohadón, baja la cabeza y rompe a llorar.

Lloraba primero quedamente, y después más fuerte, con la sensación de encontrarse en un callejón sin salida. Y cuanto más lloraba, más razones hallaba para hacerlo y más desesperanza veía a su alrededor. No había salida ni solución: nunca podría querer de verdad y como se lo merecía a ese bueno y honrado Nikola que marchaba; nunca llegaría a suceder que el otro, el que no podía querer a nadie, la quisiera a ella; nunca más volverían los días bellos y alegres como los que todavía amanecían el año anterior en la *kasaba*, nunca más ninguno de los nuestros lograría salvarse de ese círculo de colinas sombrías ni vería América, ni alcanzaría aquí una tierra en la que, según dicen, se trabaja mucho pero se vive bien y libremente. ¡Nunca!

A la mañana siguiente se corrió la voz de que Vlado Maric, Glasincanin y unos cuantos jóvenes más habían huido a Serbia. Los demás serbios, con sus familias y todo lo que poseían, se quedaron en ese valle encajonado en ebullición, como en una ratonera. Con cada día transcurrido, la atmósfera de peligro y amenaza en la *kasaba* se tornaba sensiblemente más densa. Y por fin, uno de los últimos días de julio estalló en la frontera una tormenta que con el tiempo se extendería al mundo entero y se convertiría en el destino de muchos países y ciudades, y también en el del puente sobre el Drina.

En la *kasaba* empezó entonces la verdadera caza contra los serbios y todo lo relacionado con ellos. Los hombres se dividieron en perseguidores y perseguidos. Ese animal hambriento que habita en el hombre y no puede aparecer mientras perduren las barreras de las buenas costumbres y de las leyes, ahora estaba suelto. Se había dado la señal, las barreras habían caído. Como suele suceder a menudo en la historia de la humanidad, la violencia, el pillaje e incluso el asesinato estaban tácitamente permitidos, con la condición de que se llevaran a cabo en nombre de los más altos intereses, con consignas establecidas, contra un número limitado de personas, con nombres y convicciones concretas. Un hombre de espíritu lúcido y ojos abiertos que viviera entonces podía ver cómo se llevaba a cabo semejante prodigio y cómo una sociedad entera se transformaba en tan sólo un día. En

unos instantes, se esfumó el bazar que descansaba sobre una tradición secular, en el que siempre había habido odios ocultos, envidias, intolerancia religiosa, brutalidades y crueldad ancestral, pero también humanidad y *merbamet*[*29], y sensación de orden y medida, una sensación que mantenía todos estos malos instintos y toscas costumbres en unos límites soportables, y al final los reconciliaba y sometía a los intereses generales de la vida en común. Los hombres cuya palabra se había respetado en el bazar durante cuarenta años desaparecieron de la noche a la mañana, como si de golpe se hubieran muerto todos junto con las costumbres, ideas e instituciones que personificaban.

Ya al día siguiente de la declaración de guerra a Serbia, empezó a patrullar por la ciudad una tropa de *Schutzkorps*[*42]. Esta unidad, armada a toda prisa, que debía ayudar a las autoridades en la persecución de los serbios, estaba formada por gitanos, borrachos y otros haraganes, en general por gente que hacía tiempo había entrado en conflicto con la sociedad y con la ley. Un tal Huso, apodado el Ladrón de Gallinas, un gitano sin honor ni oficio conocido, al que una enfermedad vergonzosa había corroído la nariz cuando aún era un adolescente, comandaba a una decena de andrajosos armados con viejos fusiles con sistema Werndl y largas bayonetas, y era el que tenía la última palabra en el bazar.

Ante semejante amenaza, el patrón Pavle Rankovic, en calidad de presidente de la comunidad ortodoxa serbia, junto con cuatro miembros ilustres de la misma comunidad, acudió a Sabljak, el delegado del distrito. Éste era un hombre obeso y pálido, completamente calvo, oriundo de Croacia, que ocupaba ese cargo en Visegrad desde no hacía mucho. Estaba agitado y se le notaba que no había dormido; tenía los párpados enrojecidos, y los labios resecos y exangües. Calzaba botas y en el ojal de la chaqueta verde de cazador llevaba una insignia de dos colores. Negro y amarillo. Los recibió de pie y no los invitó a sentarse. El patrón Pavle, con la cara biliosa y los ojos como dos líneas oblicuas negras, habló con una voz ronca que no se parecía a la suya:

—Señor delegado, usted ve lo que está pasando y lo que va a pasar, sabe que nosotros, los ciudadanos serbios de Visegrad, no lo hemos querido.

—Yo no sé nada, señor mío —lo interrumpió de pronto el delegado, en tono acre—, y tampoco quiero saberlo. Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar discursos. Es todo lo que tengo que decirles.

—Señor delegado —empezó de nuevo el patrón Pavle, tranquilo, como si con su tranquilidad quisiera calmar al hombre áspero y nervioso—, hemos venido a ponernos a su servicio y asegurarle que…

—No necesito sus servicios en absoluto y no tienen que asegurarme nada. Ya han demostrado en Sarajevo lo que saben.

—Señor delegado —prosiguió el patrón Pavle, con el mismo tono y cada vez más insistente—, nosotros quisiéramos que en el marco de la ley…

—¡Ah, claro, ahora se acuerdan de la ley! ¿Y qué leyes osan invocar?

—Las leyes del Estado, señor delegado, que rigen para todos.

El delegado adoptó entonces un aire grave, como si se hubiera tranquilizado un poco. El patrón Pavle enseguida aprovechó esta tregua que ofrecía el hombre alterado.

—Señor delegado, nos tomamos la libertad de preguntarle si estamos seguros, nosotros y nuestras familias y bienes y, si no lo estamos, qué debemos hacer.

El delegado extendió los brazos con las palmas de las manos dirigidas hacia el patrón Pavle, se encogió de hombros, cerró los ojos y apretó crispado los finos labios pálidos.

El patrón Pavle conocía bien esta expresión característica, despiadada, ciega, sorda y muda, que la administración del Estado adquiría en momentos importantes, y enseguida comprendió que después de eso la conversación no tenía sentido. Mientras, el delegado, bajando los brazos, abrió los ojos, enderezó la cabeza y dijo en un tono más suave:

—La autoridad militar hará saber a todos lo que hay que hacer.

En ese punto el patrón Pavle abrió los brazos, cerró los ojos, se encogió de hombros por unos instantes, y luego habló con una voz profunda y cambiada:

—Gracias, señor delegado.

Los cuatro miembros de la comunidad se inclinaron rígida y torpemente. Y todos salieron como condenados.

Movimientos confusos y conciliábulos secretos bullen en el bazar.

En la tienda de Alí Hodja están sentados unos cuantos notables turcos de la villa, Nail Bey Turkovic, Osman Agá Sabanovic y Sulejman Agá Mezildzic. Pálidos y preocupados, con la expresión grave y envarada en el rostro que aparece siempre en las personas que tienen algo que perder cuando se hallan ante acontecimientos inesperados y grandes cambios. Las autoridades también los han invitado a que se pongan al frente del *Schutzkorps*. Ahora, como por casualidad, se han reunido ahí de manera discreta para ponerse de acuerdo sobre lo que deben hacer. Unos están a favor de hacerlo, otros a favor de la contención. Alí Hodja, nervioso, con las mejillas sonrojadas y el antiguo brillo en los ojos, rechaza rotundamente toda idea de participación en el *Schutzkorps*. En particular se ha enfrentado con Nail Bey, partidario de tomar las armas y de asumir ellos, como personas notables, el mando de un destacamento de voluntarios musulmanes, en lugar de los gitanos.

—No me meteré en esos asuntos mientras viva. Y si tuvieras dos dedos de frente, tampoco lo harías tú. ¿No te das cuenta de que los infieles nos utilizan para reñir sus batallas y al final la responsabilidad recaerá sobre nuestras cabezas?

Y con la misma elocuencia con la que antaño en la *kapija* se oponía a Osman Efendi Karamanlija, demuestra que el «oído turco» no tiene nada bueno que escuchar de ninguno de los dos lados y que cualquier injerencia sólo puede ser perjudicial.

—Hace tiempo que ya nadie nos pregunta nada ni cuenta con nosotros. Entra el germano en Bosnia, y ni el sultán ni el emperador nos preguntan: «¿Se puede, señores y beyes turcos?». Se levantan Serbia y Montenegro, hasta ayer siervos nuestros, se quedan con medio imperio otomano, y a nosotros que nos parta un rayo. Y ahora, ataca el emperador a Serbia, y de nuevo nadie nos pregunta, pero nos dan fusiles y pantalones para que seamos los batidores de los germanos y combatamos a los serbios de Serbia, y así ellos no tendrán que romperse los calzones por el Sargan. ¿Es que no te entra en la cabeza que, si para tantos asuntos de envergadura a lo largo de los años jamás han contado con nosotros, tanta magnanimidad ahora no puede ser sino para que acabemos molidos a palos? Te digo que se trata de

cálculos cuya dimensión a nosotros se nos escapa, y el que saldrá mejor parado será aquél que menos tenga que ver con ellos. El desgarrón se ha producido aquí en la frontera, y quién sabe hasta dónde se extenderá. Detrás de Serbia hay alguien. No puede ser de otro modo. Pero tú, en tu Nezuke, tienes un monte delante de la ventana y no ves más allá del pedregal. Mejor olvídate de lo que has empezado; no te unas al *Schutzkorps* y no animes a los demás a hacerlo. Mejor que exprimas a la decena de renteros que te han quedado, mientras todavía te den algo.

Todos guardan silencio, inmóviles y serios. También calla Nail Bey, a todas luces ofendido, aunque trata de ocultarlo, y, pálido como un cadáver, da vueltas en la cabeza a una solución. Además de a Nail Bey, Alí Hodja ha logrado hacerles dudar a todos y ha enfriado los ánimos. Fuman y miran la columna ininterrumpida de carros militares y caballos cargados que serpentea por el puente. Y luego, uno por uno, se levantan y se despiden. El último en hacerlo es Nail Bey. Ante su despedida sombría, Alí Hodja le mira una vez más a los ojos y le dice con pesar:

—Veo que tienes la intención de ir. También tienes ganas de morir; te da miedo que se te adelanten los gitanos. Pero recuerda lo que decían otrora los ancianos: no ha llegado el tiempo de morir, sino de ver quién es cada cual. Estos tiempos son así.

El mercado entre la tienda del *hodja* y el puente está atestado de carros, caballos, soldados de todas las armas, reservistas que van a alistarse. De vez en cuando los gendarmes conducen a un grupo de campesinos o de ciudadanos serbios maniatados. El aire está lleno de polvo. Todos hablan en voz alta y se mueven más deprisa de lo necesario. Tienen las caras sudorosas y coloradas, se oyen juramentos en todos los idiomas. Los ojos brillan por el alcohol, la vigilia y la inquietud penosa que siempre suele reinar en las inmediaciones del peligro y de los sucesos sangrientos.

En medio de la plaza, justo delante del puente, los reservistas húngaros con uniformes nuevos desbastan unas vigas. Los martillos martillean y las sierras sierran veloces. Por el mercado se propaga un rumor: es una horca. A su alrededor se amontonan los críos. Alí Hodja mira desde su banco mostrador cómo plantan las dos primeras vigas, y luego se alza un reservista bigotudo para unirlas a una tercera, que coloca horizontal sobre

ellas. El gentío acude como si repartieran alajú y forma un corro alrededor del patíbulo. Sobre todo soldados, pero mezclados con pobres campesinos turcos y gitanos de la villa. A cierta hora se abre un camino y de alguna parte traen una mesa con dos sillas para un oficial y su secretario, y después los guardias del *Schutzkorps* llevan a dos campesinos y luego a un vecino de la villa. Los primeros eran los alcaldes de Pozdercici y Kamenica, pueblos fronterizos. El último era un tal Vajo, oriundo de Lika, que había llegado hacía tiempo a la *kasaba* como industrial y se había casado allí. Los tres estaban atados, aterrados y cubiertos de polvo. El tambor del ejército empezó tocar con fuerza su instrumento. En la algarabía y agitación general, el redoble llegaba como un trueno lejano. Por fin se hizo el silencio alrededor del cadalso. El oficial, un teniente húngaro de la reserva, leyó con voz tajante la condena a muerte en alemán, y un sargento la tradujo a continuación. El consejo de guerra los había condenado a los tres porque testigos bajo juramento habían declarado que los habían visto hacer señales luminosas por la noche en dirección a la frontera serbia. La ejecución debe ser pública, en el mercado, junto al puente. Los campesinos callaban, parpadeando como azorados. Y Vajo, el tipo de Lika, se secaba el sudor de la cara y, con voz suave, triste, trataba de convencer al teniente de que era inocente y, con ojos enloquecidos muy abiertos, buscaba a su alrededor a alguien a quien decírselo también.

En el momento en que se iba a proceder al ajusticiamiento, a través del corro de gente se abrió paso un soldado pequeño, pelirrojo y patizambo. Era Gustav, el antiguo *zahlkellner* del hotel de Lotika, y ahora propietario de un café en la parte baja del bazar. Vestía un uniforme nuevo con las divisas de cabo, estaba colorado y con los ojos más inyectados en sangre de lo habitual. Empezó una discusión. El sargento intentaba alejarlo, pero el belicoso tabernero no se acobardaba.

—Hace quince años que ejerzo de agente de información aquí, soy persona de confianza de las más altas autoridades militares —gritaba en alemán con voz de borracho—, y ya hace dos años me prometieron en Viena que podría ahorcar con mis manos a dos serbios cuando llegara el momento. Usted no sabe con quién se las tiene que ver. Me he ganado el derecho de hacerlo. Y usted me…

Entre la multitud corrieron rumores y murmullos. El sargento se encontraba en una situación incómoda. Gustav se volvía cada vez más agresivo y pedía a toda costa que lo dejaran colgar a los dos condenados con sus propias manos. Entonces se levantó el teniente, un hombre delgado y hosco de mirada señorial, desesperado, como si él mismo fuera un reo, sin gota de sangre en la cara. Aunque estaba ebrio, Gustav se puso firme, pero los finos bigotes pelirrojos le danzaban y los ojos se movían a izquierda y derecha. El oficial se le acercó hasta casi chocar con esa cara enrojecida, como si fuera a escupirle.

—Si no te pierdes inmediatamente de vista, ordenaré que te lleven maniatado a la cárcel. Y mañana te presentarás a mí para informar. ¿Lo has entendido? Y ahora fuera, ¡largo!

El teniente hablaba alemán con acento húngaro, muy bajito, pero con tanta contundencia y amargura que el camarero borracho de repente se volvió muy pequeño y desapareció entre la muchedumbre, repitiendo sin cesar el saludo militar y farfullando excusas incomprensibles.

La atención general recayó de nuevo en los condenados. Los campesinos tenían el mismo porte. Parpadeaban y fruncían la frente, deslumbrados por el sol y sofocados por el calor que emanaba de la turba aglomerada, como si eso fuera lo único que los atormentara. Vajo, mientras, con voz débil y llorosa, insistía en que era inocente, que su competidor quería librarse de él, y que él nunca había servido en el ejército, ni había oído en su vida que se pudieran hacer señales con luces. Sabía algo de alemán y, desesperado, ensartaba palabra tras palabra, esforzándose por encontrar una expresión convincente que detuviera aquella corriente enloquecida que lo arrastraba desde el día anterior y que amenazaba con llevárselo fuera de este mundo sin comerlo ni beberlo.

—*Herr Oberleutnant, Herr Oberleutnant, um Gottes willen… Ich, unschuldiger Mensch… Viele Kinder… Unscbulding Lüge! Alies Lüge*[4] —Vajo elegía las palabras como si buscara la que fuera verdadera y salvadora.

Los soldados ya se habían acercado al primer campesino. Él se quitó el gorro de piel de cordero, se volvió hacia Mejdan, donde estaba la iglesia, e hizo rápidamente dos veces la señal de la cruz. Con la mirada, el oficial les ordenó que empezaran primero con Vajo. Entonces él, exasperado, viendo

que le llegaba el turno, elevó los brazos al cielo, a la par que suplicaba y gritaba a voz en cuello:

—*Nein! Nein! Nicht, um Gottes willen! Herr Oberleutnant, Sie Wissen… alies ist Lüge… Gott… alies Lüge*[5] —Vajo chillaba mientras los soldados lo agarraban por las piernas y la cintura y lo subían al tablado bajo la cuerda.

El gentío lo observaba sin respirar, como si fuera un juego entre el desdichado industrial y el teniente, con un estremecimiento de curiosidad por quién ganaría y quién resultaría perdedor.

Alí Hodja, que hasta el momento oía voces incomprensibles y no barruntaba lo que estaba sucediendo en el corro de gente agolpada, divisó de pronto la cara desencajada de Vajo por encima de todas las cabezas, y de un salto cerró la tienda, pese a que existía una orden explícita de la autoridad militar de que todos los negocios permanecieran abiertos.

A la *kasaba* seguían llegando tropas nuevas, munición, vituallas y equipo, no sólo por ferrocarril —la vía férrea estaba sobrecargada—, sino también por el antiguo camino a través de Rogatica. Día y noche cruzaban el puente carros y caballos, y lo primero con lo que se topaban al desembocar en la ciudad eran tres ahorcados en el mercado. Y puesto que la cabeza de la columna solía atascarse en las calles atestadas de gente, todos los convoyes tenían que parar un rato en el puente o en el mercado al lado del patíbulo, hasta que por delante se abrieran paso. Polvorientos, sofocados, roncos de tanto grito y de rabia, los sargentos a caballo pasaban entre los carros y las monturas cargadas, hacían señales impacientes con la mano, blasfemaban contra todos los santos de todas las religiones admitidas y en todas las lenguas de la monarquía austrohúngara.

Al cuarto o quinto día, por la mañana temprano, cuando el puente estaba abarrotado de impedimenta que avanzaba despacio a través del estrecho bazar, se oyó un silbido agudo e insólito sobre la *kasaba*, y en mitad del puente, al lado de la *kapija*, una granada se estrelló contra el pretil de piedra. Los fragmentos de metralla y piedra se abatieron sobre las bestias y los hombres sembrando la confusión, los caballos se encabritaron y hubo una desbandada general. Unos huían hacia delante, al bazar, y otros hacia atrás, al camino por el que venían. Enseguida cayeron tres granadas más,

dos en el agua y una de nuevo en el puente, entre la gente y las monturas hacinadas. En un abrir y cerrar de ojos, el puente quedó desierto; en el espacio despejado que se hizo se veían, como manchas oscuras, los carros volcados y los cadáveres de hombres y animales. En los Riscos de Butko se hizo oír la artillería austríaca buscando la batería de montaña serbia que ahora estaba disparando proyectiles Shrapnel sobre el convoy disperso a ambos extremos del puente.

A partir de entonces, esta batería en el monte Panos disparaba sin cesar sobre el puente y el cuartel. Al cabo de unos días, otra vez por la mañana, se oyó un silbido nuevo procedente del este, de algún lugar del Goles. El estampido del cañón era lejano pero poderoso, y los proyectiles disparados zumbaban con más fuerza sobre la *kasaba*. Eran obuses; sólo dos. La primera lluvia de plomo cayó en el Drina, luego en el espacio abierto delante del puente, dañando las casas aledañas, el hotel de Lotika y el casino de oficiales; por último, a intervalos regulares y con más precisión, empezaron a disparar sólo contra el puente y el cuartel. Al cabo de una hora, el cuartel ardía en llamas. La batería de montaña en el Panos descargaba sus Shrapnel sobre los soldados que intentaban apagar el fuego y que al final abandonaron el edificio a su propia suerte. En el día caluroso, ardió todo lo que era de madera, y en las ruinas carbonizadas caían de vez en cuando granadas que destruían el interior. Por segunda vez el caravasar era destruido y lo único que quedaba de él era un montón de piedras.

Después de aquello, los dos obuses del Goles continuaron disparando con un ritmo regular e incesante contra el puente, en particular contra el pilar central. Las granadas tan pronto explotaban en el río, a izquierda y derecha del puente, como se desintegraban contra la piedra maciza de los pilares, o bien en el mismo puente, pero ninguna hacía blanco en la tapadera verde sobre la abertura que llevaba al interior del pilar central minado.

Este bombardeo, que duró una decena de días, no causó grandes daños en el puente. Los proyectiles rebotaban contra los pilares lisos y los arcos redondeados y explotaban en el aire sin dejar más rastro en los muros de piedra que unos rasguños blancos, leves, apenas perceptibles. Y la metralla del Shrapnel resbalaba como granizo en los muros pulidos y sólidos. Sólo las granadas que cayeron en lo que era la calzada del puente dejaron en la

grava agujeros y hoyos poco profundos que no podían advertirse si no era pasando a su lado. Así, en toda esta tormenta nueva que se abatía sobre la *kasaba*, sacudiéndola en la raíz y volviendo del revés hombres, cosas muertas y tradiciones seculares, sólo el puente persistió igual de blanco, sólido e invulnerable como siempre había sido.

XXIII

Debido al bombardeo incesante, todo el tráfico por el puente se paraliza durante el día: los civiles cruzan libremente y los soldados corren de uno en uno, pero en cuanto pasa un grupo más numeroso, desde el monte Panos les cae encima una lluvia de Shrapnel. Al cabo de unos días se establece cierta regularidad. La gente ha observado cuándo el fuego es más intenso, cuándo más débil y cuándo se interrumpe por completo, y en función de ello se mueve y lleva a cabo los asuntos más urgentes, siempre y cuando las patrullas austríacas no se lo impidan.

La batería de montaña del Panos dispara sólo de día, pero los obuses procedentes del monte Goles se hacen oír día y noche e intentan obstaculizar el movimiento de tropas y el traslado de impedimenta de un extremo a otro del puente.

Los ciudadanos que viven en el centro de la ciudad, en las cercanías del puente y del camino, se han ido con sus familias a Mejdan o a otros arrabales más protegidos y distantes, a casa de parientes o de conocidos, para guarecerse del bombardeo. Esta huida con los niños y las cosas más necesarias evoca aquellas noches difíciles en las que «la gran inundación» arrollaba la *kasaba*. La única diferencia es que esta vez los vecinos de las distintas religiones no están mezclados ni ligados por el sentimiento de solidaridad y de desgracia común, y no se sientan juntos buscando ayuda y alivio en la charla como antaño. Los turcos están en las casas turcas y los serbios, como apestados, en las serbias. Pero incluso así, separados y divididos, viven más o menos igual. Hacinados en casas ajenas, sin saber qué hacer con tanto tiempo y con sus pensamientos preocupados y confusos; ociosos, con las manos vacías, como escapados de un incendio,

temiendo por su vida, con la incertidumbre de la suerte que correrían sus propiedades, atormentados por esperanzas y deseos encontrados que, por supuesto, unos y otros ocultan.

Como antaño en las épocas de grandes inundaciones, en uno y otro grupo son los ancianos los que se esfuerzan por serenar los ánimos con bromas e historias, aparentando calma y un sosiego artificial. Pero, a todas luces, en esta clase de infortunios de nada sirven las bromas antiguas ni los disimulos, las historias de antaño palidecen y todas las gracias pierden el gusto y el sentido, y las nuevas surgen lenta y trabajosamente.

Por la noche todos fingen dormir, aunque a decir verdad nadie es capaz de cerrar los ojos. Hablan en susurros, aunque ignoran la razón de tanta cautela cuando a cada instante truenan los cañones, ora los serbios, ora los austríacos. El temor a «hacer señales al enemigo» se ha apoderado de las personas, aunque ninguna sabe cómo se dan estas señales ni lo que significan en realidad. Pero el miedo es tan grande que nadie en ninguna parte se atreve a encender una cerilla. Tampoco se enciende fuego. Cuando quieren fumar, los hombres se encierran en un cuartucho sofocante sin ventanas o se tapan la cabeza con un edredón. El bochorno es pesado y asfixiante. Todos están bañados en sudor, pero las puertas están atrancadas y las ventanas cerradas a cal y canto. La *kasaba* se asemeja a un infeliz que, ante un golpe del que no puede defenderse, se cubre los ojos con las manos y espera. Todas las casas parecen estar selladas como tumbas. Porque el que quiera permanecer vivo tiene que hacerse el muerto; aunque no siempre da resultado.

En las viviendas musulmanas el ambiente es un poco más animado y distendido. Es cierto que abundan los antiguos instintos bélicos, pero se han despertado a destiempo, confusos y desorientados en ese duelo que sobre sus cabezas sostienen dos artillerías, ambas cristianas. También hay preocupaciones, grandes y secretas, problemas sin remedio y sin soluciones evidentes.

La casa de Alí Hodja bajo la Fortaleza parecía una escuela coránica para niños. Además de sus hijos, estaban allí los nueve de Mustafa Agá Mutapdzic; sólo tres eran mayores y el resto eran niños de corta edad, y cada uno le llegaba al siguiente a la altura de la oreja. Para no tener que

vigilarlos y llamarlos continuamente en el patio, los habían encerrado con los hijos de Alí Hodja en una estancia fresca y amplia de la planta baja, donde sus madres y hermanas se encargaban de ellos en medio del tumulto y el bullicio general.

Mustafa Agá Mutapdzic, llamado «el hombre de Uzice», había llegado hacía poco a la *kasaba*. (Más adelante veremos cómo y por qué). Era un hombre alto, de cincuenta años, con el pelo totalmente blanco, nariz aguileña y la cara surcada de arrugas, de voz profunda y bruscos movimientos de soldado. Parecía más viejo que Alí Hodja, aunque era diez años más joven. Sentado con Alí Hodja en la casa, fuma sin cesar, apenas habla, sumido en pensamientos cuya gravedad se refleja en su rostro y en cada gesto. No puede estarse quieto. Se levanta cada cinco minutos, sale fuera, delante de la casa, y, desde el patio, observa las colinas alrededor de la *kasaba*, a uno y otro lado del río. Se queda allí con la cabeza alta y mira interrogante, como si aguardara un temporal. Alí Hodja, que no lo deja solo ni un momento, esforzándose por distraerlo y tranquilizarlo, sale con él.

Ahí, en el jardín, un poco en pendiente pero grande y bonito, reina la calma y la sazón de los días estivales. Los tallos de las cebollas, marchitos, se han venido abajo; alrededor de los girasoles en todo su esplendor, con las cabezas negras y pesadas, zumban abejas y abejorros. En los extremos empiezan a granar las semillas en muchas florecitas. Desde ese lugar elevado se divisa la *kasaba* desparramada abajo, ubicada sobre la lengua arenosa, como en una fisura entre dos ríos, el Drina y el Rzav, y una guirnalda de montañas desiguales en forma y altura. En la parte baja de esta villa y en las pendientes escarpadas de los montes se suceden parcelas de cebada madura y superficies de maíz verde. Resplandecen las casas blancas y destacan por su negrura los bosques que cubren las cimas. El moderado fuego de artillería desde uno y otro lado parece aquí solemne e inofensivo, tan grande es la vastedad de la tierra y del cielo sobre ella en el día estival despejado que apenas ha empezado a avanzar.

En ese lugar, incluso al preocupado Mustafa Agá se le desata la lengua. Agradeciéndole las buenas palabras, cuenta a Alí Hodja su suerte, no porque éste la ignore, sino porque allí, bajo el sol, siente la necesidad de deshacer y aliviar ese nudo que le aprieta y ahoga en la garganta. Y porque

esta suerte se decide precisamente en ese instante y lugar, en cada uno de los momentos del día soleado, con cada uno de los disparos de cañón desde uno u otro lado.

No había cumplido cinco años cuando los turcos tuvieron que abandonar las ciudades serbias. Los otomanos se fueron a Turquía, pero su padre, Sulejman Agá Mutapdzic, hombre todavía joven, pero ya uno de los musulmanes notables de Uzice, decidió pasar a Bosnia, de donde eran originarios sus antepasados. Colocó a sus hijos en banastas a lomos de los caballos y, con el poco dinero que se puede obtener en estas circunstancias por las tierras y la casa, dejó para siempre Uzice. Con un centenar de refugiados de su ciudad llegó a Bosnia, aún bajo poder de los turcos, y se estableció con la familia en esta *kasaba*, donde ya existía una rama de los Mutapdzic de Uzice. Aquí vivió una decena de años, y precisamente había empezado a asegurarse una posición en el bazar cuando llegó la ocupación austríaca. Hombre tajante e intransigente, consideró que no valía la pena haber huido de un gobierno cristiano para luego vivir sometido a otro. Un año después de la llegada de los austríacos, de nuevo con toda su familia, abandonó Bosnia, y junto con otras familias que no querían pasarse la vida en un país donde «repiquetea la campana», se trasladó a Nova Varos, en el Sanjacado. (Mustafa Agá era en estos tiempos un adolescente de algo más de quince años). Allí Sulejman Agá Mutapdzic se hizo comerciante, allí nacieron sus otros hijos. Pero nunca consiguió consolarse de todo lo que había perdido en Uzice ni adaptarse a la nueva gente y a la vida diferente del Sanjacado. Y ése fue el motivo de su muerte prematura. Las hijas, todas muy bellas y de reputación intachable, hicieron buenos matrimonios. Los hijos recogieron y ampliaron la escasa herencia dejada por el padre. Y cuando comenzaban a casarse y a echar raíces más profundas en el nuevo medio, estalló la Guerra Balcánica de 1912. En la resistencia que el ejército turco opuso a las tropas serbias y montenegrinas en los alrededores de Nova Varos, participó también Mustafa Agá. El enfrentamiento duró poco, y no se puede decir que fuera débil e infructuoso por sí mismo; no obstante, como si se tratase de un prodigio, como si toda la suerte de la guerra y de tantos miles de personas se decidiera no allí, sino en algún lugar lejano, y al margen de cualquier resistencia, sólida o débil, el ejército turco abandonó el

Sanjacado. Siendo imposible esperar al adversario del que siendo niño había huido de Uzice, y al que se había enfrentado ahora sin éxito, y sin tener otra vía de escape, Mustafa Agá decidió refugiarse de nuevo en Bosnia, bajo las mismas autoridades a las que su padre había querido evitar. Y así, por tercera vez prófugo, se trasladó con toda la familia a esta *kasaba* en la que había pasado su niñez.

Con algo de dinero en efectivo y la ayuda de los turcos de Visegrad, entre los que tenía parientes, intentó durante estos dos años crear un negocio. Pero la cosa no fue fácil, porque, como ya hemos visto, en aquella época de escasez e inseguridad ganarse la vida era difícil incluso para aquellos que la tenían arreglada hacía mucho. Así, aguardando tiempos mejores y más tranquilos, estuvo viviendo de los ahorros. Y ahora, apenas dos años después de llevar la vida dura de refugiado en la *kasaba*, había estallado esta tormenta, en la que él ya ni sabía ni podía hacer nada; lo único que le quedaba era seguir preocupado por su curso y temblar ante su desenlace.

De esto hablan ahora los dos, en voz baja, con interrupciones y sin un hilo continuo, como se habla de asuntos demasiado conocidos y que se pueden abordar desde el final, el principio o cualquier punto intermedio. Alí Hodja, que aprecia y quiere muchísimo a Mustafa Agá, se esfuerza por encontrar palabras de consuelo o tranquilidad, no porque crea tener un remedio, sino porque siente la necesidad y el deber de participar de algún modo en el infortunio de este hombre honrado, desdichado y auténtico musulmán. Mustafa Agá está sentado y fuma: es la verdadera imagen de un hombre agobiado por el destino. En la frente y las sienes le brotan gruesas gotas de sudor, se quedan unos instantes hasta aumentar de peso y tamaño y, luego, resplandeciendo al sol, empiezan a descender como un chorro por su rostro arrugado. Pero Mustafa Agá no las seca, ni las siente. Con los ojos turbios, mira la hierba y escucha ensimismado lo que ocurre en su interior, que es más fuerte y ruidoso que cualquier palabra de consuelo y que el cañoneo más fragoroso. De vez en cuando hace un leve gesto con la mano y pronuncia unas palabras que son más parte de un diálogo interior que la respuesta a lo que le dicen o a lo que ocurre a su alrededor.

—Querido Alí Hodja, hemos llegado a un punto donde ya no hay retorno. Sólo Dios sabe que mi difunto padre y yo hicimos todo lo posible para no desviarnos de la recta fe y de las verdaderas costumbres turcas. Mi abuelo murió en Uzice; hoy probablemente no queda ni rastro de su tumba. A mi padre lo enterré en Nova Varos, y quién sabe si el ganado de los infieles ha profanado su sepulcro. Pensaba que al menos yo iba morir aquí, donde aún el almuédano llama a la oración, pero, ya ves, parece que está escrito que nuestra familia debe extinguirse y que nunca se sepa dónde están nuestras tumbas. Ésa será seguramente la voluntad de Dios. Veo sólo que ya no tengo un lugar adonde ir. Dicen que hay un tiempo en el que la fe verdadera se queda sin camino y con una única salida: la de extinguirse. Pues bien, ese tiempo ha llegado. Porque, ¿tenemos otro remedio? ¿Irme con Nail Bey y el *Schutzkorps* para morir con el fusil en la mano, deshonrándome en este mundo y en el de más allá, o quedarme sentado aquí y esperar que Serbia pise también estas tierras, y enfrentarme a aquello de lo que durante cincuenta años hemos estado huyendo, como prófugos, de un lugar a otro?

Alí Hodja abre la boca para decir algo alentador y generar un poco de esperanza, pero lo interrumpe una descarga de la batería austríaca en los Riscos de Butko, a la que inmediatamente responden los cañones del Panos. Responden también los del Goles. Disparan justo por encima de sus cabezas, y bastante bajo, de manera que proyectiles de distintos calibres cruzan el cielo sin cesar desde las dos direcciones, originando el zumbido nefasto que remueve las entrañas y oprime los vasos sanguíneos hasta el dolor. Alí Hodja se levanta y propone refugiarse por lo menos bajo el alero, y Mustafa Agá lo sigue como un sonámbulo.

Por el contrario, en las casas serbias, apiñadas alrededor de la iglesia en Mejdan, no hay quejas del pasado ni temor ante el futuro; sólo el miedo y la carga del presente. Aquí reina la muda estupefacción que siempre persiste en las personas después de los primeros golpes de terror, arrestos y ejecuciones sin orden y sin juicio. Pero debajo de este estupor, todo sigue igual que antes y que siempre; la misma manera disimulada de aguzar el oído que antaño, cuando, cien años atrás, ardían en el monte Panos las hogueras rebeldes, la misma esperanza, la misma cautela y la misma

determinación de soportarlo todo si no puede ser de otro modo, y la misma fe en un final feliz, al final de todos los finales.

Los nietos y bisnietos de aquellos que desde esta colina, igualmente encerrados en las casas, preocupados y estupefactos, pero emocionados en lo más profundo de sus almas, aguzaban sus oídos para percibir el débil eco del cañón de Karadorde que llegaba desde arriba, desde Veletovo, escuchan ahora en la oscuridad cálida cómo encima de sus cabezas retumban y truenan los pesados proyectiles de los obuses, y adivinan por el sonido cuáles son los serbios y cuáles los germanos, hablan de ellos con cariño o los maldicen, les inventan nombres y apodos. Todo esto mientras los obuses vuelan alto y caen en los alrededores, pero cuando el fuego baja hasta el puente y la ciudad, enmudecen de repente, las palabras se les cortan, porque tienen la sensación, y podrían jurarlo, de que en ese silencio absoluto, y con tanto espacio, los dos bandos disparan sólo contra ellos y la casa en la que están. Y tan sólo cuando se dispersa el eco de la explosión cercana rompen a hablar con voz alterada, convenciéndose unos a otros de que esta vez ha caído muy cerca y se trata de una clase de granada especialmente dañina, y fuera de lo habitual.

Justo encima de la morada del párroco, en la casa de los Ristic, más grande y bonita, protegida por empinados huertos de ciruelos del fuego artillero de los dos frentes, se ha refugiado la mayoría de los serbios del lugar. Hay pocos hombres, pero muchas mujeres a cuyos maridos han detenido o capturado como rehenes, mientras ellas se han cobijado aquí con los niños.

La casa es amplia y rica; en ella viven sólo el patrón Mihailo Ristic con su mujer y su nuera, una viuda que no ha querido casarse de nuevo ni regresar a la casa de su familia, sino que se quedó para criar allí a sus hijos, junto a los dos ancianos. Hace dos años su hijo mayor pasó clandestinamente a Serbia y murió como voluntario en la batalla de Bregalnica. Tenía dieciocho años.

El viejo amo Mihailo, su mujer y la nuera atienden a estos extraños huéspedes como si se tratase de la fiesta de su santo patrón. El viejo, sobre todo, es incansable. Con la cabeza descubierta, cosa inusual, porque él nunca se quita el fez rojo, el espeso pelo canoso le cae sobre la frente y las

orejas, y el hirsuto bigote plateado, amarillento por debajo debido al tabaco, le rodea la boca como una sonrisa permanente. En cuanto se percata de que alguien está más asustado o triste que los otros, se aproxima, lo distrae charlando y le ofrece aguardiente, café y tabaco.

—No puedo, compadre Mihailo, te lo agradezco con toda mi alma, no puedo, se me ha hecho un nudo justo aquí —se defiende una mujer todavía muy joven, señalándose el cuello redondo y blanco.

Es la mujer de Petar Gatalo, de Okolista. Petar se fue hace unos días por negocios a Sarajevo. Allí lo sorprendió la guerra, y desde entonces la mujer no tiene noticias de él. El ejército los ha echado de su casa y se ha refugiado con los hijos aquí, en la del patrón Mihailo, al que la familia de su marido está unida desde tiempos antiguos por lazos de compadrazgo. La angustia la preocupación por el marido y por la casa abandonada. Hace crujir los nudillos y alternativamente solloza y suspira.

El patrón Mihailo no la pierde de vista y siempre está junto a ella. Por la mañana se ha sabido que cuando Petar volvía de Sarajevo en el tren, lo cogieron de rehén y lo llevaron a Vardiste, y allí, con ocasión de una falsa alarma, lo fusilaron por equivocación. Todavía no se lo han dicho, y el patrón Mihailo vigila que no vaya a contárselo alguien de manera repentina y desconsiderada. La mujer se levanta continuamente, quiere salir al patio y echar un vistazo hacia Okolista, pero el patrón Mihailo la detiene y la disuade de todas las formas posibles, porque él sabe bien que la casa de Gatalo en Okolista arde por los cuatro costados y quiere ahorrarle a esa desdichada mujer al menos algo del espectáculo. Bromea, ríe y le ofrece, infatigable, de beber y de comer.

—Vamos, comadre Stojanka, toma, hija mía. Sólo un vasito. Esto, más que aguardiente, es un bálsamo para levantarte un poco el ánimo.

Y la mujer, obediente, lo bebe. El patrón Mihailo se lo ofrece a todos, sin excepción, y con su irresistible e incansable cordialidad, los obliga a recobrar las fuerzas. Luego vuelve de nuevo con la mujer de Petar Gatalo. A ella realmente se le ha deshecho el doloroso nudo en la garganta. Está más tranquila, absorta en sus pensamientos, con la mirada fija en un punto. Pero el patrón Mihailo no la abandona, sino que le cuenta, como a un niño,

que todo pasará y que su Petar volverá de Sarajevo sano y salvo, y que de nuevo regresará a su casa en Okolista.

—Conozco muy bien a Petar, he estado en su bautizo, del que se habló durante mucho tiempo. Y lo recuerdo como si fuera hoy día: yo era un mozo ya en edad casadera cuando fui a Okolista con mi difunto padre, padrino de los niños del patrón Janko, para bautizar a este mismo Petar tuyo.

Y cuenta la historia sobre el bautizo de Petar Gatalo que todos conocen, pero que en estas insólitas horas nocturnas parece nueva.

Los hombres y las mujeres se aproximan para escuchar, y escuchando se olvidan del peligro y se despreocupan del estampido de los cañones, mientras el patrón Mihailo habla.

En los buenos y tranquilos tiempos en los que el famoso pope Nikola era párroco de la *kasaba*, el patrón Janko Gatalo de Okolista tuvo un hijo varón, después de muchos años de matrimonio y toda una serie de hijas. Al domingo siguiente llevaron al niño para bautizarlo y, junto con el feliz padre y el padrino, partieron unos vecinos y parientes. Ya descendiendo por el camino de Okolista, se paraban a menudo y tomaban de la gran cantimplora del padrino tragos de un fortísimo aguardiente. Y cuando, cruzando el puente, llegaron a la *kapija*, se sentaron para descansar un poco y tomar otro trago. Era un día frío a finales de otoño, en la *kapija* ya no estaban los turcos de la ciudad que solían reunirse allí a tomar un café, ni el hombre que lo vendía. Por esta razón los vecinos de Okolista se acomodaron como si estuvieran en su casa, abrieron las bolsas de la comida y acometieron otra frasca de aguardiente. Y brindando unos con otros, elocuentemente y de corazón, se olvidaron del niño y del pope que debería haberlo bautizado después de la misa. Como en estos tiempos —los años setenta del siglo XIX— todavía no había, ni podía haber, campana en la iglesia, la alegre comitiva no se dio cuenta de que pasaban las horas y el servicio religioso había acabado hacía un buen rato. En sus conversaciones, en las que se explayaban mezclando audazmente el futuro del niño con el pasado de los padres, el tiempo carecía de importancia y de medida. Varias veces le remordió la conciencia al padrino y los advirtió de que debían irse, pero los otros lo acallaban inmediatamente.

—¡Venga, amigos, sigamos!, acabemos y cumplamos con las leyes y los mandamientos cristianos —balbuceaba el padrino.

—¡Por Dios, qué prisas tienes!, como si en esta parroquia se hubiera quedado alguien sin bautizar —le contestaban los otros, ofreciéndole cada uno un trago de su frasca.

Durante cierto tiempo también el padre los apremiaba, pero por fin el aguardiente lo silenció, uniéndolos a todos. La mujer, que mientras tanto sujetaba al niño entre sus manos heladas y amoratadas, lo puso sobre el asiento de piedra y lo envolvió en una colcha multicolor; el crío se quedó tan tranquilo, como si estuviera en la cuna, ora durmiendo, ora abriendo curioso los ojos, como si participase en la diversión general. («Se nota que es de esta *kasaba*», decía el padrino, «le gustan la compañía y los lugares de jolgorio»).

—A tu salud, Janko —gritaba uno de los vecinos—, que tu hijo sea feliz y tenga larga vida; Dios quiera que sea el orgullo de los patrones y conocido entre los serbios por su honra, su bondad y por que nade en la abundancia. Dios quiera…

—Pero ¿y si nos vamos a bautizarlo? —interrumpió el padre.

—Tú no te preocupes por el bautizo —gritaban todos al unísono mientras se pasaban el aguardiente de uno a otro.

—Mira a Ragib Efendi Borovac, no está bautizado, y ya ves qué hombretón está hecho: el caballo se encorva bajo su peso —dijo uno de los vecinos, suscitando la hilaridad general.

Pero aunque la gente en la *kapija* había perdido la noción del tiempo, no la había perdido el pope Nikola, que había esperado hasta cierta hora delante de la iglesia, para luego enfadarse, envolverse bien en su pelliza de zorro y bajar de Mejdan a la ciudad, donde alguien le comentó que la comitiva con el niño estaba en la *kapija*. Allí se dirigió para regañarlos como sólo él sabía hacerlo, pero lo recibieron con un afecto tan sincero y alegre, con unas excusas tan solemnes y unos deseos tan cálidos y palabras tan amables, que el pope Nikola, hombre riguroso y severo, pero un visegradense de corazón, cedió y aceptó compartir con ellos la frasca y las vituallas. Se inclinó sobre el pequeño haciendo una broma grosera a cuenta

de su abuela, mientras el niño observaba tranquilamente su cara gruesa de grandes ojos azules y poblada barba roja.

No son del todo ciertos los rumores de que al pequeño lo habían bautizado en la *kapija*, pero sí es verdad que allí se entablaron largas conversaciones, regadas con licores fuertes e interrumpidas por frecuentes brindis. Tan sólo a última hora de la tarde la alegre compañía subió a Mejdan y abrió la iglesia, donde el padrino, trabándosele la lengua e hipando, renunció a Satanás en nombre del neófito.

—Así fue como bautizamos al compadre Petar, y, que Dios lo guarde, ya tiene más de cuarenta años y no le falta de nada —concluyó su historia el compadre Mihailo.

Después de otra ronda de aguardiente y café, y olvidándose de la realidad para poder soportarla, todos hablan con más soltura y libertad y, de alguna manera, les parece que en la vida existen también otras cosas, más humanas y alegres que esta oscuridad, este miedo y este tiroteo asesino.

Así transcurre la noche y con ella la vida, llena de peligros y sufrimientos, pero clara, inquebrantable y recta en sí misma. Llevados por instintos ancestrales heredados, la fragmentan en impresiones momentáneas y necesidades inmediatas, y se pierden por completo en ellas. Porque sólo de este modo, viviendo cada instante por separado y sin mirar hacia delante ni hacia atrás, se puede soportar una vida así y el hombre reservarse para días mejores.

Luego amanece. Lo que significa que el fuego artillero se reaviva y que, a la luz del sol, continúa el juego de la guerra incomprensible e inabarcable. Porque los días en sí mismos ya carecen de nombre y de sentido, el tiempo ha perdido su significado y su valor. La gente ya no sabe hacer otra cosa más que esperar y temer. Por lo demás, piensan, trabajan, hablan y se mueven como autómatas.

Así o de un modo parecido viven los vecinos en los arrabales empinados debajo de la fortaleza y en Mejdan.

Entretanto, abajo, en el bazar, quedan pocos habitantes. Ya el primer día de la guerra llegó la orden de que las tiendas debían seguir abiertas para que el ejército al pasar pudiera hacer pequeñas compras, pero sobre todo para demostrar a la ciudadanía que el enemigo estaba todavía lejos y que la

ciudad no corría ningún peligro. No se sabe por qué, pero esta orden continúa en vigor incluso ahora, durante el bombardeo; no obstante, con un pretexto ingenioso, todo el mundo procura mantener la tienda cerrada durante la mayor parte de la jornada. Los negocios en las inmediaciones del puente y del *Han* de Piedra, como los comercios de los patrones Pavle Rankovic y Alí Hodja, están cerrados todo el día, por estar demasiado expuestos al fuego artillero. También han evacuado y cerrado el hotel de Lotika; tiene el tejado agujereado por las granadas y los muros marcados por la metralla de los obuses.

Alí Hodja baja solo una o dos veces al día desde su colina para comprobar si todo sigue en su lugar, y luego regresa de nuevo a su casa.

Lotika abandonó el hotel con toda su familia ya el primer día, cuando empezó el bombardeo del puente. Se pasaron a la orilla izquierda del Drina y se refugiaron en una casa turca nueva y amplia. El edificio estaba apartado de la carretera, escondido en una vaguada y hundido entre un frondoso huerto de frutales, entre los que sobresalía sólo el tejado rojo. Su propietario se encontraba con toda la familia en el pueblo.

Habían abandonado el hotel con la primera oscuridad, cuando suele reinar un alto el fuego absoluto. De la servidumbre, el único que se había quedado con ellos era el fiel e inmutable Milán, soltero empedernido, todavía apuesto y acicalado, que hacía ya tiempo no echaba a nadie del hotel; los otros, como suele ocurrir frecuentemente en estas ocasiones, se dispersaron en cuanto tronó el primer cañón encima de la *kasaba*. Como siempre, Lotika también dirigió y dispuso esta migración, en exclusiva y sin admitir objeciones. Ella decidió lo que había que llevarse como imprescindible y más valioso y lo que había que dejar; la ropa que debía ponerse cada uno; quién se ocuparía del hijo tullido y retrasado de Debora, y quién llevaría a la propia Debora, tan enferma y llorosa, y quién a Mina, moza enloquecida de miedo, obesa y ya entrada en años. Así, aprovechando la oscuridad de la sofocante noche estival, cruzaron el puente con unos pocos bártulos y con el niño enfermo en una carretilla, con maletas y hatillos en la mano, Lotika, Zaler, Debora y Mina. Por primera vez en treinta años, el hotel quedaba cerrado a cal y canto y sin un alma dentro. Sombrío, dañado por las primeras granadas, ya se parecía a una ruina

antigua. Mientras que ellos, después de los primeros pasos sobre el puente, tan envejecidos o endebles, lisiados u obesos, de piernas torcidas y no acostumbrados a caminar, presentaban de repente el aspecto de judíos necesitados, de desterrados pobres que, desde tiempos inmemoriales, recorren errantes los caminos del mundo.

Así cruzaron a la otra orilla y llegaron a hospedarse en la amplia casa turca. También allí Lotika colocó y distribuyó a su gente y el equipaje de refugiados. Pero al llegar la hora de acostarse, en la habitación semivacía y ajena, sin los objetos ni los papeles que la habían acompañado durante toda la vida, se le rompió el alma y, por primera vez desde que tenía conciencia de sí misma, se quedó sin fuerza, sin toda su fuerza. Un alarido traspasó la desierta casa turca; algo que nadie había visto ni oído ni sospechado nunca que pudiera existir: el llanto de Lotika, horrible, pesado y sofocado como el de un hombre, pero desenfrenado e irrefrenable. Oírlo suscitó la estupefacción en la familia, un silencio casi religioso, y luego lamentaciones y sollozos generalizados. Para ellos, el desaliento de la tía Lotika fue un golpe más duro que la guerra, la huida y la pérdida de la casa y del hogar, porque con ella era posible superar y dominar cualquier cosa y sin ella no se podía hacer ni imaginar nada.

El espléndido día estival, lleno de cantos de pájaros, nubes rojizas y abundante rocío, que amaneció al día siguiente, en vez de a la antigua Lotika, que hasta la noche anterior había dirigido el destino de todos los suyos, halló a una judía vieja e impotente, enroscada en el suelo, que no sabía ni era capaz de ocuparse de sí misma, que sólo temblaba de miedo y lloraba como un niño, sin poder decir qué era lo que temía y qué le causaba dolor. Entonces sucedió otro milagro. Aquel viejo, corpulento, adormilado Zaler, que ni siquiera en su juventud —en realidad nunca había sido joven — había tenido voluntad ni opinión propia, sino que, igual que toda la familia, se dejaba llevar por Lotika, ahora de repente se mostró como el verdadero cabeza de familia, con una determinación sabia y grande, con capacidad para tomar las decisiones precisas y con suficiente fuerza para llevarlas a cabo. Consolaba y cuidaba a su cuñada como a un niño enfermo y se ocupaba de todos como lo había hecho ella hasta la víspera. Durante el alto el fuego fue a la ciudad y trajo del hotel abandonado alimentos, ropa y

los enseres necesarios. También encontró en alguna parte a un médico y lo trajo para que reconociera a la enferma. El doctor constató que la mujer exhausta y envejecida había sufrido un ataque de nervios, recomendó alejarla cuanto antes de la ciudad, llevarla fuera del alcance de las operaciones bélicas, le prescribió unas gotas, y se fue en pos del convoy de los heridos. Zaler lo arregló todo con las autoridades militares para conseguir un carro y trasladar a la familia, primero a Rogatica y luego a Sarajevo. Sólo había que esperar uno o dos días para que Lotika recobrase por lo menos el sentido para poder viajar. Pero Lotika yacía como paralizada, lloraba a voz en grito y, en su lenguaje pintoresco y revuelto, pronunciaba palabras inconexas de extrema desolación, miedo y repugnancia. Alrededor de ella, por el suelo desnudo, se arrastra el desdichado niño de Debora, observa con curiosidad el rostro de la tía y la llama con aquellos gritos guturales incomprensibles que Lotika había entendido tan bien, y a los que ahora no responde. No quiere tomar nada ni puede ver a nadie. Unas extrañas alucinaciones de torturas puramente físicas le producen un terrible sufrimiento. A veces le parece que dos portezuelas en el suelo se abren de repente a sus pies, como una pérfida trampa, y que cae a través de ellas a unas profundidades desconocidas, sin contar con nada más que con su grito innato para defenderse y detenerse. En otros momentos tiene la sensación de ser muy grande y, sin embargo, ligera y poderosa, como si tuviera piernas gigantescas y alas fuertes y corriese de esta manera, como un avestruz, con zancadas más largas que la distancia que separa la *kasaba* de Sarajevo. Y sus pies chapotean en los ríos y mares como si fueran charcas pequeñas, y pisotean ciudades y poblaciones haciéndolas crujir como si fueran grava y cristal. Siente que le palpita el corazón y que respira agitadamente. No sabe dónde va a detenerse ni adónde la conduce la carrera alada, pero sí sabe que se está librando y salvando de los tablones, que, con pérfida intención, sólo están unidos de manera aparente, y que se abren bajo sus pies a la velocidad del rayo. Sabe que está pisando y dejando atrás un país en el que no está bien demorarse, y salta, como si fueran charcos de agua sucia, las aldeas y grandes urbes donde la gente se engaña y miente con palabras y números, donde las promesas no se mantienen y los números se embrollan para cambiar el

juego de repente, con la misma rapidez con la que un prestidigitador le da la vuelta al escenario, y donde, en contra de todo lo dicho y calculado, sacan a primera línea cañones y fusiles y a nuevos individuos de ojos inyectados en sangre, con los que no hay diálogo, negociación ni acuerdo. Ante esta invasión, Lotika de pronto deja de ser esa ave corredora, gigantesca y poderosa, y se torna en una viejecita impotente tirada en el duro suelo. Y esta gente se aglomera en enjambres de miles, de millones; disparan, degüellan, asfixian, a todos sin excepción, destruyendo sin piedad y sin sentido. Uno está inclinado sobre ella: no le ve la cara, pero siente cómo le clava la punta de la bayoneta en la boca del estómago, donde se separan las costillas, donde el ser humano es más blando.

—¡Ah, aaah! ¡No, no lo permitáis! ¡No lo permitáis! —Lotika se despierta con un chillido, arrancando los flecos del ligero chal gris con el que la han tapado.

El pequeño retrasado está en cuclillas, apoyado en la pared, y se limita observarla con sus grandes ojos negros, que muestran más curiosidad que miedo o compasión. Desde la otra habitación entra apresuradamente Mina, tranquiliza a Lotika, le seca el sudor frío de la frente y le da a beber agua en la que previamente ha echado unas gotas de valeriana contadas con sumo cuidado.

El largo día estival que planea sobre la vaguada verde parece eterno, y nadie recuerda cuándo ha amanecido ni piensa que en algún momento anochecerá. En ese lugar también hace calor, pero es menos sofocante. En la casa resuenan pasos. Llegan vecinos de la ciudad. Algún soldado u oficial desviado de su camino. Hay comida y fruta en abundancia. Milán prepara café sin cesar. Todo podría asemejarse a una larga y festiva jornada campestre, si de vez en cuando no se oyera el desesperado alarido de Lotika, y si no existiera el tronar sordo que llega a la cañada como un gruñido de enojo revelando que en el mundo algo no marcha bien y que la desgracia general está mucho más cerca y es más grande de lo que la vasta e inocua serenidad del día permite entrever.

Esto es lo que la guerra había hecho del hotel de Lotika y de sus habitantes.

También estaba cerrada la tienda del patrón Pavle Rankovic. A los dos días de haber empezado la contienda, los habían tomado a él y a varios notables serbios como rehenes. Habían llevado a algunos a la estación del ferrocarril, donde con su vida garantizaban el orden, la tranquilidad y la regularidad del tráfico, y a otros a las inmediaciones del puente, al final del mercado, a una caseta de madera en la que durante los días de feria se colocaba la balanza municipal y donde se pagaban los impuestos de pesas y medidas. También aquí los prisioneros responden con su cabeza de que nadie destrozará o dañará el puente.

En una silla de las que suelen utilizarse en los cafés está sentado el patrón Pavle. Con las manos en las rodillas y cabizbajo, se parece a un hombre que, completamente agotado, después de un gran esfuerzo, se había dejado caer ahí sólo para descansar un rato, pero hace ya varias horas que está en esa posición, sin moverse. Junto a la puerta, encima de un montón de sacos vacíos, están sentados dos soldados reservistas. La puerta está cerrada y en la caseta reina la oscuridad y un pesado bochorno. Cuando los sobrevuela una granada desde los montes Panos o Goles, el patrón Pavle traga saliva y trata de adivinar dónde ha impactado. Sabe que el puente está minado desde hace tiempo y, pensando constantemente en ello, se pregunta si un proyectil semejante puede detonarlo, en el caso de que llegue hasta el explosivo. Y con cada relevo escucha al suboficial dar órdenes a los soldados que están de guardia. Las órdenes terminan cada vez con las mismas palabras: «Al más mínimo intento de dañar el puente, o a la más mínima sospecha de que se está urdiendo algo parecido, hay que matar en el acto a este hombre». Él ya se está acostumbrando a escuchar estas palabras con tranquilidad, como si no se refiriesen a su persona. Más le inquietan las granadas y los Shrapnel que explotan a veces tan cerca de la caseta que los trozos de acero levantan la gravilla y arañan la madera. Pero lo que más lo atormenta es el tiempo largo, interminable, y los pensamientos insoportables.

El patrón Pavle se pregunta qué es lo que les ha ocurrido a él, a su casa y a sus grandes propiedades. Y cuanto más piensa, más le parece todo una pesadilla. Porque, ¿cómo, si no, explicarse la desgracia que ha caído sobre él y los suyos en estos últimos días? A sus dos hijos, estudiantes, se los

llevaron los gendarmes ya el primer día. La mujer en casa, sola con las hijas. El almacén en el que guardaba la mercancía en toneles, en Osojnica, ardió ante sus ojos. Probablemente también habían quemado y saqueado las cosechas de las que era fiador. Tanto crédito concedido por todo el distrito, perdido. Su tienda, la más hermosa de la ciudad, a sólo unos pasos de él, estaba cerrada y con toda seguridad la desvalijarían o el impacto de una granada la reduciría a cenizas. Mientras, seguía sentado en esa caseta en penumbra como rehén, responsable con su vida de algo que no depende en absoluto de su voluntad: el destino del puente.

Asomaba a su cabeza un batiburrillo de ideas desordenadas que se entrecruzaban y apagaban, como nunca le había sucedido. ¿Qué relación tenía él con el puente, él, que toda su vida no había hecho más que ocuparse de su trabajo y de su hogar? Él, que no lo ha minado ni lo bombardea. Ni siquiera cuando era aprendiz y soltero se había sentado en la *kapija* ni había pasado las horas muertas cantando y bromeando, como los jóvenes de Visegrad. Ante sus ojos vuelve a pasar toda su vida, con detalles olvidados hacía mucho tiempo.

Recuerda cómo llegó del Sanjacado, siendo un muchacho de catorce años, con las abarcas rotas y hambriento. Pactó con el amo Petar servirle a cambio de ropa, alimento y dos pares de abarcas al año. Se ocupaba de los niños, ayudaba en la tienda, acarreaba agua, almohazaba a los caballos. Dormía bajo las escaleras, en una especie de cuartucho de madera sin ventana, estrecho y oscuro, donde ni siquiera podía estirarse del todo. Aguantó esta vida dura y con dieciocho años pasó a trabajar exclusivamente en la tienda con un salario, y en su lugar cogieron a otro muchacho pueblerino del Sanjacado. Entonces vio y comprendió la gran importancia del ahorro, sintió el amargo pero maravilloso placer y la gran fuerza que te da ahorrar. Durmió cinco años en una pequeña habitación de la trastienda. Durante todo ese tiempo nunca había encendido la lumbre ni se había dormido a la luz de una vela. Tenía veintitrés años cuando el propio patrón Petar lo casó con una joven buena y pudiente de Cajnice, hija de comerciantes. Desde entonces ahorraban los dos. Llegó la ocupación, y con ella una actividad comercial más animada y lucrativa, con menos costes. Él aprovechaba estos beneficios, evitando el despilfarro. De esta manera llegó

a fundar su propio comercio y prosperó. No era difícil prosperar. Muchos se enriquecieron fácilmente y con mayor facilidad se arruinaron. No era fácil conservar lo ganado. Él sí lo hizo, prosperando cada día. Y cuando llegaron los tiempos nuevos, y con ellos el desorden y la «política», él, aunque ya entrado en años, hizo todo por entenderlos, por salirles al encuentro y adaptarse, sorteando así daños y vergüenzas. Llegó a ser teniente de alcalde de la ciudad, presidente de la comunidad ortodoxa, presidente de la sociedad coral serbia Sloga, el principal accionista del Banco Serbio, y miembro del consejo de administración del Banco Regional. Se esforzó por nadar sabia y honradamente, según las reglas del bazar, entre las contradicciones que se acumulaban y crecían cada día más, y logró preservar intactos sus intereses en la travesía de las dificultades, sin caer en desgracia ante las autoridades ni avergonzarse ante el pueblo. Todos los habitantes de la *kasaba* lo consideraban un ejemplo inalcanzable de valor, habilidad y prudencia.

De este modo bregó, trabajó, ahorró y sorteó los obstáculos, durante más de la mitad de su vida, teniendo cuidado de no hacer daño ni a una mosca, cediendo el paso a todo el mundo, con la vista al frente, recorriendo su camino y prosperando en silencio. Y he aquí adónde lo había llevado este camino: a estar sentado entre dos soldados, como el peor delincuente, y a esperar que una granada o una máquina infernal destruyera el puente, y que por ello lo degollaran o fusilaran. Y la única conclusión que uno podía sacar (y eso es lo que más le dolía) era que todos los esfuerzos y tormentos habían sido vanos, que el camino escogido era desacertado, que sus hijos y los otros «jovenzuelos» tenían razón y que realmente venían tiempos sin cálculos ni medidas, o tiempos con cálculos y medidas nuevas; y que, de todos modos, sus cálculos estaban equivocados y sus medidas se quedaban cortas.

Es lo que hay, se dice el patrón Pavle, es lo que hay: desde la iglesia y la autoridad, hasta tu propia razón, todos te enseñan e impulsan a trabajar y a ahorrar. Y tú, obedeciéndolos, avanzas prudentemente y llevas una existencia justa, pero sin vivir de verdad, sólo trabajas, economizas y te preocupas, y entretanto se te pasa la vida. Y entonces, de repente, se tuercen las reglas del juego; llegan tiempos en los que el mundo empieza a mofarse

de la razón, la iglesia cierra sus puertas y se vuelve muda, y la fuerza pura y dura sustituye a las autoridades; tiempos en los que la gente que ha prosperado honradamente en virtud de su arduo trabajo pierde, mientras que los holgazanes y violentos progresan. Y nadie reconoce tus esfuerzos y no hay nadie para ayudarte a defender aquello que has ganado y ahorrado. ¿Es posible? ¿Es realmente posible?, se pregunta sin cesar el patrón Pavle y, sin encontrar respuesta, vuelve de nuevo al principio de su reflexión sobre la pérdida de todo.

Y por mucho que intenta pensar en otra cosa, no lo logra. Siempre le viene a la cabeza lo mismo. Y el tiempo transcurre mortalmente lento. Y le parece que este puente que ha cruzado miles de veces, pero sin fijarse nunca bien en él, pesa ahora sobre sus hombros como un secreto inexplicable y fatal, como una pesadilla, pero una pesadilla de la que no hay posibilidad de despertar.

Y ése es el motivo por el que el patrón Pavle está tan cabizbajo y con la espalda encorvada. Siente que el sudor se filtra por los poros debajo de la camisa almidonada, del cuello y de los puños. Debajo del fez, el sudor le corre a chorros. No se lo seca, lo deja caer desde el rostro hasta el suelo en forma de pesadas gotas, teniendo la sensación de que es la propia vida que se disuelve y se le escapa.

Los soldados, dos campesinos húngaros ya entrados en años, callan y comen pan con tocino, aderezado con pimentón; comen despacio, cortando con una pequeña navaja, ora un pedazo de pan, ora un trozo de tocino, como si estuvieran en el labrantío. A continuación toman un trago de vino de la cantimplora de hojalata, y encienden sus pipas cortas. Entre chupada y chupada, uno de ellos dice en voz baja:

—Pues yo nunca he visto a nadie sudar tanto.

Luego siguen fumando en absoluto silencio.

Pero el patrón Pavle no era el único que sudaba sangre y se perdía en sueños de los que no había despertar. Durante aquellos días estivales, en el espacio de tierra entre el Drina y la frontera con Serbia, en la *kasaba*, en los pueblos, caminos y bosques, en todas partes, los hombres buscaban la muerte con el sudor de su frente, la muerte propia y la ajena, escapando al mismo tiempo y defendiéndose de ella con todos los medios y fuerzas a su

alcance. Este extraño juego humano llamado guerra se desarrollaba cada vez con más ímpetu, se extendía y sometía a su poder a los seres vivos y las cosas.

No lejos de la caseta municipal, descansaba esa mañana un destacamento de un ejército inusual. Los soldados vestían uniforme blanco y se tocaban con blancos cascos coloniales. Formaban parte del ejército alemán, y era el denominado Destacamento de Shkodra. Antes de la guerra los habían enviado a Shkodra, donde debían, junto con destacamentos de otros países, como fuerzas internacionales, mantener la paz y el orden. Al empezar la guerra recibieron la orden de abandonar Shkodra y ponerse a disposición del mando más próximo de tropas austríacas en la frontera con Serbia. Habían llegado por la noche y ahora reposaban en el terreno que separaba el mercado del bazar. Allí, en un ángulo muerto, esperaban la orden de atacar. Eran unos ciento veinte hombres. Su capitán, un individuo pelirrojo y obeso, que soportaba muy mal el calor, precisamente en ese instante reprendía al sargento de la gendarmería Danilo Repac, lo increpaba como sólo pueden hacerlo los oficiales superiores del ejército alemán, a voz en cuello, sin miramientos y con pedantería. El capitán se quejaba de que él y sus soldados se estaban muriendo de sed, de que no tenían ni lo más básico, mientras que las tiendas de alrededor seguían cerradas, probablemente abarrotadas de víveres, pese a la orden de mantenerlas abiertas.

—¿Qué pintan ustedes aquí? ¿Son gendarmes o muñecas? ¿Acaso mis hombres y yo debemos desfallecer? ¿O asaltar las tiendas como si fuéramos bandidos? ¡Quiero que ahora mismo encuentre a los dueños y nos proporcione alimentos y bebidas en buen estado! ¡Inmediatamente! ¿Entiende lo que quiere decir inmediatamente?

Con cada palabra el capitán se acaloraba más. Dentro del uniforme blanco, con la cabeza rapada al cero y roja como una amapola, ardía como una antorcha alimentada por una fuerza colérica.

El sargento Repac, completamente rígido, parpadeaba y repetía sin cesar:

—Entendido, señor capitán. Se hará inmediatamente. Entendido. Inmediatamente.

Y luego, pasando de su rigidez cataléptica a una agitación enloquecida, dio la vuelta y empezó a subir apresuradamente hacia el bazar. Parecía como si, al haberse acercado demasiado a aquel capitán que ardía de ira, las llamas también lo hubieran alcanzado a él, impulsándole a correr, amenazar y fustigar todo lo que lo rodeaba.

El primer ser vivo con el que se topó en su carrera fue Alí Hodja. Éste acababa de bajar de su arrabal para echar un vistazo a la tienda. Contemplando al de sobra conocido *Wachtmeister* Repac, que completamente cambiado y corriendo salía a su encuentro, el *hodja* se preguntaba sorprendido si este hombre enloquecido, frenético, era en realidad el mismo *Wachtmeister* que durante años había visto pasar tranquila, digna y educadamente delante de su tienda. Ahora, el ceñudo y huesudo Repac lo miraba con unos ojos nuevos que no reconocían a nadie y no veían nada más que su propio miedo. El sargento empezó a gritar enseguida, como si repitiera lo que hacía unos instantes había visto y oído del capitán alemán.

—¡Habría que ahorcaros a todos, malditos seáis! ¿Acaso no se os ordenó mantener las tiendas abiertas? ¡Pero no, y por eso yo ahora debo por vuestra culpa…!

Y antes de que el confuso *hodja* pudiera proferir palabra, lo abofeteó en la mejilla derecha con tanta fuerza que el turbante se le desplazó de la oreja derecha a la izquierda.

El sargento, enfurecido como estaba, continuó su carrera para abrir los otros negocios. El *hodja*, sin embargo, se volvió a colocar bien su tocado, bajó su banco mostrador y se sentó, aún completamente aturdido por la sorpresa. Alrededor de la tienda empezaron a amontonarse soldados de aspecto extranjero, en uniforme blanco, como nunca los había visto. Al *hodja* todo eso le parecía una suerte de sueño. Pero a él ya no le extrañaba nada, en estos tiempos en los que las bofetadas caían del cielo.

Así transcurrió un mes entero, entre bombardeos periódicos del puente e intercambios de disparos en los montes cercanos, entre sufrimientos y agresiones de toda clase, y a la espera de desgracias peores. Ya durante los primeros días la mayor parte de los habitantes habían abandonado la ciudad expuesta al fuego cruzado. Y a finales de septiembre empezó la evacuación

de la *kasaba*. A los últimos funcionarios los sacaron durante la noche, por carretera, a través del puente, porque las vías del ferrocarril estaban ya cortadas. A continuación se retiró gradualmente el ejército desde la orilla derecha del Drina. Quedaron sólo unas defensas insignificantes, algún pelotón de zapadores y unas patrullas dispersas de la gendarmería. Hasta que también a ellas les tocó su turno.

El puente continuaba allí como condenado, pero incólume en esencia, entre dos mundos en guerra.

XXIV

Durante la noche, como si fuera otoño, nubes estancadas en los montes y encajadas entre sí cubrieron el cielo. Los austríacos aprovecharon la oscuridad para retirar sus últimos destacamentos. Ya antes del alba, todo estaba no sólo en la otra orilla del Drina, sino en las cimas tras la cresta del monte Lijeska, fuera de la vista y del alcance de los cañones serbios.

Al amanecer empezó a caer una lluvia menuda, otoñal, bajo la cual las últimas patrullas recorrían las casas y tiendas próximas al puente para comprobar que nadie se había quedado rezagado. Todo parecía muerto: el casino de oficiales, el hotel de Lotika, el cuartel destruido y las tres o cuatro tiendas a la entrada del bazar. Al único que encontraron delante de su negocio fue a Alí Hodja, que acababa de llegar y se disponía a bajar el banco mostrador. Los gendarmes, que conocían al *hodja* por su carácter excéntrico, le advirtieron muy seriamente que cerrase enseguida la tienda y abandonase el mercado, porque estaba rigurosamente prohibido y suponía un «peligro de muerte» permanecer cerca del puente. El *hodja* los miró como si se tratara de borrachos que no sabían lo que decían, y estuvo a punto de contestarles que en aquel lugar la vida peligraba desde hacía tiempo y que de cualquier modo todos estábamos ya muertos, y que lo único que aún esperábamos era que nos llegara el turno del entierro; pero, curtido por las malas experiencias de los últimos días, cambió de opinión y dijo de forma tranquila y natural que había venido sólo para recoger unas cosas de la tienda y que regresaría de inmediato a casa. Los gendarmes, que evidentemente tenían prisa, le advirtieron una vez más que se alejase cuanto antes de la zona y, atravesando el mercado, se dirigieron hacia el puente. Alí Hodja los siguió con la mirada, viendo cómo pisaban silenciosamente el

polvo que la primera lluvia había convertido en una alfombra húmeda y gruesa, y cómo cruzaban el puente, ocultos tras el pretil de piedra que sólo dejaba ver sus hombros y cabezas y las bayonetas caladas en los fusiles. Sobre las crestas de los Riscos de Butko aparecían los primeros rayos del sol.

Todas sus órdenes son así, rigurosas, importantes y, en el fondo, absurdas, pensaba Alí Hodja, sonriendo por dentro, como un niño que hubiera engañado al profesor. Levantó el cierre superior lo suficiente para poder meterse, y lo dejó caer luego, para que desde fuera la tienda pareciera cerrada. A oscuras, se retiró a la pequeña habitación en la trastienda, donde se había refugiado tantas veces de la gente impetuosa, de las conversaciones venenosas y cansinas, de la familia y de sus propias preocupaciones. Se sentó en el corto y duro banco de madera cubierto por un kilim, cruzó las piernas y exhaló un suspiro de alivio. Aún se sentía interiormente sacudido por las impresiones del exterior, pero luego se tranquilizó y recuperó el equilibrio, como una buena balanza. El estrecho espacio del «ataúd» se llenó enseguida de su calor corporal, y el *hodja* sintió el placer de la soledad, de la paz y del olvido que convertía el angosto, oscuro y polvoriento cuarto en interminables jardines paradisíacos con orillas verdes e invisibles aguas de rumor suave.

Incluso en la penumbra y estrechez angustiosa de este espacio se sentía la frescura de la lluvia y del amanecer. Fuera reinaba un silencio inusual que —¡milagrosamente!— ningún disparo, ninguna voz humana ni los pasos de nadie interrumpían. Alí Hodja se sentía colmado por una sensación de felicidad y gratitud. Ea, se decía a sí mismo, con la ayuda de Dios, estos pocos tablones, cual un arca milagrosa, son suficientes para proteger y salvar a un hombre devoto de cualquier miseria y tentación, de los problemas sin solución y de los cañones infernales que los enemigos, los dos infieles, a cual peor, utilizan para combatirse encima de su cabeza. Desde que empezó la guerra no había habido un silencio semejante, seguía pensando con alegría el *hodja*, y el silencio era dulce y bueno; con él volvía, al menos por un instante, algo de aquella auténtica vida humana que cada vez era más rara y que bajo el tronar de las armas infieles había

desaparecido por completo. El silencio era para la oración; era en sí mismo una oración.

En ese momento, el *hodja* sintió que el banco salía disparado, levantando también su cuerpo como si fuera un juguete; que su «dulce» silencio se interrumpía, transformándose en estruendo y roturas estrepitosas que llenaban el aire, derrotaban los tímpanos y se extendían inconmensurables para el sentido auditivo; que los anaqueles de la pared de enfrente chirriaban y los objetos que contenían empezaban a volar hacia él y él hacia los objetos. «¡Ay!», se lamentó el *hodja*. En realidad, se había lamentado su pensamiento, porque él mismo carecía ya de voz y de oído, igual que carecía de un lugar en la tierra. El fragor ensordecía y cubría todo; las cosas, arrancadas de raíz, se agitaban en el aire junto a él. Parecía que aquella lengua de arena entre los dos ríos, en la que descansaba la *kasaba*, hubiera sido extirpada de la tierra con un grito horrible y catapultada al espacio, en el que probablemente aún volaba; que los dos ríos habían salido despedidos de sus cauces, cambiando sus cursos hacia el cielo, y ahora se precipitaban al vacío con todo el peso de sus aguas, como dos cataratas que aún no se habían detenido ni estrellado. ¿Acaso había llegado el día del juicio final, la última hora que mencionan los libros y los sabios, en el que este mundo mentiroso se extinguirá en un abrir y cerrar de ojos, como se apaga una chispa? Pero ¿para qué necesita Dios, que con una sola mirada enciende y apaga mundos enteros, semejante caos? No, no era obra de Dios. Entonces, ¿cómo se había adueñado la mano humana de tanto poder? ¿Y cómo responder a estas preguntas, sorprendido, engañado, disgustado por un golpe pérfido cuyo único fin era abatir, romper y ensordecerlo todo, hasta los pensamientos de uno? No sabía qué lo zarandeaba, ni adonde volaba ni cuándo se detendría, pero sí sabía que él, Alí Hodja, siempre había tenido razón. «Ay», se lamentó de nuevo, esta vez dolorido, porque la misma fuerza que lo había levantado ahora lo devolvía brutalmente, pero no al mismo sitio, sino al suelo, entre la pared de madera y el banco caído. Sintió un golpe sordo en la cabeza y un dolor debajo de las rodillas y en la espalda. Todavía llegó a distinguir, como si fuera un ruido individualizado del estruendo general, que algo pesado chocaba contra el tejado de la tienda y, allí, al otro lado de la pared, se producía un tintineo, un traqueteo de

objetos de metal y de madera, como si todos los objetos del local hubieran cobrado vida y echado a volar y colisionar unos contra otros. Después del impacto, una lluvia de piedras diminutas cayó sobre el tejado y el adoquinado. Pero él ya había perdido la conciencia y yacía inmóvil en su «ataúd».

Fuera ya había amanecido por completo.

No era capaz, ni por aproximación, de decir cuánto tiempo estuvo yaciendo así. Del profundo estado de inconsciencia lo despertó una luz, a la par que unas voces. Le costó recobrarse. Estaba seguro de haber estado sentado en la oscuridad completa y, ahora, a través de una rendija, le llegaba un rayo de sol de la tienda. Se acordaba de que el mundo se había llenado de ruidos, de fragores que anulaban el oído y paralizaban las entrañas. Y ahora reinaba el silencio, pero no guardaba el más mínimo parecido con aquél con el que se deleitaba antes de que el estrépito lo estampara contra el suelo. Más bien semejaba un hermano malvado del anterior. Advirtió la intensidad de este silencio al oír una débil voz que, como desde una gran distancia, gritaba algo que bien podía ser su nombre.

Al darse cuenta de que aún seguía vivo en su «ataúd», el *hodja* se abrió paso entre los objetos de los anaqueles que le habían caído encima y se levantó, repitiendo el mismo gemido de dolor: «¡Ay!». Por fin oía claramente las voces y llamadas que llegaban de la calle. Se agachó y se metió por la pequeña abertura que le llevaba a la tienda. Montones de cosas caídas y rotas, iluminadas por la luz diurna, obstruían el paso. La tienda estaba abierta de par en par, porque el cierre que él sólo había echado sin candar se había caído a causa de la sacudida.

En el caos y el desorden de las cosas destrozadas y desparramadas yacía en medio de la tienda una piedra pesada del tamaño de la cabeza de un hombre. El *hodja* levantó la vista. También por arriba penetraba la luz. Evidentemente, la piedra había entrado perforando el endeble tejado y el techo de madera. Luego contempló de nuevo la piedra blanca, porosa, pulida y tallada en dos lados, por lo demás afilada y arrancada toscamente. «¡Ay, el puente!», pensó el *hodja*, pero la voz de la calle lo reclamaba cada vez con más contundencia y no le dejó seguir el hilo de sus pensamientos.

Magullado y todavía no totalmente recuperado, el *hodja* se encontró ante un grupo de cinco o seis hombres jóvenes, polvorientos y sin afeitar, en uniforme gris, con gorros militares serbios y calzados con abarcas. Todos iban armados y, cruzadas sobre el pecho, llevaban las cananas, llenas de diminutas balas brillantes. Los acompañaba Vlado Maric, el cerrajero, pero tocado con un gorro de piel de cordero en lugar de su gorra de cerrajero, y también con cananas en el pecho. Uno de ellos, obviamente el jefe, un joven con un fino bigote negro, rostro regular, de rasgos pronunciados y ojos ardientes, se dirigió inmediatamente hacia el *hodja*. Llevaba el fusil al hombro, como los cazadores, y en la mano derecha un delgado bastón de avellano. Blasfemando enojado, alzó la voz.

—Oye, tú, ¿acaso te parece bien dejar las puertas abiertas de par en par? Y luego, cuando desaparezca algo, dirás que han sido mis soldados los que te han desvalijado la tienda. ¿Qué quieres?, ¿que te guarde yo la mercancía?

El hombre mostraba un rostro sereno, casi inmóvil, pero su voz revelaba irritación y el bastón de su mano se levantaba amenazante. En ese instante se le acercó Vlado Maric y le dijo algo al oído.

—Muy bien, será bueno y honrado, pero si me vuelvo a encontrar la tienda abierta de par en par y sin vigilancia, no se librará tan fácilmente.

Y los hombres armados continuaron su camino.

«Éstos son los otros», se dijo el *hodja* para sí, siguiéndolos con la mirada. «No pierden el tiempo y han tenido que toparse justo conmigo. Desde luego, no puede haber cambios en esta *kasaba* sin que yo salga mal parado».

Así continuó, delante de su tienda destrozada, perplejo, con la cabeza pesada y el cuerpo roto. Ante él se extendía el mercado que, a la primera luz del sol de la mañana, parecía un campo de batalla, sembrado de piedras pequeñas y grandes, tejas y trozos de árboles tronchados. Su mirada se desvió hacia el puente. La *kapija* estaba en su sitio, pero justo detrás de ella, el puente estaba cortado. Faltaba el séptimo pilar: entre el sexto y el octavo se extendía un vacío a través del cual, mirándolo desde una perspectiva oblicua, se divisaba el agua verde del río. Del octavo pilar en adelante, el puente continuaba otra vez y llegaba hasta la otra orilla, liso, regular, blanco, como había sido el día anterior, como había sido siempre.

El *hodja* parpadeó varias veces, incrédulo, para cerrar luego los ojos. En su interior evocó el recuerdo de los soldados que, hacía cinco o seis años, ocultos tras una lona verde, cavaban en ese pilar; surgió la imagen de aquella tapadera de hierro que luego cubrió la entrada al hueco minado, y junto a ella, el enigmático y elocuente rostro del *Feldwebel* Brankovic, sordo, ciego y mudo. Se estremeció y volvió a abrir los ojos, pero dentro de su campo de visión todo seguía igual: el mercado sembrado de piedras grandes y pequeñas, el puente sin un pilar, mientras entre los dos arcos partidos brutalmente se abría el vacío.

Sólo en sueños se pueden vivir y ver semejantes cosas. Sólo en sueños. Pero al volver la espalda al inverosímil escenario, tenía delante de sí su tienda, con la piedra grande, parte del séptimo pilar, entre la mercancía esparcida. Si era un sueño, estaba presente por doquier.

Por el bazar se oían voces, una orden pronunciada en serbio con tono rotundo y pasos apresurados que se aproximaban. Alí Hodja bajó rápidamente el banco mostrador, pasó el gran candado por el cerrojo y se dirigió a su casa, cuesta arriba.

Con anterioridad le había ocurrido que, al subir la pendiente, le faltaba el aire y sentía que el corazón le palpitaba en el sitio equivocado. Desde hacía mucho, desde que había cumplido los cincuenta, esta colina que lo había visto nacer se tornaba cada vez más empinada, y el camino a casa cada vez más largo. Pero nunca como ese día en que deseaba alejarse cuanto antes del bazar y cuanto antes llegar a casa. El corazón le latía de manera anómala, se le cortaba la respiración y tenía que pararse.

Allí abajo, parece que cantan. Allí abajo está el puente destruido, bárbara y horriblemente cortado por la mitad. No necesita volverse (y no lo haría por nada de este mundo) para ver todo el espectáculo: el pilar recortado limpiamente casi en su punto más bajo, como un árbol gigante, desparramado en miles de pedazos por los alrededores, y los arcos a izquierda y derecha brutalmente interrumpidos. Entre ellos, un vacío de unos quince metros. Y los extremos resquebrajados de los arcos cortados, anhelando dolorosamente tocarse de nuevo.

¡No, por nada del mundo se daría la vuelta! Pero tampoco puede avanzar, cuesta arriba, porque su propio corazón lo está ahogando y las

piernas no lo obedecen. Empieza a respirar despacio, de manera regular, lo más profundamente que puede. Esto siempre lo ayudaba antes. Y ahora lo hace. Tiene la sensación de que se le está despejando el pecho. Entre la inhalación honda y uniforme y los latidos del corazón se crea un equilibrio. Camina de nuevo, y el pensamiento de la casa y de la cama lo empuja y motiva.

Camina atormentada y lentamente, teniendo sin cesar ante los ojos, como si marchase delante de él, la escena del puente destruido. No basta volver la espalda a una cosa para que deje de perseguirte y torturarte. Incluso si cerrase los ojos, es lo único que vería.

Es cierto, pensaba el *hodja* más animadamente, respirando con menos dificultad, ahora se ve el verdadero motivo de todas estas ocurrencias y artefactos, de todo este ajetreo y laboriosidad suyos. (Él siempre había tenido razón, siempre, en todo y contra todos. Sin embargo, eso tampoco lo llena de satisfacción. Es la primera vez que no le importa. ¡Las predicciones han sido demasiado acertadas!). Durante tantos años los había visto ocuparse constantemente del puente, limpiándolo, retocándolo, arreglándolo hasta los cimientos, llevando por él las tuberías de agua corriente, instalando el alumbrado eléctrico, y luego un día lo hacen saltar por los aires como si fuera una roca en el monte, y no una obra pía y bella. He aquí su verdadero rostro e intención. Él lo sabía, pero, ahora, hasta el más tonto podía darse cuenta. Han empezado atacando lo más duro, lo más sólido, arrebatándoselo a Dios. ¡Y quién sabe dónde se detendrán! Ahí lo tienes, incluso el mismo puente del visir ha empezado a desgranarse como un collar; una vez que empiece, nadie lo detendrá jamás.

El *hodja* se detuvo de nuevo. La respiración lo traicionaba y la cuesta se agudizaba de repente ante sus ojos. Una vez más tuvo que calmar el corazón con inhalaciones profundas, logró estabilizar la respiración y, confortado, empezó a caminar más rápido.

Pero no importa, seguía pensando, si aquí se destruye, habrá sitios donde se construya, lugares tranquilos con gente sensata que respete la voluntad divina. Aunque Dios se haya desentendido de esta infeliz ciudad en el Drina, con toda probabilidad no ha dejado de su mano el mundo entero y todas las tierras bajo el cielo. Éstos no podrán hacer eternamente lo

que les apetece. Pero ¿quién sabe? (¡Oh, si pudiese respirar un poco más de aire, y más profundo!). ¿Quién sabe? Quizá esta fe malvada que todo lo ordena, limpia, retoca y perfecciona, para enseguida devorarlo y destruirlo, se extienda por todo el globo; quizá convierta este mundo de Dios en un campo desolado para su absurda actividad constructora y sus demoliciones sanguinarias, en un prado para su hambre insaciable y su avaricia incomprensible. Todo es posible. Sin embargo, hay algo que no lo es: no es posible que desaparezcan para siempre y por completo los grandes hombres, los hombres de buen corazón que por el amor de Dios levantan construcciones duraderas, para que la tierra sea más bella y la vida de los hombres más cómoda y mejor. Si ellos desaparecieran, significaría que también el amor de Dios se apagará y se desvanecerá del mundo. Y eso no es posible.

Sumido en estos pensamientos, el *hodja* camina cada vez más despacio y con más dificultad.

Ahora puede oírse claramente que en la ciudad están cantando. ¡Si sólo pudiese respirar más aire, si el camino fuera menos empinado, y si pudiese llegar a casa, para echarse en su colchón, ver y oír a alguno de los suyos! Es lo único que desea. Pero ya no consigue mantener el equilibrio entre inhalaciones y latidos; el corazón sofoca por completo la respiración, como le ocurre a veces mientras duerme. Sin embargo, ahora no hay un despertar salvador. Abre la boca y siente que los ojos se le salen de la cabeza. La cuesta que hasta entonces ha aumentado sin cesar invade casi su rostro. Todo su campo de visión lo llena el camino duro, reseco, que se transforma en oscuridad y se apodera de él.

En la pendiente que lleva a Mejdan yacía Alí Hodja, agonizando entre convulsiones intermitentes.

GLOSARIO

[*1] *Adzami-oglan*: el tributo de sangre. <<

[*2] *Affídavit*: declaración jurada. <<

[*3] *Arsin*: medida turca de longitud de 66,7 cm. <<

[*4] *Asaf*: ministro de Salomón, en turco significa visir. <<

[*5] *Asociación Sokol*: sociedad de gimnasia con ideales paneslavistas, fundada en 1862 en Praga, que se extendió a Yugoslavia, Rusia y otros países. Sus miembros se llamaban entre sí «hermanos». <<

[*6] *Bajás de tres colas*: los bajás del imperio otomano se distinguían en importancia por el número de colas de caballo que llevaban. Había bajás con una, dos o tres colas, y sólo el sultán podía llevar cuatro. <<

[*7] *Bayram*: fiesta musulmana que se celebra al finalizar el ayuno del mes del ramadán; también se llama Sacrificio de los Corderos. <<

[*8] *Derzelez Alija*: héroe legendario de los musulmanes de Bosnia al que Ivo Andric dedicó un ciclo de relatos. <<

[*9] *Dram*: cuadragésima parte de una *okka*. <<

[*10] *Dzezva*: jarra de cobre o latón en la que se prepara el café turco. <<

[*11] *Feldwebel*: sargento. <<

[*12] *Fildzana*: tazas pequeñas de porcelana sin asas en las que se sirve el café turco. <<

[*13] *Glockenfagon*: estilo en el que la chaqueta masculina es muy estrecha en el torso, mientras que en el talle adopta una forma levemente acampanada. <<

[*14] *Hafis*: el que se sabe de memoria el Corán. <<

[*15] *Hajduk*: significa bandido, pero en muchas ocasiones no tiene el sentido de un vulgar salteador de caminos, sino que representan más bien una especie de insurrecto y «bandido generoso», huido a las montañas. <<

[*17] *Caravasar*: Es un albergue o refugio destinado a las caravanas de comercio, de peregrinaje o militares durante un largo viaje de muchas jornadas. <<

[*18] *Hayyi*: se dice del hombre que ha peregrinado a La Meca. <<

[*19] *Hegúmeno*: superior de un monasterio de rito griego. <<

[*20] *Hodja*: sacerdote musulmán, profesor de la madraza. Como título se añade siempre detrás del nombre propio. <<

[*21] *Kamilavka*: gorro o tocado que llevan los popes ortodoxos. <<

[*22] *Kapija*: puerta. <<

[*23] *Kapudan bajá*: almirante de la flota otomana. <<

[*24] *Kasaba*: ciudad de provincias. <<

[*25] *Kolo*: baile popular en los Balcanes en el que los bailarines bailan en corro abierto cogidos de la mano. <<

[*26] *Konak*: gran edificio representativo, sede las autoridades militares o civiles. También palacio o sede del visir. <<

[*27] *Kraljevic Marko*: héroe popular de muchas canciones serbias. El príncipe Marko (1335-1395) era hijo del rey Vukasin, y a la muerte del padre en 1371 reinó como vasallo turco en Macedonia. <<

[*28] *Längediener*: soldado que después de cumplir el servicio militar se reengancha. <<

[*29] *Merbamet*: bondad, comprensión. <<

[*30] *Mescema*: dependencias en las que el cadí administra justicia y celebra matrimonios. <<

[*31] *Mulazim*: jefe de la policía. <<

[*32] *Musala*: explanada. <<

[*33] *Mutevelija*: administrador de una fundación pía. <<

[*34] *Viejo Novak* y el *Niño Grujica* pertenecen al ciclo de la poesía popular serbia. Representan a los *hajduks* buenos, los que les robaban el dinero a los ricos, los turcos por lo general, para dárselo a los pobres. <<

[*35] *Okka*: medida turca equivalente a 1,28 kg. <<

[*36] *Préférence*: juego de cartas muy popular en Europa central. <<

[*37] *Regimentsarzt*: médico del regimiento. <<

[*38] *Rittmeister*: capitán. <<

[*39] *Salep*: bebida de invierno. (El *salep* es una fécula que se saca de los tubérculos del satirión y de otras orquídeas). <<

[*40] *Sarac*: caballo del Kraljevic Marko. <<

[*41] *Sarkija*: especie de laúd. <<

[*42] *Schutzkorps*: cuerpo de protección. <<

[*43] *Silahdar*: armero mayor, dignatario en la corte del sultán. <<

[*44] *Streifkorps*: unidad de asalto con gran capacidad de movimiento y bien pertrechada para actuar en terreno difícil. <<

[*45] *Subasa*: administrador de las propiedades de los agaes y beyes en el imperio otomano. <<

[*46] *Tarih*: cronograma de una construcción en general escrito en verso. <<

[*47] *Tekke*: monasterio de derviches. <<

[*48] *Turbe*: mausoleo musulmán, monumento funerario, capilla levantada sobre la tumba de un santo musulmán o hombre muy piadoso. <<

[*49] *Wachtmeister*: sargento mayor. <<

[*50] *Zahlkellner*: encargado de cobrar en un establecimiento hostelero. <<

[*51] *Zmaj-Jova*: Jovan Jovanovic (1833-1924), uno de los principales poetas serbios, conocido sobre todo por sus poesías para niños. <<

[*52] *Zurla*: instrumento balcánico de la familia de los oboes. <<

IVO ANDRIC. (Dolac, 1892 - Belgrado, 1975). Novelista yugoslavo de origen bosnio, premio Nobel de literatura en 1961 y uno de los más grandes escritores de su país. Hijo de una familia croata de Sarajevo, estudió en la capital bosnia y en diversas universidades (Viena, Zagreb, Cracovia), formó parte de la *Mlada Bosna*, organización patriótica de inspiración socialista, por lo que fue encarcelado por las autoridades austro-húngaras y pasó en prisión la Primera Guerra Mundial. Regresó a Belgrado en 1921 y en el período de entreguerras fue diplomático del recién creado estado yugoslavo.

Permaneció apartado en la capital serbia durante la ocupación nazi, período en el que escribió las tres novelas que le harían famoso, *Crónica de Travnik, El puente sobre el Drina y La señorita*. El inicio de su trayectoria literaria se produjo dentro de la tradición croata, con diversos libros de poemas

como *Ex Ponto* (1918) e *Inquietudes* (1920), así como el de relatos, *El viaje de Derzelez Alija* (1920).

Desde el comienzo de su producción, se interesó por la peculiar diversidad cultural, religiosa y humana de Bosnia, así como por su historia abigarrada y cargada de influencias, invasiones, alternativas y dramas. Es el caso particularmente de *Un puente sobre el Drina*, su más célebre y traducida novela, una crónica que arranca con la construcción en 1566, por encargo de Mehmed Bajá, del puente de Visegrad (ciudad en la que vivió el autor), que será testigo, víctima y juez, morada y refugio de los conflictos y ambiciones humanos de la ciudad y sus pobladores hasta la primera guerra europea, constituyéndose en paradigma de lo sucedido en toda Bosnia y, en cierto sentido, en los Balcanes en general.

Notas

[1] Ivo Andric solía incluir al final de sus libros un glosario de turquismos, provincialismos y personajes, que en buena medida hemos respetado en este libro para mantener el estilo del autor (N. de los T.). Los vínculos marcados con [*] conducen directamente al Glosario (N. del E. D.) <<

[2] ¡Qué Dios nos asista! (N. del A.) <<

[3] [Sic] en el original. (N de los T.) <<

[4] Señor teniente, señor teniente, por Dios. Yo hombre inocente. Muchos hijos. ¡Inocente! ¡Mentira! ¡Todo mentira! (N. del A.) <<

[5] ¡No! ¡No! ¡No, por Dios! Señor teniente, usted sabe, todo es mentira. ¡Dios mío! ¡Todo mentira! (N. del A.) <<